







X 1462000

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DE MALAGA



1515
COMPENDIO
DE LA HISTORIA UNIVERSAL,

6

PINTURA HISTÓRICA
DE TODAS LAS NACIONES,
SU ORIGEN, VICISITUDES Y PROGRESOS HASTA
NUESTROS DIAS.

OBRA ESCRITA EN FRANCES

Por Mr. Anquetil, miembro de varias Academias
literarias.

TRADUCIDA

POR EL PADRE DON FRANCISCO VAZQUEZ,
Clérigo Reglar de San Cayetano.

TOMO XIII.

MADRID EN LA IMPRENTA REAL

AÑO DE 1805.



COMPENDIO

DE LA HISTORIA UNIVERSAL.

SUIZA Ó LA HELVECIA.

La Helvecia, pais de lagos y montañas, fue, á lo que parece, poblada por los habitantes de las Galias y la Alemania, que costean-do el Ródano y el Rhin subiéron hasta las cumbres en que tienen sus principios estos y otros rios. Algunos sabios laboriosos dan en sus memorias eruditas origen griego á los indígenas, creyendo que los hubo antes de las Colonias alemanas ó de los Gaulas; y se fundan en que en los restos de ciudades antiguas se han hallado inscripciones griegas, y en que muchas palabras de la lengua antigua helvética tienen carácter griego. Pero es muy posible que estos fragmentos del idioma los llevasen á aquellas cumbres los que fuéron allá de Marsella ó del Golfo Adriático, y en este caso no descenderian los Helvecios de los Griegos inmediatamente, sino que la nacion primitiva recibiria en su seno algunos Griegos. Sea lo que fuere de aquellos principios obs-

curos, ya desde el tiempo en que los Romanos penetraron por las Galias tenian los Helvecios una numerosa poblacion.

La primera irrupcion algo conocida la cuenta César, que fue el que detuvo sus esfuerzos. Cansados de la aspereza de sus montañas y de la esterilidad de su pais, se reunieron muchos pueblos con intencion de establecerse en las Galias, cuya fertilidad los convidaba. Destruyeron pues sus ciudades, lugares, y las casas esparcidas por el campo: mataron los ganados que no podian llevar: se cargaron con el trigo y toda suerte de provisiones, y partiéron como trescientos sesenta y ocho mil, entre los quales habia noventa y dos mil combatientes. Noticioso César los esperó bien atrincherado en el desfiladero de sus gargantas. Fue violento el asalto que le diéron: titubeáron las legiones romanas; pero al fin rompiéron aquella formidable masa, la dividiéron, y persiguiéron á las asombradas Colonias. Despues de haberlas hecho pedir humildemente la paz, las abrió el vencedor el camino de su patria, y volviéron á entrar en ella hasta ciento y diez mil Helvecios. El pais de donde habian salido, que era parte de la Helvecia, se llamó la Galia céltica.

Por el retrato ó pintura que de los antiguos Helvecios hacen los historiadores se parecen bastante á los actuales Suizos: pues dicen que eran de grande talla, robustos, laboriosos, hombres de buena fe, adheridos á sus antiguas costumbres, decentes en su sencillez, castos en sus casamientos, nada sobrios en sus convites, y que estos tenian para ellos un atractivo invencible. No conocen otras riquezas que el producto de sus tierras y ganados. Aunque son flemáticos y frios, es fácil ponerlos en movimiento. Nada estiman tanto como la libertad; y sin embargo dexan gustosos su pais, en donde esta reyna, por muy pocas ventajas que hallen en otros mas felices; pero jamas extinguen en su corazon el amor á la patria. No ha habido pueblo mas belicoso, su comercio y su industria ha sido la guerra.

Desde que se hace mencion de los Suizos en la historia ya se les ve repartidos en Cantones ó territorios, presididos por justicieros Capitanes con diferentes nombres, segun el tiempo y las circunstancias. Estos xefes estaban subordinados á la nacion congregada, siendo esta el verdadero Soberano. El que se atrevia á tocar en la libertad, ídolo el mas querido de la nacion, era condenado al hierro sin remi-

sion alguna como sacrilego. Pero aunque tan vigilantes contra los esfuerzos intentados por sus compatriotas para sujetarlos, no fueron tan precavidos ó tan poderosos contra las empresas de los Príncipes vecinos. Los Reyes de Francia, de la primera y segunda línea, les diéron Gobernadores; y los primeros Emperadores de Alemania exerciéron igualmente este poder supremo. Aquellos Gobernadores, llamados Duques, Condes, Marqueses, llegaron á ser hereditarios quando el Imperio de Alemania se hizo electivo. Alternativa necesaria, pues á proporcion que el principal poder se debilita crecen las fuerzas de los otros.

Esta forma de gobierno dió grande autoridad á la nobleza. En 1024 se contaban en Helvecia no ménos que cincuenta familias condecoradas con el título de Condes: ciento cincuenta Barones, mil Caballeros, y una multitud de nobles ambiciosos, independientes y opresores, repartian con el Clero todos los bienes del campo: de suerte, que apénas habia quedado al pueblo mas que algunas propiedades en las villas.

En esta situacion no era difícil para un ambicioso, que afectando compasion de la miseria de los oprimidos, lograrse atraerlos y ser-

virse de ellos para facilitar sus proyectos. Apenas podemos dudar que esta maniobra fue la política de Rodulfo, Conde de Hasburg, Señor de un castillo y algunas tierras al rededor en la alta Alemania, que á fines del siglo x se hizo famoso por su valor, por su capacidad, y su espíritu de conciliacion.

Se habian establecido en el pueblo el compatriotismo, y en la nobleza la confraternidad, que siendo dos confederaciones rivales prueban que habia en la Helvecia una levadura pronta á fermentar. Tenian á los Emperadores por Soberanos; pero la autoridad de estos era poco respetada de una nobleza indómita y altiva. Favoreciéron pues los Emperadores á los del compatriotismo, y les abrieron un asilo en las ciudades que llamáron Imperiales, y á las quales diéron varios privilegios. En ellas se sostenian el comercio y la industria; pero como estos putativos Soberanos aunque ponian Gobernadores, no les daban tropas suficientes para reprimir las vexaciones, las confraternidades nobles, á pesar de los rescriptos imperiales, exercian toda especie de robo contra los vasallos, y usurpaban impunemente las posesiones que les parecian convenientes. En tan molesta situacion esta-

ban prontos los Helvecios á entregarse al que quisiese y pudiese protegerlos. En algunas circunstancias los Cantones de Uri, Underval y Schweitz habian recibido asistencia de Rodulfo contra los nobles, y estaban enamorados de su justicia y popularidad. En 1277 le tomaron por cabeza, y casi al mismo tiempo por haberle elegido Emperador, pudo extender á toda la Helvecia sus miras, reducidas hasta entónces á los tres Cantones. El nombre de Suiza, que se da á todo el pais, viene del de Schweitz.

Si de las intenciones de Rodulfo ha de juzgarse por las de su hijo Alberto, se creará, que á la sombra de la popularidad, tuvo el padre contra la libertad de los Suizos el proyecto que el hijo quiso realizar con la fuerza. Alberto pues, fundador de la casa de Austria, pidió que los Cantones, que habian proclamado á Rodulfo por cabeza, se reconociesen vasallos suyos. A los Comisarios que les envió, respondieron, mostrando un rollo de diplomas y cartas, diciendo: „Ved aquí nuestros bienes y la sagrada herencia que tenemos de nuestros padres, depósito inalienable que nos entregaron nuestros mayores, del qual hemos de dar cuenta á nuestros hijos, y estos á

las generaciones futuras. Estos decretos y diplomas aseguran y confirman nuestros privilegios y nuestra libertad. No somos siervos ni vasallos de Príncipe alguno particular. Somos ciudadanos del Imperio y miembros del cuerpo augusto, que reconoce al Emperador por su jefe. Con este jefe estamos unidos, y sería en nosotros baxeza reconocer y rendir homenaje á otro. Nos despreciaríamos nosotros mismos si por temor ó debilidad nos envileciésemos hasta renunciar unas prerogativas que nos son tan amables como el honor, y aun mas que la vida.”

Tan altiva y valerosa respuesta inflamó la cólera de Alberto. Tenia este como Emperador el derecho de enviar á los Cantones Jueces, con el nombre de Baylíos, y hasta entónces se habian dado estos empleos á Condes del Imperio, tan distinguidos por su probidad como por su nacimiento. Alberto hizo lo contrario; eligió tres nobles, conocidos por su perversidad en todo, desacreditados por sus malas costumbres, hombres sin honor, y cargados de deudas. Estos fuéron Landemberg, Grizler y Wolfenschiese, á cada uno de los cuales señaló su habitacion en castillos muy fuertes con buenas guarniciones, y situados

en los Cantones, que debían sujetar de todos modos á la voluntad del ambicioso Alberto.

Imagínese lo que pueden hacer tres malvados con autoridad: robos, vexaciones, violencias contra la libertad de los hombres y contra el honor de las mugeres; y todavía no se formará idea suficiente de los horrores de que estan llenos los anales helvéticos de aquel tiempo. Solas dos atrocidades, que diéron movimiento á la revolucion, nos harán juzgar de todas las otras. Henrique Meltchal, anciano respetable, estaba trabajando en su campo: llegó uno de los satélites de Landemberg á quitarle los bueyes: se quejó, y respondió el brutal: „Un rústico como tú ha nacido para tirar del arado por sí mismo.” El hijo del buen viejo, que presenció la violencia, se arrojó al insolente, le hirió, le puso en fuga, y él se huyó. Hizo el Baylió que arrastrasen con Meltchal á su fortaleza, y le amenazó con que le sacaría los ojos si no decía en donde estaba el hijo. Lo ignoraba el anciano; y aun quando verisímilmente lo supiese, se hubiera guardado bien de descubrirle; pero el tirano, irritado con su silencio, le hizo sacar los ojos. Supo la horrible barbaridad el hijo, que estaba en casa de un amigo llama-





El sombrero de Grisler.

Grisler, Barón en Suiza, mandó poner su sombrero en la plaza de Altorf, y que todos al pasar le saludasen doblando la rodilla; pero Guillermo Tell pasó repetidas veces sin dar señal alguna de sumisión. El que abusando de su autoridad impone, en vez de justos preceptos, humillaciones viles, licencia su orgullo en la obediencia del tímido para estrellarle en el desprecio del generoso.

do Furst, se sintió consternado, y concertó con su amigo los medios de vengarse.

Amaba Furst á su patria; y miéntras los dos desgraciados gemian, uno por las calamidades públicas, otro por sus propias desgracias, llegó otro tercero, cuya paternal ternura acababa de exponerse á la prueba mas cruel. El feroz Grizler, que era uno de aquellos hombres que no se contentan con la autoridad, si no irritan y exâsperan la paciencia, habia mandado poner en la plaza de Altorf su sombrero colgado de una percha, y mandó que quantos pasasen le saludasen y doblasen la rodilla. Guillermo Tell, hombre altivo, atrevido, é indignado por semejante orden, pasó y repasó delante del sombrero sin la menor señal de sumision. Le hizo Grizler traer á su presencia, y le preguntó: „¿Por qué no has obedecido á mis órdenes?“ Y Tell respondió: „Porque yo soy libre, y tus órdenes son para esclavos, como tus mandatos son de tirano.“ „Traygan aquí á su hijo, replicó el Baylío;“ y colocando al muchacho á grande distancia, mandó á Tell, que pasaba por el mas hábil flechador de toda aquella tierra, que derribase con una saeta una manzana que puso sobre la cabeza del hijo. Toda la altivez helvecia

se abatió con este mandato. Se arrojó Tell á los pies de Grizler, y le suplicó que le dispensase de tan horrible experiencia. El Baylío inexorable le amenazó con que si no obedecía, morirían él y su hijo en los suplicios. El triste padre tomó dos flechas, guardó una debaxo de la ropa, puso la otra en la cuerda del arco, disparó, y derribó la manzana sin tocar á su hijo. Advirtió Grizler que llevaba otra flecha, preguntándole para quién la destinaba: „Para tí, monstruo, le dixo Tell, y te hubiera pasado el corazon si hubiera tenido la desgracia de matar á mi hijo.” Mandó el Baylío prenderle, y que atado le pusiesen en un barco para llevarle él mismo por el lago de Altorf á su fortaleza, en donde esperaba que pagase su atrevimiento con el cautiverio ó la muerte.

Apénas habia pasado la mitad del camino quando una furiosa tempestad sublevó las olas del lago. Se turbáron los marineros, abandonáron la maniobra, y ya iba el barco á despedazarse contra las rocas quando Grizler, tan abatido en el peligro como habia sido arrogante quando no tenia que temer, suplicó á Tell, que pasaba por el barquero mas hábil del Canton, que le librase, y le desató por sí mis-

mo. Se puso Tell al timon, dirigió el barco hácia una roca, se arrojó á ella, y rechazando con el mismo movimiento el barco hácia el lago, huyó y se ocultó.

Calmó entre tanto la tempestad, abordó Grizler, y llegó tan cerca de su fortaleza, que Tell, que habia tomado un rodeo, le disparó una flecha quando ya iba á entrar en ella, le pasó el corazon, y fue á buscar á Meltchal y Furst. Entre las meditaciones de su rústico retiro, proyectáron estos tres hombres librar á su patria de la servidumbre; y fuéron cada uno á descubrir su intencion á sus amigos. En el dia señalado tomáron las tres fortalezas en que habitaban los Baylíos. Ya á Grizler, como hemos visto, le habia quitado la vida Guillermo Tell: Wolfenschiesse habia caido baxo el acha de un marido, á cuya muger acababa de deshonar. Landemberg, que parecia ménos malo, pero que en el fondo era tan malvado como los otros, fue conducido á la frontera sin hacerle mal alguno por respeto al Emperador. Los conjurados, considerando que no tenian que esperar gracia de Alberto, se preparaban para la defensa quando fue asesinado este Príncipe, y con su muerte se levantó un cisma en el Imperio. Al abrigo de aquellas divisiones

los tres Cantones de Uri, Underval y Schweits tremoláron la bandera de la libertad en 1308.

Tomando Federico el cetro del Imperio, se valió contra los que él llamaba rebeldes de dos armas muy temidas: los borró de la lista del Imperio, hizo que el Papa los excomulgase; y lo peor de todo fue que al mismo tiempo envió contra ellos tropas mandadas por su hermano Leopoldo, encargándole que entrase en el país, llevándolo todo á fuego y sangre. No podia penetrar sino por un desfiladero llamado Morgartin: se encargáron mil y trescientos Suizos de su defensa contra el nublado de Alemania: se apostáron en las montañas, y desde allí echaban á rodar trozos de rocas, que destruyéron con mucho estrépito la caballería enemiga. Baxáron impetuosamente, dispersáron la infantería, y Leopoldo huyó asustado, dexando multitud de muertos en el campo de batalla, sin mas pérdida de los Cantones que catorce hombres. Ganáron los Suizos esta victoria en 1315; y por haber pasado la accion en el Canton de Schweits, y haberse señalado sus habitantes entre los de los otros, la Confederacion que despues se formó tomó el nombre de Suiza.

Nada mas sencillo que las condiciones que

sirviéron de basa para la asociacion de los tres primeros Cantones, y fuéron estas: „Se auxiliarán recíprocamente, en caso de ataque. No reconocerán otra denominacion, proteccion ó señorío que el del Imperio. No contraerán alianza con alguno sin el permiso de los otros. No reconocerán los Estados juez que no sea su conciudadano. Siempre que haya diferencia entre los Cantones se arreglarán por árbitros; y el que no se conforme con la sentencia, será obligado por los otros dos á conformarse. Por último, los malhechores, los incendiarios, los ladrones ú otros delinquentes, una vez juzgados y condenados en un Canton, se tendrán por juzgados y condenados en los otros, y no será permitido darles asilo.” Este es el fundamento de una de las mas sabias y felices Repúblicas que ha habido. Segun vayan uniéndose las demas partes del todo que hoy forma esta República, las iremos dando á conocer, por el órden del tiempo en que cada una se ha unido.

Los tres Cantones de Uri, Underval y Schweits estan limitrofes, y rodeados por los de Berna, Lucerna, Zug, Glaris y algunos Bayliages italianos, y muy zelosos católicos. El pais de Uri hace una vista extraña por los

horrores de sus montañas, y la hermosura de los caminos construidos en parages que parecia haber hecho la naturaleza impracticables para siempre. Allí está el monte de San Gotardo, que es el paso de Italia á Alemania, cuyo derecho de peazgo produce una renta considerable. Los otros dos Cantones tambien estan erizados de montañas, cortados de arroyos, rios y lagos, y presentan asimismo sus horrores y sus bellezas. Las riquezas principales son los ganados y su producto: sus caballos, sobre todo, son vigorosos, y propios al mismo tiempo para la carga y la guerra.

Un viagero, que quiera admirarse con el contraste de las costumbres, debe visitar estos Cantones: pues en ellos hallará la sobriedad de los antiguos Espartanos, su educacion militar, el gusto y la costumbre de trabajar, el respeto á los ancianos, la fidelidad en los matrimonios, la rectitud en los tratados, la sencillez en el trato, la confianza de la confraternidad, y un grande amor á la patria. Allí el Soberano es el pueblo: y las juntas se tienen en campo abierto, estando en el centro los Magistrados á caballo, presididos de un xefe, llamado el *Land-Amman*, con la espada en la mano. Su dignidad no dura mas que dos años, y un jó-

ven á la edad de diez y seis tiene derecho de votar; pero ordinariamente da el voto que le mandan sus padres. No hay exemplar de que la juventud haya causado alboroto en estas respetables asambleas, en las quales no se arenga, sino que expuesta la proposicion en términos claros, levanta cada uno la mano, ó la tiene oculta. Si se duda de la pluralidad, fixan dos lanzas, que en la parte superior se tocan por el hierro. El número mas grande de esta parte ó de la otra es el que determina la decision. En las elecciones no hay partidos: los empleos de administracion y sus exercicios se aceptan para ser útil á la patria; porque como no hay sueldo no se solicitan: siendo la estimacion y el respeto los únicos emolumentos. Allí no hay ni Escribanos ni Notarios: por consiguiente apenas hay pleytos; y los que ocurren se despachan sin gastos, siendo las mismas partes las que alegan. En la menor riña se hace Magistrado todo ciudadano, y su orden basta para cerrar la boca abierta para las injurias, y suspender la mano pronta para el golpe. La desobediencia se castiga con dos multas, una para el Fisco por haber despreciado la ley, otra para el ciudadano por el agravio de no escucharle quan-

do exercia oficio de Magistrado. La igualdad y la inocencia su compañera, se mantienen en estos tres Cantones, porque allí no se conoce el luxo. Dichosos pueblos si nunca entrare en ellos.

La firme asociacion de los tres Cantones los aseguraba contra las pretensiones, siempre subsistentes, de los hijos y herederos de Alberto de Austria, que no perdian la esperanza de sujetar aquella República en sus principios; pero no atreviéndose á dirigir contra ella abiertamente sus tentativas, procuraban envolverla en trabajos para que pereciese por sí misma. A las ciudades vecinas, que todavía sufrían el yugo austriaco, las prohibieron el comercio con los Cantones, lo qual fue causa de una hambre, que sobrelleváron por su sobriedad y constancia; pero esto mismo desagradó á los que cumplian la ley contra su voluntad. Le parecio mal á la ciudad de Lucerna que la mortificasen en su comunicacion con los Cantones, y se quejó á los Príncipes austriacos, herederos del insaciable Alberto, de los quales se vió vasalla casi sin saberlo, como que su sujecion fue efecto de un convenio con el Emperador, que cedió el Canton de Lucerna á la casa de Austria.

Este tratado es muy conocido por el discurso de Gautier Malter, Magistrado de Lucerna, á sus conciudadanos: „Dos avaros mercaderes, dixo, el uno vendedor y el otro comprador, han traficado sin vergüenza sobre esta ciudad, sobre nuestros templos, murallas, Senado y derecho de ciudadanos: sobre nuestras personas y bienes; y para la última humillacion sobre nuestros privilegios y libertad. Estos dos mercaderes conviniéron en el precio: hiciéron y firmáron un contrato sin noticia nuestra; y quando ménos lo esperábamos, se nos vino á decir que habíamos mudado de Señor.” La conclusion de Malter fue, que no habia otro medio de redimirse de la infamia, sino juntarse con los tres Cantones, y hacer con ellos causa comun contra la casa de Austria. Aceptáron todos á una voz la proposicion. Solicitó Lucerna vivamente la alianza, y la consiguió con facilidad; obligándose á las condiciones que formaban el lazo de los tres Cantones primeros. Se añadió tambien que en el caso en que los tres Estados fuesen de diferente parecer, Lucerna se agregaria al lado de la pluralidad. Entró en la liga en 1335, y los tres Cantones la cediéron el primer asiento, sin que se pueda dar para esto otra ra-

zon que las atenciones de urbanidad y deferencia.

El Canton de Lucerna confina con Berna, Seleure, Basilea, Zurich, Zug y Schweits. Es católico, y su territorio tendrá quince leguas de largo y siete de ancho. La ciudad se levanta en anfiteatro, y está en las primeras montañas de los Alpes: tiene al pie el lago de su nombre, que lleva muchos peces, y es uno de los mas grandes de la Suiza. Debe Lucerna su origen á un monasterio, filiacion de la célebre Abadía de Murbach en Alsacia. Su gobierno es aristocrático, y solas las casas nobles ó patricias tienen entrada en el Senado, que consta de cien Senadores, y se llama el gran Consejo. Los asuntos particulares se despachan en el pequeño Consejo, compuesto de treinta y seis; pero quando se trata de asuntos generales, como alianzas, impuestos, compras y ventas de los bienes públicos, ó declaracion de guerra, tienen voto todos los ciudadanos; y en estos casos es el gobierno aristo-democrático.

Las vexaciones continuas de la casa de Austria, acostumbrada entónces á imponer pesado yugo á los que reconocian su dominio, diéron un nuevo aliado á los quatro Cantones.

Ya Zurich habia salido en gran parte del yugo por la reforma del gobierno; y un Caballero, llamado Roberto Brann, le hizo democrático, á pesar de los nobles, á los cuales dexó excluidos. Debe notarse que al mismo tiempo introduxo un panadero el mismo gobierno en Strasburgo. Los Zuriqueses nobles imploraron la proteccion de la casa de Austria; y esta no se negó á enviar socorros que pudiesen aumentar su poder en aquellos paises que echaba de ménos. El nuevo Senado de Zurich, asustado con los preparativos, recurrió á la liga helvética, fue recibido en ella en 1350; y como si fuera prerogativa haber llegado los últimos, diéron el primer lugar á los Zuriqueses. Por ser su ciudad la Chancillería de la República, acuden á ella en los asuntos comunes á todo el cuerpo, y los comunica á los demas Cantones. Quando se celebra la Dieta en lugar perteneciente á todos ellos, presiden los Diputados de Zurich; pero quando se convoca en alguna dependencia exclusiva de un Canton, el representante de este es el que preside. Zurich convoca á las juntas generales: recibe los Embaxadores y los Ministros extrangeros.

Está Zurich entre el Turgaw, Schweits,

Zug, los Bayliages libres y el Rhin. Es una de las ciudades mas opulentas y comerciantes de la Suiza, situada en un pais fértil y agradable á las orillas de un gran lago: tiene muchas manufacturas, y una academia en donde se cultivan felizmente las bellas letras: por último, tiene vastos arsenales con toda especie de armas. Rara vez sirven los Zuriqueses á los extranjeros, pues aprenden la guerra entre sí y para sí. El territorio es de veinte leguas de ancho, y otras tantas de largo. La religion protestante es la única que allí se profesa.

En este Canton, el mas poblado de la Confederacion helvética, es el gobierno aristo-democrático en esta forma. Quando falta un Magistrado se juntan por curias los ciudadanos, y eligen otro: en este punto es soberano el pueblo; pero estos Magistrados son perpetuos, y exercen absoluto poder; y en este sentido viene á ser una aristocracia. La forma de la eleccion es como se sigue: El xefe de la tribu ordena á uno de los miembros, sin haberle antes prevenido, que nombre el sugeto que tiene por capaz de desempeñar la plaza: este hace lo mismo con otros quatro, y á los cinco propuestos debe dar toda la tribu su voto por escrutinio. Los asuntos

díarios se deciden en un pequeño Consejo, compuesto de cincuenta y ocho, sacados del cuerpo del Senado; pero solo con que dos miembros juzguen que es asunto de gravedad, se remite sin mas exámen al gran Consejo.

Sin embargo de la ventaja que lograban los Zuriqueses por su alianza con los quatro Cantones libres; por la molestia de una guerra ruinosa, aceptáron una mediacion para terminar sus diferencias con la casa de Austria. Cortáron los árbitros por una cosa que no se habia sujetado á su juicio, decidiendo en general que ningun pueblo de la alta Alemania pudiese en adelante hacer alianza con los vasallos de la casa de Austria. Justamente eran los pueblos de la alta Alemania los Cantones que se habian hecho libres; y por consiguiente se prohibia á la República, compuesta de quatro Cantones, que pudiese aumentar el número con la alianza de otros estados. Despreciáron pues con indignacion esta ley prohibitiva, y no contentos con despreciarla, obráron directamente contra ella.

Cerca de los estados de Schweits y Uri, está el pequeño Canton de Glaris, situado en medio de los Alpes. El único pais habitable que tienen es un delicioso valle de nueve le-

guas de largo, muy estrecho: le limita un lago, y está rodeado de altas montañas cubiertas de perpetuo hielo. Los exâctores austriacos no cesaban de exercer en él las mismas vexaciones que habian causado la desmembracion de los Cantones republicanos. Estos, viendo que Glaris era la mejor muralla contra las invasiones alemanas, levantáron allí el estandarte de la libertad, y los pueblos maltratados le siguiéron con entusiasmo y suma gratitud. De este modo en 1351, año en que la República helvética se enriqueció con la opulenta ciudad de Zurich, se fortificó con el sexto Canton de las rocas de Glaris. La ciudad es una de las mas grandes y mas bellas de la Suiza: su comercio en ganados, queso y telas es seguro y considerable. Su gobierno es democrático en la misma forma que el de los tres Cantones primeros. Allí se profesan igualmente la religion católica y la protestante; pero esta tiene un tercio mas de sequaces. Unos y otros hacen los oficios en las mismas Iglesias, sin que la diversidad del culto cause la menor disputa. Los tribunales se componen de católicos y protestantes por mitad: no se permiten controversias en Glaris, porque en la sociedad se prescinde de ser católico ó protes-

tante, y los habitantes no tienen mas nombre que el de conciudadanos.

En 1352 se aumentó la liga helvética con el Canton de Zug, que fue el séptimo, debiendo los otros seis estos nuevos aliados al despecho de verlos muy afectos á la casa de Austria. Por ser tan decidida esta inclinacion resolvieron los Republicanos la invasion de este pais, temiendo que la casa de Austria se sirviese de su afecto para penetrar por los demas Cantones. Pusieron sitio á la ciudad; se defendieron los habitantes con valor; y viéndose estrechados, pidieron, antes de rendirse, que se les concediese la gracia de ir á exponer su infeliz estado al Soberano, y de ver si tenia intencion y poder para auxiliarnos. Alberto de Austria oyó á los Diputados con tanta indiferencia y frialdad, que indignados los habitantes de Zug, se rindieron, con la condicion precisa de ser admitidos á la Confederacion, y se les concedió. Este pequeño Canton, situado parte en los Alpes y parte en una llanura entre Zurich, Lucerna y Schweits, es fértil en trigo y vino. Sus habitantes son zelosos católicos: su gobierno ni es democrático ni aristocrático: es una confusion de leyes, costumbres y abusos tan extravagantes, como mal

entendidos. Entre ellos hay comunidades soberanas; las hay sujetas, y todo esto se conforma.

El indiferente Alberto, no bien habia perdido á Zug, por su culpa, quando se enojó en extremo, y envió sus exércitos contra los Zúriqueses para tomar venganza. Pusieron sitio á su ciudad; pero las hostilidades se convirtieron en negociaciones, que terminaron en un tratado, al qual faltó el Duque de Austria en todos los puntos. Se habia figurado que con sus intrigas conseguiria disminuir la República de los Suizos; y sucedió tan al contrario, que esta se redondeó con otro estado mas, que es el Canton octavo.

Los estados de Berna se habian formado en aquella parte de los Alpes que ocupaban en forma de República, y era por sí sola mas poderosa que la mitad de los siete Cantones reunidos. A los principios hacia oposicion á esta ciudad una liga de los Señores vecinos, de algunas ciudades envidiosas, y del mismo Emperador. Viéndose Berna acometida recurrió á la Confederacion helvética, y esta la envió tropas; pero el exército de Berna, á pesar de este socorro, se hallaba muy inferior en el número al de los coligados. Los Berneses,

estrechados de cerca, habian elegido un dictador, llamado Rodulfo de Erlach, el qual, aunque tenia ménos fuerzas, resolvió dar la batalla; y en el momento de llegar á las manos, hizo á sus soldados la siguiente arenga báquica y militar.

„Amigos y camaradas: todos los que aquí estamos nos hemos hallado muchas veces en la alegría de los convites, diversiones y bayles, y podemos darnos mútuos testimonios de que siempre hemos quedado como valientes. Hoy se trata de un asunto algo mas serio; pero si me creéis, le manejaremos con la misma alegría. No hay duda que en este juego envidamos lo mas amable que tienen los hombres, esto es, la honra, la libertad y los bienes: el punto está en asegurar la suerte con el valor. Solo se trata de repartir muchos golpes, y no temerlos, y de ser mas honrados que ese nublado de buytres, que solo se han juntado aquí para proporcionarnos mas despojos y mas gloria. Yo tomo sobre mí todos los riesgos de la aventura: esta es la sexta vez que me hallo en semejante apuro, y siempre, gracias á Dios, he salido victorioso, aunque mas por la buena voluntad que por el gran número de mis auxiliares. Espero pues, generosos conciudadana-

nos, que en este dia dareis á conocer que los Berneses no cuentan sus enemigos antes de la batalla; y yo por mi parte os haré ver que soy digno de mandar á los Berneses." Dicho esto, el Arcipreste Teobaldo, que tenia en una mano el Santísimo Sacramento y en otra la espada, les dió la bendicion. Tocáron al ataque; diéron sobre los enemigos; y la victoria mas completa coronó las esperanzas del valiente Erlach.

Dió esta victoria á Berna algunos territorios que se pusieron baxo su proteccion. Tenian estos por vecinos otros protegidos por la Confederacion helvética. Hubo entre los habitantes diferencias, que interesaron á las dos Repúblicas en sus querellas, que estaban ya para degenerar en hostilidades; pero conocieron que mas valia tratar que pelear, y que la union seria el medio de procurar una paz pronta y constante á aquellos pueblos limítrofes, los quales no teniendo quien los auxiliase en sus pequeñas disensiones, ellos mismos se concordarian. Estas consideraciones determinaron á los de Berna para desear que la liga helvética los admitiese, y á esta para recibirlos.

El aumento de este octavo Canton, tan



Alienta Erlach á los Berneses.

Estrechados los Berneses por vecinos poderosos, eligieron Dictador á Erlach el qual resuelto á dar batalla, aunque inferior en fuerzas, arangó con tal oportunidad á sus compatriotas, que alentados extraordinariamente, y recibida la bendición de su obispo, corrieron al enemigo, y lograron la mas completa victoria. No hay valor comparable al que infunde la persuasión de justicia.

considerable, dió mucho incremento al poder de la Confederacion; y todavía se distinguen estas ocho Repúblicas con el nombre de los ocho antiguos Cantones. Aunque Berna fue el último que se agregó, le cediéron el paso seis de los otros, colocándose por este orden; Zurich, Berna, Lucerna, Schweits, Uri, Underbal, Zug y Glaris, que son los que por ciento veinte y cinco años formáron el Cuerpo helvético. Estos hicieron juntos muchas conquistas: se les ofrecieron asuntos comunes y negocios, que unian tan frecüentemente sus intereses, que creyéron deberse juntar en Dieta, por medio de Diputados, en tiempos fixos. Los Príncipes, que han tenido que hacerles algunas proposiciones, se han habituado á enviar sus Ministros á estas juntas, que por costumbre han llegado á ser el centro de las negociaciones.

El territorio de Berna contiene, con corta diferencia, una tercera parte de la Suiza entre Lucerna, Uri, Underbal, Señorío de Basilea, Franco Condado, Neufchâtel, los estados de Austria, Soleure, la Saboya, Ginebra y el Valés. Por estos puntos de contacto se advierte la influencia que puede tener la determinacion de Berna, quando se tra-

tan intereses de la Saboya, la Italia, la Francia y la Alemania. El Canton de Berna es muy fértil, bien poblado y con ricas ciudades. No permite otra religion que la calvinista; pero sus habitantes son muy tratables, opulentos sin fausto, poderosos sin soberbia, y nobles sin presuncion. Los primeros maestros de sus hijos son los mismos padres, y lo primero que les enseñan es el amor á la patria y la sobriedad: pues allí se estima tanto la economía, que el ciudadano pródigo que disipase su patrimonio, se expondría á que el Senado le castigase con el destierro: y al hombre tan vil que es mal padre de familia, se le mira como mal ciudadano. Tiene Berna una academia, ricos hospitales bien administrados, arsenal bien provisto, y suntuosos edificios. Todas las fachadas de las casas pertenecen á la República; y uniformemente estan decoradas con arcos y soportales, que en todo tiempo ofrecen abrigo contra la lluvia, y los ardientes rayos del sol.

El gobierno es aristocrático: y hay una lista de blasones de las familias patricias, que son las únicas que tienen derecho á la entrada en el Senado ó gran Consejo, cuerpo que no debe tener ménos que doscientos miem-

bros, ni mas de trescientos. Se juntan dos veces á la semana, y deciden los asuntos grandes; porque los otros corresponden á un tribunal de veinte y siete, sacados del gran Consejo, que se congregan todos los dias á excepcion de los Domingos. Cesan estas autoridades los tres dias últimos de la Semana Santa. Entónces se establece un Consejo de quatro Bannereros de la República, y diez y seis Comisarios, que exâminan la conducta de los miembros del Consejo de los doscientos, y deben excluir á los que les parecen indignos; pero se dice que solamente se deshonra de este modo por desórdenes demasiado notorios, y que muchas veces prevalecen las consideraciones personales ó de familia sobre el rigor republicano. Ademas de los tribunales establecidos para los diversos géneros de negocios, hay en Berna un Magistrado encargado de velar sobre las costumbres, que propone las leyes suntuarias, y hace ejecutarlas. Este es la cabeza del Consejo, llamado de Reformation, que se ocupa sin cesar en el cuidado de oponerse á la introduccion de la frivolidad de las modas, de los adornos excesivamente vanos, de los grandes gastos de la mesa, y de los juegos de envite. Es famoso el

Senado de Berna por el secreto de sus deliberaciones, y la prontitud de la execucion.

Cincuenta años se pasáron en combates y treguas con la casa de Austria; porque, segun parece, no se dignaba de honrar á la liga helvética con una paz constante, ni con una guerra sostenida. No se pasó este tiempo sin intrigas, que al fin lleváron al cadalso á algunos traydores á la patria, que se dexáron seducir con promesas ó dinero. Merece notarse en el año 1370 la primera lucha de los Suizos con los Franceses. Empezó con motivo de que Enguerrando de Couci, entrando en los derechos de su madre, nieta del Emperador Alberto, reclamaba algunas tierras, invadidas, como él decia, por los Suizos en tiempo de su abuelo. Defendiéron los Suizos con felicidad sus posesiones; y despues de una sangrienta batalla, echáron de su territorio á los auxiliares de Couci.

De estas alternativas de paz y de guerra sacáron los Suizos la ventaja de tomar en todo sus precauciones, y se impusiéron una disciplina militar, digna de los Espartanos. La ordenanza de 1393 les prohíbe con pena de muerte que en ninguna de las circunstancias en que se hallen en la guerra se atre-

van á violar la santidad de las Iglesias ó atentar al honor de las mugeres. Tambien les manda defenderse unos á otros, y socorrerse como hermanos, aun quando anteriormente hayan tenido entre sí alguna contienda, y por grande que sea el riesgo á que los exponga este auxilio recíproco. Nunca dexarán sus filas en los combates por ningun pretexto, aun quando se sientan heridos mortalmente. Jamas el Suizo saqueará para sí solo, y se le manda llevar á la masa comun el fruto de la victoria. Por último, se obligáron los Cantones á no emprender guerra alguna, que antes no se hubiese propuesto en deliberacion en una Dieta general, y resuelto por consentimiento comun. Para evitar las sorpresas establecieron señales de montaña en montaña, que en un instante ponen en armas toda la República, y llaman á todos los hombres á los puestos indicados de antemano, á los quales llegan con las armas y provisiones necesarias, y sobre todo familiarizados con los exercicios militares, y abrasados de puro amor á la patria.

Los intervalos de descanso, ó suspension de hostilidades con la casa de Austria, sirviéron tambien á los Cantones para fortificarse, no con la agregacion de nuevos estados á

su liga, sino con la proteccion que concedieron á los estados vecinos dándoles el derecho de compatriotas. Este derecho los aficionaba á la liga helvética, la qual los pretegia sin otra dependencia que la deferencia y respeto de parte de los protegidos; pero sin abatimiento de sumision: tales fuéron los valles de Appenzel, vasallos pero vasallos oprimidos de la Abadía de San Gall.

El territorio de esta Abadía se extiende entre Zurich, Schafusa, el lago de Constanza y el Rhin. Su fundacion se retira hasta fines del siglo x. Un buen Escocés edificó una ermita en este Canton, y fue creciendo por la reputacion de su virtud y la de los solitarios que se le juntaron. Sigeberto, Rey de Austrasia, se habia casado con una muger impertinente y pependenciera: creyó su esposo, ó fingió creer, que estaba energúmena, y la hizo llevar á San Gall para que se librase del espíritu inquieto que la poseia. Sea qual fuere el medio de que se sirviéron los Monges para esta curacion, restituyéron la Reyna ya benigna y condescendente. Tuvo Sigeberto aquella mutacion por un grande milagro, y les dió una extension de terreno considerable al rededor de su ermita, siendo los valles de Appen-

zel la parte mas rica de esta donacion. Los Monges no supiéron conducirse bien con los habitantes: se subleváron estos, y con el auxilio de los Suizos se hicieron libres en 1418; pero no fue reconocida su independendia absoluta hasta mas de cincuenta años despues.

Friburgo entró con el mismo titulo de proteccion y confraternidad en la alianza de los Cantones; pero estos adquiriéron, con titulo de Soberania, la Baronia de Ostranges, que compráron en 1410. Por este mismo tiempo se pusieron los estados de Neufchâtel baxo la proteccion inmediata de Berna. Este Principado, que está al pie del monte Jura, en la orilla del hermoso lago de su nombre, confina con Basilea, el Franco Condado, y los Cantones de Berna y Friburgo: tendrá seis leguas de ancho por doce de largo, y está poblado de habitantes diestros, industriosos y cultos.

No hay constitucion semejante á la de Neufchâtel, porque es al mismo tiempo Principado y República; y aunque la República se dice estar sujeta, realmente no tiene en ella el Príncipe autoridad alguna, pues solo le dexa los honores con algunas demostraciones de poca importancia. Ella es la que en-

via sus Embaxadores: se trata de igual con los Soberanos, y se gobierna por un Consejo compuesto de quatro Nobles, quatro Alcaldes del campo, y quatro del pueblo. Este Consejo está subordinado al Senado, que se llama los tres Estados. El Gobernador, que representa al Príncipe, asiste cubierta la cabeza; pero allí no tiene derecho de opinar. Este Principado pertenece al Rey de Prusia, y de este modo el Monarca mas absoluto de Alemania tiene por vasallos los ciudadanos libres y Soberanos de Neuschâtel, cuya constitucion y leyes debe respetar. Allí solamente se habla el frances, y á excepcion de la Baronía de Landeron, no se permite otra religion que el Calvinismo.

El Valés se unió tambien con los Suizos en 1421, ó por mejor decir se hizo filiacion del Canton de Berna. Dicen los Valesianos que despues de haber sido libres, reconocidos por tales aun en tiempo de los Romanos, y gobernados al principio por el Obispo de Sion, que es su capital, se dexáron con el transcurso del tiempo dominar como vasallos; y aumentándose el poder temporal con la fuerza que le añadia el poder espiritual, se hubieran visto oprimidos á no haber-

lo estorbado los Barones de Razen, casa la mas considerable del pais. Por desgracia llegó á ser Obispo de Sion el hijo de un Baron de Razen; persuadió á su padre que le dexase libre el curso de sus pretensiones, y entónces se viéron los Valesianos expuestos á perder la poca libertad que les quedaba.

Habia entre ellos una costumbre particular. Quando algun habitante se habia hecho enemigo, ó muchos ciudadanos le tenian por pernicioso, ó culpado contra la patria, presentaban en cada casa una masa en que los que tenian á tal ciudadano por digno de proscripcion fixaban un clavo, y la masa guarnecida de clavos suficientes, la ponian delante de la puerta del proscripto. Esta señal valia por una sentencia: y advirtiendo por ella el Valesiano que le restaba poco tiempo para arreglar sus negocios, se ausentaba quanto antes del pais. Si tardaba, los mismos que habian fixado los clavos se juntaban, tomaban las armas, y arruinaban la casa; quando no les parecia mejor venderla al que mas diese, y repartirse el precio.

No atreviéndose los Valesianos al que hacia cabeza de la casa de Razen ni al Obispo, fuéron poniendo sucesivamente la masa delan-

te de las puertas de los partidarios de aquella familia: y quando ya viéron estos disminuido su poder con los destierros forzados, hallándose como aislado el Obispo, tambien huyó; y animados con el buen éxito pasieron los Valesianos la masa delante de un asilo, en donde la viuda del Baron de Razen, y madre del Obispo, se habia retirado á vivir tranquilamente con sus hijos sin mezclarse en los negocios. Esta madre, asustada, fue á dar sus quejas en Berna, en donde su difunto marido se habia hecho compatriota, y á vista de una persecucion tan injusta y porfiada se irritó la indignacion de los Berneses. Entraron de mano armada en el Valés, y lo llevaron todo á fuego y sangre. Otros Cantones protegieron á los Valesianos, á los cuales resultó una ventaja que no habian previsto: pues llegaron á formar una República, que sin ser uno de los miembros constituyentes del Cuerpo helvético, tiene no obstante con él la union mas estrecha.

Su territorio consiste en un valle de treinta leguas de largo sobre una anchura muy mediana, entre el Canton de Uri, la Saboya, el Milanesado, y el Canton de Berna. Le atraviesa por toda su longitud el Róda-

no, y le coronan altas montañas cubiertas de nieve, de las cuales nace este rio. En la falda de estos montes, en donde cesa aquel invierno perpetuo, hay deliciosas frutas, abundantes cosechas, y vinos de superior calidad, que consumen los mismos habitantes. Gustan de una vida acomodada; no tienen comercio ni industria, y profesan la religion católica. El gobierno es democrático; pero el Obispo de Sion, que es el primer Magistrado con el nombre de Conde ó Prefecto del Valés, recibe todos los honores como el Dux de Venecia, aunque tan sin autoridad como este. Le elige el pueblo, cuyos Diputados forman un Consejo supremo, que exerce el poder legislativo, y decide en los negocios públicos y en las causas particulares.

Los Cantones, despues de haber ayudado á los valles de Appenzel á sacudir el yugo de la Abadía de San Gall, recibieron en su alianza, por los años de 1450, á la misma ciudad de San Gall. Ya entónces vivia poco sujeta á la Abadía, y tenia un gobierno aristodemocrático, ó compuesto de los nobles y del pueblo, con un xefe llamado *el Burgomaestre*, que se muda todos los años. El territorio de esta República solo es de seis leguas

colocadas en las tierras de la Abadía. Este monasterio es magnífico: eligen los Monges el Abad, y de este modo el que antes era un simple Religioso, se ve repentinamente hecho un Soberano opulento. Habita en un palacio, y tiene una corte espléndida de Caballeros, que tienen empleos en su palacio. Los Monges que logran alguna dignidad, como son los secretarios, tesoreros y otros, participan de la suntuosidad, aunque unos mas que otros; y habrá como ochenta Religiosos del Orden de San Benito. La República, que consiste únicamente en la ciudad, es respetable por la prudencia de su constitucion, la autoridad de su policia, la vigilancia sobre las costumbres, la excelencia de las leyes suntuarias severamente observadas, siendo así que su comercio la da hombres millonarios. Sus Diputados en las Dietas helvéticas tienen la segunda clase entre los estados coligados de la Suiza. El Abad se sienta inmediatamente despues del Canton decimotercio.

En 1453, y en tiempo de Cárlos VII, se halla el primer tratado de los Suizos con la Francia, el qual ha servido de basa á quantos despues se han seguido. Se obliga el Monarca á no serles jamas contrario por sí ni por

sus vasallos, y á no dar auxilio, socorro ni consejo á los que intenten molestarles. Los habitantes y demas personas, de qualquiera calidad que sean, podrán siempre pasar por toda la Francia con sus equipages, bagages y armas, sin que se les impida ni perturbe, y comerciar en ella libremente. Luis XI se sirvió oportunamente del crédito que le daba este tratado entre los Suizos para ponerlos en armas contra Felipe el Atrevido, Duque de Borgoña, y deshacerse de este enemigo terrible. Debiéron los Suizos á su buena disciplina las tres victorias que consiguieron contra este Príncipe. En la batalla de Grandson en 1476 resistió su firmeza sin que pudiesen desordenarla los esfuerzos de un formidable cuerpo de caballería que pretendió romper sus filas. En Morat, y en el mismo año, atacaron los Suizos de firme á un ejército mas fuerte que el suyo, marchando á paso muy sosegado por un terreno, que con motivo de una fuerte lluvia estaba muy resvaladizo, sin apartarse un punto por los ataques que sobre sus flancos hacian los cuerpos de tropas apostados. Por último, pereció el de Borgoña, enemigo irreconciliable, en el año de 1477 en la batalla de Nancy, en la qual los Suizos no eran mas que au-

xiliáres, pero mas numerosos que los soldados del Duque de Lorena.

Luis XI pagó estos servicios indirectos con grandes privilegios á los Suizos militares y á sus viudas, y con exênciones de toda contribucion ó impuesto. Por entónces gozaban los Suizos de la mayor estimacion, y se presentaban en sus Dietas los Embaxadores de los Papas, y de los Emperadores de la casa de Austria, que habia renunciado á poder llamarlos vasallos suyos. Ellos eran los que dictaban los tratados é imponian la ley; pero tambien empezáron entónces á mostrarse codiciosos del dinero; las Potencias que mas les daban contaban con mayor seguridad con ver aumentarse sus exércitos; y su fidelidad á los Soberanos, que los daban sueldo, era proporcionada á la exâctitud en la paga estipulada.

En el tiempo de sus victorias se habia reforzado la liga helvética con dos Cantones católicos, el de Friburg y el de Soleure: el primero de los quales está entre el pais de Vaud, Neufchâtel, Berna y Sion; y el segundo confina con el Franco Condado por las gargantas de Porentrui, con Basilea, Lucerna, Berna y Neufchâtel. Se efectuó esta admision en 1480, por medio de un ermitaño, nombrado el Her-



Friburg y Solcure.

Después de aliarse con el canton de Berna los de Friburg y Solcure, consultaron con el hermano Nicolás su tratado: pero rompiéndole este ermitaño, decidió que fuesen admitidos como partes integrantes del cuerpo helvético; y así se llevó á efecto. Mas político que ellos el ermitaño les hizo ver que el influjo de alianzas parciales nada es en comparación de la union general de fuerzas é intereses.

mano Nicolas. Le llamaron á que decidiese sobre la legitimidad de una alianza entre Friburg, Soleure y el Canton de Berna. El Hermano Nicolas rompió el tratado, y sentenció que Friburg y Soleure, en lugar de ser aliados de Berna, debian ser recibidos como partes integrantes del Cuerpo helvético. Se puso en execucion su sentencia, y entraron como noveno y décimo Canton, con las mismas condiciones de union é intereses en paz y guerra que los ocho primeros, y conservaron su gobierno particular, como casi todos los otros, de aristocracia y de democracia.

La flemas alemana es la que con grande admiracion nuestra hace subsistir sin alborotos esta mezcla entre todos los Cantones; bien que á pesar de esta buena inteligencia, que parece sobrenatural, se han visto algunas veces los efectos de la antipatia inextinguible entre los dos Gobiernos; porque los Cantones en donde dominaba la aristocracia, han manifestado para con los Monarcas que los solicitaban una inclinacion que sobresaltaba á los demócratas. Sin division interior han tomado partido, segun sus pasiones, en las guerras extrangeras hasta el año 1499, en el que advirtió la liga helvética que no debia pelear sino por su pais

y su libertad; y así la guerra, llamada de Suabia, excitada por Maxímiliano de Austria, fue la última que los Suizos sostuviéron fuera de sus límites en cuerpo de ejército.

En 1501 formáron Basilea y Schafusa los Cantones once y doce, ambos protestantes. El primero confina con Schafusa, Lucerna, Soleure y la Alsacia, corriendo el Rhin entre los dos. El segundo es límite de Zurich, estando por medio la Tergobia, Principado soberano, que se han sorbido insensiblemente los dos Cantones que le tenían en medio. Lo mismo ha sucedido con otros pequeños estados, los cuales se han tenido por felices en verse aliados ó compatriotas de esta República quando antes eran vasallos de algunos Príncipes. Quatro años antes los valles de Appenzel, que solo tenían la proteccion, se habian asociado á la liga, y formáron el último Canton.

La resolucion, tomada por la Confederacion helvética, de no mezclarse en guerras extrangeras, solo miraba al cuerpo de la República; y cada Canton era libre en permitir que sus Suizos se alistasen en otras banderas, ó que juntasen sus estandartes con las de las Potencias beligerantes que mas les conviniere. Las guerras de Italia entre los Fran-

ceses, los Venecianos, los Papas, los Emperadores, los Milaneses, los Genoveses, y otros, abrieron una gran puerta á esta libertad de los Suizos de vender su valor, y consiguieron en aquellas expediciones inmortal renombre. Siempre será famosa la batalla de Marignan, sostenida por dos días enteros entre ellos y los Franceses. El resultado fue, en 1516, un tratado de alianza perpetua, qual debe concluirse entre naciones que se estiman. No obstante, debe notarse que todas las cláusulas útiles son á favor de los Suizos, los quales nunca han dexado de aprovecharse de sus ventajas.

Es muy del caso proponer el Cuerpo helvético como se hallaba á los principios del siglo XVI, y la naturaleza de los lazos que unian las diferentes partes; porque la Constitucion que entónces tenia se ha conservado hasta nuestros tiempos. Se compone desde luego de trece Cantones; y ademas de asociados, de confederados, de los que gozan privilegio de compatriotas, que no todos gozan del mismo grado de consideracion en el cuerpo principal. A algunos no los consultan en los asuntos generales: otros son llamados á las Dietas, se sientan y deliberan. Entre estos los de mayor

importancia son los Grisones, los quales ocupan el pais conocido antiguamente por el nombre de Rhetia, entre Glaris, el Tirol, el estado de Venecia y el de Milan. Estos forman una República poderosa por sí misma, la que dividida en dos partes, sin que se mande una á otra, y con dos Gobiernos diferentes conserva una union inalterable. La liga de los Grisones está unida por lazos de conveniencia y amistad con la liga valesiana, que como los Grisones se divide en dos asociaciones baxo una cabeza elegible que la representa en las Dietas. Mulhausen, Viena y Ginebra, de villas imperiales han llegado á ser aliadas de los Suizos. Neufchâtel, no obstante la soberanía del Rey de Prusia, goza tambien de este privilegio, y no sin utilidad suya. Otros pequeños países se mantienen por diferentes eslabones, unidos á la liga helvética, que es la diosa tutelar de su libertad.

Los movimientos que mortificáron á la Europa en el siglo xvi se sintiéron tambien en la Suiza. En él se levantó el herege Lutero; y quando ostentaba algun bien al género humano, librándole de los que él llamaba errores, causó mucho mayor mal, haciendo con su heregía degollarse los hombres: antes le

habia precedido Zuinglio, Cura de Zurich, con el pretexto de las indulgencias. Se excitó su indignacion, y quiso persuadir que el dogma de fe era erróneo. De aquí se empezaron las dudas sobre el poder de los Sumos Pontífices que las promulgaban: y despues se siguiéron las disputas de disciplina, principalmente sobre la naturaleza y obligacion de los votos. Las primeras discípulas, prosélitas de Zuinglio, fuéron unas religiosas de Zurich, que en testimonio de su confianza en la doctrina de este Predicador de novedades, saliéron de su convento, y las mas jóvenes se casaron. Zuinglio, aunque Sacerdote, y hombre de bastante edad, ó incomodado con el yugo del celibato, ó por animar con su exemplo, se casó tambien.

Estas novedades, que ya tocaban en la policia, merecieron la atencion del Magistrado. Los de Zurich aprobáron la conducta de su Cura y sus discípulos, y no solamente les pareció bien que sus opiniones se esparciesen en su territorio, sino que miráron mal á los de los otros Cantones, que con leyes prohibitivas retardaban los progresos de lo que ellos llamaban Reformation. Tomáron el recomendable nombre de Evangélicos, porque supo-

nian que entre ellos se hallaba la pura doctrina del Evangelio. Ya desde el año 1523 habian ganado los Zúriqueses á los Grisones, y á muchos particulares, en los Cantones vecinos. Los de los católicos, adonde no habia penetrado la supuesta Reformation, creyeron que se debian tomar vigorosas medidas contra el contagio que les amenazaba. Como eran mas numerosos declararon por excluidos del Cuerpo helvético á los Cantones que profesaban ó en adelante profesasen la nueva religion. Caia este anatema sobre Zurich, Berna, Basilea, Schafusa y Appenzel, en los quales ya se hallaban muchos *de los no conformistas*.

Con razon se les podia llamar así, porque acometiendo sucesivamente aquellos reformadores los puntos de la verdadera doctrina y de la Disciplina Eclesiástica, á medida que les iba desagradando, ni se conformaban entre sí sobre los principios, ni en el modo de probar y defender; porque Lutero no estaba de acuerdo en muchos artículos con Zuínglio; pero el reformador de Alemania rindió su carácter fogoso y activo por conseguir de los Suizos alguna condescendencia en las proposiciones en que se diferenciaban; y Zuínglio, siempre tenaz, por creerse justamente

persuadido, así como Lutero lo era por orgullo, nunca quiso convenirse con él. Las dos nuevas Iglesias siempre se quedaron divididas en un punto esencial, enseñando Lutero la presencia de Jesuchristo real y permanente en la Eucaristía; y no admitiendo Zuinglio mas que una presencia de opinion y momentánea, que él llamaba *Sacramental*. Con esta palabra eludia todo argumento sobre una presencia, que realmente no seria presencia.

Por otra parte tuviéron estas dos sectas el cuidado de no atormentarse mucho; y cada una desde su pais dirigió los esfuerzos principales contra la Iglesia romana, enemiga comun de las heregías. Sobresaltados los Suizos al ver la discordia que nacia entre ellos por la diversidad de opiniones, tuviéron la bondad de creer que las conferencias entre los Doctores de los dos partidos les restituirian la paz. Por el contrario, como si los que comienzan por disputas acabáran por aborrecerse, este solo fue el fruto de la conferencia de Marpourg en 1630, y del congreso de Brangarten. Miéntras disputaban los Doctores se estaban amenazando con los ojos los discípulos, y prometiéndose convencer con las armas á los porfiados que no querian ceder á la que mira-

ban como evidencia presentada por sus maestros; y con efecto, no tardaron mucho en llegar á las manos. Hubo en Cappel una batalla sangrienta de Berneses y Zuriqueses contra cinco Cantones, y murió en el combate Zuinglio. Sus partidarios, puestos en fuga, dexaron muchos muertos en el campo.

Este fue el único acto de notable violencia, que la diversidad de religion ocasionó entre los Suizos; y como avergonzados de semejante irritacion entre hermanos, volviéron de repente á sus sentimientos pacíficos, y casi en el instante que dexaron el campo de batalla, hicieron un reglamento que nunca han violado. Establecieron pues que los Cantones católicos y los protestantes jamas se mezclarian de modo alguno en lo que pasase entre unos y otros en punto de religion: que en los Cantones en donde hubiese las dos religiones vivirian juntos con buena inteligencia; que tendrian los reformados su templo, y no perturbarian á los católicos en sus fiestas y ceremonias. Los Ministros reformados y los católicos se abstendrian de ponerse nombres injuriosos. Por último, todo aquel que por causa de religion insultase á otro con palabras ó con hechos, seria puesto en la cárcel á pan y agua

por tres días y tres noches, pagando una multa: y los que no pudiesen pagarla estarían seis días. Las mugeres cumplirían con la mitad del castigo. No dudo que el ayuno á pan y agua, tan eficaz entre los Suizos, pudiera serlo también en otros países.

Ha habido pocas diferencias entre las coronas en los siglos XVI y XVII y hasta nuestros días, en que no se hayan hallado los Suizos, no como partes principales, sino como auxiliares y aliados reclamados por las Potencias beligerantes. Ninguna de estas dexa de desear tener en sus ejércitos batallones Suizos, aunque los paga caros, y por esto los acusan de que trafican con su vida y venden su sangre; pero injustamente es reprehendida una nacion, que por su constitucion prudente, su situacion, y la naturaleza del país, jamas ve en él mas que la sombra de la guerra; y para estar acostumbrada, en caso de realidad, va á aprenderla entre los otros pueblos. La nacion helvética es una de las mas felices del mundo: gracias á su valor, á la sabiduría de sus leyes, á su amor á la libertad, y gracias sobre todo á su moderacion. Como estan fortificados los Suizos por sus rocas, lagos y desfiladeros, acostumbrados á las armas y son de

carácter guerrero, si se vieran acometidos, pudieran defenderse contra todas las fuerzas reunidas de la Europa. Solo deben temer un enemigo, desconocido y despreciado en los pasados siglos, del qual se dice que ya empieza á contagiarnos con sus funestas influencias. Este peligroso enemigo es el luxo, que aseguran haberse introducido en los Cantones; y en llegando á corromper las costumbres, causará la ruina de la República, si los Suizos dexan de oponerle su antigua sencillez, prudencia y moderacion.

La Suiza, baxo la influencia de los Franceses, va dando actualmente una nueva forma á su gobierno, el qual cesa de ser federativo sin perder nada de la esencia republicana.

GINEBRA.

La República de Ginebra es una sola ciudad con muy corto territorio. Está situada en un promontorio en donde el Rodano sale del lago Lemán. Su historia ha dado provision á muchos volúmenes; pero cercenando lo que no puede importar sino á solos los ciudadanos, se reduce á intrigas interiores y á que-rellas con los vecinos, de las cuales extraeré

los hechos , que por su singularidad ó por otros motivos interesan y merecen la atencion.

Ginebra existia antes de Julio César , y era ya célebre y rica por ser paso frecuentado de los Gaulas para Italia. De los Vándalos y otros invasores del baxo Imperio pasó á los Borgoñones. En 1620 la dió Clotario cierta forma de gobierno; y á fines del octavo siglo celebró en ella Carlo Magno una junta de todos sus estados. Por entónces tenia Condes y Obispos , y los primeros no eran mas que Condes del territorio , y así se intitulaban Condes del Ginebrino. Gobernaba un Senado la ciudad , y este se valió muchas veces de la intervencion del Obispo contra las empresas de los Condes , lo qual dió á los Obispos tal poder en sus consejos que llegó á convertirse en potestad de autoridad. La sucesion de los Obispos es conocida desde el siglo XI , y muchas veces se verificó contra ellos la reaccion de los Condes , oponiéndolos el Senado á los Prelados quando estos se propasaban á empresas. Algunas veces diéron los Duques de Saboya la investidura de estos Condes á sus hijos segundos. Vivian estos Príncipes en la ciudad con mas honor que poder , y con solo esto se contentaban.

Senado, Duques, Condes, Obispos: un gobierno tan repartido y complicado no pudo ménos de producir muchos alborotos en el transcurso de los siglos; pero ninguno omitió el historiador de Ginebra. Este, si se le consulta, dirá, que quando empezó la religion protestante á apuntar en Génova, hubo partidos opuestos que se diéron nombres de facciones. Los católicos, sacrificados á la Saboya, fuéron llamados Mamelucos, sin duda por alusion á la antigua soldadesca egipcia, que siendo libre en su origen se habia hecho esclava de los Sultanes. Los protestantes se llamáron Eignots, palabra alemana, que significa confederados por juramento, y de ella se formó el nombre de Hugonotes; y así esta denominacion, que se ha esparcido en toda la Europa, viene de una mediana ciudad situada al pie de los Alpes. El mismo historiador habla de los *Caballeros de la cuchara*, asociacion de algunos malcontentos, que sorprendidos por los Genoveses en un dia de campo, comiendo la sopa con cucharas de palo, y burlados por ellos, juráron que habian de precisar á los burladores á que hiciesen lo mismo, y llevaban una cuchara al cuello en señal de confraternidad. El Duque de Saboya



Los Caballeros de la cuchara.

Se prendidos y burlados por los genevros algunos malcontentos, quiebrinos á quienes hallaren comiendo la sopa con cucharas de palo, juraron obligar á lo mismo á sus burladores; y asociándose para ello, adoptaron por insignia de su confraternidad una cuchara al cuello, llamándose Caballeros de la cuchara. Las burlas impertinentes rara vez han dexado de producir serias consecuencias.

los llevó á su partido despues de los Mamelucos; pero no tuvo conseqüencia aquella especie de caballería.

Un motivo de mas peligrosos disgustos circulaba entre los Ginebrinos. Su situacion entre la Suiza y la Francia ha hecho que las nuevas heregías, esparcidas en los dos estados, se hayan detenido entre ellos al paso, fixando allí su domicilio, en términos que ya se llamaba Ginebra la capital de la reforma. Conservan preciosamente los nombres de sus primeros Apóstoles, Guillermo Farel y Antonio Saunier, que se introduxéron en Ginebra por intervencion de los Berneses, zelosísimos reformadores, y Antonio Floment, hombre jóven y divertido, que con el pretexto de enseñar á leer y escribir logró la introduccion en las casas, y tenia talento particular para insinuarse con las casadas y las doncellas.

Fingian los Magistrados no estar contentos con tales maestros; pero se sonreian de ver sus adelantamientos, y así los desterraban y los dexaban volver. No estaba el Clero contento con una conducta tan equívoca, armó á los mas zelosos, y ya estaba para llegar á las manos; pero con la mediacion de los Magistrados todo se apaciguó. El convenio que hicié-

ron favorecia mas á los reformados , pues no los echáron de la ciudad ; y no cerrar la puerta á los introductores de novedades es lo mismo que abrirla y convidarlos. Acudiéron en tropel principalmente de la Francia , en donde los perseguian. Se hicieron en Ginebra tan poderosos que viéndose el Obispo en la ciudad , casi sin ovejas , la dexó , y se llevó el Cabildo á Gex. Este fue el pretexto del Duque de Saboya para querer sorprehender á Ginebra y apoderarse de ella ; pero sin otra intencion , decia , que la de restablecer el Prelado. Despues se ha conocido que estos Príncipes en sus tentativas trabajaban mas por sí que por la religion. Los Obispos trasladáron su silla á Anneci , en donde todavía permanecen.

Entre los predicantes , que fuéron de Francia , se hallaba el famoso Juan Calvino ; y apénas llegó quando dió á conocer su carácter dominante. Las disputas que tuvo con sus cohermanos diéron nueva energía á los católicos ; y cansados los Magistrados de las contiendas de sus nuevos Doctores , se volvian á la antigua religion , y expeliéron á todos los introductores de novedades indistintamente. Se retiró Calvino á Strasburgo , en donde juntó una pequeña Iglesia muy sumisa admirado-

ra de sus opiniones; y así sintió dexarla quando mudada la faz de los negocios en Ginebra, le volviéron á llamar en 1539. Tomo en aquella ciudad absoluto imperio, y llegó á ser como el Dictador de la República. Nada se hacia sin consultarle: y con su severa disciplina cerró las tabernas, suspendió los juegos, interrumpió los bayles, y prohibio los espectáculos. Si solo se le considerara como político seria preciso alabarle; pues manteniendo correspondencia con los protestantes mas distinguidos de Europa, por la estimacion que le daban estas conexiones, atraxo á Ginebra las mas útiles manufacturas, los artistas mas industriosos, y aumentó considerablemente el comercio de la ciudad.

Tambien pudiera mirarse por el lado de la política la intolerancia de Calvino; porque su pensamiento fue, que una República tan estrecha, y de tan poco poder por sí misma, no podria mantenerse mientras conservase en su seno la semilla de la disension en la diferencia de religiones; y así le pareció que no habia otro medio para extirpar estas raíces sino el extremo rigor. No obstante, en el castigo de Miguel Cerbet, aquel Catalan que fue quemado como ateaista, se reconoce la influencia

del carácter de Calvino, que le tenia duro, tenaz, é inflexible, como le tienen ordinariamente los hipócritas. Este Patriarca del calvinismo murió en Ginebra en 1564, habiéndola hecho centro de su falsa religion, y crigido en ella el famoso colegio de ciencias, en donde fue profesor él mismo.

Desde el fin del siglo xvi han sido frecuentes las empresas de los Duques de Saboya sobre Ginebra, ya por medio de conspiraciones tramadas en secreto, y ya con fuerza abierta. De las primeras se libraron los Ginebrinos con una exâcta vigilancia, y de la fuerza con el auxilio de la Suiza y de la Francia. Algunas veces tuviéron bastante con sus propias fuerzas, y castigáron severamente los atentados contra su libertad. En 1602 intentó el Duque de Saboya escalar á Ginebra con las medidas tan bien tomadas que debian asegurar el buen éxito, y no lo consiguió por una especie de prodigio. Ahorcáron los Genoveses sin misericordia, como á ladrones, á todos los soldados y oficiales de quienes pudiéron apoderarse, y entre ellos hubo muchos hombres distinguidos. Este fia han tenido hasta ahora todas sus tentativas.

La constitucion de Ginebra ha sufrido in-

finitas variaciones. Sobre este punto se ha escrito mas de lo que se necesitaria para gobernar una grande monarquía. Se puede decir que su gobierno es aristocrático, y al mismo tiempo democrático y aristocrático, porque gobiernan dos Consejos compuestos de familias privilegiadas; y es democrático por ser el pueblo el que elige y nombra los Consejeros. El último reglamento que ha fixado la forma de las elecciones, y los límites del poder de todas las magistraturas, es el de 1768, baxo la garantía de la Francia y de sus laudables Potencias, el Cuerpo helvético.

El Ginebrino es activo, ingenioso, propio para las ciencias y las artes: obrero, industrioso, médico, económico, y muy sutil para todo género de ganancias. El genio republicano sigue á los Ginebrinos en todos estados y en todos los períodos de su vida. De aquí es que le inspiran á quantos tratan con frecuencia, y si llegan á tener empleo de gobierno en algun reyno, procuran hacer que domine este mismo espíritu. Nacen compatriotas como los judíos, se socorren unos á otros en todas partes, vuelven muchas veces como ellos los ojos á su Jerusalem, y la ven con mucho gusto; pero van á disfrutarla á otras partes. Los

Ginebrinos por lo general, aunque estan colocados entre los Franceses, los Italianos y los Suizos, nada toman de estas tres naciones, porque hacen otra aparte; y esta misma singularidad será tal vez una de las principales causas de la duracion de su República. Ultimamente, acaba de incorporarse con la Francia, y es parte de ella con título de Departamento.

ALEMANIA (COMO IMPERIO).

Entre todas las regiones de Europa es la Alemania la que ofrece las mas interesantes variedades, y aun las mas complicadas, especialmente en lo político. Se diferencia extraordinariamente de lo que fue en la antigüedad. Estaba cubierta de bosques, y no tenia mas que cabañas dispersas y cierta especie de madrigueras, en las quales vivian mezclados habitantes y animales, pero al presente abunda de ciudades opulentas, llenas de pueblo muy numeroso y civilizado.

En Alemania se hallan todos los climas, todas las producciones de la naturaleza y sus variedades. Son los Alemanes, por lo general, vigorosos, de alta estatura, sencillos, laborio-

sos, fieles, valientes, propios para la guerra; pero al mismo tiempo se dice que son mercenarios, y dados al pillage. Son firmes en la religion que abrazan, lentos en los consejos, y constantes en la amistad: disimulados en sus enemistades, desconfiados, sospechosos, apasionados por los placeres de la mesa, y mas indiferentes á los del amor. Las mugeres son tan naturalmente castas, como si lo fuesen mas por hábito que por virtud.

Los Alemanes adelantan en las ciencias, tanto por su aplicacion como por su ingenio: son poco vivos, de mucha paciencia y compiladores infatigables. No les es extraño objeto alguno de los humanos conocimientos. Tienen universidades, academias, sociedades literarias, y la medicina, botánica, cirugía y metalurgia les deben muchos descubrimientos y progresos.

En las artes útiles perfeccionan muy bien, pero inventan poco: son trabajadores, tan aplicados, que no les asustan ni detienen las tareas mas penosas y de la mayor duracion. No les faltan las artes agradables, como la pintura y la escultura: su música tiene estimacion. La situacion de la Alemania en el centro de la Europa, y los rios que la atraviesan, lla-

man á ella el comercio; pero algunas veces se entibia por la variedad de lenguas, y los muchos estados pequeños, cuyos intereses se oponen.

A la Alemania llaman el Imperio por excelencia: el Imperio romano, aunque Roma no pertenece á él; y por último el Imperio germánico. Despues de la conmocion que padeció la Europa en la disolucion del Imperio romano, no se consolidó el de Alemania, no tuvo límites fixos, ni dió regularidad á su gobierno hasta principios del siglo vi. Hasta entonces habia estado en forma de monarquía en manos de los descendientes de Carlo Magno; y despues ha quedado una República federativa de Soberanos; y entre los muchos estados que la componen, unos son mas poderosos que otros. Algunos hay casi imperceptibles que se confunden en la multitud, y no exísten libres sino por la proteccion, mas por ser ménos conocidos no son ménos felices. La religion es mixta, la católica y la protestante dominan; pero se hallan allí todas las sectas. En los estados católicos, la iglesia y la nobleza son casi los únicos propietarios, y los paisanos son siervos, ó se ven obligados á unas ocupaciones que se acercan á la ser-

vidumbre; y por consecuencia de este abatimiento de los pueblos los nobles son imperiosos, zelosos de sus prerogativas, infatuados en su nacimiento, grandes genealogistas, infatigables cazadores, é inexôrables en el castigo de los que sin permiso se atreven á disfrutar este placer, porque le miran como privilegio exclusivo de su órden.

Desde el año 919 es electiva la corona; pero ha habido mucha variedad en la forma de la eleccion. Esta pertenece actualmente á nueve Electores con exclusion de los otros Príncipes. La Dieta de eleccion se celebra en Francfort, y la coronacion, si se puede, en Aquisgran. Si el Emperador no tuviera soberanía en propiedad seria su poder muy poco; porque no solo los Electores, sino casi todos los Príncipes, gozan en su casa de los derechos de Soberanos sin apelacion. Entre ellos el Emperador no es mas que un como Magistrado supremo conservador de las leyes. Sus Chancillerías son los depósitos de ellas, y las Dietas y Cámaras imperiales; pero los órganos son los Consejos áulicos. Se presentan en ellos los negocios con formalidades tan simétricas, que hacen las decisiones en extremo lentas. Si este coloso cayera en masa sobre los

estados vecinos, pudiera oprimirlos á todos; pero es difícil que las partes que componen este grande cuerpo se reunan con toda prontitud; por lo que se le puede oponer una resistencia suficiente y rechazarle á sus límites.

Los Reyes de Francia, sucesores de Cárlo Magno, conserváron el derecho de sucesion hasta la muerte de Luis IV en 912, y entonces salió el Imperio de la casa de Francia por la debilidad de Cárlos el Gordo, que reducido á un corto dominio no pudo hacer valer sus derechos sobre la Germania. Juntándose pues los Principes y nobles Alemanes en Worms, diéron la corona á Oton, Duque de Saxonia: este no la admitió á causa de su mucha edad; y por una generosidad, que no es comun, propuso con recomendacion á Conrado, Duque de Franconia y de Hesse, con quien estaba desavenido, pero á quien miraba como á un Príncipe de mérito: y el voto de Oton ganó todos los otros para Conrado. Su reynado padeció inquietudes por la desobediencia de algunos Señores, á quienes sujetó, y por las pretensiones de Henrique, hijo del Duque de Saxonia, su bienhechor. Sin embargo de sus desavenencias no dexó Conrado de reconocer el mérito de este Príncipe, así

como respecto de él lo habia hecho Oton. Estando para morir le recomendó á los Príncipes y Estados congregados como la persona mas propia para sucederle. Aprobáron su eleccion; y Conrado antes de morir envió, por medio de su hermano, á Henrique la corona, el cetro, la lanza, la espada, y los ornamentos imperiales.

A este Henrique le llamáron el Paxarero, porque gustaba mucho de la caza de volateria; pero mejor hubiera sido darle un sobrenombre que indicase su moderacion y su talento para conciliar los espíritus. Por su moderacion no quiso recibir la honra que el Papa le ofrecia de coronarle en Roma. Para sujetar los pueblos de Italia, si no rebeldes á lo ménos poco dóciles, necesitaba enviar allá grandes fuerzas; pero tuvo por mas acertado emplearlas en restablecer su autoridad en Alemania. Su talento de conciliacion se vió en que se valió mas de la persuasion que de las armas. Se portó tan bien que los Grandes le prometieron, que muerto él, pondrian en el trono á su hijo Oton, y le cumplieron la palabra; pero este hijo no les dió motivo para arrepentirse. Siendo ya las circunstancias mas favorables, fue á coronarse en Roma, é hizo

respetar su autoridad, no solo en aquella capital del pueblo christiano, sino tambien de toda Italia. No le faltaron á Oton I pesadumbres domésticas; pues por instigacion de malos consejeros se subleváron su hermano Henrique, y Ladolfo su hijo menor, á quienes venció, y perdonó. Antes de su muerte tuvo influxo para hacer que nombrasen para el Imperio y coronasen á su hijo mayor Oton II.

Al padre de Oton le habian llamado el Grande; pero á él le diéron el nombre de Sanguinario, porque jamas economizaba la sangre quando se creia autorizado para derramarla. Hizo correr con abundancia la de los Beneventinos y Romanos, que le abandonáron en una empresa contra los Sarracenos, porque trató de traycion su desercion, y la castigó cruelmente. Su reynado se pasó en guerras contra los Esclavones, los Dinamarqueses, los Polacos, los Suecos y los Húngaros, naciones apostadas á las fronteras, como los combatientes, que en las barreras de una palestra estan prontos para entrar así que se abre. Contuvo sus asaltos Oton, y los rechazó. En esto le imitó Oton III su hijo, llamado el Niño, porque subió al trono á los doce años de su edad. Este tuvo una muger libertina, que picada por

haberla despreciado un Señor, á quien solicitaba, le acusó en despique de haber atentado contra su honor. El marido, por falta de examen, condenó precipitadamente al galan á muerte; pero habiendo reconocido su error, hizo quemar viva á la calumniadora. Quedó viudo, y faltó sin embargo á la palabra dada á una viuda, á quien habia seducido con promesa de matrimonio. Ella se mató con veneno, y él murió jóven sin sucesion.

Por voto de los Electores le sucedió Henrique, Duque de Baviera, en cuyo tiempo se vió el primer exemplar de Príncipes borrados de la lista del Imperio, por no haber obedecido á los decretos de la Dieta Germánica. Las guerras que le fue preciso sostener le cansáron de tal modo, que por dos veces quiso renunciar el Imperio. En la primera continuó á solicitud de sus vasallos; pero en la segunda llevó mas adelante su proyecto de abnegacion, y determinó hacerse monge. El Abad, á quien se dirigió, manifestó prestarse á su deseo, y le recibió en calidad de hermano lego, con la condicion de que le obedeceria en todo: lo prometió así el Emperador, y entónces dixo el Abad: „Ahora bien: yo os mando que continueis en manejar las riendas del Gobierno

del Imperio." Acerca de la Emperatriz, su esposa, merecen notarse dos cosas: La primera, que la tuvo por sospechosa de infidelidad, y ella se purificó por la prueba del fuego: la segunda, que estando el Emperador para morir, llamó á los parientes de la Princesa, y les dixo: „Virgen me la entregásteis, y virgen os la vuelvo." Si por tan buena conducta mereció el nombre de Santo, tambien se le debe este título por la piedad con que donó á la Iglesia muchas riquezas.

Sucedió por eleccion Conrado, Duque de Franconia, y le llamáron el Sállico por haber nacido en las riberas del rio *Sala*. Habiéndose hecho coronar en Roma para conservar el cetro imperial en su casa, se coronó tambien en Aquisgran su hijo Henrique III, por sobrenombre el Negro. Este, muerto ya su padre, exerció la autoridad soberana en Roma; pero allí se vió reducida á estrechos límites por la destreza de San Gregorio VII, en cuyo tiempo era corriente la opinion de que al Papa debian estar sujetos los tronos.

Tuvo Henrique IV una juventud desarreglada y fogosa; y habiendo perdido la estimacion pública en sus primeros pasos, no pudo recobrarla despues en edad mas avanza-

da; sin embargo de haber sido valiente, buen General, y versado en los negocios.

Quando ya se habian vinculado en las prelacías fundos de tierra, los titulados que llegaban á verse tales por eleccion ó de otro modo, puestos en posesion del exercicio de sus funciones espirituales por la potestad eclesiástica, para gozar de los bienes de su título, necesitaban la investidura de lo temporal, dada por la potestad civil; y la costumbre era poner á los Arzobispos, Obispos ó Abades en posesion de sus propiedades, con la entrega del báculo pastoral y el anillo. Se presentaba pues el electo, y en audiencia pública se le entregaban estas señales características de su dignidad, que significaban el pleno goce de sus emolumentos y derechos útiles. Esto es lo que se llamaba *dar y recibir la investidura*.

Pareciéndoles á algunos Prelados que presentarse para esta ceremonia á los Emperadores era profanar su carácter, no quisieron conformarse con el uso; y los Emperadores lo miráron como prerogativa de su corona. Se suscitaron por esta causa muchos debates en Italia; pero mas en Alemania. Todos terminaban regularmente en perjuicio de los Prelados,

porque los condenaban á alguna multa para el fisco, ó ellos para entrar pacíficamente en la posesion útil hacian presentes al Emperador y sus Ministros; y por estas retribuciones eran muchas veces acusados de simonía, tanto los Prelados que las daban como los Príncipes que las recibian.

San Gregorio VII, con motivo de las quejas de algunos Prelados, cuyos bienes permanecian en manos del Emperador Henrique IV, porque no se habian sujetado á esta ceremonia, mandó que Henrique los entregase al electo, sin darle la investidura, prohibiendo al mismo tiempo á los Prelados que la pidiesen. Reclamó el Emperador contra este decreto, amenazando que sostendria su reclamacion con las armas: le excomulgó el Sumo Pontífice: rompió el fuego de la guerra en toda la Alemania con el furor que es regular en estos casos: y empezó á titubear la fidelidad de los pueblos con la explosion del rayo. Ya se vió Henrique á punto de ser abandonado; y creyó que no podria preparar la eleccion de otro Emperador si no daba algun paso de humillacion. Convocó pues á los Señores á Oppenheim, y en asamblea pública confesó las irregularidades de su juventud, pi-

diendo á los asistentes que las olvidasen, y prometió portarse mejor en adelante; pero insistiendo siempre en dar las investiduras, San Gregorio VII reagravó la excomunion. Henrique, para deponer á San Gregorio VII, puso en su lugar un Anti-Papa; pero con este escándalo le abandonáron de tal modo sus vasallos, que se vió precisado á ceder al Pontífice, y pedirle personalmente perdon en el castillo de Canosa con las ceremonias de la antigua penitencia pública.

¡Extraña es la inconstancia de los pueblos! Los mismos que le habian abandonado, porque no se sujetaba al Papa, y hasta los mismos Italianos se alborotáron por su humillacion, y no pudo ganar sus corazones sino revocando, por decirlo así, su arrepentimiento. Entónces San Gregorio hizo elegir Emperador á Rodulfo, Duque de Suabia. Este Rodulfo murió en una batalla: echáron de Roma á San Gregorio, y murió fuera de su capital. No por esto fue Henrique mas venturoso; porque aunque derrotáron á Herman, Conde de Luxêmburgo, á quien favorecian los afectos al Pontífice, no faltó quien suscitase contra Henrique á Conrado, su propio hijo; pero el Emperador creyó dar un gran

golpe de política, oponiendo á aquel hijo ingrato á Henrique su hijo segundo, y haciéndole elegir Rey de Romanos. Este hijo menor, mas peligroso que Conrado, que ya habia muerto, se entregó á los enemigos de su padre, é instigado por ellos tomó el gobierno con título de Rey de Romanos, y con el pretexto de la opinion que entónces corria de que los pueblos podian negar la obediencia á su Rey excomulgado, y que el Imperio estaba expuesto á caer en confusion por la anarquía.

Muchos Señores no adoptáron estas razones de tranquilidad pública, que el hijo procuraba esforzar para reynar en lugar de su padre, y se unieron con el Emperador. Viéndose con pocas fuerzas el Rey de Romanos fue á Coblentza á pedir perdon á su padre, y este se le concedió; pero él tuvo ardid para persuadir al crédulo Henrique que despidiese su ejército; y viéndose el pérfido con superiores fuerzas, hizo arrestar á su padre, y le puso con buena guardia en el castillo de Berguenhein, cerca de Maguncia. Miéntras le tenia preso congregó una Dieta de sus partidarios, y mandó declarar solemnemente la deposicion de su padre. Los Arzobispos de

Maguncia y de Colonia fuéron diputados para ir á notiñcarle la sentencia y pedirle la corona y demas ornamentos imperiales.

Sorprehendido el anciano Emperador preguntó por qué le trataban así; pero ademas de recordarle su mala conducta, empezando por su juventud, le diéron en rostro con que habia introducido un cisma en la Iglesia, eligiendo un Anti Papa, y con la simonía de haber puesto en venta los Obispados: „¿Yo, dixo el Emperador, he puesto los Obispados en venta? decidme ¿qué es lo que yo os he pedido por las dignidades que ahora gozais, con ser los mejores beneficios que estaban á mi disposicion? Bien sabeis que poniéndolos en venta pudiera haber llenado mis cofres; pero os los di gratuitamente. ¿Así correspondeis á mis beneficios? ¿Quereis ser del número de aquellos ingratos que levantan sus manos contra su Señor natural, con desprecio del agradecimiento que le deben? Ay de mí, que empiezo á rendirme al peso de los años y del dolor. Ya estoy para concluir mi carrera mortal; dexadme acabar en paz el poco camino que me resta, y no terminen la vergüenza y la miseria una vida en otro tiempo tan gloriosa.”

Los Prelados, constantes en su resolucion,

insistiéron en que el Emperador les dexase cumplir con su comision en todas sus partes. Se revistió pues de los ornamentos imperiales: tomó asiento en una silla ostentosa, y les habló así: „Ved aquí las insignias de la soberanía que recibí de Dios y de los Príncipes del Imperio. Si provocais la indignacion del cielo, y la eterna censura de los hombres, hasta el término de atreveros á poner las manos en vuestro Soberano: podreis despojarme violentamente de estos ornamentos porque me hallo sin fuerzas para rechazar este insulto.” Los Obispos le quitáron la corona y el cetro, le hicieron baxar de su silla, y le despojáron de las vestiduras Reales.

Durante esta escena de abatimiento exclamó el Emperador, bañados sus ojos en lágrimas: „Gran Dios, tú eres el Dios de las venganzas, y castigarás este ultraje. Confieso que he pecado, y que he merecido esta vergüenza por los extravíos de mi juventud; pero no dexarás de castigar tanta ingratitude é insolencia.” No contento el jóven Henrique con esta renuncia forzada, hizo que su padre compareciese en una junta de Príncipes adictos á sus intereses para exígir de él una resignacion que pareciese voluntaria, y que hizo

por no ser posible dexar de hacerla. Confesó sus culpas como otras veces, concedió que le hacian descender del trono justamente, pidió perdon á los asistentes; y arrojándose á los pies del Legado apostólico, le suplicó que le absolviese y le relevase de la excomunion." El Legado respondió: „Que no tenia potestad para ello, por ser este derecho reservado al Sumo Pontífice." Alcanzando á ver entre las gentes á Gerardo, á quien acababa de nombrar Obispo de Spira, le suplicó Henrique que para su subsistencia le concediese un Canoncato en su Catedral. Aquella Catedral la habian edificado y dotado sus mayores; y no obstante dixo Gerardo: „No os le puedo conceder hasta tener permiso del Pontífice." A esta respuesta empezáron á caer de sus ojos abundantes lágrimas, y dixo á los circunstantes: „Ay de mí, queridos amigos, compadeceos de mí, que me hallo herido de la mano de Dios."

Para colmo de su desgracia le mantuvo preso el nuevo Emperador; se huyó de la prision, y pasó á Flandes, en donde pudo levantar un ejército; pero antes de conseguir algun suceso decisivo, murió en Lieja en el mismo año de su deposicion, y fue enterrado magníficamente en la Catedral. Su hijo,

fiel á sus principios, le hizo desenterrar por-
que estaba excomulgado, y depositarle por
gracia en una pequeña capilla. Era este Prín-
cipe inclinado á la clemencia; y aunque de ca-
rácter vivo, fue en sus desgracias un modelo
de paciencia y resignacion; y perdida una vez
la estimacion de sus vasallos, nunca pudo re-
cobrarla. Exemplar terrible de la influencia
que sobre toda la vida tienen algunas veces
las culpas de la juventud.

En sus primeros años se portó bien Hen-
rique V con el Clero; pero sin ceder en el
punto de las investiduras, que fuéron motivo
de la disputa entre él y Pascual II. Procuró
atraer al Papa á una conferencia en que to-
do se arreglase; pero temiendo el Pontífice que
le armasen algun lazo, se puso baxo la pro-
teccion de la Francia, adonde se retiró; y con
las seguridades convenientes volvió á Italia. Le
siguió Henrique allá, precediendo una magní-
fica embaxada, que ofrecia al Soberano Pontí-
fice un Concordato ventajoso. Le recibió el Pa-
pa en Roma, y se acomodó á la voluntad de
Henrique; pero los Prelados italianos sublevá-
ron al pueblo. El Emperador, que habia en-
trado en Roma casi solo, llamó su ejército,
prendió al Papa y á los Cardenales, y despues

empezaron á tratar. Se ratificó el Concordato en una Misa solemne, y en señal de reconciliacion el Papa dividió la hostia en dos partes, y consumiendo la una, comulgó á Henrique con la otra. De este modo consiguió el Emperador quanto deseaba sobre las investiduras; y como habia privado á su padre de los honores de sepultura eclesiástica, por lo mismo que él habia disputado, pasó por Lieja, y dispuso hacerle magníficos funerales. Aunque despues en Roma los Cardenales y Obispos diéron por nulo el tratado que concedía al Emperador las investiduras; el Papa Pascual no quiso firmar esta resolucion. Volvió Henrique á Italia, creó Anti-Papa á Burdino, Arzobispo de Praga, y se hizo coronar Emperador por sus manos; pero llamándole á Alemania algunos alborotos, dexó al infeliz intruso á discrecion de Calixto, sucesor del Pontífice Pascual, que le hizo encerrar.

Por último, cansados ya todos de estas disputas entre el Sacerdocio y el Imperio, llegaron á una seria composicion, y quedó arreglado que en adelante diesen los Emperadores la investidura de lo temporal, no por medio de la cruz, el báculo pastoral y el ani-

llo, sino presentando al provisto su cetro, y tocándole y besándole este respetuosamente. De este modo tuvo fin esta discordia, que pudiera muy bien haberse cortado así antes de inundar de sangre la Italia y la Alemania. Henrique V no sobrevivió mas que tres años á esta composicion. No puede negarse que era gran político; y á no ser por la conducta que observó con su padre, conducta desnaturalizada y falta de toda piedad, de que dicen se arrepintió despues, se le pudiera poner en la clase de los Emperadores que honraron la diadema.

Escogieron los Electores, despues de él, á Lotario, Duque de Saxonia, el qual tuvo por concurrentes á dos sobrinos del difunto Emperador, á quienes él obligó á abandonar sus pretensiones. Reconquistó Lotario los dominios de Italia, que se habian subtraido del Imperio, y fue coronado en Roma. Reynando Conrado su sucesor se halla el origen de las palabras Güelfo y Gibelino, tan famosas en la Italia y la Alemania. Si no se supiera que muchas veces pelean y se matan los hombres mas por las palabras que por las cosas, no podria ménos de admirarse el mundo de las muertes y estragos que estas dos palabras causaron.

Güelfo, hermano de un Duque de Baviera, que estaba en guerra con el Emperador, sitiado en el castillo de Weinsberg, dió por palabra de órden á sus soldados su propio nombre *Güelfo*. Federico, Duque de Suabia, General del Emperador, y hermano de este, dió á los suyos la palabra *Gibelino*, nombre de un lugar de Suabia, en donde le habian criado. De este modo la casualidad llegó á destinar estas dos palabras á ser el distintivo de dos poderosas facciones muy enconadas, y cuyo encono duró mas de dos siglos. Regularmente los Güelfos seguian al Pontifice, y los Gibelinos al Emperador; pero muchas veces sucedió, que sin afecto particular al Papa ni al Emperador, los Señores que estaban en guerra contra otros, tomáron estos mismos nombres para aumentar sus tropas, juntándose con uno los Gibelinos, y con otro los Güelfos, siempre prontos á combatirse.

En el castillo de Weinsberg se defendió Güelfo hasta el extremo; y quando ya no pudo mas, envió Diputados al Emperador. Este Príncipe le perdonó, como tambien á sus partidarios, encerrados con él; pero mandó que no saliese del castillo cosa alguna preciosa, sino solamente lo que las mugeres pu-

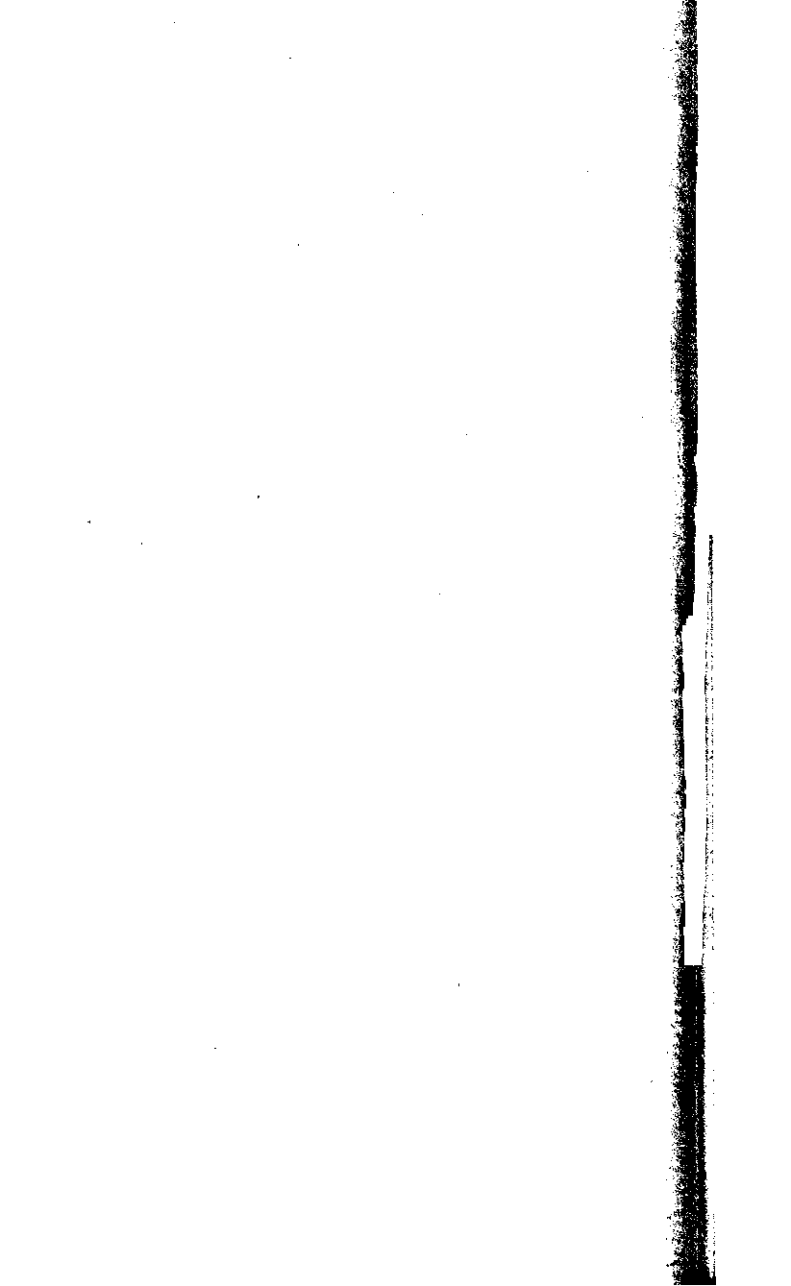
diesen llevar. Aunque por la capitulacion se habia concedido á los hombres la vida, sabiendo que el Emperador estaba muy irritado contra ellos, y temiendo algunas siniestras interpretaciones, cargaron las mugeres con sus maridos sobre sus hombros, y salieron agobiadas con tan honrosa carga. El Emperador, enternecido con aquel espectáculo, trato benignamente así á las tiernas esposas, como á los esposos que habian sabido hacerse amar tanto. Tan peregrino suceso hizo famoso en aquel tiempo el nombre de Güelfo, y tal vez esta celebridad dió la fama tambien al de Gibelino, por ser el opuesto suyo. Verdad es que no podemos ménos de reconocer que hay mucha incertidumbre por otra parte sobre el origen y aplicacion de estos dos nombres; y no deberá admirarnos si en Italia y en Alemania hubieren tenido muy diversa acepcion.

Conrado, quando murió, recomendo á Federico, Duque de Suabia, su sobrino, el qual fue electo, y es el tronco de la casa de Suabia en el trono imperial. Este Principe célebre, con el nombre de Barbaroxa, merecia ser mas conocido *por el de padre de su pais*, porque mostró mucho afecto á su patria, y un deseo invariable de la gloria del



Las esposas fieles.

En la capitulación del castillo de Weinsberg prohibió el Emperador sacar otra cosa de precio que lo que pudiessen llevar las mugeras; y ellas, temiendo por la suerte de sus maridos, abandonando toda otra riqueza, les sacaron en hombros, y los presentaron al Emperador, que conmovido con tan tierno espectáculo, trató á todos benignamente. ¿Quién, á vista de tal generosidad, no habia de ser algo generoso?



Imperio; pero tuvo muchas diferencias con los Papas: se convino con estos: se desaviniéron de nuevo, y volviéron á hacer la paz. En estos intermedios visitó Federico amigablemente al Pontífice, y se hizo coronar en Roma.

Por entónces ocupaba la silla de San Pedro Alexandro III; y por mas que Federico le oponia Anti-Papas y favorecia los cismas, venció Alexandro con sus excomuniones. Por último, se reconciliáron con bastante sinceridad. Para entender qual podia ser la causa de tantas disensiones, debe tenerse presente que en aquel tiempo en todo entraba la religion, dispensas, casamientos, elecciones legas y eclesiásticas, deposiciones, castigos, y hasta en la legitimidad de la injusticia de las guerras. En todo se mezclaba la jurisdiccion eclesiástica: los Papas y los Obispos estaban persuadidos á que tenian derecho de juzgar en todo, y para excomulgar á los refractarios á sus juicios. Tambien se desavino Federico con los sucesores de Alexandro; aunque no tanto, pues se advierte que en tiempo de estos volvió el Emperador á tomar los derechos de soberanía en el patrimonio de San Pedro.

No obstante, cedió en tiempo de Gregorio VIII en una conferencia que tuviéron los

dos en Venecia. No se sabe si por penitencia que el Papa le impuso, ó si por zelo, Federico se empeñó en una Cruzada á los setenta años, y dispuso los preparativos con gran orden, resuelto á mandarla en persona; y por haber sido mas perniciosa que útil en otras empresas de esta especie la multitud, prohibió que se alistase ninguno que no pudiese gastar tres marcos de plata. Empezó el Emperador su expedicion con principios tan brillantes, que derrotó á los Turcos en muchas batallas, y daban sus victorias grandes esperanzas á los christianos; pero el rio Cydo, que por poco no fue fatal á Alexandro el Grande, lo fue realmente para Federico, pues bañándose en él le arrebató la rapidez de las aguas, y se ahogó. Tal vez muy á buen tiempo para no experimentar los contratiempos, que despues de sus victorias sufriéron los Príncipes que entraron en la funesta carrera de las Cruzadas.

Antes de su partida, la prevision de Federico dexó arreglada su sucesion en la Alemania, haciendo coronar Rey de Romanos á su hijo Henrique, de suerte que heredó de derecho la corona. Un competidor, que fue Henrique *el Leon*, Duque de Saxonia, le incomodó algo; pero él le sujetó con la fuer-

za, y fue á coronarse en Roma con su esposa la Emperatriz Constanza. Armado con el derecho de esta Princesa, heredera de las coronas de Nápoles y Sicilia, hizo la guerra á Tancredo que se habia apoderado de ellas. Constanza se hizo embarazada á la edad de casi cincuenta años; y para quitar toda sospecha de impostura, parió un niño en una tienda de campaña, y en un campo cerca de Palermo, á presencia de una multitud de pueblo. Este Príncipe, llamado Federico, como su abuelo, nació con los mas felices auspicios, destinado al salir á luz para el reyno de Nápoles, y creado desde la cuna Rey de Romanos, en una junta de Príncipes que Henrique convocó. Esforzó este Emperador las razones para probar que el único medio de evitar las guerras que las elecciones causaban era hacer hereditario el Imperio en su familia. Diéron á entender que estaban persuadidos; pero en el fondo se acomodáron á su sistema mas por miedo que por conviccion. Henrique mucho mas que á los asuntos de Alemania se dedicó á los Italia, en donde habia adquirido tan apreciable corona. Censuráron á este Príncipe de avaricia; y en prueba de esto dicen que repartió con el Duque de Austria el res-

cate de Ricardo Rey de Inglaterra, á quien el Duque habia hecho arrestar, quando pasaba este Monarca para Austria de vuelta de una Cruzada. Dicen tambien que Henrique VI era cruel por los rigurosos castigos que dió á los partidarios de Tancredo, por lo qual, suavizando los historiadores de Alemania el sobrenombre, le llamáron Severo; pero los de Nápoles le conservan el de cruel. Por otra parte era prudente, penetrativo, eloqüente, valiente y activo.

Nombró al morir por tutor de su hijo á Felipe su hermano; pero Inocencio III, que no era afecto á la casa de Suabia, hizo elegir Rey de Romanos á Oton, Duque de Saxonía. El partido de Suabia, para dar mas autoridad al tutor del jóven Federico, le dió esta dignidad al mismo Felipe, y de este modo se viéron al mismo tiempo tres Reyes de Romanos. El primero, que fue Federico, nombrado en la cuna, no fue por largo tiempo mas que una sombra. Oton, el protegido del Papa, hizo su papel con la proteccion de su tio Ricardo, Rey de Inglaterra; pero ya que un Rey de Inglaterra sostenia un concurrente, se hacia preciso que el Rey de Francia favoreciese á otro, y este era Felipe el tu-

tor, que sacaba por otra parte grandes socorros de la Italia, en donde todo lo podía por el niño Federico su pupilo, y Rey de Nápoles. Aunque el Papa excomulgó á Felipe, no por eso dexó de ganar este á muchos Señores, ni de hacerse coronar en Aquisgran. Cedió Oton el terreno, y se refugió á Inglaterra. Felipe, quando estaba pronto á reconciliarse con el Papa, fue asesinado. Oton, que entónces habia vuelto de Inglaterra, y levantado de nuevo el estandarte contra Felipe, no tuvo en el asesinato la menor parte: y así los amigos del difunto, conociendo su inocencia, se reuniéron gustosos con él. Para conciliar los intereses en quanto era posible, se casó con la hija de Felipe su rival, y fue coronado en Roma.

Pero se levantó otro competidor, que fue Federico, el Príncipe coronado en la cuna; y apénas habia salido de las faxas de la infancia, aspiró al cetro que habia tenido su padre. Los Príncipes alemanes, amigos de la fortuna como de la juventud, le prefirieron á Oton, que era ya viejo y devoto. Poco fue lo que este luchó contra una proteccion declarada, y así se retiró á Brunsvick, en donde todavía vivió quatro años, consagrando sus

dias á las obligaciones de la religion. Ambos rivales, Felipe y Oton, tuvieron cada uno sus virtudes: en Oton sobresalia la piedad, obscureciendo todas las otras; pero esta misma piedad en Felipe dexaba advertir que era prudente, afable, eloqüente, liberal é intrépido.

Federico II, sobrino de Felipe, halló bellos modelos en su familia, y se propuso principalmente el de su abuelo Federico I. Muchas veces le excomulgáron los Papas, y se reconcilió con la Iglesia. Creó Anti-Papas, y los sostuvo; pero despues los abandonó, y de este modo fue coronado en Aquisgran y en Roma. Por último, tomó la cruz, y emprendió el viage ultramarino; mas no parece que fue sinceramente, pues estando ya en la ribera del mar dilataba su embarque con diversos pretextos. No obstante, amenazado del Pontífice, desplegó sus velas: casi á la vista del puerto le sobrevino una tempestad, y le sirvió de motivo para regresar. Volvió el Papa á excomulgarle, y entónces se hizo de buena fe á la vela; pero como no le habian alzado la excomunion, los Cruzados de la Tierra Santa no quisieron reconocerle por jefe ni obedecerle. Se veia obligado á hacer que

sus órdenes pasasen por medio de los Tenientes, como no emanadas de él, y así no permaneció allí largo tiempo. Con motivo de algunas ventajas que tuvieron los Sarracenos concluyó con ellos una tregua, y se volvió á sus estados.

Demasiado pronto llegó á ellos para encontrar pesadumbres domésticas. Henrique su primogénito, convencido de sublevacion, fue encerrado en una prision, y allí murió. Hizo elegir Rey de Romanos á Conrado su hijo II; é Inocencio IV, descontento por la conducta del Emperador en Tierra Santa, anuló esta eleccion en 1495, é hizo substituir á Henrique Landgrave de Turingia, deponiendo en la misma asamblea al Emperador. Este Príncipe no habia asistido en persona; y quando supo la novedad, se apretó la corona como queriendo asegurarla sobre su cabeza, y dixo: „Yo antes de esta disposicion era obediente al Papa y á las leyes de la Iglesia; pero ahora que sobre este artículo me ha dispensado de mi obligacion, permaneceré Emperador á pesar suyo.

Con efecto, sostuvo su dignidad contra el Landgrave de Turingia, y contra Guillermo Conde de Holanda, á quien el Papa habia

dado la corona de Rey de Romanos por muerte del Landgrave Henrique. Luchó Federico constantemente contra todos los obstáculos que le oponian, hasta que cansado de salir de uno para entrar en otro partió de Alemania, y se retiró á su reyno de Nápoles, dexando la madexa para que la desenredase su hijo Conrado. Murió Federico de calentura, y se cree, que á no haber sido por la guerra y las intrigas hubiera sido muy útil á la Alemania. No obstante, en quanto pudo estableció en ella sabias leyes, pues era muy capaz, y tenia grande talento para la administracion. Sabia Federico seis lenguas, y poseia las ciencias de un Soberano como conviene saberlas. A su mucho valor y fuerza de espíritu juntaba por desgracia demasiada violencia, y la crueldad en las venganzas. El excesivo amor á las mugeres deslustró su reputacion; pero llevaba por máxima fundamental de su conducta no dexar para el día siguiente lo que podia hacer en el mismo dia.

Despues de su desercion se apoderó de la Alemania un horroroso alboroto, y se siguió á su muerte un dilatado interregno. Durante su vida hubo quatro Reyes de Romanos, Conrado su hijo, Henrique Landgrave de Turin-

gia, Guillermo Conde de Holanda, y Ricardo Duque de Cornwallis. Este último fue electo Emperador en Francfort, y coronado en Aquisgran; pero fue muy poco el ascendiente que estas dos ceremonias le diéron sobre sus rivales. Despues de algunos combates, todos, unos por muerte y otros por dimision, cedieron el campo de batalla á Alfonso el Grande Rey de Castilla, el qual nunca llegó á Alemania, y á quien la vanidad de que le llamasen Emperador hizo desear la corona del Imperio, aunque no la llevó mas que en España.

Por entónces no presentaba todo el Imperio mas que una escena de muertes, de confusion y de anarquía. Cada uno de los Señores estaba en guerra con su vecino: los parientes mas cercanos, sin respetar los lazos de la sangre, se quemaban unos á otros los castillos: saqueaban á sus vasallos y destruian sus familias. El pueblo estaba oprimido de los nobles, los soldados cometian los mayores excesos; y como los xefes no podian pagar las tropas, se veian precisados á condescender con aquellas violencias. Durante este interregno sufrió el Imperio las calamidades de un pais sacrificado á todas las plagas. En vano con-

vocaban los Príncipes á junta para remediar los males: porque como no habia autoridad soberana que fixase el objeto de las deliberaciones entre unos convocados que se miraban como iguales en el mérito, y lo eran en el nacimiento y el poder, se consumian las Dietas en debates inútiles, y algunas veces paraban en sangrientas batallas.

Este interregno fue bueno para muchas ciudades así de Italia como de Alemania, que se erigieron en Repúblicas, y tomaron el título de ciudades libres, porque se gobernaban por sí mismas. La mayor parte se quedaron aisladas sin dependencia ni conexión entre sí; y esto fue lo que produjo las Repúblicas de Italia, reducidas á un territorio de mas ó ménos extension; pero en el Norte de la Alemania se formó una asociacion de ciudades, que por la palabra *hanse*, que significa union, fueron llamadas ciudades *hanseáticas*. Los fines principales de su coligacion fueron el comercio, la seguridad, y la libertad de los caminos y vecinos mares. Tenian un Consejo comun para tratar estos puntos, tesoro, tropas y embarcaciones al servicio de la liga. Entraron en esta setenta ú ochenta ciudades de Alemania del Norte y de los Países Baxos, que recono-

cian por capitales á Lubec, Brunsvick, Dantzick y Colonia.

La Hansa teutónica, llamada así, no gozó del esplendor y poder que la hizo célebre, hasta el año de 1370, casi cien años después que tuvo principio. Les vino á propósito á estas ciudades el interregno de que hablamos, para formar su establecimiento, pues si hubieran tenido sobre sí la vigilancia de los Emperadores, no les habria sido posible conseguir la solidez necesaria. Quando estos Príncipes recobraron su autoridad, pretendieron exâminar los privilegios que se habian dado á sí mismas las ciudades ansiáticas, y aun hicieron cara á querer revocarlos; pero ofrecieron ellas dinero, y este metal, que todo lo rectifica, apartó de la vista de los Emperadores el peligro de la asociacion. Del mismo expediente se valiéron las ciudades de Italia: llegaron los mismos Emperadores á ofrecerlas que las dexarian libres por dinero, y muchas veces no se peleó sino por el quanto mas ó ménos. Rodulfo, que dió fin al interregno, abrió sobre esto público mercado, y envió su Canciller á Italia para concluir la venta y recoger el precio.

Diez y siete años estuvo el Imperio sin

cabeza, contando desde la renuncia de Ricardo de Cornwall, que conservó seis años el título de Emperador; pero contando la realidad de la anarquía duró veinte y tres años. Entónces Gregorio X, compadecido de los males de la Alemania, amenazó á los Príncipes, diciendo: „Que si quanto antes no elegian Emperador, él proveería por sí mismo. Juntáronse pues en Dieta en Francfort; y á pesar de los peligros que rodeaban la corona, todavía su resplandor excitó partidos. Entre los pretendientes unos ostentaban sus riquezas, otros sus vastos dominios y el poder anexo á ellos, diciendo que era el medio mas eficaz para restituir al Imperio su antiguo esplendor; pero mas prudentes los Electores juzgáron que un Príncipe juicioso, valiente y experimentado podria desempeñar sus miras mejor que otro cuya recomendacion principal fuesen su opulencia y poder. Con este fin y con esta esperanza eligiéron á Rodulfo Conde de Hapsbourg.

Criado este en la corte de Federico II, se habia hecho tan recomendable con sus grandes calidades, que llegó á dar zelos: y así se retiró á la corte de Bohemia, en la qual tuvo varios cargos, y despues á la alta Alema-

nia, en donde estaban sus bienes patrimoniales, ejerciendo una especie de policía sobre los Señores, cuya mayor parte usurpaban una autoridad tiránica en los territorios que hoy ocupan los Suizos; y consiguió la reputacion merecida de justo y valiente. Gozaba allí Rodolfo del Imperio de las virtudes quando le llamáron al de toda Alemania. Inmediatamente fue á Francfort, y de allí á Aquisgran, en donde recibió la corona imperial.

Su primer cuidado fue impedir las rapiñas, hurtos y muertes que por tanto tiempo se habian cometido con impunidad. En solo la Turingia destruyó sesenta castillos, que servian de guarida á los bandidos, y en poco tiempo se viéron restablecidas por todas partes la seguridad y la paz. Correspondiendo á las esperanzas que de él habian concebido, no sufrió que la Magestad del Imperio fuese violada con la desobediencia: no solo por los vasallos, pero ni por los mismos Príncipes, que eran miembros, aunque llevasen corona. Otocaro, Rey de Bohemia, que le habia dado asilo, rehusaba rendir homenaje á un hombre que en otro tiempo habia sido Oficial en su corte: Rodolfo exígia esta señal de sujecion, y contra el deseo de Otocaro procu-

ro que fuese pública. Se reduxo el Rey de Bohemia á pedir que le permitiese rendir el homenaje en un pabellon cerrado; pero en el momento de la ceremonia cayéron de repente las cortinas del pabellon, y dexáron ver al Monarca á los pies de su Soberano.

Con los Sumos Pontífices se sirvió de la mayor política viviendo con ellos sin indiferencia y sin intimidación. En una visita que hizo á Gregorio X, prometió cruzarse, y recibir en Roma la corona imperial; pero ganó tanto al Pontífice con los honores que le hizo, que pudo sin riesgo dispensarse de cumplir en ambos puntos su palabra. Sin embargo de las atenciones con que trataba al Pontífice, no se olvidó de sus derechos sobre la Italia. Envió allá, como hemos dicho, á su Canciller, para tratar con las ciudades sobre su libertad, y se la vendió lo mas cara que pudo, queriendo mas bien exígirles el dinero que hacerlas la guerra. Tuvo este Príncipe, entre otros hijos, seis bellas Princesas, con las quales contraxo alianzas, que procuráron á su posteridad grandes estados y reynos. En él empezó la felicidad de la casa de Austria, de la qual fue cabeza, y por su felicidad dixo un poeta de la casa de Austria: „Dexa Austria la guerra pa-



La altivez humillada.

Rehusaba Otocare, Rey de Bohemia, rendir el debido homenaje al Emperador Rodolfo; é insistiendo este en exigirle, se reduxo por fin Otocare a prestarle en un pabellon cerrado; pero en el momento de la ceremonia, cayendo de repente las cortinas del pabellon, vieron todos á Otocare á los pies del Emperador. El que altivo rehusa las justas sumisiones, merece el escarmiento de una humillacion publica.

ra otros, que tu felicidad pende de los casamientos." Venturoso en las demas empresas, murió con el dolor de no haber conseguido de los Electores que nombrasen para el Imperio á Alberto su hijo mayor, Duque de Austria. Era Rodolfo alegre, franco, amable, sencillo en su traje, y se prestaba con mucho gusto á la chanza.

A pesar de las solicitudes de Alberto, despues de la muerte de su padre, se llevó los votos Astolfo, Conde de Nasau; pero mostró que no los merecia mucho, pues acometió intempestivamente á los Príncipes del Imperio. Le desacreditáron sus desgraciados sucesos, y por otra parte observaba una conducta muy reprehensible. Le diéron en rostro en pública Dieta con que habia envilecido el Imperio, dexando perder sus derechos; y con que daba sus órdenes con arrogancia como una ley suprema, robando codiciosamente á los Grandes y al pueblo, violando sus promesas, condescendiendo á los robos, y participando de ellos. Le acusaban tambien de vergonzosos excesos, mezclados de barbarie; de haber arrebatado doncellas, casadas, viudas, y hasta religiosas, y de haberlas quitado la vida despues de satisfecha su brutalidad. No hubo en la

Dieta quien se atreviese ó se dignase de defenderle. Le depusieron, y eligieron á Alberto. Se pusieron en campaña los dos rivales: se buscaron, se encontraron presto; pelearon en medio de sus soldados como en un campo cerrado, y Astolfo fue vencido y muerto.

Un Príncipe desgraciado aparece siempre delinquente. Ya Astolfo habia muerto, y fue castigada su memoria. No quiso permitir su sucesor Alberto que le enterrasen en la sepultura de los Emperadores; pero él se hizo elegir segunda vez, y que le coronasen en Aquisgran. Pidió para esta ceremonia, y con grandes súplicas, la condescendencia de Bonifacio VIII, reduciéndose á quanto pidió el Pontífice aquel Alberto, á quien llamaron el Triunfante. A exemplo de muchos Grandes que se desquitan con los inferiores de las humillaciones que han sufrido, tambien el Austriaco hizo sentir á sus vasallos el peso de su altivez. Sus modales imperiosos, su inflexibilidad en las resoluciones y la dureza de su carácter, le hicieron perder la confianza de los Helvecios, cuya amistad tenia tan ganada su padre, y prepararon la revolucion que quitó la Suiza á la casa de Austria.

Ademas de tres hijas tenia Alberto seis

hijos que colocar. ¡Poderoso estímulo para invadir todo quanto le pareciese! La hacienda de sus parientes mas cercanos no estaba libre de su codicia; y al fin le costó la vida este vicio. Hallándose tutor de Juan, sobrino suyo, hijo de su hermano Astolfo, Duque de Suabia, se habia apoderado de algunos castillos que le acomodaban; y aunque el sobrino los reclamó por ser de su patrimonio, daba el tío tan evasivas respuestas, que manifestaban su intencion de no restituirlos. Juan lo tomó por dicho, se unió con otros tres cómplices, sorprendió á Alberto, y le quitáron la vida. A uno de los asesinos, preso inmediatamente, le castigáron con la muerte; Juan y otro pasáron una vida larga y humillada en un monasterio; el quarto, oculto en trage de pastor, vivió en un lugar treinta y cinco años ocupado en guardar ganados, y no se descubrió hasta la hora de la muerte. ¡Qué vida esta para un cortesano criado entre las delicias! ¡y á quanto no obliga el miedo de la muerte! Se dice que Alberto era brutal, y que solo su aspecto imprimia terror. Este defecto no es incompatible con las calidades que le atribuyen de mucho valor, destreza en la negociacion, excelente juicio, y amor á la ver-

dad. Pero una avaricia extremada, y una codicia insaciable contravalanceáron demasiado todas las demas prendas. Aborrecia la lisonja y la murmuracion, y decia que tres suertes de personas le merecian particular respeto: las mugeres de honor, los hombres de valor, y los eclesiásticos buenos y piadosos.

No debe sorprehender que el hijo mayor de Alberto diese pasos por conseguir el trono. No le saliéron bien, porque se declaró pretendiente Felipe el Hermoso, Rey de Francia; y aunque no adelantó cosa alguna, su concurrencia apresuró la eleccion de otro. Iba el Monarca á Aviñon para suplicar á Clemente V que le proporcionase los votos: reflexionó el Pontífice, que un Rey de Francia, hecho Emperador, podria hacer valer las pretensiones de sus mayores á la Italia, y así escribió á los Electores que cortasen la disputa de los concurrentes. Para que estos no se quejasen de la preferencia, salió electo Henrique, Duque de Luxêmburgo, que se hallaba en Aquisgran, y le coronáron inmediatamente.

Su reynado no fue mas que una especie de paseo en Italia, adonde fue á peticion del Papa, el qual creyó que así podria restablecerse en Roma la autoridad papal, oprimida por

la residencia de los Pontífices en Aviñon. Hizo Henrique pomposas entradas en las ciudades grandes, y sacó de ellas dinero; dando á entender que le importaba poco exercer allí autoridad permanente. En la misma Roma, admitido en la mitad de la ciudad, no procuró que le recibiesen en la otra, la qual estaba dominada por la faccion de los Güelfos, opuesta entónces á los Emperadores; y así no pudiendo llegar á la Iglesia de San Pedro, se hizo coronar en San Juan de Letran fuera de los muros; pero no habiendo hecho á los Romanos las liberalidades ordinarias, se vió expuesto á sus burlas, y con este motivo hubo una especie de alboroto, en el qual los Alemanes no fuéron los mas fuertes. Murió Henrique VII de enfermedad en Italia. Era justo y afable, y gustaba de la representacion.

Se verificáron despues de su muerte disputas, semejantes á las que habian precedido al nombramiento de Henrique VII, entre dos primos hermanos, Luis de Baviera y Federico de Austria, nietos ambos de Rodulfo de Apsbourg. Uno y otro rival fuéron electos y tomáron la corona, pero despues de muchos combates se quedó Luis con ella. Con este motivo recobró muchos dominios el Papa Juan

XXII; pero Luis, pasando por encima de las amenazas y anatemas, juró que él era quien tenía la razón.

Marchó á Roma, creó en ella un Anti-Papa, y se hizo coronar de su mano. A Juan XXII, que se había puesto en salvo, le hizo el Emperador degradar, y condenar á muerte como herege y desertor de su rebaño, como si las ovejas de San Pedro no se hallasen por todo el mundo. Excomulgó Juan al Anti-Papa, y dispuso tan bien las cosas, que precisó al Emperador á dexar la Italia. Despues se levantáron muchos Príncipes alemanes, que depusieron al Emperador Luis, y eligieron á Cárlos de Luxêmbourg. Ya estaba dispuesto Luis para vengar esta injuria quando murió de una caída de caballo. Gustaba mucho de los torneos; era de carácter alegre, y de modales muy cultos; pero lo particular es que estando cargado de excomuniones, le diéron el sobrenombre de Christianísimo.

Se atravesó de nuevo la casa de Luxêmbourg á la de Austria acerca del trono imperial. Cárlos IV era nieto de Henrique VII, y por su madre Rey de Bohemia. Se había criado en la corte de Cárlos el Hermoso, Rey de Francia, y siempre mostró mucho mas afecto á

la Bohemia que al Imperio. A pesar de los derechos que le daban la disposicion y muerte de Luis y su propia eleccion, se le presentáron dos competidores. No los auyentó Cárlos, como sus antecesores, con las armas, sino á fuerza de dinero, empeñándolos con grandes sumas á desistir de sus pretensiones. Tambien se diferenció de otros Emperadores, en que se concilió la amistad de los Pontífices con algunas condescendencias de que murmuráron los Alemanes, delicados sobre el honor del Imperio. Hasta los mismos Italianos le manifestáron mas que indiferencia en un viage que hizo á Italia. Entró públicamente en Roma, pero á favor de una procesion que hizo desde su campo, en donde dexó sus tropas, á la ciudad, en la qual le coronáron. En otras circunstancias no se le permitió ostentar en Roma la pompa imperial, entrando *de incógnito* acompañado de algunos Señores; porque en la Semana Santa se le concedió que visitase las Iglesias para ganar las indulgencias. Sin duda sentiria Cárlos esta mortificacion, porque gustaba mucho de las ceremonias. En 1356 presentó, é hizo aceptar en la Dieta de Nuremberg la famosa Bula de Oro, que arregla el número, la clase, las funciones de los Elec-

tores, y la forma que siempre se ha seguido despues en las elecciones de los Emperadores, salvas algunas excepciones por las circunstancias. Tuvo Cárlos el gusto de hacer que se executase á su vista el ceremonial que él acababa de prescribir.

Se hizo coronar con la Emperatriz durante la Misa solemne, segun los nuevos ritos, en una junta general convocada en Metz. En medio de la plaza del mercado se levantaba un magnífico aparador, cargado de los preparativos de un suntuoso convite. Se presentó Cárlos con su esposa: iban desfilando por delante con gravedad, montados en sus hacaneas, los Arzobispos de Maguncia, Tréveris y Colonia, Archicancilleres de Alemania, de las Galias y de Italia, con el sello pendiente sobre el pecho, y una carta en la mano. Del fondo de la plaza corrió á galope el Duque de Saxonía, Archimariscal, con una medida de avena. Como tambien tenia el cargo de arreglar las clases, echó pie á tierra para colocar á cada uno en su lugar. El Marques de Brandembourg, Gran Maestro de palacio, dió agua manos al Emperador y la Emperatriz. El Conde Palatino, Caballerizo mayor, puso los platos sobre la mesa; y en lugar del Rey

de Bohemia, Copero mayor, el Duque de Luxembourg, que le representaba, echó de beber á sus Magestades. El Marques de Misne, y el Conde de Schwartzembourg, Cazadores mayores, diéron durante el convite, al son de la corneta, el espectáculo de la muerte de un ciervo y de un oso; y se terminó la fiesta con magníficos presentes distribuidos por el Emperador á los convidados.

A excepcion de esta famosa Bula, y de algunos prudentes reglamentos, por los quales es justo hacer honor á Cárlos IV, no podemos ménos de reconocer que no se interesaba mucho en las cosas del Imperio; y así los Grandes, convocados para el bautismo de su hijo, juzgáron conveniente hacerle reconvencciones por su negligencia, representándole que debiera haber juntado Dietas, y visitar las provincias para restablecer en ellas el buen órden; pero él les respondió francamente: „¿Pensais vosotros que yo debo gastar las rentas de Bohemia en el cultivo de vuestro Imperio, y en adelantar el esplendor de la dignidad imperial?” Esto era lo mismo que decirles, que si querian un xefe mas aplicado y mas aficionado era preciso señalarle con que poder tratarse mejor. En efecto, lo que la

Dieta de Alemania contribuye al Emperador es tan poco, que á no tener el recurso de propiedades personales, le seria imposible sostener su dignidad.

Pero Cárlos sabia bien desquitarse, porque privilegios de ciudades, derechos de ciudadanos, libertades, honores, gracias y empleos, todo lo vendia. Es verdad que daba del mismo modo que recibia. Principalmente fue liberal en dominios con los Papas; y en atencion á las grandes sumas que dió á sus competidores para que renunciassen á sus pretensiones, se dixo: „Que habia comprado el Imperio por mayor, y lo habia vuelto á vender por menor, y con pérdida.” Sin embargo de esta conducta, consiguió que eligiesen Rey de Romanos á su hijo Wenceslao. Hizo Cárlos, poco antes de morir, un viage á Francia por solo el gusto de volver á ver un reyno, que siempre le habia gustado, y en donde le habian dado la mejor educacion. Hablaba cinco lenguas, y era un Príncipe, ó muy afortunado ó muy hábil, porque todo le salió bien. Trayendo á la memoria sus negocios y ventas para conseguir el Imperio, puede decirse, que los medios de que se valia no eran siempre los mas nobles; pero tampoco

se le puede dar en rostro con que emplease los crueles y odiosos.

Wenceslao su hijo le imitó en su descuido acerca del Imperio; porque aunque residió por algún tiempo en Aquisgran, con motivo de la peste que assolaba la Bohemia, luego que cesó esta plaga pasó allá y fixó en ella su corte. Durante su ausencia estaba perturbado el Imperio con una infinidad de desordenes, á que él mismo contribuía, excediendo mucho á su padre en la venta de toda suerte de privilegios, hasta dar patentes en blanco firmadas y selladas para que las llenasen á su placer los corredores. Los Electores y otros Príncipes, imaginando que si consiguiesen tenerle en medio de ellos lograrían corregirle de esta perniciosa codicia, le enviáron una embaxada á Praga suplicándole que fuese á residir en el Imperio; pero él respondió: „Amados Embaxadores, todo el mundo sabe que aquí está el Emperador; si hay alguno en Alemania que desee verle, puede venir á Bohemia, en donde le daremos audiencia con mucho gusto.” Regresáron con esta respuesta, que tiene cierto ayre de ironía, y que les hizo tomar el partido de gobernarse por sí mismos. Puede decirse que es-

tuvo el Imperio sin cabeza veinte y dos años.

¿Y qué hacia Wenceslao en este intervalo? Pasó por todas las pruebas que puede hacer sufrir una suerte inconstante y extraordinaria. Dos veces le diéron veneno sin que pueda señalarse otra causa para estos delitos que el miedo que inspiraban sus vicios, y sus malas disposiciones demasiado conocidas. Le salváron los remedios; pero le dexáron un calor y una sequedad que le era preciso aplacarla bebien-do freqüentemente. Contraxo con este motivo el hábito de la embriaguez, y algunas veces le inflamaba de furor esta hasta tal punto, que era peligroso hallarse á su lado. Es preciso que en sus desórdenes hubiese algun principio que le hiciese digno de compasion, respecto que halló amigos y protectores aun entre los Príncipes, sin embargo de los vergonzosos excesos con que se envilecia, y los actos de horribles crueldades. Entre otras le acusan de haber hecho asar vivo á un cocinero porque le habia hecho un guisado malo; haber condenado á muerte al Confesor de su muger, San Juan Nepomuceno, porque no le quiso revelar la confesion de esta Princesa; y haber degollado en un dia, sin forma de proceso; á los Magistrados del primer tribunal de Praga.

Sufrieron por algun tiempo estas locuras, pero se causó la paciencia; y los Señores de Bohemia, con el permiso de Segismundo su hermano y Rey de Hungría, encerraron á Wenceslao. Despues de muchos meses de una prision bastante rigurosa, consiguió el infeliz Príncipe licencia para que le llevasen al rio á bañarse, y llegando á ver una barca, se entró en ella con una muger, que era la compañera que le habian dexado. Abordaron desnudos al otro lado del rio, y á una fortaleza que á prevencion habia edificado para que le sirviese de asilo en caso necesario. Desde allí parlamentó con sus vasallos, y estos le dexaron volver á tomar las riendas del gobierno; pero á pesar de sus promesas las manejaba tan mal, que su hermano Segismundo tuvo que ir allá desde Hungría, llamado por todos los votos, le declararon Regente, y encerraron á Wenceslao en un castillo.

Todavía se huyó; y en tan favorables circunstancias, que recobró su autoridad, y aun hizo despues un papel importante en los asuntos generales: asistió á muchas Dietas del Imperio, y trabajó no sin discrecion en la extincion del gran cisma de Occidente. Wenceslao en un viage á Francia mereció el aplau-

so de esta nacion, lo qual es muy notable, porque el voto de ella no se adquiere facilmente á favor de un Príncipe extranjero. Continuando sin embargo en venderlo todo en Alemania, y trastornarlo todo con su mala conducta, fue depuesto, y exclamó: „Doy gracias á la Providencia, pues así tendré mas lugar de gobernar mi reyno de Bohemia.” Con efecto, como ya la edad habia amortiguado sus pasiones, se portó en él con bastante prudencia.

Le habian dado por sucesor en el Imperio á Federico, Duque de Brunswick, que inmediatamente fue asesinado por un enemigo secreto, y reemplazado por Roberto Conde Palatino. Algunas ciudades permanecian fieles á Wenceslao; y Aquisgran se dexo borrar de la lista del Imperio, antes que recibir á su rival dentro de sus muros. Los ciudadanos de Nuremberg supieron acomodar su interes con su conciencia; pues Wenceslao, por un buen regalo de vino, los alzó el juramento de fidelidad, y le prestaron á Roberto. Tuvo el nuevo Emperador que combatir con las instancias de los Grandes de Hungría y de Bohemia, y las del Rey de Francia, en favor del Emperador depuesto, bien que los esfuer-

zos de todos no pasáron los términos de reconvençion.

El reynado de Roberto es mas notable por la justicia y la clemencia que por las belicosas hazañas. Tenia mucha penetracion y gustaba de las letras. No se halla en su carácter otra tacha que el excesivo amor al dinero. Despues de su muerte fue electo con regularidad Joseph , Marques de Morabia; pero su promocion fue competida por la de Segismundo, Rey de Hungría , hermano de Wenceslao. Tres meses despues de haber sido coronado murió Joseph , que habia sido reconocido en pocos lugares.

Quando Segismundo subió al trono del Imperio ya habia adquirido la experiencia en el de Hungría , que le habia venido por su muger. Experimentó en este una y otra fortuna: se vió precisado á huir de su reyno , y le volviéron á llamar : le tuviéron preso por demasiado riguroso en sus venganzas , y le restituyéron la libertad: usó de ella con tanto acierto en el reyno de Hungría , que necesitando los estados del Imperio de xefe hábil , le eligiéron. Mucho le diéron que hacer los alborotos en punto de religion ; y deseoso de sosegarlos , concurrió con el Pontífice

Juan XXII á la convocacion del Concilio de Constanza. En este se tratáron dos grandes asuntos: los medios que se debian tomar para terminar definitivamente el gran Cisma, y para detener los progresos de la heregía de los Husitas.

El Heresiarca, Juan Hus, era profesor de la Universidad de Praga, y esparció en ella una doctrina errónea, bebida en los escritos de Wiclef, principal del colegio de Oxford. Este Ingles, desdeñándose de dar asenso á algunas partes de la creencia católica, combatió á bulto la infabilidad y primacía del Papa, el poder temporal y las riquezas del Clero, las Ordenes mendicantes, la confesion auricular, el misterio de la Eucaristía, sin omitir dar de paso sus golpes contra los Sacramentos y los artículos de fe. Anduvo Juan Hus escogiendo entre las heregías de Wiclef, y fue inspirando las que le agradáron á muchas personas de su Universidad. Gerónimo de Praga, maestro de Artes, y discípulo ardiente, propagaba con zelo las sentencias de su maestro. Fuéron llamados los dos á Constanza, y llegaron allá armados con el salvo conducto de Segismundo, creyendo que iban á explicar su doctrina; pero los Padres del

Llamado á constancia, u amado, con mi saber
conducido del Emperador, conuencieron el here-
sico Juan Huin, u en adelante desquadrado
romano de Fraga, recueto á detender, u propo-
nar allí sus errores por negandose obstinado-
mente á la retractacion que los prescribio aquel
Concilio, fueron quemados vivos. Ximica es tan
nieto, u nunca tan estimado el hombre co-
mo en la promouion de saber.

La obstacion casada.



Concilio dixéron que no debian disputar sino someterse á la doctrina católica. No quisieron retractarse; y á pesar de su salvo conducto fuéron condenados á ser quemados vivos, como se executó. El punto del cisma se juzgó con todo rigor, diciendo que hiciese dimision Juan XXII, como medio el mas útil para el bien de la Iglesia, y mas propio para restablecer la paz. Renunció Juan XXII la tiara; pero las llamas de la hoguera de Juan de Hus y de Gerónimo de Praga encendiéron en Bohemia tan grande incendio, que Segismundo, ya Rey de aquel pais por muerte de Wenceslao su hermano, tuvo mucho que hacer para apagarle.

De las heregías de Juan Hus y sus adherentes adoptaba el pueblo lo que agradaba á sus ojos, y los Grandes lo que les parecia útil; y así estos tuviéron por excelente doctrina la que los autorizaba para apoderarse de los bienes del Clero. El pueblo, movido de la exterioridad, se acomodó tanto á la comunión en ambas especies, que quando se quiso impedir en Praga los progresos del uso del cáliz, que se iban extendiendo, se alborotó por sola esta razon el populacho, y quitó la vida á los Magistrados. Se aumentó el número

de inquietos con la agregacion de las gentes del campo, llamadas á la ciudad; y por mas esfuerzos que se hicieron para disiparlas, se formáron en bandos, y se reuniéron en cuerpo de ejército, baxo la conducta de un hábil General, llamado Juan Zisca.

En la primera batalla que ganó contra Segismundo, el único estratagema que merece notarse es el siguiente. Coloco sus tropas detras de unas alamedas, de modo que la caballería del Emperador, que era la mayor fuerza de su ejército, no pudiese obrar sin apearse de los caballos. Las mugeres, que eran muchísimas las que habian concurrido, salieron, segun las órdenes de Zisca, de aquella especie de atrincheramiento, con unos paquetes de lienzos que parecian niños envueltos; y dando á entender que los ofrecian como en rehenes por sus maridos, las dexáron acercarse avanzando para empezar el ataque; pero ellas, mezclándose con la caballería, desplegaron las faxas, y empezáron á voltearlas, de modo que las enredaban tan bien en las espuelas, que aquellos soldados caian sin poder desprenderse, ni hacer uso de sus armas. Saliendo entónces de repente Zisca destrozó una porcion: puso á las otras en fuga, y logró

una victoria completa, la qual sin embargo no fue mas que un preludio de otras muchas que ganó al mismo Emperador; y no hay duda en que si Zisca hubiera querido sentarse en el trono lo hubiera conseguido. La peste libró á Segismundo de tan peligroso enemigo; pero los Husitas hiciéron de su piel un tambor, cuyo sonido parecia renovar en ellos á cada instante el valor de su xefe. Fuéron asolando como furiosos, no solamente la Bohemia y su propio pais, sino la Hungría, la Polonia y la Austria, con los nombres de *Taboritas* y *Huérfanos*. El primero le tomáron del monte Tabor cerca de Praga, que por largo tiempo les sirvió de fortaleza. El nombre de Huérfanos aludia á haber perdido á Zisca, á quien miraban como padre.

Otro segundo padre halláron en *Procopio Tonsurado* recomendado por Zisca, que les pareció igual á este en valor, capacidad, crueldad, entusiasmo y fortuna. Se publicó contra estos furiosos una Cruzada, y cayendo sobre ellos toda la fuerza del Imperio, experimentáron terribles pérdidas, y se introduxo la division entre los xefes, uno de los quales se llamaba *Procopio el Pequeño*, para distinguirse del Tonsurado. Habia entre ellos un

partido llamado los Calixtinos, porque eran mucho mas entusiasmados que los otros sobre el uso del cáliz en la comunión. A estos los ganaron primero concediéndoles lo que pedían, y sirviéron para derrotar á los Taboritas y los Huérfanos. Estos, no teniendo ya xefes, porque se los habian muerto, se rindiéron; y el Emperador alistó el resto de aquellas valientes tropas, empleándolas con felicidad contra los Turcos.

Se cree que á Segismundo le diéron veneno á la edad de setenta años. Su enfermedad fue bastante larga para dar lugar á las intrigas en que la Emperatriz, llamada Bárbara, se vió enredada. No se dice, sin embargo, que esta Señora contribuyese á envenenarle, aunque por el temperamento que se la conoce no habria motivo de admirar que buscasse modo de salir de un marido anciano. Muerto su esposo, y rodeada de cortesanos jóvenes que la servian en sus placeres, la llamáron la Mesalina del Norte. Se chanceaba con las personas de su sexô, y principalmente con las Religiosas, diciendo: „Que á su parecer era ridículo el pudor que sujeta al freno de la continencia.” Una Señora la hizo presente el exemplar de la tórtola, que quando pierde

el compañero jamas vuelve á tomar otro; pero ella respondió: „¿Y por qué no me citas las palomas y gorriones, cuyos placeres no tienen interrupcion?” Tenia Segismundo un ayre magestuoso, era generoso y liberal; y como sabio, versado en muchos conocimientos, protegía á los hombres de letras, y les manifestaba particular estimacion. Se hallaba á su lado, como hay muchos en las cortes, un hombre que, desvanecido por su nacimiento y la calidad de caballero, faltó á ciertos respetos á otro muy recomendable por su ciencia; pero Segismundo le dixo: „Ten presente que yo puedo crear mil caballeros en un dia, y no puedo crear un sabio en mil años.” Este Emperador era mas feliz en el Gabinete que á la cabeza de los exércitos, sin embargo de no faltarle valor ni habilidad militar.

Despues de su muerte volvió el Imperio á la casa de Austria por Alberto su yerno. En el mismo año recibió este Príncipe tres coronas, la de Hungría, la de Bohemia y la de Alemania; y al año siguiente, todas tres cubiertas de fúnebre luto, fuéron encerradas con él en la sepultura. Alberto, de un temperamento vigoroso, en la flor de la edad, y por sus bellas calidades digno de mas larga vi-

da, murió de una indigestion de frutas refrescantes, que en los grandes calores comió con exceso. Le llamaron el Grave y el Magnánimo.

Le sucedió su primo hermano Federico de Austria; y en los cincuenta y dos años que duró su reynado fue no el instrumento, pero sí el centro de los movimientos del Imperio. Todos los Príncipes se alborotaban al rededor de su corte; y fuese por indolencia ó por negligencia, él conservaba la tranquilidad en medio de aquel torbellino. No obstante se advierte que algunas veces salió de su inaccion, quando llegó á creer que podia serle útil alguna actividad; y así no se debe conjeturar sino que la indiferencia, acerca de los sucesos, no era en él tan exclusivamente dominante, que no oyese al mismo tiempo la voz del interes; pero mas exemplares hay de sus sueños políticos que de sus desvelos.

Los Bohemos, alborotados entre sí despues que murió el Emperador Alberto, ya tomáron Reyes, ya Administradores; y Federico, llamado repetidas veces por mediador de sus querellas, les dió muy buenos consejos, que no siguiéron, por lo qual los abandonó el Emperador á su tenacidad. Sin que las divisiones le moviesen á aprovecharse de ellas, propuso,

durante el Concilio de Basilea, los medios de reconciliacion entre Eugenio y Felix. Papas y Concilios no admitiéron sus proposiciones; y Federico, sin tomar partido alguno, les dexó concertarse como les pareciese. No se manifestaba mas vengativo que ambicioso. Alberto su hermano y Duque de Austria, no contento con la parte que le habia tocado, levantó tropas, y empezó la guerra. A este le llamaban el Pródigo, que quiere decir, que se le pudiera reducir á dexar las armas, dándole dinero para satisfacer á su pasion. Federico le dió dineros, y le añadió dominios; pero él se quedó arruinado, y desentendiéndose de ello decia que *el olvido era el remedio mejor para los males irreparables*: máxîma bien funesta para los pueblos maltratados.

Que el Rey de Dinamarca y el Duque de Holstein se desaviniesen: que la Polonia se diese á sí misma un Rey: que la Hungría tomase Gobernadores sin consultarle: que un simple caballero se apoderase de la corona de Bohemia: que dos pretendientes se disputasen peleando los Reynos de Suecia y de Noruega: siendo así que todo esto pasaba al rededor y en los límites del Imperio, le importaba muy poco al descuidado Federico. Pero

hubo alborotos en Italia: al punto vió que podría recobrar en ella algunos estados, y hacer reconocer los derechos del Imperio; y lisonjeándole esta perspectiva, se puso en marcha, entró en Roma, y se hizo coronar allí con su esposa la Emperatriz. Este fue el fruto de su viage, y el haberle negado las sumisiones, lo qual él no castigó. No ménos indulgente con los habitantes de Viena, les perdonó una sublevacion, en que él habia corrido peligro de perder la vida.

Ninguno, ni aun Luis XI Rey de Francia, conoció mejor los defectos de *Cárlos el Temerario*, Duque de Borgoña, y ninguno supo mas bien aprovecharse de ellos. Lisonjeó la vanidad de este Príncipe, prometiéndole hacer reyno su Ducado, y recibido el homenaje, que debia ser el precio de aquella ereccion de monarquía, con pretexto de algun negocio urgente partió en el mismo dia destinado á la ceremonia; pero seguia con la vista los movimientos del *Temerario*. Vió que se iba debilitando en una guerra contra sus vasallos: le vió chocar con la Francia, acometer á los Suizos, perecer en una batalla, no dexando mas que una hija, María de Borgoña, que era la heredera mas rica de la Europa.

Esta era la circunstancia mas á propósito para el diestro Federico. Ganó á los Flamencos, y consiguió que le diesen su Duquesa para Esposa de Maxîmiliano su hijo, á quien hizo tambien crear Rey de Romanos.

Desde este punto encargó á este Príncipe los cuidados del Imperio; aunque si se ha de juzgar por la conducta de Federico, no habian sido para él un grande peso. Murió á los setenta y nueve años, y en esta edad se sujetó al dolor de la amputacion de una pierna ulcerada. ¿Qué es lo que no hace sufrir el deseo de prolongar la vida? Durante la calentura, que se siguió á la operacion, y le llevó al sepulcro, dixo esta sentencia: *Que un paisano con salud vale mas que un Emperador enfermo.* Le llamáron el Político. No se detenía mucho en formar una queja; pero quando advertia que podia parar en guerra, todavía se detenía ménos en proponer la paz. Abria tambien fácilmente Dietas y Conferencias, y siempre tenia pronta una razon para cerrarlas quando preveia que no saldria la decision como él deseaba. Por esto le acusan de haber sido un Príncipe sin resolucion. Mas por ventura, ¿es falta de resolucion saber ocultarla? Tambien se ha dicho que no tenia vasa

política, valor, ni generosidad; pero á la verdad su política sin ser ruidosa era sólida. Tampoco buscaba las contingencias de los combates; pero sin huirlos sabia presentarlos á tiempo. Si es verdad que en sus liberalidades atendia tambien al ahorro, ese es un mérito mas. Tambien le censuran de que rara vez pedia consejo, y era porque sabia pasarse sin él. Las riquezas y el poder que dexó á la casa de Austria manifiestan que no necesitaba consejo de nadie para saber gobernarse. La sobriedad de Federico fue tanta, que dicen haber sido su vida un ayuno continuo. Era de un aspecto agradable y de un continente magestuoso, sencillo en sus vestidos, moderado en sus pasiones, y enemigo de toda especie de excesos.

Si hubiera de atenderse siempre al juicio de la propia familia, pudiera con razon la posteridad formar una opinion poco ventajosa de la rectitud de Maxímiliano I. No se fiaba de él su hijo Felipe, y le miraba como un hombre, cuyo disimulo se acercaba á la perfidia. Lo odioso de esta opinion no se salva con el nombre de hábil político que consiguió Maxímiliano. Ya su hijo Felipe poseia la Flándes por su madre María de Borgoña, que

murió jóven, y todavía le procuró la corona de España, casándole con la Princesa Doña Juana, sucesora de aquel reyno; y de este matrimonio nació Cárlos V, cuya tutela no quiso confiar Felipe á su padre quando murió, como tampoco la educacion. Por otra parte los Flamencos, poco prevenidos en favor del Emperador, no hubieran consentido en reconocer su autoridad.

Al ver la multitud de tratados que hizo Maxímiliano, así en lo interior como en lo exterior de la Alemania, se cree que, á exemplo de su padre Federico, contaba por lo ménos tanto con la negociacion como con las armas. Tuvo el singular proyecto de hacer que le eligiesen Papa, idea que pareció bien extravagante; mas no carecia de fundamento, pues tal vez hubiera sido el medio mas fácil y mas corto de que volviesen á la dominacion imperial todas las posesiones que la habian separado en Italia; ni tampoco es un absurdo decir que tenia estas miras el disimulado Maxímiliano.

El modo con que dió parte de este proyecto á su hija Margarita, Gobernadora de los Países Baxos, tiene cierto ayre de chanza; pero algunas veces se suele hablar en to-

no de burla con los amigos sobre proyectos quiméricos, que se conocen tales; y sin embargo no dexa de proseguirse á todo trance en las diligencias para su logro. Parece que la Princesa le aconsejaba que volviese á casarse, pues la respondió: „Hemos resuelto en nuestra deliberacion y voluntad no ver ya otra muger, y enviamos á decir al Papa que vea como puede tomarnos por coadjutor, para que muerto él podamos asegurarnos el Pontificado, hacernos Sacerdote, y despues ser santo, para que despues de mi muerte me adores, de lo que yo me alegraré mucho.” Sus tentativas fuéron serias, pero inútiles. Era Maxímiliano valiente, y tan modesto, que nunca le viéron sus gentes si no cubiertas suficientemente sus carnes. Nunca se le olvidó el nombre de las personas que habia visto, ó de quienes habia oido hablar. Su imaginacion era viva; gustaba de la poesía; era excelente ginete, y cazador infatigable. Algunas veces sucedió que en las montañas del Tirolo fue preciso sacarle de los precipicios con cuerdas, y medio muerto de hambre.

No hay esfuerzos que no hiciese Maxímiliano por lograr para su nieto Cárlos la admision en el Colegio electoral, como Archi-

duque de Austria, y con el título de Rey de Romanos; mas no lo consiguió. Después de la muerte de su abuelo se declaró Carlos pretendiente del Imperio: se halló al frente con Francisco I, Rey de Francia; pero él le obtuvo. De esta rivalidad provino el odio entre los dos concurrentes. Hizo Carlos el aprendizaje del gobierno en la administración de la Flandes, cuya posesion habia recaído en él por muerte de su padre; y tambien se ensayó en España, en donde por la demencia de su madre Juana tuvo que tomar las riendas antes que ella muriese. Llegó pues al trono del Imperio con toda aquella experiencia que los alborotos de Alemania, excitados por puntos de religion, pedian en él como necesaria.

Hubo momentos en que el Emperador se lisonjeó de mantener la balanza entre los Católicos y los Luteranos; pero sus diplomas de neutralidad como los de la confesion de Augsburgo, no produxéron efecto, ni tampoco los congresos, las conferencias, los rigores, el perdón y los otros medios de conciliacion que pudo imaginar. Era violento el calor que abrasaba á los contrarios: de suerte que ademas de la guerra perpetua contra Francisco I, que en

todas las fronteras le suscitaba dificultades, se veía en la precision de mantener otra muy animada en lo interior del Imperio. Francisco I, que hacia quemar á los hereges en Francia, los protegía en Alemania contra su rival; y Cárlos, que los combatía en Alemania, no los perseguía en Francia.

Pocos Príncipes de los que han llevado la diadema han contado mas prosperidades ni mas ruidosas. La fortuna le puso en sus manos á Francisco I, y Cárlos disimulaba afectando compasion hácia el Monarca preso, prohibiendo que se hiciesen fiestas ó regocijos, diciendo: „Las victorias sobre los christianos nuestros hermanos, mas deben causarnos tristeza que alegría.” En las duras condiciones que pidió por su libertad, logró toda la ventaja posible. Quando su ejército, mandado por el Condestable de Borbon, tomó á Roma, y la saqueó, sabiendo que habia puesto preso al Pontífice, se afligió mucho, y ordenó rogativas públicas por su libertad.

La ocasion en que no pudo disimular fue quando le fue presentado en el campo de batalla Juan Federico Elector de Saxonia, precisado á rendirse despues de la derrota de su ejército. Habia este Príncipe renunciado pública-

mente á la obediencia del Emperador, é intentado que le depusiesen. Al llegar á la presencia de su vencedor, le dió Juan Federico el título de Magestad Imperial, y Cárlos le dixo en tono irónico: „¿Con que ya me conocéis por vuestro Emperador? Yo os trataré como mereceis:” y con efecto, á excepcion de la muerte, no hubo castigo sensible para un Príncipe que no le hiciese sufrir. Le detuvo en una estrecha prision, y dió á Mauricio de Saxonia, primo hermano de Juan Federico, los estados de este; no atreviéndose á privar de aquellas posesiones patrimoniales á la familia.

Se vengó de Felipe, Landgrave de Hesse, compañero en armas y en sublevacion de Federico. Habia pedido el Landgrave salvoconducto para ir á tratar de paz con el Emperador, y este quando llegó le mandó arrestar. Reclamó que el salvoconducto decia, que no le pondrian en prision alguna; pero en Aleman, la palabra alguna, mudando una letra sola, significa perpetua, y en el salvoconducto se hallaba esta mutacion. Por mas que le instáron á que arrestase á Lutero, que habia ido á la Dieta de Wormes con salvoconducto, le dexó retirar libremente; siendo así

que la detencion de Lutero hubiera sido muy ventajosa para la religion católica. Por esto muchos cuentan el haber perdido esta ocasion entre las faltas políticas de Cárlos V. Las demas faltas son una expedicion infructuosa que hizo á la Africa, contra el parecer de los ancianos, en el rigor del invierno, quando aquellos mares estan mas desenfrenados, y así fue una jornada muy ruinosa: el no haber por lo ménos conservado á Tunez, y defendido la goleta, como á pesar de su desastre, lo pudiera haber executado: el haber elevado en Italia el poder de la casa de Médicis, que tan pernicioso fue á la de Austria: el haber firmado condiciones poco honoríficas, con el fin de conseguir la mano de María, Reyna de Inglaterra, para Felipe su hijo; pero si este casamiento hubiera producido las ventajas que razonablemente debieran esperarse, nunca habria sido muy costoso: el haber hecho elegir Rey de Romanos á su hermano Fernando en lugar de su hijo Felipe, bien que este tenia ya demasiados estados: haberse expuesto á atravesar la Francia sobre la palabra de Francisco I, á quien él habia tratado mal, aunque no le sucedió daño alguno; y así los que llaman hombres de Estado juzgáron que



Carlos V. arriba a España.

Efectuada por Carlos V. la celebre renunciación de sus dominios, se hizo á la vela para España; y desembarcado en Laredo, se postro, besó la tierra, y pidió de bendiciones á esta su siempre amada península en que recibió el ser, en que había resuelto morir, y donde, mas que antes su poder, asombraron al mundo su humildad y retiro. ¡Feliz España, degida para digno teatro de la mayor victoria del mayor héroe!*

* Nació en el punto; pero acababan de llamarle España sus padres.

en aquella ocasion fue Francisco I ménos político que él. La última falta suponen que fue haber renunciado todas sus coronas.

Pero antes de condenarle sobre este artículo convendría pensar sus causas. El mismo las expuso á la crítica del universo en la ceremonia solemne de su renuncia. Hecha esta ruidosamente, siendo Alemania el teatro, partió á España con una compañía escogida; y al entrar en este reyno, se postró, y besó la tierra, exclamando: „¡Oh tierra, y tierra muy amada! El cielo derrame sobre tí abundantes bendiciones: aquí salí desnudo del seno de mi madre, y quiero volver desnudo á tí, pues te miro como una segunda madre. Yo te consagro mi carne y mis huesos, que es lo único que en el dia puedo ofrecerte.” Retirado al monasterio de Yuste vivió en él como qualquiera otro religioso. Si se supieran las reflexiones que le ocupaban entre las bayetas fúnebres quando sobre ellas baxó vivo al sepulcro, tal vez se juzgaria que en un anciano no era extravagancia ni falta de política haber adelantado por algunos momentos el abandono de un cetro que iba á huirse de sus manos, la caída de una corona, que ya estaba temblando, y que volviendo sobre sí, hartó

de honras, cansado de grandezas y de su nada, debe permitirse á un Monarca reservar algunos dias para sentir los trabajos que se ha tomado por gobernar á los hombres, que tan poco lo agradecen. Gustaba Cárlos V de la lectura; era sencillo en el vestir, y familiar con sus domésticos. Usaba con gusto particular de expresiones equívocas; mostraba paciencia grande en sus audiencias, y era en sus acciones muy circunspecto. Aunque no le desagradaban las mugeres, ocultaba con cuidado esta pasion como debilidad y flaqueza, por no autorizarla con su exemplo.

Quando Fernando subió al trono imperial, no era Príncipe pobre ni necesitado; porque llevaba los dominios de la casa de Austria en Alemania, que Cárlos su hermano le habia cedido, y adornó las dos cabezas de la águila imperial con las coronas de Bohemia y de Hungría. Tardó el Papa en reconocerle; porque así la dimision de Cárlos como la exaltacion de Fernando, se habian hecho sin su auencia; pero esta indiferencia del Pontífice no tuvo conseqüencias funestas. Se hizo estimar Fernando en los ocho años que gobernó por renuncia de su hermano, así por su prudencia como por su justicia, y se hizo ama-

ble por su clemencia y liberalidad. No estuvo en su mano que el Concilio de Trento se concluyese con mas ventajas para la religion. Deseaba Fernando que el Clero de Alemania se reformase á sí mismo, pareciéndole eficaz medio este para reducir á los hereges á la razon. Se preciaba de la mayor fidelidad en cumplir su palabra, y aun pudiéramos decir que se excedió en esta exáctitud, dando cierto premio á un Oficial, que despues de la promesa le habia desmerecido: „Yo debo atender mas, dixo, á mi palabra que al mérito de aquel á quien la he dado.” Pero con este principio, recompensados el vicio ó el delito, pueden tomar atrevimiento.

Maxímiliano, hijo de Fernando, habia sido ya electo Rey de Romanos en vida de su padre, y se interesó como él con ilustrado zelo en la paz de la Iglesia; pero el Papa juzgó que sus máximas de tolerar á los hereges, favorecian demasiado á los protestantes. No por esto las dexó Maxímiliano, y así concedió libertad de conciencia á sus estados hereéticos; porque le pareció que estos asuntos no podian concluirse bien con la espada. Prefirió siempre los caminos de la benignidad á los medios de la violencia, mirando como ene-

migos de la paz, y peligrosos para la tranquilidad pública á los que eran de opinion contraria; aunque no por esto dexó de ser sinceramente católico. Inútilmente se buscarian vicios en este buen Príncipe, pues jamas se quejó alguno de haberle oido una palabra dura, ni de haber salido descontento de su audiencia. Cada accion de su vida tenia una hora fixa: despues de comer podia llegar hasta el menor de sus vasallos, y presentarle su memorial. Padre tierno, esposo fiel, amigo de la verdad, casto, y enemigo de los desórdenes: sus virtudes influyéron visiblemente en las costumbres de Alemania, la qual nunca estuvo mas tranquila que durante su reynado.

Habia tenido la precaucion, que llegó á ser comun en la casa de Austria, de que eligiesen Rey de Romanos á su hijo Rodulfo. Tuvo este Príncipe mucho de la benignidad de su padre; pero poco de sus talentos para el gobierno. No obstante, como ya Maxîmiliano habia dado el impulso hácia la concordia en el Imperio, subsistió la paz interior reynando Rodulfo, con tanta mas razon respecto que el interes comun de contener las empresas de los Turcos reunia los espíritus.

Este fue el principal asunto de su reinado, aunque debe añadirse las diferencias que tuvo con su hermano Matías; pero estas las sosegó concediendo á la ambicion de este hermano ya una cosa y ya otra. A no ser por un poco de envidia, vicio ordinario de las almas pequeñas, viéndose Rodolfo sin hijos, hubiera tal vez cedido el Imperio á Matías, que abiertamente le deseaba. El gusto mas decidido que se conocia al Emperador, era por las joyas, la química, la mecánica y los caballos. Aborrecia la ostentacion, huia de la multitud, y no gustaba de ser visto. Pasaba dias enteros con los artífices, contemplando las joyas que trabajaban, de las quales dexó una rica coleccion á su sucesor.

Todos los siguientes Emperadores de la casa de Austria han tenido el sistema uniforme de engrandecer su casa, y han sido tan felizmente servidos por las circunstancias, que ha criado para ellos la fortuna excelentes Generales, y Ministros de rara capacidad. Ella ha extinguido familias antiguas dexando sus tronos vacantes, y se ha apoderado de ellos. Añadiendo á la fortuna su industria, hacian los Príncipes de Austria hereditarias las coronas que se les habian conferido á título de

eleccion, y que recayesen en ellos sucesiones muy distantes, legitimando, en caso de necesidad, los derechos con las armas. Dos cosas hay todavía que notar, y son: que han tenido el talento de entusiasmar á los pueblos en favor de su dominacion, y tenerlos prontos para combatir con todo el universo, si fuese necesario, por servirles en su ambicion; y que han sabido interesar en su grandeza á los Monarcas vecinos, y hacerla sostener por la Europa entera.

A pesar de estas precauciones, que casi presagiaban duracion eterna, se han marchitado sucesivamente los numerosos renuevos de esta familia: y solamente ha quedado una rama, que inxerta en un tronco extranjero, la va revivificando con su xugo. Todavía hace sombra al trono imperial, y reproduce baxo otro nombre todas las prerogativas de la casa de Austria.

Estos últimos Emperadores austriacos poco han hecho por sí mismos fuera del Gabinete; y sus trabajos, aunque muy útiles para ellos, no tienen aquel esplendor que da lustre á la vida de los Monarcas; por lo que nos contentaremos con ir recogiendo algunos hechos propios para interrumpir la monotonia de las datas.

Muerto Rodolfo, Matías, que ya era anciano, recibió de su hermano la corona, que habia deseado con ambicion; pero él tenia ya la de Bohemia. En él es preciso reconocer el espíritu de conciliar, y el talento para la negociacion. Por el primero mantenía la paz entre los Príncipes del Imperio: por el segundo repartió entre los Persas y los Moscovitas el peso de la guerra contra los Turcos. Por no tener hijos confirió la corona de Hungría á su primo Fernando, Archiduque de Austria, y le hizo elegir Rey de Bohemia; pero esta eleccion causó una guerra, que por treinta años estuvo assolando la Alemania. Al aceptar el cetro Fernando atentó contra los privilegios de los Bohemos, y se declaró contra los sectarios, que eran muchos en aquel reyno. Decía la corte de Viena que esto era para sostener á los católicos; pero ya estos advirtiéron que el fin de Fernando era debilitar á los unos con los otros para concentrar en sí mismo todo el poder, y borrar hasta el derecho de eleccion que los estados gozaban. Tomáron pues las armas: sostuvo el Emperador á su primo, é introduxo en Bohemia los exércitos alemanes, que hiciéron en ella grandes estragos. Los Bohemos por su parte

se defendiéron con vigor, y balanceáron muchas veces la victoria, lo qual no sirvió mas que para hacer la guerra mas viva y mas sangrienta.

Entre los mejores Generales de los Bohemos se cuenta el valiente Mansfeld, que merece lugar en la historia. Era este un bastardo del Conde de Mansfeld, Gobernador de Luxembourg, y se habia criado en la corte de Bruselas, de la que salió por mal contento. Se arrojó al partido de los que la corte de Viena llamaba los sublevados de Bohemia, con los quales se habian unido los protestantes de la Silesia y de la Hungría. Algunas veces vió Mansfeld, baxo de sus estandartes numerosas tropas: otras veces muchas ménos, como sucede en esta especie de guerras. Su audacia suplía entónces por la fuerza, y en sus victorias inostraba tanta magnanimidad, como constancia en los contratiempos. Sembrada está su vida de pasages raros; pero solo citarémos dos.

Tenia Mansfeld un confidente llamado Cazel: este le hacia traycion; y habiendo descubierto su vileza, le dió cierta cantidad de dinero, y una carta para aquel General enemigo, á quien Cazel daba las instrucciones. La carta estaba concebida en estos términos: „Su-



Generosidad de Mansfeld.

Tiéndole á selta en su quarto el general Mansfeld con un beticario que se habia encargado de darle veneno, le dize: Amigo, apenas creo que hombre á quien jamas hice mal quiera quitarme la vida; y entregándole un hermoso anillo, pero si la necesidad te ha hecho aceptar el oficio de asesino, toma para que puedas vivir como hombre de bien. Ni aun castigar sabe sin generosidad el hombre generoso.



puesto que Cazal mira por vuestros intereses mas que por los míos, os le envío para que os aprovecheis de sus servicios." En otra ocasión dixo á un boticario, que habia tomado á su cargo darle veneno: „Amigo, apenas creo que un hombre, á quien jamas he hecho mal, me quiera quitar la vida; pero si la necesidad te ha hecho aceptar el oficio de asesino, ahí tienes ese dinero para que con él puedas vivir como hombre de bien."

Dió tanto que hacer Mansfeld al Emperador Matías, que murió este Príncipe de pesadumbre, porque no podia triunfar de los Bohemos tan completamente como quisiera. Al morir recomendó á su primo Fernando la siguiente máxîma, creyendo que era excelente regla de conducta: „Si quereis que vuestros vasallos vivan felices con vuestro gobierno, no les hagais sentir toda la fuerza de vuestro poder." Mas por ventura, sin la demostracion del poder ¿podrá contarse con la obediencia de los pueblos, quando si no conocen que hay quien los gobierna se alborotan freqüentemente, y de este modo se hacen ellos mismos infelices?

No añadió este Fernando al Archiducado de Austria, y á sus dos coronas de Bohemia

y Hungría, la del Imperio, sino porque no la admitió Maxîmiliano, Duque de Baviera, á quien la ofrecieron, pero que temió llamar contra sí, aceptándola, todas las fuerzas de la casa de Austria, y no solo las Alemanas, sino tambien las Flamencas y las Españolas. Renunció discretamente, pues apénas se habia sentado Fernando en el trono imperial quando se vió acometido por el de Bohemia, pretendiendo los de este reyno que no podian estar en una misma cabeza la corona imperial y la suya, y diéron esta á Federico, Elector Palatino. Tambien los Húngaros emprendieron substraerse del dominio de Fernando, y se sujetaron al de Bethléem Gabor, Vayvoda de Transilvania. Esta rebellion provenia del temor que inspiraba á los Luteranos y otros sectarios de aquellos reynos el mucho zelo de Fernando, siempre rodeado de Jesuitas.

El Duque de Baviera y el Elector de Saxonía se declararon contra el Palatino; y aunque abrazaron la causa de este los Reyes de Suecia y Dinamarca, ya fue tarde, porque le derrotaron miéntras esperaba los socorros que ellos le preparaban. Sin darle tiempo para negociar en su favor, ya le habia borrado el Emperador de la lista del Imperio, privado de

sus estados, gratificando al Duque de Baviera con el título de Elector. Gabor, reconocido por Fernando en un momento desgraciado, sintió las resultas de la derrota del Palatino, y empezó á temblar en su trono de Hungría. El Rey de Dinamarca, despojado de sus posesiones de Alemania, huyó delante de Walstein, que le estrechó en sus antiguos límites. Mansfeld, abandonado de una parte de su ejército, y viendo que la otra iba muriendo de enfermedad, oprimido con la pesadumbre de que los mal contentos de Hungría aceptaban las falsas proposiciones que les hacia el Emperador, murió de tristeza y consuncion.

Tantas ventajas anunciaban á Fernando un triunfo completo. ¡Engañosa ilusion! pues del seno de la seguridad nació una tempestad espantosa. Empezó á temblar la Alemania de verse sujeta y esclava de la casa de Austria, siendo los protestantes los que mas se asustaron. Richelieu, siguiendo el sistema que habia concebido de abatir á la casa de Austria, avivó entre sus vasallos el miedo, y la inquietud ofreciéndoles el auxilio de la Francia, procurándoles el de Inglaterra, y fomentando el descontento de Gustavo Adolfo, Rey de Suecia, poco favorecido del Emperador.

Se precipitó este heroe por la Alemania como un torrente; aumentó sus fuerzas con las de Pomerania, el Brandembourg y la Saxonia, arrastrándolas á seguir su curso contra su voluntad. En vano los Imperiales, mandados por el excelente General Tilli, se esforzaron á romper su ímpetu en los campos de Leipsick, pues fuéron derrotados y dispersos. El infeliz Gustavo, siguiendo una nueva victoria en los campos de Lutzen, cayó herido de un golpe mortal casi debaxo de los trofeos de Leipsick, y aun dicen que fue asesinado. Ya iba Fernando á pedir la paz; pero este suceso le determinó á continuar la guerra. Nació la discordia entre los aliados: la nacion sueca, privada de su Rey, se prestó á una composicion; pero sus tropas, baxo diferentes xefes Capitanes de Gustavo, se vendiéron á las Potencias beligerantes, y continuáron en causar inquietudes al Emperador. Muy vivas fuéron las que le ocasionó Walstein, uno de sus mejores Generales, que creyéndose mal premiado, amenazaba con una desercion ó una rebelion. Decidió el Consejo de Viena, que si no se le podia prender, era preciso quitarle la vida; y se verificó la alternativa, porque cayó Walstein con el hierro de los ase-

sinos. Todas las desgracias de una guerra civil, cuyo fuego no puede dudarse haberle encendido el orgullo, la ambicion y el zelo indiscreto de Fernando II, no impidiéron la eleccion de su hijo para Rey de Romanos, aventurándose á ver perpetuar baxo de su mando el incendio.

Por fortuna, en el reynado de Fernando III la mayor parte de las hostilidades paráron en negociacion; pero estas disposiciones, pacíficas en lo interior, no impidiéron que la infeliz Alemania sufriese estragos en sus fronteras, principalmente por el lado de Francia. Con la capacidad de los Generales se perpetuáron las calamidades de los pueblos. Jamas se olvidarán en la historia los Weimars, Bonniers, Tortenson, Picolomini, Merci, Lamboy, Urangel, y otros muchos. Hallando los Príncipes recurso en la habilidad de estos grandes Capitanes, les asustaba poco una derrota, y volvian gustosos á la lid, con gran detrimento de los pueblos. Entre tanto se juntaban Dietas, se hacian reglamentos, y se tomaban las medidas para retirar ó disminuir las calamidades. Prescindiendo de la ambicion, los Emperadores austriacos pasan con justicia por buenos Monarcas. Tambien se les pudiera cen-

surar el luxo, el fausto, la gravedad y una etiqueta mortificante para todos los que se les acercaban. Rara vez mandaron sus exércitos, aunque estuviéron casi siempre en guerra; porque el descanso de los palacios ha tenido ordinariamente para ellos mas encantos que la actividad de las campañas.

A pesar del derecho, antes poco disputado, que daba el título de Rey de Romanos para la corona imperial, tuvo dificultades en su eleccion Leopoldo, hijo de Fernando, porque se opuso la Francia. Al subir al trono se vió en precision de defenderse contra los Turcos, á los quales derrotó Montecuculi en San Godar. Leopoldo se halló despues entre dos fuegos, estrechándole por una parte Luis XIV, por otra los Húngaros sublevados, y auxiliándole poco los Príncipes del Imperio, como que no les disgustaba ver expuesto el poder invasor de la casa de Austria. No se contentaban los Turcos con inspirar desde léjos el temor, y así llegaron hasta Viena. El Emperador huyó con toda su corte; pero Juan Sobieski, Rey de Polonia, llamado á su socorro, de concierto con Cárlos Duque de Lorena, hizo levantar el sitio que tenian puesto á Viena los Turcos. En la visita que se hicieron los

dos Monarcas, nada disminuyó la Magestad Imperial de su altivez ordinaria, y anduvo regateando Leopoldo los honores que habia de hacer al vencedor. Fue preciso medir los pasos, y aun arreglar las acciones y las palabras. Al ver tantas ceremonias, apénas se podia adivinar de parte de qual estaba el servicio y de qual el reconocimiento.

A pesar de los obstáculos llegó por último Leopoldo á conseguir lo que mucho tiempo habia sido el objeto de los deseos de su familia, esto es: hacer en ella hereditaria la corona de los Húngaros. Estos eligieron por la última vez al Archiduque Joseph, y en su coronacion renunciaron para siempre el derecho de elegir, y aseguraron el hereditario á la casa de Austria. Este era el tiempo de las fortunas, pues el mismo Príncipe fue elegido Rey de Romanos: el Duque de Hannóver recibió el título de Elector: el Duque de Saxonia consiguió la corona de Polonia: el Elector de Brandembourg se hizo reconocer Rey de Prusia, y por este mismo tiempo iba la casa de Borben adquiriendo la corona de España. Leopoldo fue testigo de estas mutaciones de escena durante su reynado, que duró quarenta y siete años. No causó mucho senti-

miento quando desapareció del teatro del Imperio, en el qual personalmente no habia hecho el papel mas brillante; pero no se ha hablado mal, ni de su carácter ni de sus costumbres.

La actividad que faltaba á Leopoldo se vió en Joseph su hijo, el qual con mucha ambicion y orgullo era ardiente, emprendedor é infatigable. Ningun Emperador habia gobernado la Alemania con tanta altivez y despotismo. Quando ya era célebre por sus felicitades en la guerra, y daba con sus distinguidos talentos mucho que temer ó que esperar, le arrebató la muerte en la flor de su edad. El Colegio Electoral no estaba muy dispuesto á favorecer á su hermano el Archiduque Cárlos; pero el Elector de Maguncia le proporcionó todos los votos por esta razon concluyente: „El Imperio, dixo, es una Señora de alto nacimiento, exíge para su subsistencia grandes gastos, y sola la casa de Austria tiene suficientes rentas para mantenerla.”

Se hallaba el Archiduque Cárlos en España disputando la corona á Felipe V, y su eleccion al Imperio facilitó que se terminasen las diferencias entre los dos competidores, y se restableciese la paz general, cuyas comodi-

dades gozó la Europa despues de una larga guerra, que atormentó á la Alemania, en el tiempo de los quatro últimos Emperadores. Cárlos VI es el autor de la famosa pragmática que adjudicó todos los bienes de la casa de Austria á la Archiduquesa, la grande María Teresa, su hija. Hizo afianzar este órden de sucesion por los estados del Imperio, por todos los Príncipes que le podian inquietar, y entre otros por la Francia. En su muerte esta Potencia, sin oponerse directamente á las disposiciones de la pragmática que habia aprobado, apoyó, ó tal vez suscitó las pretensiones de otra rama de la casa de Austria, las quales, despues de haber consentido en aquella especie de pacto de familia, se levantáron contra ella, y de aquí nació una guerra que abrasó toda la Europa. María Teresa, que se habia casado con Francisco Estéban, Duque de Lorena, sostuvo valerosamente los derechos que la daba la pragmática, y rechazó con ventajas los esfuerzos del Emperador Cárlos, Elector de Baviera, á quien habia hecho elegir la influencia de la Francia.

Bien caro pagó el Duque de Baviera la honra de llevar la corona imperial. Despues de cinco años de guerras desgraciadas, murió

privado de casi todos sus estados; y la Archiduquesa María Teresa, Reyna ya de Hungría y de Bohemia, logró colocar á su marido en el trono del Imperio, que habian ocupado los Príncipes de la casa de Austria sus mayores. Desde entónces empezó la casa de Austria-Lorena.

A Francisco I, tronco de esta casa, le sucedieron dos hijos, el uno inmediatamente despues del otro. Joseph II, que apetecia toda suerte de gloria, tuvo la de medir sus armas sin pérdida con el Gran Federico, Rey de Prusia. En Francia se le vió visitar con atencion los puertos y arsenales, seguir el método de las artes, y entregarse con aplicacion á adquirir todos los conocimientos que le pudieran ser útiles para el gobierno de su monarquía. Aunque se casó dos veces no dexó hijos. Le sucedió Pedro Leopoldo su hermano; y á este le reemplazó á los dos años Francisco II, el qual, despues de una guerra muy desgraciada con Francia, todavía en un tratado con los Franceses, ruvo la fortuna de realizar el proyecto, que habia deseado ver efectuado la casa de Austria, de hacerse Señora del golfo Adriático, incorporando en sus dominios á Venecia, y gran parte de los estados que perte-

necian á esta República en la Tierra Firme.

Aunque la Hungría no es del Cuerpo germánico, puede mirársela en algun modo como un anexo del Imperio por la influencia que recibe de los Emperadores: y así pondremos aquí su historia antes que la de los estados que componen la Confederacion del Imperio de Alemania.

HUNGRÍA.

La Hungría fue poblada por los Hunnos, que Carlo Magno destruyó ó sujetó. Esta era su ordinaria alternativa. Abunda este pais de todo lo necesario para vivir: tiene minas y bosques, y sobre todo vinos, entre los quales el mas nombrado es el de Tokai. La caza es tanta, que para que no haga estragos, no solo se permite cazar por todas partes, sino que aun se estimula á que cacen. Los Húngaros son de buena talla, y conservan el valor de los Hunnos, de quienes descienden. A sus soldados de caballería los llaman *Húsares*, y los de infantería *Heyduques*. La nobleza es altiva y vengativa, pero fiel y generosa. Casi todos los Húngaros, hasta los paisanos, hablan dos lenguas, la esclavona y la alemana. La reli-

gion católica es la mas comun. No tienen carácter distintivo, á no estimarse como tal la severidad en los principios y costumbres.

Hiciéron los Húngaros en diferentes tiempos irrupciones fatales á la Italia y á la Alemania, porque las asolaban, incendiaban y saqueaban. No se sabe qué leyes, qué costumbres y qué gobierno tenían por entónces. Sus costumbres debian ser feroces, su códigò el de los bárbaros, y sus Reyes unos xefes de aduares sin disciplina. El primero de estos Príncipes, que profesó el christianismo, se llamaba Geysa, y le pone la historia por los años 989. Los vasallos paganos no gustáron de esta mutacion de religion, y se le subleváron; pero si no los convirtió, por lo ménos los precisó á que permitiesen Iglesias, Monasterios, Obispos y Sacerdotes, á los quales hizo ricos presentes. Estéban su hijo experimentó la rebeldía de aquella parte de sus vasallos que se habia quedado pagana; pero aunque llamáron en auxílio de sus ídolos á un tio de su Rey, Príncipe de Transilvania, le venció Estéban, y reduxo á los vasallos á su deber. Tambien libertó á la Hungría de una invasion de los Búlgaros.

Pedro su hijo incurrió en el odio de los

Húngaros por su afición declarada á los Alemanes que llamó á su corte. Le depusieron los Señores, colocando en su lugar á Aba, que era uno de ellos. Viéndose este asegurado en el trono, procedió con tanta crueldad, que se hizo odioso. Volvieron á llamar á Pedro, y quitáron la vida á Aba; pero Pedro, que no habia escarmentado con su desgracia, empezó de nuevo á favorecer á los Alemanes; y porque murmuraban, desterró y proscribió, sin exceptuar á los mas principales Señores. Uno de estos, llamado Andres, y que era de la familia Real, volvió con su hermano Bela; y destronando á Pedro, hicieron sacarle los ojos. Murió de resultas de este tormento; y se desavinieron los dos hermanos porque Andres declaró único sucesor á la corona á su hijo Salomon. De esta desavenencia resultó una guerra en que matáron á Andres; y Bela murió por la casualidad de haber caído sobre él una pared.

Habia dexado Andres dos hijos, Geysa y Ladislao, los quales disputáron la diadema á Salomon; y despues de haber peleado, se reconciliáron, repartiendo entre sí el reyno. Murió Geysa, y se apoderó su hermano Ladislao de la parte que les era comun, aunque Geysa

dexó dos hijos, Colomano y Almo; y estos, bien fuese de acuerdo con el tio, ó por haber este muerto, reynáron por su turno; pero el primero hizo sacar los ojos al segundo. En tiempo de estos dos Príncipes, en el de su tio Ladislao y de su padre Geysa, los Chunos, nacion pagana, habitadora de la Valaquia, hicieron grandes estragos en Hungría: los Alemanes y Rusos se derramáron por ella: infestáron los Normandos las costas de la Dalmacia; y al mismo tiempo se hacian guerra interior la religion pagana y la christiana. Venció esta última en términos que salió de Hungría un enxambre de Cruzados; y durante la menor edad de Estéban, hijo de Colomano, se veian los Obispos empleados con los nobles en el gobierno del reyno. Su pupilo al principio se aprovechó poco de las lecciones, y no se manifestó muy penetrado de las máximas benignas del christianismo. Fue duro y severo; pero tambien fue guerrero esforzado, que llevó el terror de sus armas á Bohemia y á Rusia, y se hizo temer del Gobernador de Constantinopla. Le llamáron el *Trasquilado*, porque quando murió envolvió todos sus laureles en un hábito religioso. Sus virtudes, y este acto de humildad le mereciéron el título

de Santo, no ménos que su piedad y generosidad para con la Iglesia.

No teniendo hijos Estéban, nombró por sucesor á su primo Bela, hijo de Almo. Este, despues de haber experimentado sublevaciones, y vencido á los Alemanes, que habian avanzado hasta su capital, dexó su reyno sosegado á su hijo Geysa III, que por no tener hijos fue reemplazado por Estéban III su hermano, el qual nombró por sucesor á otro hermano Bela III, por haber muerto sin sucesion. A sus predecesores les habian hecho la guerra los Venecianos por la posesion de la Dalmacia, y esta guerra se renovó en su tiempo con ventajas de su parte, pues aquella provincia quedó reunida á la Hungría. Tuvo dos hijos, Emerico y Andres. El menor pensó en invadir el trono del mayor, y levantó tropas; pero quando ya estaban los dos exércitos uno en frente de otro, y para llegar á las manos, dexó Emerico su armadura; entró por los batallones de su hermano, y les dixo: „Soldados, ¿quál de vosotros se atreverá á manchar sus manos con la sangre de su Rey? ¿Quál de vosotros os hará violar en mi presencia la dignidad de San Estéban? Yo soy su sucesor y vuestro Rey por unánime consentimiento de

los estados: aceptad el perdon que aquí os ofrezco, y reconoced á vuestro Monarca." Le salió bien este arrojó, porque á los rebeldes se les cayéron las armas de las manos, y no vió despues en sus vasallos sino obediencia y sumision. Por su muerte colocáron en el trono á su hijo Ladislao, á quien arrebató una enfermedad á los seis meses.

Este Andres, que habia querido arrancar la diadema á su hermano Emerico, la recibió sin violencia por muerte de su sobrino Ladislao, y se puso al frente de una Cruzada; dexando por su ausencia el cuidado del reyno en manos de un Señor llamado Bancbano. La Reyna Gertrudis, que era Alemana, se quedó en Hungría. Fue á verla un hermano suyo, y se dexó llevar de una violenta passion á la muger de Bancbano. Gertrudis le ayudó á satisfacerla violentamente; y Bancbano, que por su misma esposa supo la afrenta que le habian hecho, quitó la vida á la Reyna, salió del palacio humeando todavía la espada, publicó su accion, y dixo que iba á Constantinopla á ponerse en manos del Rey para que le castigase si lo merecia. Partió con efecto; y Andres, que estaba contento con lo hecho por Bancbano, no quiso oirle: le

volvió á enviar para que continuase en su administracion, diciéndole que le juzgaria en donde habia cometido la accion. Volvió pues á Hungría, exâminó el punto, declaró que la Reyna era culpada, perdonó al homicida, y le premió espléndidamente por su buen gobierno. La confianza de Bancbano en la justicia del Rey es lo que mas honra á este Príncipe. Volvió de la Tierra Santa mas cargado de reliquias que de laureles.

En el reynado de Bela su hijo persiguiéron los Tártaros á los Cumanos, nacion Sár-mata, y estos se entraron en Hungría. Les concedió el Rey tierras; pero no agradó á sus vasallos esta condescendencia, y con razon; porque los nuevos habitantes, en lugar de servir de barrera á los antiguos contra los Tártaros, se unieron con estos, y asolaron en comun la Hungría. Bien fuese en castigo de esta falta de administracion, funesta para sus pueblos, ó bien por otros motivos, desterraron á Bela de su reyno, y sufrió todas las desgracias del destierro; porque anduvo errante, arrojado de un pais á otro, y aun puesto en prision por el Soberano de Austria, adonde se habia refugiado. Huyó de sus cadenas; y despues de muchas aventuras le restablecieron en su tro-

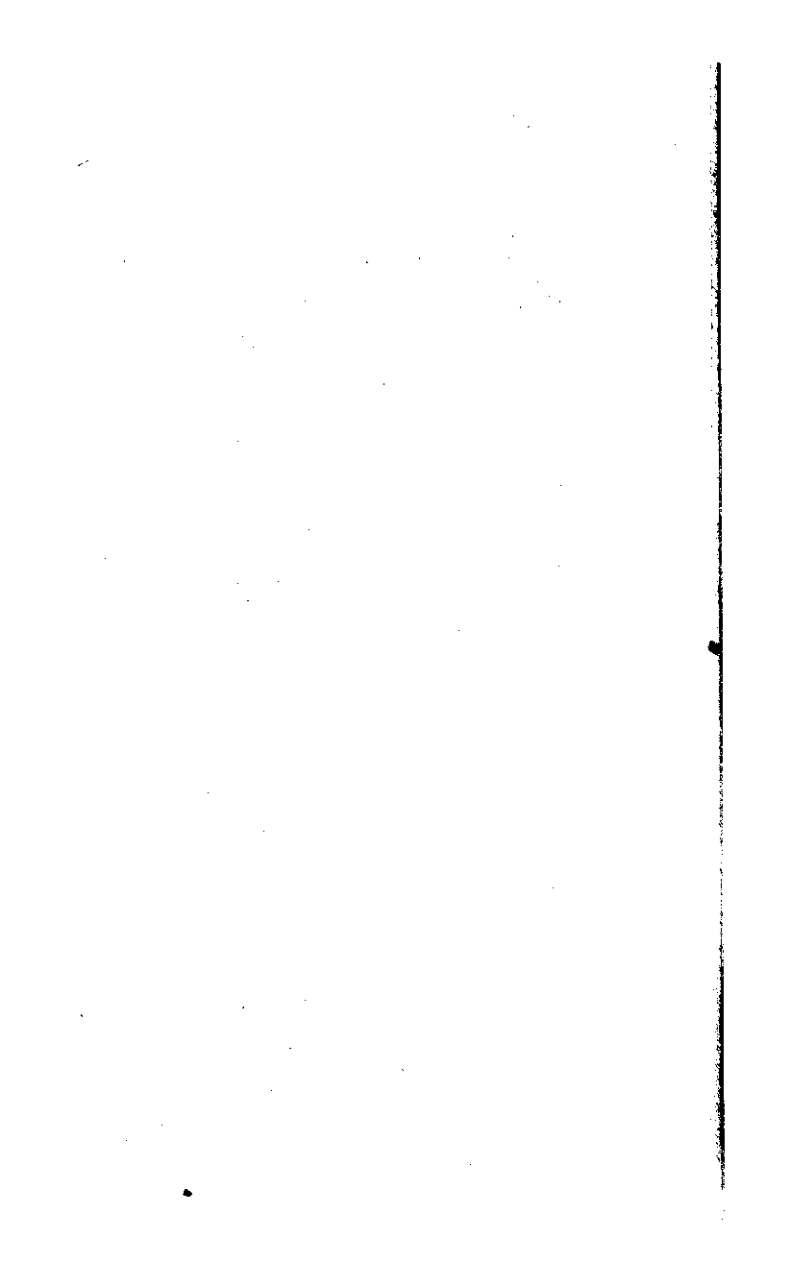
no los Caballeros de Rodas. Resistió con mucho honor á Otocaro, Rey de Bohemia, que le habia declarado la guerra: se vengó del cautiverio que habia sufrido en Austria, y empleó los últimos años de su vida en sacar á su reyno del triste estado á que los bárbaros le habian reducido. Su hijo Estéban peleó tambien felizmente contra el Rey de Bohemia; y á Ladislao, hijo y sucesor de Estéban, estaba reservado librar la Hungría de este enemigo, pues murió Otocaro en la batallá. Pero á los estragos de los Bohemos se siguiéron los de los Cumanos; porque de suplicantes que eran en el reynado de Bela, se habian convertido, como ya se habia previsto, en terribles huéspedes reynando Ladislao. Tenia tal reputacion de torpeza este Príncipe, que el Papa y el Emperador su cuñado tuviéron por conveniente hacerle reconvençiones, y darle algunos consejos, bien que fuéron inútiles. Segun parece en uno de los intervalos de treguas dió á entender á algunas mugeres de los Cumanos sus deseos; y despreciándolos estas, usó de la violencia; pero ellas le matáron á puñaladas en su propia tienda.

Como no dexase hijos se vió la Hungría objeto de la ambicion de muchos pretendien-



Venganza de las cumanas

*En uno de los intervalos de la guerra á que o-
bligaron á Ladislao, Rey de Hungría, los esra-
ñes hechos por los cumanas en este reino, declaró
sus torpes deces a las esposas de algunos de ellos
& porque resistieron noblemente se abovió a servirse
de la violencia; pero ellas se mataron á puñaladas
en su propia tienda. Ultrajes del honor encuentran
siempre prontos á su venganza el plomo & el acero.*



tes. Rodolfo, Emperador de Alemania, la reclamó como feudo del Imperio. Cárlos, Rey de Nápoles, se presentó con los derechos de su esposa María, hermana de Ladislao; y sin esperar la decision, hizo proclamar y coronar en Nápoles á su hijo Cárlos Martel. El Papa se unió con el Napolitano, que se llamaba Soberano de Hungría, y ordenó al Emperador que renunciase á sus pretensiones. En medio de estos debates, indignados los Húngaros de que otros se abrogasen el derecho de darles Rey, eligiéron al nieto de Andres II, que había nacido póstumo en Venecia, llamado tambien Andres, y por sobrenombre el Veneciano; pero á este, durante su reynado, se le opuso el Napolitano Cárlos. Muriéron los dos competidores casi al mismo tiempo: el Veneciano no tuvo hijos; y el Napolitano dexó uno, llamado Cárlos Roberto, de cuyos dos nombres salió el de Caroberto. Durante su menor edad fuéron los Húngaros á Bohemia á buscar Rey, y Wenceslao les dió por Soberano á Ladislao su hijo; pero les privó de este Príncipe jóven, y le retiró quando supo los alborotos que agitaban á Hungría. Diéron su corona á Oton, Duque de Baviera, el qual pasó su reynado en procesiones y fiestas de

iglesia, hasta que renunció. Ya el jóven Caroberto, hijo del Napolitano, se hallaba en edad competente para mandar, y empuñó el cetro; pero convidado con el de Nápoles, escogió, y prefirió este, dexando por Rey de los Húngaros á su hijo Luis.

Fue Luis un Príncipe valeroso, que sujetó la Transilvania rebelada: socorrió al Rey de Polonia contra los Lituanos; y rechazó á los Tártaros, los Croatos y los Sármatas, enxambres de bárbaros encarnizados contra la Hungría. Llevó Luis el terror de sus armas á Nápoles, en donde vengó la muerte de su hermano Andres, asesinado por su esposa Juana, y se hizo temible en toda la Italia. A sus prendas belicosas añadía la prudencia, la generosidad, el amor á las letras, y las hizo florecientes en su reyno. A este le llamáron el Grande; y reconocidos los Húngaros, no dudáron, muerto él, en proclamar á María su hija, con el título de Rey. Deseaba ella que asociasen á su esposo Segismundo en su potestad soberana; y en parte á fuerza y parte por voluntad, se lo concediéron; pero muerta María, y habiendo experimentado Segismundo una gran derrota de parte de los Turcos, llamáron los Húngaros á Ladislao,

Príncipe de la rama napolitana. Segismundo se levantó de su caída tan felizmente, que llegó á ser Emperador y Rey de Bohemia. Temeroso de su poder Ladislao, renunció; y fue tanto el Imperio que tomó Segismundo sobre la nacion, que consiguió la corona para su yerno Alberto de Austria. Reynó poco este Príncipe; y su muger, á quien habia dexado en cinta, dió á luz un hijo, que se llamó Ladislao, y fue corondo á los quatro meses. Agitados los Húngaros con alborotos civiles y religiosos, ofrecieron su corona á Ladislao, Rey de Polonia; y aunque la tomó con el título de Protector, también admitió el de Rey, y manifestó que le merecia, pues sacrificó su vida contra los Turcos en defensa del pueblo que le habia puesto á su frente. Se habia criado el jóven Ladislao en Alemania, adonde le habia llevado su madre, por librarle de los peligros que rodeaban su trono. Le pidieron de nuevo los Húngaros al Emperador Federico, y volvió á enviarsele. Durante su menor edad, el célebre Corvino, Húngaro noble, hizo felizmente la guerra contra los Turcos, y preparó la fortuna de su hijo Matías. Murió Ladislao en el vigor de la edad, arrebatado de un cólico violento.

El Emperador se suponía Rey de Hungría, porque poseía la corona de San Estéban, que la madre de Ladislao había llevado á Alemania quando fue allá con su hijo; pero este título no le detuvo á Matías, hijo de Corvino, elegido por los estados. No obstante, creyó que en una nación supersticiosa no debía despreciar aquella preocupacion; y habiendo ganado muchas victorias al Emperador, exigió la restitucion de esta reliquia, y se hizo coronar con ella. Reynó gloriosamente, siendo recomendable por sus talentos militares, y por su amor á las letras. Juan Corvino, su hijo natural, que se presentó á reemplazar á su padre, no fue recibido de los Húngaros, los quales prefirieron á Ladislao Rey de Bohemia, que dexó su corona á Luis, su hijo único, Príncipe jóven, que pereció en la funestísima batalla de Mohats contra los Turcos.

Por la muerte sin sucesion de este Príncipe se presentáron dos concurrentes, Fernando, Archiduque de Austria, y Juan Zapolski, Señor húngaro. Combatiéron por algun tiempo, y se concordáron por último, con la condicion de que el Húngaro mantuviese, durante su vida, una parte del reyno que había conquistado, la qual, despues de su muerte, vol-

vería á la Austria. Pretendia él que le pertenecía la corona de derecho por haberse casado con Ana, hermana del desgraciado Luis; pero sin embargo, le pareció necesario añadir á este derecho el de una eleccion que procuró conseguir.

Maximiliano su hijo se hizo coronar solemnemente en Presburg, y procedió en todo, como si esta ceremonia supliese por la eleccion. Lo mismo hicieron sus dos hijos y sucesores, Rodolfo y Matías; pero no sin reclamaciones, acompañadas muchas veces de una resistencia armada de los Húngaros. Estas reclamaciones eran mas ó ménos peligrosas para la casa de Austria, segun los xefes que los malcontentos escogian. Fernando, puesto en posesion de la corona de Hungría por la cesion que en él hizo Matías su primo, que no tenia hijo, se halló con la oposicion de Bethleem-Gabor, Príncipe de Transilvania. Su hijo, llamado tambien Fernando, tuvo que defenderse contra Jorge Ragotski, Príncipe tambien de Transilvania; y ambos fuéron poderosamente favorecidos por los protestantes. A pesar de las fuerzas de Alemania, de las quales disponian estos dos Fernandos, como Emperadores, el segundo tuvo que hacer con los

malcontentos una paz poco ventajosa. A costa de algunos sacrificios dexó la Hungría bastante sosegada á su hijo, otro Fernando que gozó pacíficamente de la corona.

Por falta de hijos pasó el cetro á manos de Leopoldo Ignacio su sobrino, hijo de Fernando III, el qual consiguió que la corona de Hungría se declarase hereditaria en la casa de Austria el año de 1687, y la puso sobre la cabeza de su hijo el Archiduque Joseph, que llegó á ser Emperador. Murió este sin hijos varones, y dexó una viuda con poca capacidad para sostener los derechos de sus hijas, de suerte que se entregó la corona al Emperador Cárlos de Austria, por una composicion entre la viuda y los malcontentos presididos por Ragostski.

En 1723, y en una Dieta solemne celebrada en Presburg, hizo Cárlos declarar hereditaria la corona en favor de su descendencia, comprehendidas las hembras á falta de varon. En virtud de este decreto, María Teresa su hija, entró por muerte de su padre en posesion del trono de Hungría sin oposicion alguna; y por su afabilidad, dulce trato, y otras excelentes prendas, supo ganar el corazon de los Húngaros, y sacar de ellos abun-

dantes socorros así en dinero como en hombres para las guerras, que duraron gran parte de su reinado, y que siempre sostuvo gloriosamente. Hoy goza de esta corona su posteridad, con la ventaja de hallar á los Húngaros, como María Teresa, prontos á dar, en caso de necesidad, muestras de su fidelidad y de su afecto.

Entre las naciones bárbaras, que por larga serie de siglos inundaron este país, parece haberse conservado en la nobleza la casta indígena, y propia de los antiguos Húngaros y Esclavones, con la rústica virtud de aquellas naciones belicosas. El pueblo es un compuesto de Cumanos, Rascianos, Judíos, Rusos, Valacos, Griegos, Turcos; soldados valientes, pero difíciles de disciplinar. Estos son los que de ordinario van delante de los ejércitos alemanes; y por su feroz exterior inspiran desde lejos el susto y el terror.

ESTADOS DEL IMPERIO.

El Cuerpo del Imperio se compone de Electorados eclesiásticos y seculares. Los primeros son tres, el de Tréveris, el de Maguncia, y el de Colonia: los segundos son actual-

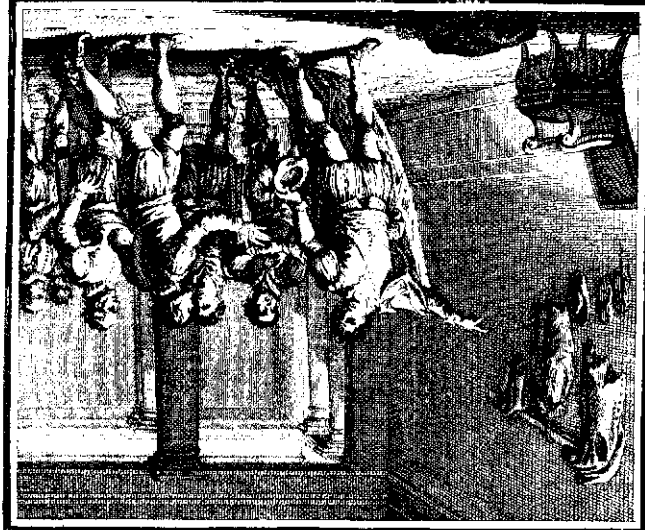
mente seis: los reynos de Bohemia y Brandembourg, el Palatinado del Rhin, la Saxonia, la Baviera y el Ducado de Hannóver. Son tambien del Cuerpo Germánico otros muchos estados, Obispados, Abadías, ciudades, Ducados, Condados y Principados, y algunos, como el Archiducado de Austria, son muy considerables. Aunque la mayor parte de estos estados, en sacándolos de la línea del interes general, ofrecen pocos hechos importantes, conviene darles algun lugar en la historia para que nada falte á su continuidad.

BOHEMIA.

La Bohemia, situada en medio de la Alemania, pertenece á la Confederacion imperial por ser Electorado; pero no depende de ella con respecto á su gobierno. Es un reyno rodeado por todas partes de montañas y dilatados bosques, que son un resto de la célebre selva de Hercinia, y la forman resguardos naturales. Su terreno es fecundo en todas las cosas, y se hallan en él hasta diamantes, que aunque son muy inferiores á los de Asia, tienen su mérito. Conserva su lengua particular, y en ella, como en el resto de la Alemania,

*Elevate frontal per su matrone con l'adorabile
 de el grade a la suprema de la triforma, hize
 sacre de su obra el adate y oculte mihos,
 u mande edocates en un sibe optone de su
 potate para que continuamente le recediam
 su primer estado y aare la exelencia de su
 adrems se dize a este principer pue adre
 humillase en la elevacion co adrese el amu
 ne de los adores.*

Modestia de Pimslao.



el paisano puede decirse que casi es esclavo, y el noble casi Soberano. Los hombres son de alta estatura: las mugeres de una fuerza, que sin embargo no carece de gracia. Generalmente los Bohemos hacen poco caso de las letras: estan reducidos á su comercio interior, y son buenos pastores y buenos cultivadores.

La tradicion nos dice que hasta Carlo Magno habitáron este pais los Boyanos, Gaulas de origen: se introduxéron despues los Marcomanos, y la invadiéron los Esclavones, colonia sármata, que hiciéron dominar allí su lengua y costumbres, parecidas á las de los Scitas errantes. El primer xefe que se conoce, llamado Ezequías, no tomó mas título que el modesto de Gobernador; pero juntó los pueblos esparcidos, y les dió leyes, á las quales dió estabilidad Croco, su sucesor por eleccion. Muerto este, confiriéron los Bohemos la potestad á Lybusa, la mas jóven de sus hijas, la qual, instada á casarse, eligió por esposo un labrador jóven llamado Primislao, que fue un Gobernador excelente. Este sacó de su choza el calzado y vestido rústico, y los colocó en un lugar oportuno de su palacio, para tener sin cesar presente su primer estado. Es-

tando para morir dispuso que se colocasen estos despojos en un lugar sagrado, de donde los sacasen para exponerlos á los ojos del público en cada eleccion que se hiciese. Aun en tiempo de sus Reyes se observó por muchos años esta costumbre.

Siete Gobernadores, cuyos nombres se han conservado en los anales, nos llevan hasta Botzivoy en 890. Tuvo el título de Duque, y fue el primer Soberano que abrazó el christianismo. Ya en aquellos remotos tiempos se nota el deseo que manifestáron los Bohemos de que entre ellos se celebrase el Oficio Divino en lengua vulgar; y no dexáron de lamentarse quando mandáron los Sumos Pontífices que se celebrase en latin, aunque prevaleció esta resolucion. Renunció Botzivoy por devocion, y consiguió que diesen la sucesion á su hijo Spilígneo, el qual murió á los dos años, dexando dos hijos baxo la tutela de Drahomira su madre, la qual era enemiga de la religion christiana, siendo así que su esposo habia sido muy christiano. Wenceslao, su hijo mayor, le imitó, y fue muy fervoroso en las prácticas religiosas. Su madre, enojada con esta devocion, llevó á bien que Boleslao, el hijo menor, asesinase al primogé-

nito; pero convirtiéndose Boleslao al christianismo procuró borrar la memoria de su delito, y que todos olvidasen el sobrenombre de Cruel, que le quedó sin embargo. Su hijo, tambien Boleslao, fue llamado el Piadoso; y su nieto, del mismo nombre, tuvo por renombre el Ciego, aunque no se sabe si lo era de cuerpo ó de espíritu. Haya sido la que fuese su ceguera, se declaró incapaz de gobernar, y renunció. Jaromiro su hijo fue suplantado por su tio Udalrico: y á los dos sucedió Bresislao, y á este Spilígeo, cuya madre era Alemana. Sin duda habia introducido esta en la corte muchos de sus compatriotas que causaban alborotos, pues á todos los expelió Spilígeo, sin exceptuar á su madre.

Wratislao su hijo tomó parte en las desavenencias de los Emperadores Henrique III y Henrique IV. Vencedor de su padre el hijo, reconocido á los servicios que el Duque de Bohemia le habia hecho, y en recompensa de las grandes cantidades que le habia prestado, le condecoró con el título de Rey en 1086. Su hijo mayor Boleslao, desterrado del reyno por desobediente, se hallaba presente á la muerte de su padre; pero la corona fue dada al hijo menor Conrado, el qual no la tu-

vo mas que siete meses. Muerto él volvió Boleslao á entrar en sus derechos y tomó el cetro que transmitió á su hermano Botzivoy; este se vió en la precision de abandonarle á Suantapluc su primo; y por su muerte, que fue violenta, y á los dos años de su reynado, cayó la corona en Uladislao, hijo tercero de Wratislao, el qual se vió precisado á dividir la autoridad con Sobreslao I su hermano menor.

A Uladislao sucedió Sobreslao II, no su hermano que ya tenia una parte del reyno, sino su propio hijo. Este último tuvo por sucesor á su sobrino Uladislao II. Los conciertos secretos, la fuerza y la proteccion de los Emperadores de Alemania pusieron en el trono de Bohemia, y por cincuenta años hicieron baxar de él á varios tios, hermanos, hijos, sobrinos, hasta que cansados los Bohemos de estas alternativas diéron su cetro á un buen Obispo de la familia de su Príncipe, llamado Henrique. Los gobernó con mucha prudencia, y antes de morir puso la corona en manos de los Estados. Estos la entregaron á Uladislao, que habia procurado quitársela á Henrique su pariente; pero sus esfuerzos le habian privado de la libertad. De la prision en donde le tenian le hicieron los

Bohemos pasar al trono. Con esta noticia acudió Primislao su hermano mayor, á quien la miseria, ó tal vez la necesidad de ocultarse, tenia reducido al estado de peon de albañil en la ciudad de Ratisbona. Por composicion entre los dos hermanos se contentó Uladislao con la Moravia, y Primislao se quedó con la Bohemia. Este hizo coronar en vida suya á su hijo Wenceslao, á quien dió el sobrenombre de Otocaro ó Victorioso, y le traspasó á Primislao su hijo. Este Príncipe fue Rey de Polonia, y no quiso la corona de Hungría, que hizo pasar á la frente de Wenceslao IV su hijo; pero este quiso mas la de Bohemia. Se sabe que fue asesinado; pero la historia no dice la causa, ni nombra el reo de este delito. Wenceslao V fue el último de los descendientes directos de Primislao, cuya posteridad reynó unos quinientos años.

Procuráron los Bohemos perpetuar en su trono esta familia, que apreciaban, y diéron la corona á Henrique, Duque de Carintia, casado con la hermana de su último Rey. Se la disputó Rodulfo, hijo del primer Emperador de este nombre, y tronco de la casa de Austria, y á quien muchos Señores habian elegido, pero murió; y aunque dexó

vacante el trono á Henrique, no supo este Monarca mantenerse en él, pues por sus desórdenes se le quitáron; pero los Bohemos, fieles siempre á la sangre de sus antiguos Reyes, todavía llamáron para su trono á otro cuñado de Wenceslao, llamado Juan, de la casa de Luxêmbourg. Este poseia bastantes y muy buenos estados en Alemania, y estos le ocupáron mas que la Bohemia. Tenia por otra parte un genio aventurero, que apénas le permitia fixarse en cosa alguna. Para entregarse mas libremente á sus intrigas y correrías, fió el cuidado de la Bohemia á Cárlos su hijo, que no pasaba de los diez y seis años; bien que este jóven lo desempeñó tan perfectamente que zeloso su padre volvió á tomar el gobierno. Despues se le entregó á Cárlos; y fue tanto lo que trabajó él mismo con los Príncipes alemanes, entre los quales vivia siempre, que consiguió que eligiesen Rey de Romanos á este mismo hijo; y él, arrastrado de su aficion á las aventuras, fue á buscar la guerra en Francia, y murió en la batalla de Créci.

Añadió Cárlos la corona de Bohemia á la Imperial, y debe ser amable para los Bohemos su memoria; porque, al contrario de su padre, prefirió su reyno á los demas estados. En

él tuvo su residencia, y allí consolidó quantos establecimientos útiles pudo, y dió principio á otros que dexó encomendados á Wenceslao su hijo para que los continuase. Pero este Príncipe, siempre ocupado en sus diversiones, cuidó muy poco de cumplir con las intenciones de su padre; y su vida, como lo hemos visto en la historia del Imperio, fue un conjunto de sucesos extravagantes. Dos veces le pusieron en una prision sus vasallos por no poder sufrir sus desórdenes: dos veces se huyó; y no solo subió de nuevo al trono de Bohemia, sino que fue elevado tambien al del Imperio. Le derribáron de este, y no lo sintió mucho; porque así quedaba con mas libertad para abandonarse al luxo y otros excesos. En estas miserables ocupaciones le sorprendió la muerte.

Le sucedió su hermano Segismundo, que ya era Rey de Hungría, y fue tambien Emperador; pero le costó trabajo asegurar en su cabeza la corona de Bohemia, porque temiendo su religioso zelo los discípulos de Juan de Hus y de Gerónimo de Praga, le opusieron muchos competidores, de los quales le desembarazáron las armas y el dinero. En quanto al pueblo, que era sectario, habiéndole abando-

nado los xefes, se hizo en él una horrible carnicería. Por este rasgo se podrá formar juicio de las crueldades que con ellos se executáron. Atraxéron muchos á una granja con pretexto de una conferencia, en la qual se habia de tratar del asunto; y quando los viéron juntos, pusiéron fuego á la granja.

Estas crueldades, en vez de destruir á los Husitas parecia que los multiplicaban; y así diéron bien que hacer al sucesor de Segismundo, que fue Alberto de Austria su yerno. Este Príncipe, consumido con las fatigas y los placeres, no duró mas que dos años. Le sucedió Ladislao, que nació póstumo, y tuvo por tutores á dos Ministros, uno católico y otro husita. Prometia un reyno feliz; pero un exceso de intemperancia en la comida le arrebató en la flor de su edad, y con su muerte se abrió la palestra á la concurrencia de muchos Príncipes. Se presentáron dos Austriacos, un Saxon, un Rey de Polonia, y un hijo de la Francia; pero á todos los desecháron los Bohemos, y saludáron Rey. á Jorge Podiebrado, de su nacion, el qual sostuvo con valor la eleccion de sus compatriotas contra los competidores y las facciones internas.

Por su muerte volviéron los Bohemos á

dar el cetro á un extranjero, y llamaron á Uladislao, hijo de Casimiro, Rey de Polonia. Tenia ya la corona de Hungría; y ausentándose muchas veces de Bohemia, fue acostumbrando á estos vasallos á sufrir la regencia de Gobernadores. Sucedió á este Príncipe su hijo Luis, que murió por desgracia en la batalla de Mohats, que presentó imprudentemente á los Turcos; y los Bohemos diéron la corona á Fernando, Archiduque de Austria, y despues Emperador, que se habia casado con Ana, hermana única de Luis. Desde este tiempo ya el reyno de Bohemia no ha salido de la casa de Austria, como tampoco el de Hungría, á título de hereditarios, y han tenido los mismos Monarcas.

AUSTRIA.

Aunque la Austria no hace parte del Imperio como Electorado, me ha parecido colocarla aquí, despues de la Bohemia, precedida de la Hungría, para que se vean seguidas las principales posesiones de la casa de Austria en Alemania. Despues de la extincion de una familia, que gobernó á la Austria desde 928 hasta 1240, cayó en manos del Emperador Rodulfo, como feudo del Impe-

rio, y se la dió á uno de sus hijos. Por consiguiénte la casa de Apsbourg dexó su nombre, y tomó el de Austria, que ha conservado siempre. En 1477 dió Federico á la Austria el título de Archiducado.

En la Austria se hallan granos, vino, excelentes frutas, abundancia de pastos, agradables sitios, y ayres saludables. Los habitantes son espirituosos, cultos, y aficionados á las artes y ciencias. Siempre han sido felices baxo el mando de sus Soberanos; y estos Príncipes, por afecto á este estado patrimonial y hereditario, han procurado que refluyan á él las ventajas que sacan del Imperio y de otros dominios: de suerte, que conservada el Austria con cuidado, y preservada de irrupciones, en quanto ha sido posible, se halla rica, y se conocen poco los vestigios de las plagas consiguientes á la guerra. La historia de sus Príncipes se incluye en los anales generales de Alemania.

BRANDEMBOURG.

Brandembourg es el título de un Electorado, que los Reyes de Prusia han adornado con una corona. Los Gobernadores que Henrique I, Rey de Germania, puso en 926 para

rechazar á los bárbaros del Norte que infestaban sus fronteras, se hicieron hereditarios con el nombre de Margraves; pero por mucho tiempo necesitáron el consentimiento de los Emperadores, los quales le negáron varias veces, y nombraban á Señores de sus cortes, ó á aquellos Príncipes á quienes querian gratificar.

El Margraviato de Brandembourg fue incorporado al Imperio por los años de 1142, como Principado, y en 1298 como Electorado. En 1415 el Emperador Segismundo, atrasado en la hacienda, vendió este Electorado á Federico, Burgrave de Nuremberg, que es el tronco de la casa reynante. Desde los principios del siglo x hasta Federico III, que en 1701 añadió al Electorado la dignidad de Rey de Prusia, se cuentan quarenta y un Margraves, todos guerreros, y muy atentos á aumentar sus primitivas posesiones, añadiendo á ellas las vecinas que les parecen convenientes. Este es el título con que cayó en sus manos la Prusia; pero sucesivamente y por partes, como con un trabajo constante de muchos siglos, en los quales han tenido el título de Marqueses, Condes y Duques, ya de una y ya de las dos Prusias.

P R U S I A.

La Prusia, en una situacion ventajosa para el comercio, produce mucho trigo: tiene un terreno ligero, y propio para las hortalizas. En él crecen con abundancia los árboles frutales, y en otro tiempo eran el objeto de un comercio útil; pero se van disminuyendo los grandes bosques, y aumentándose á proporcion los prados llenos de una multitud de vacadas: no son raros los caballos y la caza: se coge allí cera, pez, miel y cáñamo. El mar, con los vientos de Oriente y de Norte, arroja á las costas mucho ámbar. Por largo tiempo se ha ignorado la naturaleza de esta substancia; pero se ha llegado á descubrir, que es el producto de una espuma biliosa que arroja el cachalote, pez semejante á la ballena.

Los Prusianos fuéron idólatras hasta el siglo xi, en el qual empezó á introducirse entre ellos la religion christiana; pero á paso muy lento. Por entónces no tenian forma de gobierno; comian la carne cruda; bebian la sangre de los animales; adoraban las culebras, los árboles, principalmente la encina, los metéoros, vientos y tempestades, y sacrificaban

los prisioneros. Permitian la poligamia; quemaban á los adúlteros, y mataban por piedad á los enfermos, de cuya vida perdian las esperanzas.

Despues de mucho tiempo se dividió la Prusia en Real y Ducal. La primera estaba baxo la proteccion del Rey y no de la República polaca, sin dependencia, y como un estado libre, que pretende probar su gratitud con demostraciones de deferencia y una ligera retribucion. La Prusia Ducal, entregada á los Caballeros del Orden Teutónico con el fin de que en ella floreciese la religion christiana, llegó á ser dominio y posesion de los mismos.

Quando en el siglo XII emprendió Federico Barbaroxa una Cruzada para ir á librar la Tierra Santa del poder de los infieles, llevó consigo gran número de Caballeros alemanes. Murió en el Oriente, y aquellos voluntarios eligiéron por su xefe á Federico, Duque de Suabia, distinguiéndose tanto con este General, que considerándolos el Rey de Jerusalem y el Patriarca como muy útiles y aun necesarios para conservar los Santos Lugares, pensáron en unirlos con un lazo que los hiciese inseparables; y de este modo formáron un Orden militar con el nombre de *Santa María*. Los Religiosos de este orden

debían ser todos Caballeros alemanes ó *teutones*, que así se llamaban en aquel tiempo.

Eligiéron su primer Gran Maestre en 1190, y se obligáron, como los Caballeros de San Juan, á defender y conservar la Tierra Santa. A pesar de su valor no pudieron librarse de ser lanzados de aquel pais, como los de San Juan sus émulos; pero así como estos halláron asilo en Rodas, y despues en Malta, á los Teutónicos los recibió un Duque de Moravia, el qual les ofreció la Prusia, que aun era pagana, si querian retirarse á ella.

No les pareció que mudaban de instituto: pues pelear contra los Sarracenos ó contra los idólatras prusianos, todo era trabajar por la extension de la religion christiana. Entráron con su armada mision por aquellos paises bárbaros, y se hicieron Soberanos de lo que ahora se llama Prusia Ducal. No fue siempre el zelo religioso el que les puso las armas en la mano, pues tuviéron muchas guerras contra Suecos, Dinamarqueses y Polacos, y aun acometiéron á los Alemanes tan christianos como ellos. Desde esta parte de la Prusia que se les habia cedido, ya se habían adelantado por la que se llama Real, y no querian rendir homenaje á la Polonia. Alberto de

Brandembourg, su Gran Maestre, antes que someterse á esta ceremonia, quiso mas bien renunciar y abandonar todas las posesiones de su Orden en esta provincia; y el Rey de Polonia, en recompensa, le dió en propiedad la Prusia Ducal. Cabe la sospecha de que esta pretendida delicadeza de Alberto sobre el punto de honor con respecto al homenaje, fuese tal vez un arbitrio concertado entre el Rey de Polonia y él para hacerse propietario de la Prusia Ducal. Desde que se vió en posesion no quiso ya sufrir compañeros de su soberanía, y se dedicó á excluir los Caballeros. Estos se retiráron á Franconia, y despues se dispersáron. Tuvo fin el Gobierno teutónico de Prusia por los años de 1500; pero todavía subsiste en muchos territorios así de Alemania como de Italia, en donde hay en el día encomiendas con el título de Bayliages. Hay unos Comendadores católicos, y otros protestantes: los católicos estan obligados á cierto rezo y al celibato. Se elige el Gran Maestre en capítulo de la Orden, y recibe la investidura del Emperador. Cárlos Alexandro de Lorena, condecorado con este título por el Emperador en 1769, hizo elegir por Coadjutor al Archiduque Maxímiliano.

PRUSIA MODERNA.

La Prusia Moderna es un reyno hecho á mano, que se ha ido formando sucesivamente de las partes que se extienden irregularmente desde la Polonia al Rhin, con el qual toca por el Ducado de Cleves. Pocos estados de consideracion hay en Alemania, con que el Elector de Brandembourg y Rey de Prusia no confine por algunos puntos: y esta circunstancia la hace muy importante respecto de la mayor parte de Príncipes alemanes, de los quales teme y es temido. Pobláron estos paises los Suevos, los Venetos, los Saxonnes y los Vándalos, y por consiguiente estuvieron largo tiempo sin costumbres uniformes. Al presente han adoptado en general las de los Alemanes. Los habitantes son libres en su creencia; pero la corte profesa el calvinismo y el luteranismo. Hay allí colonias de Franceses refugiados, que hacen florecer las artes. Aunque viven sujetos á un gobierno militar y absoluto, son bastante felices.

La casa de Brandembourg es la que ocupa el trono, que ella misma se ha construido y consolidado. Se llama esta familia Hohen-

zollen, y su origen se pierde en la antigüedad; pues desde el año 800 se halla un Hohenzollen, Conde de Brandembourg, por sobrenombre Tasillon, cuyos descendientes se señalaron en todas las guerras de Alemania. A mediados del siglo xiv fuéron redondeando sus estados estos Príncipes, cosiendo los retazos que quitaban á los países vecinos. Las piezas de mas importancia son las dos Prusias, que los Caballeros del Orden Teutónico adquirieron para la religion christiana, y sujetaron á su dominio. A fuerza de ir cercenando han llegado los Príncipes de Brandembourg á quitárselas enteramente á este Orden militar, del qual ya se habian hecho Grandes Maestres, y por último le destruyéron para aprovecharse de sus dominios. En 1415, como ya hemos dicho, la dignidad Electoral se confirió á los Marqueses ó Margraves de Brandembourg.

El primero que tuvo esta dignidad se llamaba Federico, grande político y guerrero; pero le excedió en ambos talentos su hijo Federico II, llamado *Diente de hierro*, por sus muchas fuerzas, y mas honoríficamente el Magnánimo, porque no quiso las coronas de Polonia y de Bohemia, por no poder apropiárselas sino con injusticias. Muchos sucesores de

este tuviéron sobrenombres que pintan en una sola palabra su carácter, como Alberto el Aquiles, Juan el Ciceron, Joaquín el Nestor: todos se fuéron engrandeciendo, unos por conquistas, otros por alianzas ó por aventuras políticas. Joaquín II fue el que introduxo en sus estados la religion luterana: su hijo Juan Jorge fue amante de la paz: á Joaquín Federico le llamáron el Prudente. Juan Segismundo aumentó sus estados con los Ducados de Cleves y de Juliers. Jorge Guillermo su hijo se vió, á pesar suyo, empeñado en las guerras de sus vecinos, que eran mas fuertes que él, y así sus estados fuéron perpetuamente asolados por los exércitos imperiales y los Suecos; por lo qual los dexó disminuidos, descantillados y debilitados á Federico Guillermo, llamado el Grande Elector.

Este tomo posesion de los estados de su padre á los veinte años de su edad; y el valor y prudencia que entónces manifestó no se desmintieron en todo el discurso de su vida. Era prudente, advertido, insensible á los engaños del amor, reducido á sola su esposa, agradable en la sociedad, buen convidado, vivo y pronto; pero fácilmente se sosegaba. Era al mismo tiempo benigno y humano, y solo

por necesidad hizo la guerra. Se le mira como restaurador del poder de su casa, y fundador de su gloria: le diéron el sobrenombre de Grande.

Viéndose su hijo Federico III con una autoridad bien establecida, asegurada con buenas tropas, y apoyada con abundante hacienda, emprendió colocar una corona sobre la insignia Electoral; y lo consiguió, porque en 1701 le concedió el título de Rey el Emperador Leopoldo, el qual nada añadió á su poder, y no hizo mas que contentar su vanidad, y satisfacerle en su gusto por las ceremonias.

Sofía Carlota de Hannóver, su esposa, se distinguió no ménos por su mérito literario que por las virtudes de su sexô. Esta llevó á Prusia el espíritu de sociedad, la verdadera cultura, y el amor á las ciencias y á las artes. A esta debe su fundacion la Academia de Berlin, para la que llamó muchos sabios, y entre otros á Leibnitz. Con ser tan metafísico le cortó muchas veces Sofía con sus quëstiones y preguntas. El la solia decir: „Señora, no hay medio para contentaros, quereis saber el porque del porque.” En su última enfermedad no quiso recibir un Ministro de su reli-

gion, sin duda porque no se hubiera conformado con él; y á las instancias que la hacian respondió: „Dexadme morir sin disputar.” A una de sus damas de honor, que lloraba junto á su cama, la dixo: „No me llores, porque ahora voy á satisfacer mi curiosidad sobre los principios de las cosas que Leibnitz no me ha podido explicar acerca del espacio, el infinito, el ser y la nada. Tambien preparo al Rey mi esposo el espectáculo de una pompa fúnebre, en el que se le ofrece la ocasion de desplegar su magnificencia.” Con efecto, fuéron soberbios los funerales que la hizo. Este Príncipe, tan cuidadoso en aparentar, era muy contrahecho, y la Reyna le llamaba su *Fsopo*. De él se decia que era grande en las cosas pequeñas, y pequeño en las grandes; pero tuvo la habilidad de conservar en paz sus estados, miéntras á los vecinos los asolaba la guerra, lo qual es mas que mediano mérito. Tiene la desgracia de verse colocado en la historia entre un padre y un hijo, cuyos superiores talentos le han eclipsado.

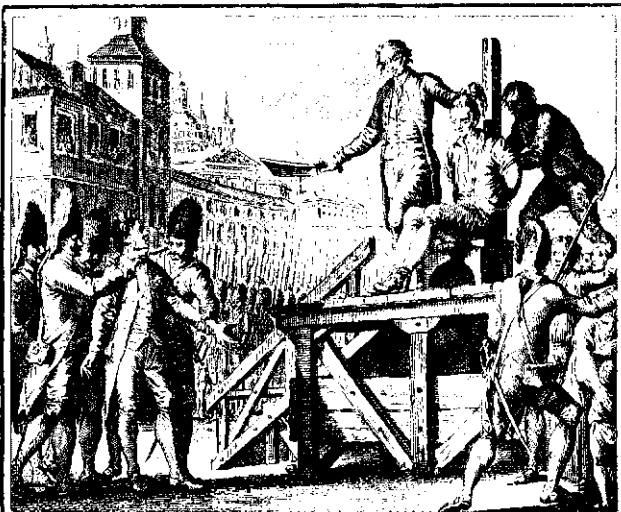
Este hijo fue Federico Guillermo, segundo Rey de Prusia, que subió al trono en 1713, á los veinte y cinco años de su edad. Llegaba ya á su fin la famosa guerra sobre la su-

cesion de España; y la paz, que tardó poco, le proporcionó á Federico la facilidad de ocuparse con acierto en la prosperidad de su reyno. En su vida privada tomó un método contrario al de su padre, siendo de gran parsimonia, y tan enemigo del fausto, quanto el otro habia sido amigo del luxo y de gastos. En su corte era austero: su muger y sus hijos experimentáron algunos rasgos de severidad, que en un particular se hubieran justamente reprehendido. No se le conoció liberalidad sino respecto de sus tropas: en este punto era pródigo, y empleó grandes cantidades en formar un regimiento de hombres de talla desmesurada: esta era su manía. Pero si en esto fue reprehensible, tambien se le debe alabar por haber dado á la Europa el exemplo de aquella disciplina, y de aquella manutencion, que provee á todas las necesidades del soldado, pero que nada le perdona.

Para que no importunase al paisano la estancia del ejército le distribuia por las ciudades, y de quando en quando los juntaba en el campo para hacer las evoluciones generales, y que con estas asambleas se les hiciesen mas familiares las maniobras. Pudieran debilitar á los pueblos las levas ó quintas nume-

rosas, y por esto tenia orden cada Capitan de reclutar los que pudiese en el Imperio; bien que cada Prusiano nace soldado como en la Suiza. Federico Guillermo favoreció al comercio, á las manufacturas y á las artes, alentándolas con premios. La hidropesía, que le atormentó por seis años, no le impidió ocuparse en los negocios del gobierno hasta el último instante de su vida. Exâminaba como físico los progresos de su enfermedad, y señaló sin asustarse el término. Quando murió dexó un ejército de setenta mil hombres, manteniéndolos con su economía, sin gravar á los pueblos; y ademas de esto tenia lleno su tesoro, y habia establecido un orden maravilloso en todos los puntos.

Federico II su hijo subió al trono á los veinte y ocho años de su edad. Aunque se habia criado como qualquiera particular, y sin ser iniciado en ciencia alguna, fue tal la fuerza de su ingenio, que todas las aprendió, cultivándolas como Rey, sin que este gusto le dominase tanto, que le quitase un momento de los que tenia destinados á su obligacion. Por haber querido substraerse del imperio despótico de su padre, corrió peligro su vida, y no se libró absolutamente del suplicio, pues



Severidad de Federico-Guillermo.

Intentó Federico substraerse del imperio de Federico-Guillermo, su padre; pero este le obligó a presenciar con circunstancias de gran humillación el suplicio del joven su amigo, cómplice de su desobediencia y su fuga. Hizo ver Federico-Guillermo que no sacrificaba las obligaciones de Rey al amor de padre; y que en sus dominios ni el sucesor del trono viola, e impunemente las leyes.

le obligaron á presenciar el de un jóven su amigo, compañero de su fuga y de su desobediencia: y quando el hacha fatal iba á caer sobre el cuello de aquel desgraciado, estaban quatro granaderos teniendo la cabeza del Príncipe mirando hacia el cadalso. Le dexó su padre por algun tiempo en la prision, y le hizo trabajar en las Secretarías de Guerra y Hacienda, sin distinguirle de los otros empleados. No le concedió libertad alguna hasta que estuvo casado, y aun no tomó sobre sí el yugo de himenco por su gusto, sino por la voluntad de aquel padre inflexible y absoluto.

En el retiro de ocho años que se siguió á su casamiento, empleó el tiempo Federico en profundas meditaciones sobre todos los ~~asíntomas~~ del gobierno, y principalmente sobre la guerra, mirándola como esencial para mantener su reyno. Viéndose cercado de vecinos poderosos, y envidiosos, bien fuese por entretener su ejército, ó bien por hacerle aguerrido, se vendia ya al uno, ya al otro, y de este modo balanceaba la mala voluntad de todos. Por este medio se puso en estado de resistirles, quando cansados de sus variaciones, que ellos llamaban sus infidelidades, se reuniéron para

oprimirle. Pasmó á sus enemigos el Rey de Prusia con una táctica sabia y nueva, y con la presteza de sus movimientos. Baxo de sus órdenes parecia, no que marchaban los exércitos enteros, sino que volaban. El mismo, ganada una victoria en una frontera de sus estados, aparecia dos dias despues á la cabeza de otro exército, y ganaba otra en la frontera opuesta. Tenia por principio que solo consigue el que porfia, y así se le vió dar á un campo atrincherado hasta siete asaltos en un dia y ganarle. A Federico II se le podia aplicar aquel dicho casi intraducible del poeta: *Deliberata morte ferocior*. Determinado á vencer ó morir inspiraba terrible valor á sus soldados; pero quando ya estaban hechos los preparativos, se restituia al sosiego de un hombre libre de todo cuidado. De él se conservan cartas y piezas en verso, compuestas en su tienda la noche que precedia á una batalla decisiva, y ninguna de ellas se resiente de la turbacion de la campaña, ni de las inquietudes indispensables en aquel momento.

Los trabajos literarios del Filósofo de Sans-Soucis, que es el nombre de su palacio de descanso, así como son motivo de admiracion ahora, pasmarán á la posteridad; porque los

hay útiles y los hay agradables. Los útiles son una Historia de la casa de Brandembourg, trazada en grande como de la mano de un Rey: el Código-Federico, notable por la imperiosa brevedad de sus leyes: sus principios de gobierno, consignados de un modo que le hace honor en su *Contra Maquiavelo*; y sus propios anales, que pueden compararse con los de César, á quien lleva la ventaja de haber puesto en verso en un poema *sobre el arte de la guerra* los preceptos que practicaba. Los dió en frances, que era su lengua favorita; pero no obstante la pureza y correccion que afectaba, se le deslizáron algunos germanismos. Sintió mucho la censura de estos pequeños defectos. Quiso Federico luchar con el impío Volter; y este poeta imprudente, por no haber querido ceder á quien tenia batallones á su disposicion, experimentó algunas desgracias; fuera de que el Príncipe le era infinitamente superior, porque le excede mucho siempre que los dos tratan de materias políticas ó intereses de Príncipes, y sobre todo de la religion. Si el Monarca trata de la necesidad de arreglar las opiniones de sus pueblos, habla con tal moderacion que hace un contraste singular con el amargo zelo

y el odio entusiástico de aquel impío poeta y mal filósofo.

Murió Federico II en 1786 á los setenta y quatro años de su edad. No dexó hijos ni de su esposa ni de otra muger alguna, bien que á su esposa la trataba como á una simple conocida. Los calumniadores halláron vicios en esta indiferencia con el otro sexò; pero hasta que llegó á una edad avanzada, toda su diversion, despues del trato con los hombres de letras, era la música, en la qual era excelente.

No seria fácil hallar otra vida mas ocupada que la suya; porque todos los asuntos y negocios pasaban por su mano. Desde las cinco de la mañana en invierno y en verano iban sus Secretarios al trabajo en presencia suya; y continuó sus ocupaciones hasta en la penalidad dolorosa de su última enfermedad, que fue una hidropesía. „Conservaba, dice un testigo ocular, un ayre sereno y tranquilo, sin hablar de su mal ni de la muerte. Nos trataba, prosigue, del modo mas razonable y cordial: siempre la conversacion era de los asuntos del dia, de literatura, de historia antigua y moderna, como que las poseia muy bien; pero mas principalmente hablaba del

cultivo de los campos y del de las huertas, como que no cesaba de favorecerle.”

Los objetos principales de sus reflexiones eran el gobierno de su reyno, el alivio de los pueblos fatigados con las guerras: de esto trataba en sus últimos dias. No cesó de ser Rey hasta que dexó de ser hombre. Era Federico el Nestor de los Monarcas de su siglo. Aunque habia nacido débil, llegó con la fatiga y el trabajo á formarse un temperamento robusto. Lo que en él censuran es el despotismo, y algunas acciones de dura severidad, que le son consiguientes. Indiferente, como hemos dicho, para el myrto de Venus, mereció los laureles de Apolo y Marte; y dexó al hijo de su hermano un reyno floreciente, con fuerzas capaces de hacerle el arbitro de la Europa.

SAXONIA.

La Saxonia, repartida en muchos círculos, contiene una multitud de Principados. Es fértil en toda especie de producciones, y famosa por sus minas. Por atravesarla muchos rios grandes, y rematar en las riberas del Báltico, está en ella en su vigor el comercio. El Elec-

llamado Luis II, que habia reunido todas las posesiones de sus mayores, las repartió entre sus hijos Rodolfo y Luis: al primero le dió el Palatinado del Rhin, al segundo la Bavie-
sa, y hubo entre estas dos ramas un pacto de familia para asegurarse las sucesiones y rever-
siones recíprocas. Estos mismos estados, des-
pues de haber pasado varias veces de una rama á otra, se reuniéron en 1777 en Cár-
los Teodoro, Elector Palatino; y el Electo-
rado de Baviera se ha quedado por ahora su-
primido despues de haber contado desde el siglo x quarenta y dos Duques. La religion dominante de Baviera es la católica.

PALATINADO.

El nombre de Palatinado viene de los Condes de Palacio, á quienes los Reyes de Alemania confiaron la administracion de diferentes provincias. Eran originariamente los primeros Oficiales de los palacios de aquellos Príncipes, y así hubo Condes Palatinos de Franconia, de Suabia, de Saxonia, de Baviera y de otras partes de Alemania, en la decadencia del Imperio de Carlo Magno. Difícil seria individualizar los pueblos de cada

Palatinado, esto es, indicar su respectivo origen. La confusión de lenguas que reynaba en aquellos países es una prueba de la confusión de las naciones. Los Gaulas, los Romanos y los Germanos de todas castas y denominaciones se acercáron, y se separáron de las riberas del Rhin en perpetuo fluxo y refluxo. Por la necesidad de entenderse tuviéron que adoptar recíprocamente unos de otros palabras, que ya se han hecho comunes entre ellos, de las cuales se ha formado la lengua *romance*, que se usa en el norte de la Francia, y se llama así porque su basa es la lengua latina; pero ya el tudesco, ó antiguo aleman, ha sobresalido, y se ha conservado hasta nuestros días entre los Alemanes que estan á los dos lados del Rhin, aunque ménos pura que en el centro de Alemania.

Segun parece fuéron abolidos los Palatinados á fines del siglo x, no quedando otro que sea notable sino el del Rhin, que tenia su silla en el palacio de Aquisgran, en donde guardaba el Palatino los ornamentos imperiales, por lo que se ha creído que en caso de vacante, tenia el Vicariato del Imperio. Se conserva una lista de aquellos Oficiales ó Príncipes Palatinos, desde 993 hasta 1214, en

que el Palatinado cayó en la casa de Baviera, la qual ha tenido muchas dinastías. La primera se llamaba Rodulfiná: la segunda, que fue la Robertina, acabó en 1410: la tercera, llamada Electoral de Heydelverg, duró hasta el año de 1559: la quarta, que era la de Simmeren, se extinguió en 1585. Federico III, de esta misma rama, aunque le llamáron el *Piadoso*, estableció el calvinismo en sus estados. A esta sucedió la quinta de los Príncipes de Neubourg, que subsistió hasta el año 1772, en que Cárlos Teodoro de la rama de Sultzback, Elector ya de Baviera, unió á esta el Palatinado, y por su muerte pasó, segun las antiguas convenciones, á la rama de *Dos Puentes*.

En los países por donde corre el Rhin, ó en los inmediatos, es difícil hallar castillos ó fortalezas, cuyos bastiones medio abiertos no indiquen esfuerzos facinerosos, ni ciudades que no se hayan fundado sobre las cenizas de sus antiguos edificios, ni campos que no hayan sido regados con sangre humana. Recientemente, en el reynado de Luis XIV, experimentó el Palatinado todos los horrores de la debastacion. Parece que este infeliz país en todos tiempos ha sido sacrificado á la carnicería

y los incendios. En 1452, y en el gobierno de Federico II, uno de sus Príncipes, fue cruelmente saqueado por diez y ocho Príncipes vecinos, que se habian coligado contra él; pero los venció. Cayéron en sus manos una multitud de nobles y tres Príncipes. A estos ilustres prisioneros dió Federico en su castillo de Heydelberg un magnífico convite, en que sirviéndose todo con abundancia, faltó el pan; y pidiéndole los convidados, respondió el Príncipe: „Es justo que los que venis á asolar las campiñas, á destruir las cosechas, á quemar las granjas y graneros, á arruinar los molinos, y reducir los inocentes labradores á la mendicidad, sepais lo que es la falta del pan.” Desde el principio del siglo x hasta ahora se cuentan treinta y ocho Príncipes Palatinos, que se cruzan y confunden con los de Baviera.

BRUNSWICK-HANNÓVER.

La casa de Brunswick, que posee el Electorado de Hannóver y la casa de Este, que posee los estados de Este en Italia, reconocen por tronco comun al Marques Azzan, Soberano de Génova, Milan, y muchos países

de la Lombardía, á fines del siglo x. Cune-gunda, heredera de los Güelfos, que eran entónces la casa mas poderosa en el centro de Alemania, le llevó los dominios de su familia en Germania y en Baviera.

De Azzan procedieron dos ramas florecientes, que han poseido vastos estados en Alemania y en Italia, y se ve que la rama de Lunebourg tomó á principios del siglo XIII el nombre de Brunswick. Debe advertirse que el Príncipe Guillermo, tronco de esta rama, nació por una casualidad bien singular del siglo XII, de una Inglesa y en Inglaterra, habiendo de tener sus descendientes la corona de este reyno seis siglos despues. Otra particularidad fue que á fines del siglo XVI, viéndose la rama de Lunebourg cargada con siete hermanos, conviniéron entre sí en que para no debilitar el poder de su casa exponiéndose á dexar demasiados herederos con derecho á que se repartiesen los estados, solamente se casaria uno. El Electorado de Hannover es el mas moderno de todos. Creado en 1708 para Jorge I, está en la rama de Brunswick Lunebourg, que ha añadido á sus estados la corona de Inglaterra; pero ya antes de ser Electorado reconocia aquel pais desde los últimos años del

DE LA HISTORIA UNIVERSAL. 195
siglo x treinta y quatro Príncipes. El último de estos es Jorge Guillermo III, que sucedió en 1760 á Augusto I, hijo del primer Elector.

*OTROS ESTADOS DE ALEMANIA: MAGUNCIA,
TRÉVERIS, COLONIA.*

Todo quanto pudiéramos decir de los tres Electorados Eclesiásticos, Maguncia, Tréveris y Colonia, interesaria muy poco á los que no son de aquellos países. La Alemania está llena de Principados, Obispados, Abadías, asi de hombres como de mugeres, que gozan de soberanía. Las familias poderosas, y casi todas enlazadas entre sí, poseen los estados que podemos llamar *legos*, con el título de *Duques*, *Condes*, *Marqueses*, *Margraves*, *Landgraves*, *Burgraves*, *Ringraves*, y otros nombres mas ó ménos conocidos. Todos han tenido famosos guerreros ó sugetos estimables por otras calidades. En un país de esclavitud se llaman humanos y benignos los Príncipes que no agravan demasiado el peso del yugo de la servidumbre, el qual es mucho mas suave en los territorios sujetos á los Eclesiásticos.

Todos estos Príncipes, grandes y peque-

ños, eclesiásticos y legos, gozan de todos los derechos de soberanía, acuñan moneda, y levantan tropas; y esta diversidad de monedas, por el nombre y la calidad tan diferentes, causan mucho estorbo para el comercio. El derecho de peazgo, sobre pasar de un dominio á otro, pone igualmente trabas. Tiempo hubo en que estos Príncipes, mandados por los Diplomas imperiales, llevaban en persona sus vasallos á la guerra; y así se viéron Obispos, Abades y aun Abadesas, que dexando el báculo pastoral tomaban los bastones de Comandantes. De estas tropas, y de las ciudades imperiales, las cuales no envian los ciudadanos mas ricos ni los mas valientes, se compone lo que llaman *el contingente del Imperio*, el qual se junta con tanta lentitud, se presenta en campaña tan tarde, y la dexa tan temprano.

El gobierno de las ciudades grandes es generalmente aristocrático, mezclado con mas ó ménos democracia, y está expuesto á muchos alborotos. Se prestan mutuamente el servicio de enviar tropas para sosegar las inquietudes que nacen en su propio seno, y algunas veces el Emperador y los propios vecinos se interesan en sus debates, ó porque los llaman ó porque quieren. Pero estas intervenciones,

aunque con mano armada, en nada perjudican á la soberanía de las ciudades auxiliadas; porque si estos protectores pensasen en aprovecharse de la ocasion para restablecer su dominio, se reunirian todas contra el opresor. En estos casos se arreglan los medios, á lo que se llama *derecho público de Alemania*, que es una ciencia muy complicada, y pide mucho estudio, y así los Doctores que la poseen estan con ella muy ufanos. Debe confesarse no obstante, que estas leyes, aunque estimables en el fondo, siempre se parecen á las demas, que ingeniosamente se comparan á la tela de araña, *porque detienen á las moscas pequeñas, y dexan pasar á los moscardones.*

H O L A N D A.

El nombre de Países-Baxos que dan á la Flandes denota su situacion hácia donde corren las aguas de Alemania. Las tierras de la parte Septentrional, estrechadas por el mar que rechaza los ríos, siempre parece que amenazan una inundacion general, en la que van á quedar sumergidas, ó por las espumosas olas del vasto mar que algunas veces dan contra los diques con furor, ó por las olas mas pa-

cíficas de los ríos, que robando sordamente aquellos terrenos, se van introduciendo y formando cavernas. Por esto á toda aquella parte del país se la da el nombre de Holanda, que quiere decir tierra hueca.

Aquellas tierras, poco levantadas sobre el nivel del agua que las cerca y las empapa, bañadas con densos rocíos, se cubren de un verdor, que rara vez se marchita con los ardores del sol, porque los debilita una atmósfera espesa. En aquellos abundantes pastos andan lentamente errantes numerosos rebaños, que con el xugo y abundancia de sustento están pesados, y por lo mismo son también muy fecundos. Esta es la riqueza natural, á la qual la industria añade la opulencia de un comercio ~~de~~ ^{de} grande extensión. Los Holandeses son tenidos por poco escrupulosos en punto de ganancias, y así se dice por chiste: „Que en su país el demonio del oro está coronado de tabaco, y sentado sobre un trono de queso.”

Entre los diversos pueblos que habitáron aquellas lagunas en los remotos tiempos, fueron los mas famosos los Bátavos. La historia nos enseña que aunque acometidos muchas veces por los Romanos, nunca estos los vencieron; pero llegando á ser sus amigos, les me-

reciéron estimacion, así por su valor como por su probidad. Los Emperadores mantenian un cuerpo de Bátavos para su guardia. No han degenerado de sus mayores los modernos; pues la sangre que corre por sus venas ha hervido siempre con el valor mas noble quando se ha atentado á su libertad. El nombre de patria, que algunas veces parece haber hecho milagros, es muy poderoso entre los Holandeses en todos los órdenes del estado, y es el que hace respetar las leyes, y soportar las cargas sin murmurar.

No puede contarse la liberalidad entre las virtudes de los Holandeses, pues su economía degenera muchas veces en avaricia. Gustan de cubrir las paredes de sus casas con mármoles y loza fina, y adornarlas con espejos sobre preciosas tapicerías, y pinturas de los principales maestros, y de pisar soberbias alfombras y esteras finas, cargando sus bufetes de pirámides de la mas preciosa china, y gustan de contemplar esta magnificencia. Sus mugeres lo disponen todo para que haga buena vista; pero rara vez presentan estas cosas en la mesa, pues por costumbre en esta se observa la mas estrecha frugalidad. Rara vez ofrecerá un Holandes alguna de aquellas superfluidades, por

las quales mendiga en cierto modo nuestra admiracion, cifrando todo su gusto en que nos pasmemos de verlas.

El aseo de los Holandeses pasa por manía; pero es una juiciosa precaucion que el ayre húmedo en que viven hace necesaria. A lo ménos una vez cada semana lavan las casas de arriba abaxo: cada dia se limpian fuertemente las maderas, y las repintan muy á menudo; y por estos medios consiguen que no se propaguen con la humedad los insectos. En el menage de un Holandes estan muy brillantes los utensilios de cocina; y los vasos que sirven para las maniobras de la leche, limpios y relucientes. Comunmente cuidan las mugeres ménos de su persona que de sus muebles. Son ~~imperiosas~~ imperiosas y castas. Las doncellas se permiten algunas galanterías; pero se abstienen de ellas severamente en casándose. En la República se ha conservado la nobleza; pero como no tiene privilegios figura poco. El populacho de mar es brutal: el de las ciudades grosero y sórdidamente codicioso. El ciudadano Holandes es el hombre mas flemático, triste hasta en los mismos placeres.

Los Romanos llamaban Bélgica á los paises situados al Norte de los Gaulas, y recono-

cian dos contiguas. La primera contenia lo que hoy se llama Brabante y sus anexos: la segunda consistia en las provincias mas cercanas al mar, y son las que hoy componen la Holanda. A lo que parece se gobernáron desde luego estos países por Reyes mas ó ménos poderosos; y uno de ellos, llamado Civil, ganó muchas victorias á Cereal, General romano. El carácter soberbio y belicoso de estos pueblos puso á los Emperadores en precision de mantener grandes guarniciones en las riberas del Rhin. Despues de verse envueltos en los alborotos del Imperio, cayéron los Bátavos baxo la dominacion de Carlo Magno y sus descendientes; y quando se extinguió esta familia, esperando aquellas provincias un gobierno estable, experimentáron revoluciones interiores. Algunas veces se separáron, y estuviéron independientes las unas de las otras: en otros tiempos formáron un solo Estado baxo una cabeza, ó se dividiéron en Ducados ó Condados. La Frisa fue reyno, Brabante y la Güeldres, Ducado, Flandes y Holanda, Condado. Los Obispos de Utrech, como algunos de sus vecinos, fuéron Soberanos, y unos Prelados, que mas veces manejáron la espada que el báculo pastoral.

Todos aquellos Príncipes reclamaban con frecuencia en sus rivalidades la intervencion de los Reyes de Francia, y estos por otra parte miraban aquellas provincias con cierto sentimiento, porque antes habian estado sujetas á su Imperio. Trataban á los Flamencos como vasallos; exígian de ellos tributos; segun las circunstancias les permitian extender, ó les obligaban á reducir sus pretensiones. La historia hace mencion de dos batallas memorables ganadas contra los Flamencos por Felipe y Cárlos el Hermoso. Por su situacion tomaron necesariamente partido estos pueblos en las disensiones de la Francia y de la Inglaterra.

La guerra, este azote destructor por todas ~~las~~ demas partes, no pudo impedir que la Flandes floreciese. Estaba prodigiosamente poblada respecto de su extension, y cubierta de opulentas ciudades. Ya era célebre por su comercio y su industria quando saliendo de la primera casa de Borgoña, descendiente del Rey Roberto, que ya se habia extinguido, cayó á principios del siglo xv en la segunda, cuya cabeza fue Felipe, hijo del Rey Juan. Gobernaron estos Príncipes con suavidad. Observando atencion con la nobleza, y respe-

tando los privilegios de las ciudades, vivieron espléndidamente en medio de sus pueblos, sin cargarlos de impuestos ni contribuciones. Si la Flandes habia sostenido su esplendor, aunque algunas veces, y á su pesar hubo de entrar en el torbellino de intrigas y de guerras de los primeros Duques, ¿qué floreciente no estaria con un gobierno pacífico y casi paternal? Así se vió en aquel tiempo que su industria, la variedad de las manufacturas, la elegancia de las obras en oro, lana y plata que de allí saliéron, pusieron en contribucion al luxo de los otros países, y amontonáron inmensas riquezas en su patria.

Un matrimonio dió á la casa de Austria estas opulentas provincias. El Emperador Máximiliano casó con María de Borgoña, ^{III}, y única heredera de Cárlos *el Temerario*, último Duque de esta casa. Fue esta Princesa madre de Felipe el Hermoso, el qual por su casamiento con Doña Juana, Princesa de Castilla, llegó á ceñir aquella corona. Murió joven, y dexó todos sus estados á su hijo Cárlos V. Quando este se presentó, muchas provincias de las que ahora componen la Holanda reclamáron una especie de independencia; pero el poder de Cárlos y sus recur-

sos políticos las hicieron volver presto á la obediencia.

Felipe II, hijo de Cárlos V, recibió la Flandes por renuncia de su padre, y se persuadió demasiado á que, pues aquellos pueblos habian dado algunos disgustos á Cárlos V, eran amotinados y asustadizos; y en vez de procurar ganarlos con la suavidad, tuvo por mejor hacer mas pesado el yugo de su gobierno. Los Flamencos, tratados con dureza, y recibidos siempre con austera gravedad, se persuadiéron á que Felipe no les tenia amor; y desconfiáron tanto de sus intenciones, que todas las acciones de este Rey eran para ellos sospechosas. Siempre estuviéron observándole como á un enemigo; y estas disposiciones de ~~esta~~ y otra parte pueden considerarse como el principio de la revolucion, que arrancó las Provincias Unidas del Imperio de la casa de Austria.

Las relaciones comerciales de los Flamencos con la Francia y Alemania habian introducido entre ellos la heregía de Lutero y la de Calvino. Publicó Cárlos V edictos rigurosos contra los sectarios de las nuevas heregías en todos sus dominios, y quiso hacerlos executar en Flandes. Su hermana Margarita,

Reyna de Hungría, á quien él mismo habia puesto por Gobernadora de los Países Baxos, suavizó, con anuencia de su hermano, la severidad de sus órdenes; pero Felipe II su sobrino, quando se vió dueño de aquellas provincias, se mostró inflexible; y resolvió establecer allí la Inquisicion para que velase mas de cerca sobre los reformados, y detener sus progresos. Partiendo para España, en donde habia resuelto fixar su residencia, nombró por Gobernadora de los Países Baxos á María, Duquesa de Parma, su hermana natural; pero con subordinacion, por no decir sumision entera, á las órdenes del Cardenal de Grandve-la, que sabia el secreto del Rey.

Aplicó este Ministro los primeros cuidados al establecimiento del tribunal de la Inquisicion. No pudieron los Flamencos ver estos preparativos sin expresar su horror. Asustada la Gobernadora con los movimientos que ya se manifestaban, advirtió á su hermano que corria peligro de una sublevacion general, y él respondió: „Que mas queria no tener vasallos que reynar sobre hereges.” No obstante llamó al Cardenal, y suavizó los edictos á representacion del Conde de Egmond, Señor flamenco, muy querido y res-

petado, á quien habia enviado la Duquesa á España para que hiciese presentes los deseos del pueblo.

Pero á la sombra de la fingida mitigacion de la ley continuaba el tribunal en sus ejecuciones. Conoció el pueblo que le engañaban: se subleváron los habitantes de muchas ciudades: violentáron las cárceles, y arrancáron á los reos de mano de los verdugos. En 1560 se formó una confederacion, que se empeñó y obligó á no sufrir jamas aquel tribunal en ninguna de las formas que quisiesen darle, bien fuese procediendo por via de denunciaciones, de visitas domiciliarias, de prisiones clandestinas, ó por juzgados públicos. Esta obligacion la firmáron todos los protestantes, y una multitud de católicos, nobles, ciudadanos, negociantes, artesanos y habitantes de los campos. Al mismo tiempo enviáron Diputados á Madrid; y como Felipe II no estaba preparado, oyó las representaciones con bastante benignidad; pero estaba disponiendo al mismo tiempo un formidable ejército compuesto de los mejores soldados alemanes, italianos y españoles, con Oficiales de experiencia, al mando del famoso Duque de Alba. El carácter activo y cruel de

este General esparció el espanto y el terror.

Llegó á principios de 1567: mostro sus órdenes; y viendo la Gobernadora que no la dexaban mas que una sombra de autoridad muy precaria, se retiró. Se apoderó el Duque de todas las fortalezas: dió á la Inquisicion un poder sin límites: estableció un Consejo de doce personas encargadas de conocer sobre los últimos alborotos, y de castigar rigurosamente á los sospechosos en punto de religion. Llamaban á este tribunal: *El tribunal de la sangre*. A todos los que habian pedido la mitigacion de los edictos se los trató como traydores. Los Magistrados, que por fuerza habian tolerado las juntas de los protestantes, fuéron castigados como hereges. Cayéron baxo la cuchilla del cruel Duque de Alba la cabeza del Conde de Egmond y la del de Horn, sin mas culpa que la de haberse compadecido de la miseria de los pueblos sin haberse prestado á sublevacion alguna; pero eran temidos, y así para que sirviesen de escarmiento muriéron en un cadalso. Citó el Gobernador á su tribunal otros Señores principales flamencos: bien que procuráron huir para evitar sus pesquisas. Felipe de Nasau, Príncipe de Orange, que era uno de los mas dis-

tinguidos, se retiró á Alemania, y levantó tropas sobre su crédito.

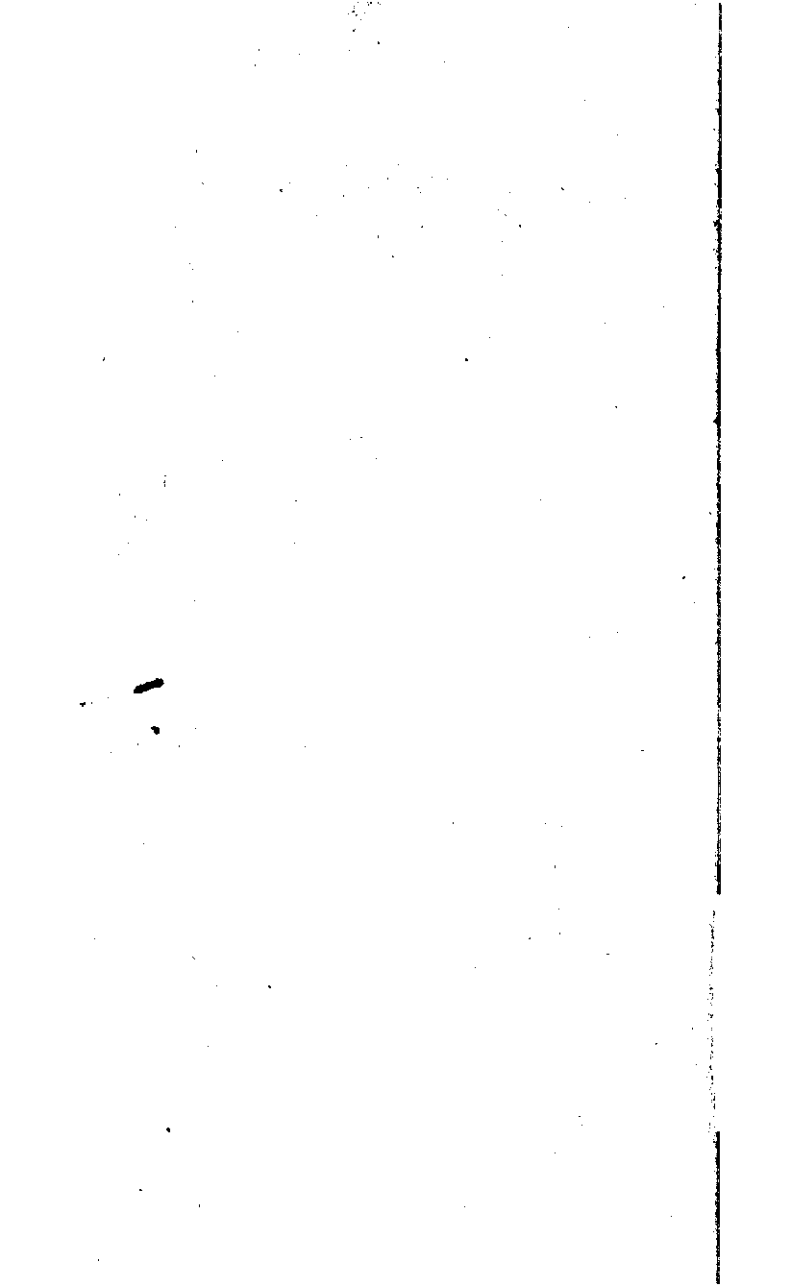
En 1568 las hizo entrar en Flandes por muchos lados, con el fin de dividir las fuerzas españolas; y aunque lograron algunos felices sucesos, que empezaban á prometer seguridad á las gentes del país y á alentarlas, juntó las suyas el Duque de Alba en un solo cuerpo; y derrotando á las del Príncipe de Orange, á ninguno dió quartel, y el de Orange logró huir casi solo en una barca. De las reliquias del ejército formó otro, y empezó á inquietar con él al del General de Felipe II; y como tenia á su favor el afecto de sus compatriotas, el conocimiento de aquellos parages, la certidumbre de que le servirian en los ataques, y protegerian en las retiradas: todo le salia bien á Nasau en este género de guerra; mas la falta de dinero le precisó á despedir los soldados. En aquel mismo tiempo hacia igual guerra en Francia el Almirante Coligni, y decia: „Un ejército es un monstruo que se forma por el vientre”: aconsejó pues al Príncipe de Orange que pusiese en práctica este principio; y algunas felices circunstancias le facilitáron los medios.

Los primeros que hicieron presentes tu-



Fuga del príncipe de Orange.

Quando mas ufano se congratava el príncipe de Orange de derrotar las tropas del Genral Duque de Alba, battió con ellas este en tales términos á los rebeldes, que derrumados con el mayor susto, precipitacion y desorden para libertarse del cuchillo y la infamia, el príncipe de Orange tubo á dicha poster huir casi solo en una barca, en que facilidad destruye el prudente los proyectos del orgulloso!



multuariamente sus quejas á la Gobernadora, se presentáron mal vestidos, por lo qual los cortesanos los llamáron *mendigos*; pero ellos, léjos de sentir que les diesen este nombre, quisieron honrarse con él, y tomáron por divisa una cucharita de palo que llevaban al pecho. Prohibió el Duque de Alba esta señal de union, y empezó á perseguir á los que se obstinaban en llevarla. Muchos tuviéron que abandonar el pais por evitar la crueldad; y los mas pobres y desesperados se retiráron á los bosques, y se acostumbráron á vivir de rapiñas. Al primer ataque que dió el Príncipe de Orange saliéron de sus retiros, se juntáron con él; y como conocian los desfiladeros, los vados, y los pasos por aquellas lagunas, causáron increíble daño á los Españoles. Fabricáron barcas, y de los canales en donde estaban ocultos salian contra las embarcaciones enemigas, apresando muchas así al desembarco como en alta mar, adonde avanzaban atrevidos. Con esta especie de piratería juntáron un rico botin; y el Príncipe de Orange, por consejo de Coligni, les dió un Comandante que los disciplinase. Las cantidades que le prestó esta especie de piratas le sirviéron para pagar las demas tropas, y de este modo debe decirse que los men-

digos fuéron como los fundadores de la República de Holanda.

En otro sentido puede decirse que al Duque de Alba se le debe mirar como causa de la libertad de los Holandeses, pues parece que se empeñó en emplear todos los medios posibles para excitarlos á sacudir el yugo español. A todos los prisioneros quitaba la vida con hierro, agua ó fuego, añadiendo á estos horrores el orgullo de triunfar á la vista de los que eran infelices víctimas de su crueldad. En la ciudadela que construyó en Amberes, mandó erigir una estatua suya, pisando las figuras que representaban á los Magistrados del pueblo en una postura humilde. A estos emblemas añadió las tristes realidades, cargando á los Flamencos de contribuciones por mas recursos que hicieron los Estados. No obstante, se las pagaban mal; y todo lo contrario sucedia con las que el Principe de Orange pedia por medio de sus Agentes secretos: porque como estas eran voluntarias se cobraban con facilidad, y contribuian con abundancia.

Presto tomaron forma legal estas contribuciones subrepticias; porque los Estados, en vez de juntarse en la Haya como el Duque de Alba lo habia mandado, se convocaron, á

pesar suyo, en Dordect, en donde hicieron reglamentos de disciplina y de hacienda. Declararon al Príncipe de Orange General de la Confederacion: determinaron que sin su consentimiento no se hiciese cosa de importancia, y que no pudiese el Príncipe hacer la paz con el Rey ni con sus Gobernadores sin el permiso de los Estados: y se asignaron despues fondos para mantener el ejército, empeñándose cada provincia en contribuir segun sus fuerzas. Entónces, es decir, en 1571, se hizo una especie de demarcacion entre los Estados que quedaron sujetos á la monarquía española, y los que se separaron. Empezaron estos últimos desde la Zelanda, extendiéndose hasta la Güeldres inclusivamente, y prolongándose por el Ems hasta la Ostfrisia, que es lo que todavía, con algunas adiciones por la parte de Lieja, se contiene en las siete Provincias Unidas, llamadas *Los Estados Generales*.

Pero este repartimiento no adquirió de una vez su consistencia, pues de Brusélas, en donde habia empezado la libertad, ha avanzado ó retrogrado, segun las circunstancias, hasta tanto que invariablemente se fixó en las provincias en donde hoy habita. Sus pasos han sido sangrientos. ¡Quantas convulsiones dolo-

rosas padecieron los Holandeses antes de llegar al estado en que hoy se hallan. Como un enfermo impaciente anda mudando de médico, así ellos ya se gobernaban por sí mismos, ya se sujetaban al poder español: despues sacudieron este yugo, y reconocieron Príncipes extranjeros, hasta tanto que la circunscripcion natural de sus provincias, la policia de las ciudades, independientes unas de otras, la necesidad de socorrerse y ayudarse las fue llevando á la union federativa.

La corte de España, convencida de que las crueldades del Duque de Alba no habian conseguido mas que ulcerar los corazones y agriar los espíritus, le llamó con todas las apariencias de desgracia, y puso en su lugar á Don Juan Luis de Requesens. El nuevo Gobernador derribó la estatua de la ciudadela de Amberes, monumento del orgullo y la insolencia del Duque. Se mostró popular, y procuró sosegar á los mal contentos con una amnistía ó perdon general; pero como este era condicional y limitado no produjo efecto alguno. El Príncipe de Orange, que no se incluia en él, continuó sus operaciones militares con felicidades y pérdidas; y estas alternativas produxéron lo que se llamó *la paz*

de Gante. Esta fue una confederacion de todas las provincias para expeler á los soldados extranjeros, restablecer en la Junta de los Estados la antigua forma de gobierno, sujetar los asuntos de religion al exámen y á las leyes de cada provincia, y reunir para siempre en intereses comunes las quince provincias de Flandes á la Holanda y la Zelanda, proclamando por Gobernador al Príncipe de Orange.

Para sostener estas decisiones, que no podian agradar al Rey de España, solicitaron los Flamencos la proteccion y auxilio de Isabel, Reyna de Inglaterra. Don Juan de Austria, que sucedió á Requesens en 1576, tuvo por mas prudente poner la paz de Gante baxo la autoridad inmediata del Rey de España, que baxo la garantía de una Potencia extranjera. La firmó pues con el nombre de edicto perpetuo, y empezó su cumplimiento licenciando las tropas españolas.

Se ha sospechado que este Príncipe tenia intencion de hacerse grato á los Flamencos con esta condescendencia para llegar á ser Soberano de Flandes; pero no tomó bien las medidas, porque las gracias concedidas á los Españoles que componian su corte, daban que rezelar á los Flamencos. Por otra parte su blan-

dura en la execucion de algunas órdenes rigurosas dió que sospechar á la corte de España, y se conjetura que murió envenenado.

Un historiador representó la Holanda en esta época como una novia rica, cuya alianza envidiaban muchos rivales. El Príncipe de Orange, como mas diestro que todos, ofrecia este casamiento á los otros Príncipes, y le reservaba para sí. Se creyó que habia contribuido mucho con sus malignas observaciones para que advirtiesen los defectos que apartaron de Don Juan de Austria los corazones de los Holandeses. Libre ya de este pretendiente propuso el Príncipe de Orange al Archiduque Matías, hijo del Emperador; y no hallándole dócil ni agradecido, le hizo despedir.

Miéntas la soberanía de la Flandes era el cebo que atraia protectores al Príncipe de Orange, los Diputados de los Estados de Holanda, Zelanda, Utrecht, Frisia, Groninga, Over-Issel y Güeldres, se juntaron en Utrecht con motivo de algunas infracciones contra la paz de Gante, y se unieron con unas condiciones que hacian su lazo indisoluble. En 1581 se abrieron paso, declarando haber caído Felipe II, Rey de España, de la soberanía sobre los Países Baxos; y por

consejo del Príncipe de Orange la diéron á Francisco, Duque de Alenzon, hermano de Henrique III Rey de Francia. Le reconociéron solemnemente por Duque de Brabante en 1582. No hubo hombre de mas lisonjeras esperanzas: los Flamencos le recibieron con entusiasmo: la Reyna Isabel le envió socorros desde Inglaterra, y no solo le lisonjeó con la esperanza de conseguir su mano, sino que aun le dió algunas prendas.

Entre tanto se hacia la guerra con variedad de sucesos; pero si alguien hubiera podido restituir á Felipe II la soberanía de las Provincias Unidas lo habria conseguido Alexandro Farnesio Duque de Parma, que sucedió á Don Juan de Austria en el gobierno; y con el talento de gran General, juntaba la capacidad de hombre de Estado, la benignidad, afabilidad, y el amor á la justicia. Estas prendas contribuyéron á mantener las demas Provincias baxo el dominio español; pero sus aciertos, aunque públicos y bien sostenidos por muchos años, apénas pudieron hacer efecto en las siete Provincias Unidas.

Instantes hubo en que creyó Alexandro que la discordia entre los aliados le daria lo que no conseguia con las armas. Se introdu-

xo entre ellos por sí misma, ó la introduxéron maliciosamente los Agentes de España, valiéndose de la ocasion de las contribuciones que cada Provincia tenia que poner en la caja de la Confederacion. Volviéron á la buena inteligencia por interesarse el Príncipe de Orange, y por respeto á los buenos servicios; pero una vez que llegó á romperse la paz entre este Príncipe y el Duque de Alenzon, que ya lo era de Brabante, no pudo jamas restablecerse. Le habian inspirado al Frances rezelos contra el Flamenco; y no solamente cesó de seguir los consejos del de Orange, sino que se atrevió á empresas sin él y contra sus expresadas intenciones. Henrique III, hermano de Alenzon, la Reyna Isabel, y todos los interesados en disminuir el poder español, y por consiguiente en la libertad de la Flandes, procuráron concordarlos; pero sus diligencias fuéron inútiles.

Queriendo el Duque de Alenzon salir, como él decia, de la tutela en que le tenia el Príncipe de Orange, intentó apoderarse de las principales ciudades á viva fuerza. Los paisanos, excitados por Guillermo, tomaron las armas, y echáron ó matáron las guarniciones francesas. El Duque de Brabante, alcanzándo-

le las desgracias de sus tropas, volvió lleno de vergüenza á Francia, y murió en 1585. Se creyó que el Príncipe de Orange, muy léjos de sentir la poca destreza de este Príncipe, le habia animado en sus desaciertos para sucederle en el goce de la potestad de Duque de Brabante; y tal vez hubiera conseguido no solo el título sino la realidad, á lo ménos respecto de las siete Provincias; pero el hierro de un asesino abrevió sus dias en 1584.

Federico Guillermo se llevó al sepulcro la estimacion y el sentimiento de los pueblos de la Confederacion. Le habian reconocido por Stadhouder de Holanda y de Zelanda; y esta dignidad, que hasta entónces tenia sus límites en la autoridad civil, se extendió para él á la comandancia de los exércitos de mar y tierra. Dexaba tres hijos Felipe Guillermo, Mauricio y Federico Henrique. El mayor se hallaba prisionero en España; y aunque no tenia Mauricio mas que diez y ocho años, le confiriéron los Estados el título de su padre; pero como su edad, aunque él daba grandes esperanzas, no permitia contar con sus talentos, ofreció la Confederacion la soberanía á la Reyna Isabel. Esta no la admitió; pero á petición de los Estados nombró un Gober-

nador que estuviese al timon de los negocios, hasta que Mauricio pudiese gobernarlos por sí mismo. Este fue el Conde de Leicestre que pasaba por su favorito, y con efecto procedia como hombre que tenia bien asegurado su empleo: es decir, que prorumpió en golpes de autoridad y resoluciones arbitrarias, que solamente se le toleráron por atencion á la Reyna. Le llamó esta en 1587, y cayó el peso de la administracion sobre el jóven Mauricio.

Manifestó este una capacidad que le mereció la confianza; y las felices circunstancias le pusieron en estado de hacer frente á los Españoles. Las operaciones del Duque de Parma, á quien regularmente no hubiera podido Mauricio resistir, se inutilizáron porque Alejandro Farnesio recibió orden de ir desde los Países Baxos á levantar el sitio de Paris, que Henrique IV estrechaba muy de cerca. Se aprovechó Mauricio de su ausencia, y se apoderó de muchas ciudades de importancia. Farnesio volvió, y todavía hizo una campaña gloriosa; pero las enfermedades que contraxo con la fatiga de su expedicion á Francia le obligáron á renunciar el mando, y dexó los Países Baxos despues de haber merecido la re-

putacion de Administrador prudente y General consumado.

Envió despues Felipe II al Archiduque Ernesto su primo, esperando que un Príncipe Aleman seria mas grato á los Flamencos, que un Español ó un Italiano; pero Ernesto no pudo conseguir que le amasen, y se retiró en 1595. Le dió la corte de España por sucesor al Conde de Mansfeld, aunque solo como interino. Habia concebido Felipe II para sosegar la Flandes un sistema, de que esperaba el mejor éxito. Era este separar los Países Baxos de la corona de España, y darlos en dote á la Infanta Isabel su hija, pensando casarla con el Archiduque Alberto su pariente, y así envió de antemano á este Príncipe á gobernar las provincias que le destinaba. Se lisonjeaba Felipe II con que el nacimiento y los modales de Alberto, Aleman de origen, el carácter afable de Isabel, y la presencia de los esposos, contribuiría mas bien para vencer la tenacidad de sus vasallos, que el rigor que habia usado al principio. Con efecto, este fue el medio de que las diez Provincias no se uniesen con las otras siete, y se conservasen para la casa de Austria.

Se celebró el casamiento en 1595, y con-

tinuó Alberto la guerra contra las siete Provincias, cuyas tropas mandaba Mauricio con inteligencia y valor. Se diéron sangrientos combates: las ciudades eran tomadas y saqueadas: las campiñas destruidas experimentaban todos los horrores de una cruel asolacion. Los pueblos, aun los reformados, en los cuales empezaba el entusiasmo á entibiarse, suspiraban por la paz; y este deseo hacia escuchar proposiciones, y tener conferencias en medio de las hostilidades. Por último, Alberto y su esposa, contentos con sus diez Provincias, creyéron que no les convenia fatigarse mas, ni privarse de las dulzuras de una vida tranquila, porfiando en volver al yugo unos pueblos que habian jurado sacudirle ó morir. Bastante y aun demasiada sangre se habia derramado. Se determináron pues los esposos á tratar con los Holandeses como con un pueblo libre, condicion la mas importante, y casi la única que pedian. Alberto concluyó con ellos en esta suposicion una tregua de doce años en 1609, á pesar del dictámen contrario de muchos Señores Flamencos, que con la paz sentian verse privados de sus comandancias, y de otras ventajas que les proporcionaba la guerra. Tambien Mauricio proponia grandes difi-

cultades, temiendo que con la paz se disminuiría su poder; pero Barneveldt, gran Pensionario de Holanda, las allanó todas, y consiguió que los Estados firmasen la tregua.

No perdonó el Stadhouder al Pensionario el ascendiente que había tomado en esta negociacion: por otra parte sospechaba que Barneveldt era interiormente enemigo de la casa de Orange; y como le daba tanto poder la dignidad de Pensionario, que es como primer Ministro de los Estados, conocia que tenia los suficientes medios para oponerse al engrandecimiento de su casa. Probó pues si podría ganarle; pero no consiguiéndolo, resolvió perderle: y las disputas de religion favorecieron su proyecto.

Habia en Leyden un profesor llamado Arminio, que fue juntando discípulos con opiniones atrevidas, en las que se descartaba de todos los misterios de la religion christiana, acercándola mucho al puro deísmo. Contra él se declaró otro profesor llamado Gomar, y de estos dos antagonistas tomaron el nombre los Gomaristas y los Arminianos. Contaba Arminio entre sus sectarios á muchos literatos de Holanda y de Alemania, y Gomar casi á todo el pueblo muy afecto á la doctrina de Cal-

vino, y así los Gomaristas eran los mas numerosos. Por esta razon, y porque el gran Pensionario se declaraba Arminiano se manifestó el Stadhouder Gomarista, con lo qual los intereses opuestos levantáron las disputas de escuela á la dignidad de facciones y partidos.

Acaloráron al pueblo; y aunque no hay cosa que ménos se parezca al catolicismo que la secta de los Arminianos, echáron la voz de que estaban coligados con los Jesuitas, y que trabajaban de concierto para sujetar la Holanda á la casa de Austria. El zelo que Barnevelt habia mostrado por la conclusion de la tregua, contribuia á hacer verisímil la calumnia. Aparentó Mauricio que estaba convencido del peligro de la República: hizo obrar á todos sus partidarios, y estos amotináron al pueblo contra Barnevelt. Acusáron al gran Pensionario ante los Estados, cuyo órgano solia ser él: le acusáron como á Sócrates de impiedad: le condenáron á muerte como á él, y tuvo la misma suerte que aquel filósofo, sufriendola con la misma constancia.

Este homicidio político es una mancha en la vida de Mauricio, el qual por otra parte es recomendable por muchas prendas eminentes. Le miran como al mayor hombre de Estado,

y el mejor guerrero de su siglo: tenia gusto para las bellas artes: era excelente en las matemáticas y en el arte de fortificacion, siendo su campo la escuela de los oficiales que aspiraban á distinguirse. Se dixo por él que algunas veces obscureció la ambicion su mérito; pero jamas le ocultó del todo, y semejante á una nube que se pone delante del sol, templaba, pero no borraba el resplandor de su gloria.

Sucedió el Príncipe Henrique á su hermano en todos sus títulos y empleos. En tiempo de su gobierno tomó vuelo la Potencia de Holanda, y se dió á conocer en el mundo político. De suplicante de la Francia llegó á ser su auxiliár. Las fuerzas que desplegaba por fuera la venian de sus hazañas marítimas. Ya hemos visto que empezáron por las piraterías en sus propias costas; pero ya las ricas presas que consiguiéron en Asia contra Españoles y Portugueses, les proveyéron para grandes armamentos. Se presentáron los Holandeses como conquistadores en aquellos mares distantes, y se apoderáron de los establecimientos mas ventajosos. Si no quitáron del todo á sus enemigos el comercio de aquellos opulentos países, se fortificáron de tal mo-

do en ellos que todos presagiaban la preponderancia que habian de tener. Esta misma preponderancia la hicieron exclusiva, apoderándose de las islas en donde se crían las especerías, cuyo comercio han convertido en monopolio. El prudente y moderado gobierno del Príncipe Henrique contribuyó mucho á esta felicidad. Los mismos Arminianos se resintiéron de su benignidad; y siendo una secta, que podia mirar como enemiga, la contuvo sin perseguirla. Siempre ha subsistido esta secta como un partido opuesto á la casa de Orange, y tal vez ha sido políticamente útil á la República una faccion, cuyos rezelos tienen continuamente abiertos los ojos sobre los pasos que dan los que pudieran intentar á la libertad de la patria.

El Stadhuderato del Príncipe Henrique se señaló con rasgos muy brillantes; porque hizo desear á la Francia y la Inglaterra la alianza de la Holanda; concluyó la que se hizo con la Suecia; dominó en el mar por los talentos del célebre Almirante Tromp, y en la tierra por los suyos propios. Su salud se fue consumiendo de un modo pasmoso en los últimos años de su vida, y lo que le hace honor es que esta debilidad se atribuyó á la

continuacion, actividad y solicitud con que velaba sobre los intereses de la República. Todavía le dan otro elogio no ménos notable, y es el de que aborrecia toda impostura, y estaba distante del doblez que comunmente se censura en los hombres de estado, sin que por esto dexen de tenerle por un profundo político. Gustaba de las virtudes morales, acariciaba las ciencias, recompensaba el mérito, mantenía la armonía entre las provincias, y daba á los soldados exemplo de valor y de paciencia. Por último, cumplía al mismo tiempo con las obligaciones de General, de Magistrado, de amigo, de patriota y de padre de familias; pero es preciso confesar, que no se le parece este retrato en los últimos años de su vida, quando las enfermedades agudas cambiáron su humor y alteráron su carácter; aunque, como dicen los historiadores, el respeto debido á la memoria de hombre tan grande, nos obliga á correr la cortina sobre sus defectos, que fuéron ménos suyos que de la humana flaqueza.

Le reemplazó dignamente Guillermo II su hijo, que manifestaba grandes prendas. Le habia casado Henrique con la hija de Cárlos I, Rey de Inglaterra, y tal vez fue esta alian-

za la que le inspiró deseos ambiciosos y peligrosos en una República; bien que el hecho no se ha probado todavía; pero si tuvo intenciones contrarias á la libertad de la patria, se desbaratáron sus proyectos con la muerte trágica del suegro, y por haber él muerto de viruelas á los veinte y quatro años de edad.

La Princesa de Inglaterra, entre mil penas y sentimientos por haber muerto su padre en un cadalso, por las desgracias de su familia, y la pérdida de su esposo, parió ocho dias despues un hijo, á quien llamó Guillermo Henrique. Este nacimiento causó alegría universal; y aunque la ambicion que se sospechaba en su padre podia dar algun rezelo, no por eso fue menor el contento de ver un Príncipe, en quien se prometian la continuacion de la familia de los fundadores de la República. Manifestáron los Estados tan tierna aficion al niño que le diéron el título de Stadhouder, y todas las dignidades de que era susceptible su edad, baxo la tutela de su madre, asistida de un consejo de Regencia.

Guillermo III no tuvo parte en quanto sucedio durante su juventud: empeñado Cromwel en privar de todo recurso á la desgra-

ciada familia de Stuard, exigió con imperio que se le quitase al nieto de Cárlos el título de Stadhouder; y lo hicieron así los Holandeses, obligándose á no conferírsele jamas. A pesar de esta condescendencia se desavino el Protector de Inglaterra con la Holanda sobre los honores del pabellon y algunos intereses de comercio. Necesitaba Cromwel divertir al pueblo para que no atendiese á su modo de gobernar, y se persuadió á que una guerra de honor y de intereses, por lisonjear igualmente al orgullo y codicia de su nacion, daria á su administracion tanto lustre, que ninguno pensaria en sus defectos; y á la verdad no se engañó. Por entónces se viéron los dos Almirantes Holandeses, Tromp y Ruiter, que balanceáron el poder de los Ingleses con inferiores fuerzas. Hiciéron las dos naciones la paz, como rivales que se estiman, aunque con alguna ventaja hácia la Inglaterra.

La destitucion del Stadhouder, mandada por Cromwel, no habia desagradado á la clase de los mas ardientes Republicanos. Decian estos que era una laguna en las pretensiones de la casa de Orange, interrupcion que se figuraban podia ser muy útil á la República, creyendo que importaba mucho sostener esta

especie de suspension. Guillermo, por el contrario, quando llegó á la edad de veinte años con toda la ambicion de su padre, se abrasaba en deseos de conseguir el título de Stadhouder, y las otras dignidades que habian tenido sus mayores. Procuró ganar al pueblo, y lo consiguió; pero así como su tio Guillermo I se halló cortado en sus proyectos ambiciosos por el gran Pensionario Barnevelt, así tambien Guillermo III tuvo que vencer los obstáculos que le oponian los dos hermanos, Juan y Cornelio de *Wit*, de quienes se desembarazó casi del mismo modo que su tio se había deseado de Barnevelt.

Acababa Luis XIV de declarar guerra á la Holanda, y avanzaba con paso rápido en su conquista. Se esparció la voz de que sus victorias eran fruto de la inteligencia de los dos hermanos *Wit*, que le habian vendido la libertad de su patria, y se decia que no habia medio de salvar la República como conferir el gobierno á Guillermo con todas las prerogativas de sus mayores. Juan, uno de los dos hermanos, era gran Pensionario de Holanda, y á Cornelio le miraban con mucho respeto. Viendo estos la locura del pueblo temieron que en el ardor de su zelo, á

favor del Príncipe, le hiciese el pueblo á Guillermo Señor de su libertad, y le diese indiscretamente un poder de que pudiese abusar. Se negáron estos patriotas ilustrados á firmar el acto, que le restituia la dignidad de Stadhouder con el mando de mar y tierra.

Los emisarios de Guillermo dixéron y persuadiéron á la multitud, que si no querian firmar, era solo por favorecer á los progresos de Luis XIV. Con esto fue inexplicable la rabia del populacho: derribó las estatuas levantadas en honor de los Wit, que habian sido sus ídolos: saqueó sus casas: persiguió sus personas; y Juan, que habia resignado el oficio de Pensionario, acometido en una calle pública por algunos perversos, quedó por muerto. Un hombre de los mas despreciables del pueblo acusó á Cornelio, de que le habia ofrecido una cantidad considerable por atentar á la vida del Príncipe de Orange. La acusacion era absurda; pero el pueblo quiso que fuese oida, y que el acusado fuese sentenciado, y sentenciado á muerte. Intimidados los Magistrados con las amenazas, y creyendo salvar la vida de Cornelio con otro género de suplicio, le condenáron al tormento: á este se habia de seguir la confiscacion de sus bienes y

el destierro perpetuo. Penetró Juan á la prision mientras atormentaban á su hermano: se estuvo á su lado todo el tiempo que duró la tortura: le consolaba, enxugaba sus lágrimas, y le alentaba en los tormentos. Ya estaba determinado á seguirle en su destierro; pero irritado el populacho de que dexasen á los dos hermanos con la vida, rompió las puertas de la cárcel, se arrojó sobre ellos, los mató, arrastró ignominiosamente sus cuerpos por las calles, é hizo bárbara subasta de sus miembros.

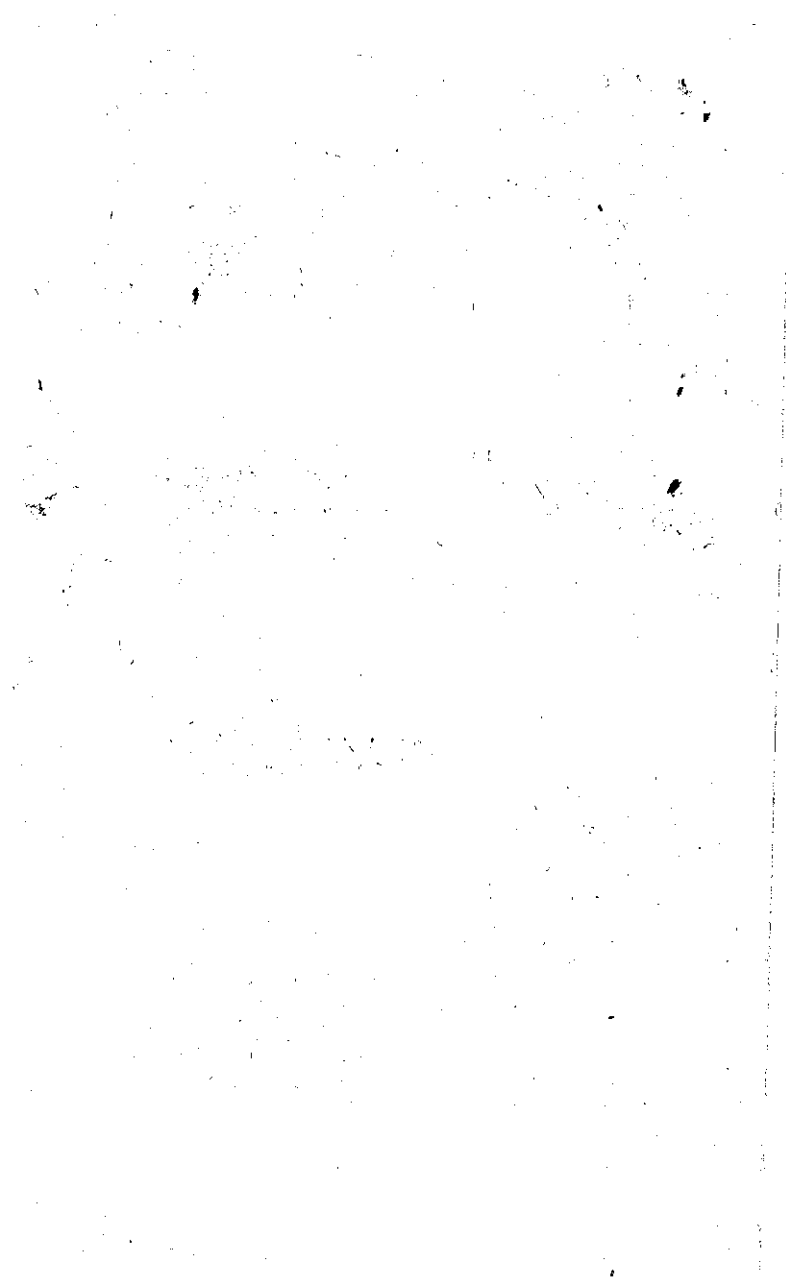
Guillermo IV. es famoso por su profunda política, por su capacidad militar, aunque muchas veces fue desgraciado, y por la revolucion de Inglaterra, que él excitó, ó de que á lo ménos se aprovechó hábilmente para colocarse en el trono de su suegro. Por su muerte nombráron los Estados Generales Stadhouder á su sobrino Guillermo Cárlos Henrique, que fue el que hizo hereditaria en su familia esta dignidad; pero dexó á sus sucesores grande dificultad que vencer para llegar á ser Soberanos, que es el blanco á que siempre habia mirado esta familia.

Los Estados Generales se componen de las siete Provincias por este órden: la Güeldres, Holanda, Zelanda, Utrecht, Frisia, Over-



Los hermanos Wit.

Calumniados Juan y Cornelio Wit de inteligencia con los enemigos de la república de Holanda, cayeron en la indignación del deslumbrado populacho, cuyo furor, no satisfecho con su prisión y proceso, los extraxo de la cárcel, les quitó la vida, y arrastrando sus cadáveres por las calles, vendió en subasta sus miembros. Quantas veces el crábullo sirve de instrumento al perverso para su propia ruina.



Isel y Groninga. Todas son independientes entre sí; pero ninguna puede hacer alianzas con los extranjeros, ni declarar la guerra, ni hacer la paz sin que las otras concurren. Cada ciudad es, respecto de su provincia, lo que esta respecto de todo el cuerpo de la República, esto es, absoluta en su gobierno particular, y solo dependiente del Consejo provincial en los intereses comunes.

La soberanía reside en los Estados Generales, formados de los Diputados de cada provincia que se juntan en la Haya. Se nombran estos Diputados de entre la nobleza, llamada *el Orden Equestre*, y de entre los ciudadanos. A los Estados Generales se les da el título de *Altos y Poderosos Señores*, ó el de *Alti Potencias*; y á los Estados Particulares de cada provincia el de *Nobles y Grandes Potencias*. Cada provincia preside por su turno, y propone el gran Pensionario la cuestión, examinando el *pro* y el *contra*, en lo que se ve quanta influencia puede tener su opinion. Quando un Diputado cree que no tiene la suficiente autoridad por su provincia para la decision de algun punto, es preciso que vaya á comunicarle con ella, y que reciba nuevos poderes, lo qual es causa de mucha lentitud

en las operaciones. Además de los Estados Generales hay un Consejo de Estado, compuesto de doce Diputados, que presiden por semanas. Este se ocupa en los negocios interiores, principalmente en los subsidios, fortificaciones, administración de hacienda, y otros objetos de policía: se junta todos los días en la Haya, y es responsable á los Estados Generales.

El Stadhouder vela sobre el ejercicio de la policía, y en la conservación del poder, privilegios y derechos de cada provincia: da auxilio á la ley, y afianza la religion dominante. Esta es la reformada, pero se cree que habrá como la tercera parte de católicos con corta diferencia. El Stadhouder es el único que tiene el derecho de mandar los exércitos de mar y tierra, y puede asistir á la asamblea de los Estados para proponer en ella; y aunque las gracias se conceden en su nombre, siempre es con el consentimiento de los Estados. El Stadhouder es mayor de diez y ocho años. Esta dignidad se hizo hereditaria en los varones y las hembras, y aun en los colaterales, desde 1747, y advertian los historiadores que esto podia dar lugar á grandes pretensiones; pero todas ellas se acaban de es-

trellar contra el poder frances que ha hecho mudar la forma de la República holandesa.

El comercio de los Holandeses abraza el mundo entero. Los llaman los factores, y con nombre ménos honorífico, los arrieros del universo, porque llevan de una parte á otra lo que les encargan otras potencias. Tienen tres célebres compañías de comercio, que son como unas Repúblicas particulares, dentro de la República, pues hace cada una sus leyes, goza de sus rentas, nombra Oficiales, tiene su marina y sus fuerzas de tierra. Entre estas compañías, la ménos considerable es la de Surinam; pero comercia por todas partes, y la ciudad de Amsterdan es su centro. La de las Indias Occidentales está reducida á la América y á la Africa. La de las Indias Orientales abraza toda el Asia, y pudiera por sí sola formar una potencia formidable. En la India se ven sus representantes con todo el fausto oriental. No hay otros que los Holandeses, que despues de haberse visto en estado tan brillante, puedan regresar sin conservar pretension alguna, y confundirse en Europa con sus conciudadanos en el estado de simples particulares. Unos atribuyen á virtud republicana esta moderacion, y otros al hábito que han he-

cho, y se censura á aquella nacion, de no conocer complacencia mas que en las riquezas.

DINAMARCA.

Con la Dinamarca, compuesta de muchas islas en el mar Báltico y una península que confina con la Alemania, se cuenta el reyno de Noruega, y una isla grande, que es la Islanda. La capital de Dinamarca está en otra isla bañada por las aguas del Estrecho del Sund, que es el mas famoso de la Europa, por donde al año pasan y repasan del Océano al Báltico de cinco á seis mil navíos; y el derecho que estos pagan, es una de las principales rentas del Rey de Dinamarca.

El suelo en general, aunque no es rico, provee de suficientes víveres á sus habitantes. El clima es áspero y frio; pero no llega su rigor al de la Noruega, que está anexa á la corona de Dinamarca. Allí el invierno es cruel, como que sus montañas estan siempre cubiertas de nieve. Las riberas son escarpadas, y por todas partes son tantos los escollos y pequeñas islas que hacen peligrosa la navegacion; pero tambien ofrecen varios abrigos á las embarcaciones. En aquellos mares an-

dan jugueteando las ballenas, y se encuentran muchas juntas. Los observadores sensatos piensan que el krakrin, que dicen haberse visto, y que tiene una legua ó mas de largo, es un pescado fabuloso; y para concordar con lo verisímil algunas relaciones, que parecen bien fundadas, se conjetura que lo que les pareció un pescado solo, sería una bandada de ballenas ó de otros monstruosos peces, que nadaban unos á la cola de otros; que como sería peligroso acercarse á tan enorme masa, que causa grande movimiento en el mar, nunca los han visto sino á grande distancia; y que el miedo y el espíritu de anunciar prodigios, serán los que de esta multitud de pescados habrán hecho uno solo.

Cerca de la isla de Moskoe hay una famosa corriente ú olla, que en el tiempo del flujo y del refluxo describe con su rapidez un círculo mas notable. Entónces se levantan las aguas, hacen espuma, y hierven con un ruido espantoso. Allí se ven arrebatados los navíos desde muy lejos si no toman las precauciones necesarias y tragados en los remolinos, que se forman como conos huecos. Otra olla semejante se ve cerca de Islanda, que tambien corresponde á Dinamarca.

Esta isla, llena de montañas, es como un monton de hielos colocados sobre la bóveda de un horno, y el principal respiradero de sus volcanes es el Hekla, de donde saltan fuentes de agua hirviendo. Arroja piedras y fuegos, y sus convulsiones causan frecuentemente terremotos en la isla. Este pais rústico é irregular presenta al observador los mas curiosos objetos, como precipicios sobre los montes, terrenos que tiemblan, y fuentes intermitentes. Los mayores dias del año son allí de veinte horas; y quando menguan corresponde igual duracion á las noches. En sus pastos miserables engordan los renos, una especie de ciervos, que sirven para la carrera y la carga, y son la riqueza del pais. Descubren debaxo de la nieve por el olfato y á mucha profundidad una especie de musgo con que se alimentan en la necesidad. Los renos, uncidos á los trenos, que son el carruage del pais, llevan al caminante como volando sobre la nieve. Los aplican á todos los trabajos, beben su leche, y comen su carne.

En Dinamarca se halla caza en grande cantidad. Los Dinamarqueses, por lo general, gastan ménos pan que pescado, así salado como fresco, queso y legumbres. La industria

está reducida á lo que es necesario. Allí no se hallan ricas minas, y pudieran aplicarse, con especialidad á las partes septentrionales, aquellos versos de un célebre poeta:

Naturaleza, madrastra
 De climas tan espantosos,
 Solo soldados y hierro
 Produce allí en lugar del oro.

Con efecto, son los Dinamarqueses, por lo comun valientes, de alta y robusta talla; pero esta corpulencia, que es hermosa en los hombres, desagrada en las mugeres, las quales son desayradas, y no saben corregir este defecto con las gracias del vestido. Beben sin mas moderacion que los hombres aguardiente y licores fuertes, y muchas veces con exceso. La sobriedad no conoce allí mas regla que los medios de cada uno, y la gente del pueblo rara vez dexa desocupar la mesa de viandas quando puede. La nobleza vive con delicadeza: es generosa y afable: las ciencias no estan despreciadas: la religion es la luterana. El Gobierno, despues de muchas variaciones, ha parado en una monarquía absoluta. La aficion de los Dinamarqueses á la guerra, se ve consagrada en la historia, pues son muy pocos los paises adonde no hayan llevado sus armas. To-

davía las potencias de la Europa los llaman para sus exércitos, y la caballería Danesa, sobre todo, es muy estimada.

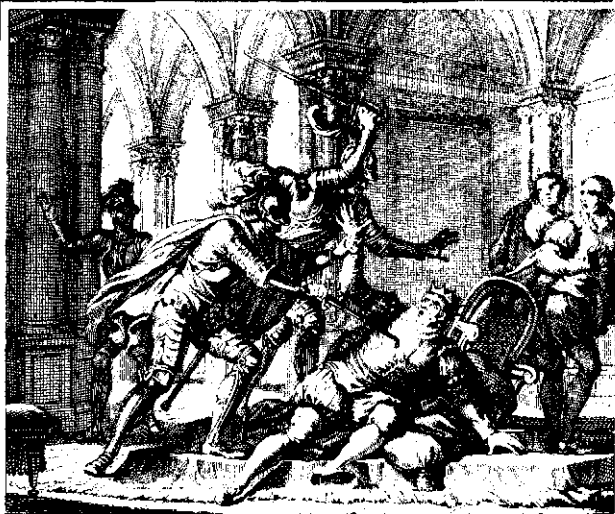
No es posible dexar de sorprehenderse á vista de que un país, como el que acabamos de pintar, poco cultivado y ménos civilizado, ha conservado suficientes tradiciones, para que su historia suba hasta mas de mil años antes de nuestra Era comun. Dicen que su primer Rey llamado Dan, vivia 1038 años antes de Jesu-christo; y que llegó al trono porque sus grandes prendas determináron al pueblo á suplicarle que se encargase del gobierno. El mejor de sus hijos le sucedió, y fue derribado del trono por un hermano suyo, que llegó hacerse un tirano; pero el pueblo, á quien la opresion no había quitado toda la energía, le desterró, recobró sus derechos, y dió la corona á su hijo Skioldo. En un tiempo, en que la fuerza del cuerpo era título recomendable, se adquirió mucha reputacion este Príncipe, matando un enorme jabalí, y triunfando de dos famosos luchadores; bien que adquirió mas estimable fama cultivando las artes, castigando el vicio, y animando la industria, de tal modo, que el nombre de Skioldo llegó á ser en Dinamarca el sobrenombre de los buenos Reyes.

A su hijo Gram le mató un Rey de Suecia en la guerra; y no pudiendo sufrir los Dinamarqueses que su hijo Guthorm se sujetase á un tributo por conservar la diadema, mostraron tanto desprecio al desgraciado Monarca, que murió de pesadumbre. Hadding lavó en la sangre del Monarca Sueco la mancha de su padre. A este le seguia en los combates Harpinga, guerrera Danesa, que participaba de sus fatigas y peligros. Modelo Harpinga de aquellas amazonas que no han sido raras en los reynos del Norte, acompañó en el trono tambien á su amante pasando á ser su esposa.

En tiempo de Frotho, su hijo, hicieron los Dinamarqueses la primera salida mas allá de sus mares 771 años antes de Jesuchristo: desembarcaron en Inglaterra, y se apoderaron de la capital, á la qual ya los historiadores llaman Londres. Esta salida, como la mayor parte de las que despues hicieron, no debia tener mas objeto que el botin, pues volvió Frotho á su reyno sin que se hable de establecimiento en la Gran Bretaña. Haldan su hijo quitó la vida á sus hermanos, temiendo tener compañeros en el trono. Lo contrario hizo su hijo Roë, el qual no quiso ocuparle por muerte de Haldan, sin que se sentase con él su

hermano Helgo. Roë fue legislador, y murió jóven. Aprobó Helgo las instituciones de su hermano; pero no le imitó en la práctica, pues violentó á su propia hija; aunque no pudiendo sufrir los remordimientos de su conciencia se mató de sentimiento, y le sucedió Rolfo, hijo que tuvo de ella. Son tantos los elogios que los escritores dan á Rolfo por su valor, generosidad, justicia y magnificencia, y tantas las virtudes que le atribuyen, que se sospecha haberle pintado al gusto de la imaginacion. No dexó mas que una hija, y los Dinamarqueses la buscáron esposo de su familia. Este fue Holher su pariente, criado en la corte de Dinamarca; y le diéron la mano de la Princesa, prefiriéndole á Balder, Príncipe del Norte, que la pretendia. Le desafió su rival: aceptó, perdió la vida, y dexó á su viuda jóven, y madre de un hijo que reynó despues. El nieto de este último se expuso tambien á un desafio; pero fue mas feliz. Muchas veces practicáron los Monarcas de este reyno el mismo modo de poner fin á las guerras, sin que lo padeciesen los pueblos.

La historia de Dinamarca, que hasta el principio de la Era vulgar está reducida á la sequedad de las crónicas, reynando Fridleff,



Sobrinos de Fróto V.

Desentada por el bárbaro Fróto V. la muerte de sus dos sobrinos, obtuvieron de su implacable tir, por última gracia, que les permitiese matarse uno á otro con sus propias armas. Mandó darles espadas pero volviéndolas ámbos repentinamente contra el pecho del uno, cayó á sus pies apoltronado verdugo. Muy necio es el que armándole al que uno espada, no conoce que le estampa el mismo á la vengansa.

que vivía por aquel tiempo, toma un carácter heroyco ó romanesco, que poco mas o ménos viene á ser lo mismo. Este Príncipe halla gigantes en Noruega: combate contra ellos, y los mata; pero se observa que en las antiguas historias siempre son estos monstruos los vencidos; bien que para no ser así no se tomarian el trabajo de fingirlos.

Frotho V, uno de los sucesores de Fridleff, mata á su hermano que reynaba con él, y persigue á sus dos sobrinos: los oculta un Señor de su corte, los cria en un subterráneo, los descubre el Rey quando ya eran grandes, y manda quitarles la vida: piden los dos hermanos por gracia que se les permita matarse uno á otro con sus propias armas: manda Frotho que les den espadas, y ellos las vuelven contra el tio cruel, y le traspasan.

Sigar pasó por un Príncipe indolente, que entregó el exercicio del gobierno á Alfo su sucesor. Este se propuso conseguir la mano de Abilda, Princesa de Gocia; pero no se lograba su corazon por el mismo medio que los de otras, pues esta Princesa varonil tenia gusto particular por las armas, y se divertia en ir en sus navíos dedicada enteramente á la pirateriz. Intentó Alfo la conquista de esta ama-

zona por el único modo que podía asegurarle el triunfo. Acometió, duró dos días el combate; y las pruebas de valor que allí dió, le hicieron dueño de la valerosa Abilda. No tuvo Alfo la misma fortuna contra tres hermanos Irlandeses, que tambien recorrian los mares; pues aunque quitó la vida á dos, perdió la suya á manos de Hagaberto, que era el mas jóven.

Habia oido hablar Hagaberto de la belleza de Signa, hija del Rey de Dinamarca; pero la victoria que acababa de ganar contra Alfo, y sobre todo su muerte, le quitáron al parecer toda esperanza de obtener á la Princesa por los medios comunes. Se disfrazó pues de muger, y consiguió como Aquiles que la Princesa le recibiese en calidad de dama de honor. Algunas señales demasiado ciertas hicieron bien presto conocer que aquella nueva Deidamia no habia sido insensible á tanto exceso de amor; y mirando Signa como intolerable afrenta la accion de Hagaberto, le hizo ahorcar sin forma de proceso; y poniendo fuego al palacio que ella habitaba, se quitó desesperada la vida.

Los anales de Dinamarca ofrecen todavía otros rasgos singulares en aquellos tiempos re-

motos. Un Haldan, por sobrenombre el Fuerte, que quitó la vida á doce hombres de los mas intrépidos que hacian la guardia á Gurith, Princesa de Dinamarca, heredera del trono, y que le ofrecia con su mano al que venciese aquella guardia. Olo ú Olao II mataba solo con mirar, como el basilisco. En tiempo de Omundo se ve una doncella guerrera llamada Rassa, que habia quitado el trono de Noruega al Rey su hermano. Llamado Omundo por este infeliz Rey, fue vencido; y para no exponerse de nuevo á la afrenta de que le venciese una doncella, se valió del oro para separar de ella á los Noruegos, los quales la abandonáron; y cayendo en manos de Omundo, este la entregó á su hermano, el qual la quitó la vida. Para que nada falte á la historia de Dinamarca, Broder, hijo del Rey de Jarmeria, fue acusado por su madrastra, de que la tenia torpe pasion; pero á diferencia de la aventura de Teseo y de Hipólita, aquí el marido, excesivamente confiado en la nueva Fedra, fue el rendido, pues le mató su hijo; pero hizo tambien que todos reconociesen su inocencia.

Veamos ahora la causa singular de la primera emigracion de los Dinamarqueses á Ale-

mania. Hacia el año de 383 sobrevino una grande hambre en este reyno. Haggio y Ebbo, dos nobles, propusieron sin escrúpulo que se quitase la vida á los ancianos y niños para salvar el resto. Entró en el Consejo Magga, madre del Rey; y haciendo presente la barbaridad de semejante propuesta, dixo: „Mas digna resolucion será de la generosidad de los Dinamarqueses enviar vuestra juventud á expediciones fuera del pais, para que la edad inocente y la mas débil tengan mas parte en las provisiones públicas.” Adoptaron este medio; y sacando uno de nueve, entre los que podian llevar las armas, formaron un ejército suficiente, el qual, acaudillado por Haggio y Ebbo, fue á establecer una colonia en la costa del Báltico en frente de Dinamarca, entre el rio Elba y el Oder.

A esta primera emigracion siguiéron otras muchas en un espacio de mil años, y este es el tiempo de los gigantes, hechiceros y magos, que mandaban á los vientos, alborotaban las olas, obscurecian el cielo en lo mejor del dia, y hacian brillar el sol en las tinieblas de la noche. Ellos eran los que del fondo del mar sacaban fantasmas, que llevaban las naves dinamarquesas á las playas enemi-

gas, y protegian los desembarcos. Despedazadas las barcas, incendiadas ó sumergidas, al punto hacian que se hallasen otras cerca de la costa para transportar el botin y los prisioneros de Alemania. Sin duda les pareció mejor á los Cronistas dinamarqueses atribuir las hazañas de sus compatriotas á estas causas sobrenaturales, que á su prudencia, prevision y valor. Ya, por los tiempos de Carlo Magno, las luces de la religion christiana hiciéron desaparecer aquellos prodigios. Penetró este Príncipe por aquellos paises persiguiendo á los Saxones, y halló un competidor digno de él en Godrik, capaz, segun dicen, de disputar á tan gran Monarca el Imperio del mundo, si en lo mejor de su edad no le hubiera quitado la vida un asesino.

Se introduxo el christianismo en tiempo de Regner, que fue el Rey cincuenta y seis, y se le cree contemporáneo de Luis el Débil. Reconquistó este Príncipe su reyno contra Froe, Rey de Suecia, que tambien habia usurpado la Noruega, y que quando la tomó habia hecho prisioneras la muger y las hijas del Rey, exponiéndolas á los mas viles ultrajes, como á todas las doncellas jóvenes que cayéron en sus manos. Lutgarda, una de estas

doncellas, que huyó de la prision, viéndose en el ejército de Regner, se entró por las filas del enemigo, acometió á Froe en persona, y le hizo caer á sus pies.

Esta accion la valió la mano de Regner; pero sea porque no siempre una heroína tiene las prendas de buena esposa, ó por desenfrenada pasion de Regner, de quien se dice que se expuso al combate contra dos toros furiosos por conseguir una Princesa de Suecia de quien se habia enamorado, repudió á Lutgarda: agravio de que se vengó ella de un modo digno de su generosidad. Viendo á su infiel esposo empeñado en una guerra peligrosa contra los Cimbro, equipó una armada de ciento veinte velas, y fue á socorrerle. „Si mis gracias, dixo á su atónito marido, se han marchitado para vuestros ojos, yo supliré esta pérdida con otras prendas mas útiles para vuestra gloria, y el bien de vuestro reyno.” No se dice si con esto, á falta del corazon, que rara vez vuelve á ganar una muger desgraciada, recobró la clase en que habia estado.

Regner era capaz de acciones extraordinarias. Acababa de perder un hijo muy querido por un cobarde asesinato: desgracia que le puso en tal desesperacion que se acercaba á

un furioso frenesí. Mas sosegado luego se armó contra un Monarca, qualificado Rey del Helesponto, autor del asesinato; y haciéndole prisionero, le dió con desprecio la libertad, diciendo: „Ve, y disfruta una vida que no es digno sacrificio para ofrecerla á los manes de mi hijo, y sea tu verdugo tu misma conciencia.” De este Regner, á quien hacen vencedor del Helesponto, se dice que subyugó á la Inglaterra.

Erico usurpador, pero contado por el Rey sesenta, dió en 858 estabilidad al christianismo, fundando iglesias, y enriqueciéndolas; pero Gemon, Monarca sesenta y cinco, persiguió la religion quando ya estaba floreciente, demolió las iglesias, y desterró los Clérigos. El Emperador Henrique I, llamado el Paxarero por su aficion á la caza de volatería, le hizo reparar estos perjuicios, y llamar á los desterrados.

Haraldo, que reynó en 940, juntó las calidades de Monarca justo y pio con los títulos de Conquistador de Inglaterra, y Príncipe muy vigilante. Estableció Obispados, fundó y dotó Monasterios, hizo bautizar á Swen ó Suenon, y criarle en la religion christiana. Sin duda el zelo de Haraldo descontentó á los que

eran afectos á los ídolos. Suenon, jóven ambicioso, se les mostró favorable; y haciéndose muchos partidarios entre los paganos se sublevó contra su padre. Llegaron á las manos; y despues de un combate largo é indeciso, los mas prudentes de los dos partidos propusieron una composicion. Estaban ya aceptadas las condiciones quando asesinaron á Haraldo; pero ninguno impura esta maldad á su hijo.

Suenon, por complacer á sus partidarios, volvió á levantar los ídolos, pero sin abjurar la religion christiana. Le hicieron prisionero los Vándalos, y no rescató con menor precio su libertad que con el doble peso de su cuerpo con toda su armadura completa, en oro puro; y para completar su rescate vendieron las Señoras dinamarquesas voluntariamente sus joyas: generosidad que él reconoció concediéndolas ciertas ventajas en los pactos matrimoniales. Tambien fue vencido Suenon por el Rey de Suecia, y huyó á Escocia. Le restableció el Monarca que allí reynaba; y reintegrado en su reyno, atribuyó sus desgracias á la especie de apostasia en que habia incurrido desterrando el clero, y violentando el exercicio de la religion. Reparó en quanto pudo esta culpa, confesándola públicamente, y exhortan-



Rescate de Suenon.

Prisionero de los Vandalos Suenon, Rey de Dinamarca, solo pudo conseguir su rescate sujetándose á pagar en oro puro el doble peso de su propio cuerpo completamente armado; y le fue forzoso sufrir la humillacion de verse en la balanza para saciar la codicia de sus enemigos. Tal vez nunca hasta entonces reclararía Suenon que aquel metal que tanto buscan los hombres pudiera avergonzar á un monarca.

do á los Dinamarqueses á que volviesen á la religion, que por su mal exemplo habian abandonado. No solamente consiguió Suenon en su vejez borrar el oprobrio de sus desgracias, sino que se cubrió de gloria conquistando una parte de Inglaterra, y allanando el camino á las victorias de su hijo Canuto, por sobrenombre el Grande. Se conoce quanto fue el poder de este último Príncipe por el repartimiento que hizo de sus estados entre los tres hijos; pues dió á Haraldo la Inglaterra, á Hardi-Canuto la Dinamarca, y á Suenon, que era el último, la Noruega.

De las manos de Hardi-Canuto cayó el cetro de Dinamarca, por convenio que siguió á las guerras, en las de *Magno*, Príncipe de Noruega, y llamado el *Bueno*, epíteto que vale por una larga historia.

Suenon II, hijo de Magno, tuvo cinco hijos, y por un pacto que hizo firmar á los Señores dinamarqueses, del qual no hay exemplar en la historia, estipuló que irian subiendo sucesivamente al trono, y le cumplieron esta condicion. Por los sobrenombres que diéron á estos cinco Príncipes, se puede formar idea de lo que fuéron. A Haraldo le llamáron el Sencillo: á Canuto el Piadoso, y pudieran

haberle dado los nombres de Casto, Justo y Amigo de los sabios: á Olao le llamaron el Hambriento, y no porque lo era, sino porque habiéndose declarado una grande hambre en su reyno, murió de pena por no poder aliviar la miseria de su pueblo: á Erico, como á Magno su abuelo, le apellidaron el Bueno.

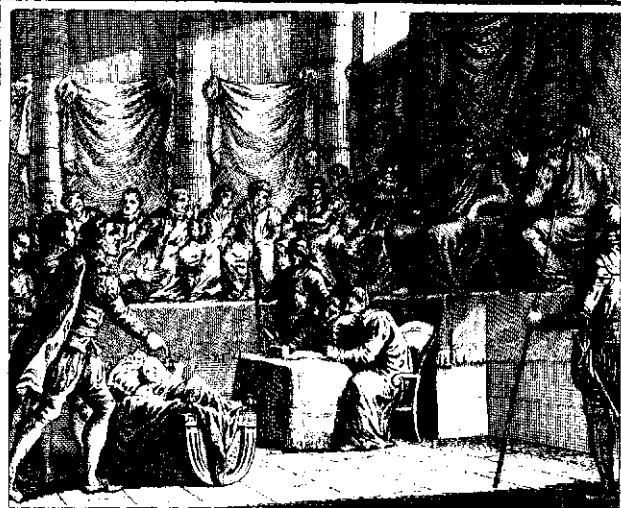
En la corte de este se presentó un músico de tan singular talento, que con la fuerza de su armonía hacia pasar los oyentes de la calma al furor. Quiso experimentarlo Erico; y en la fuerza del frenesí, que le causó el músico, mató á quatro de sus guardias. Fue calmando el acceso mudando el músico de tono; y sintió tanto las muertes que habia hecho, que para expiar su culpa votó una peregrinacion á la Tierra Santa. Partió pues, á pesar de las representaciones de sus vasallos, que le amaban mucho, y murió en la isla de Chipre. Tenia dos hijos, Haraldo y Canuto, y dexó al mayor gobernando su reyno durante su ausencia. Parecia que la muerte de su padre le colocaria naturalmente en el trono; pero aun vivia Nicolao, uno de los cinco hijos de Suenon, que estaba prisionero en Flandes. Cumpliéron los Dinamarqueses con tanta fidelidad la estipulacion he-

cha con Suenon, de que reynarian sucesivamente sus cinco hijos, que pagaron el rescate de Nicolao, y le pusieron la corona en la cabeza.

Su reynado fue una cadena de alborotos, y no los causaba Haraldo, que vivió poco, sino Canuto, otro sobrino, hijo de Erico. Vió con mucho sentimiento que habiéndosele caido de las manos el cetro de su padre, pasó á su tío. Para suavizar su pesadumbre le confirió Nicolao el gobierno del Ducado de Sleswick: en él se dió á sí mismo Haraldo los honores de la soberanía. Una irrupcion de los Vándalos y de los Esclavones en Dinamarca le presentó ocasion de manifestar su prudencia y valor, retirando á los primeros con una negociacion pacífica, y rechazando á los segundos con la fuerza. Estos servicios juntos con otras estimables prendas, hiciéron á Haraldo amable á los Dinamarqueses, principalmente porque sus calidades hacian singular contraste con la altivez y la indolencia de Nicolao. Tenia este Monarca un hijo llamado Magno, que tomó zelos de su primo Canuto, y se dividió la corte entre los dos rivales. Tenia Canuto en favor suyo á la Reyna, esposa de Nicolao, que sin duda no era la madre de

Magno, y este contaba entre sus partidarios los propios hijos de su primo, hombre de madura edad. De este modo estaban divididas las familias; pero el pueblo seguía enteramente á Canuto, y tenía por amigos empeñados y activos á Haraldo y Erico, los que se cree haber sido sus hermanos naturales.

El indolente Nicolao, aunque descontento con el Imperio que tomaba su sobrino, lo habría sufrido tal vez si no le hubieran excitado contra este Príncipe. No omitieron medio alguno de perderle en su concepto: conjeturas, calumnias, siniestras interpretaciones de sus acciones, nada se olvidó. Por desgracia dió Canuto lugar á estas funestas preocupaciones en un viage que hizo Nicolao á Sleswick. Se vió allí el sobrino en un trono igual al del Monarca; y aunque dió algunas excusas de su imprudencia, siempre le quedó al tío en el corazón la saeta, y la manifestó en todos los proyectos que intentaron contra su sobrino. Se aprovechó Magno de aquellas circunstancias; y con fingidas caricias atraxo á Erico su sobrino á la corte, en donde había formada contra él una conspiracion, en que el Rey mismo entraba. Erico, aunque advertido, se aventuró, y cayó en el lazo.



Los tutores fieles.

Para vengar al asesinado cámbate los dos tíos y titoras del recién nacido Valdemar, presentaron el niño en una junta tenida en Skeswick, desplegaron allí el encampanado manto del difunto padre, é implorando la protección y venganza del pueblo, le sublevaron contra el asesino; é en quanto horror miraren estos tutores fieles el vil exemplo de los que suelen convertir en usurpacion la tutela.

La noticia de su muerte causó un sentimiento general. El pueblo inconsolable cargó de maldiciones al que le habia quitado la vida, y sus amigos pidiéron licencia para hacerle públicos funerales. Eludió Nicolao con prudencia esta pretension, temiendo las consecuencias que podria producir el espectáculo de un cadáver cubierto de sangrientas heridas; pero no consiguió mas que dilatar el efecto. Tenia Canuto una esposa jóven, que ocho dias despues de la muerte de su marido dió á luz un hijo, á quien llamó Valdemaro. Le señalaron por tutores á sus dos tios Haraldo y Erico, los quales presentáron su pupilo en la cuna á una junta que se tuvo en el Ducado de Sleswick. Allí deploráron la muerte funesta del Príncipe: hicieron memoria de sus bellas prendas, expusieron á la vista su manto ensangrentado rasgado con las puñaladas, é imploráron la venganza del pueblo y su proteccion para el desgraciado renuevo del Príncipe que lloraban.

Esta escena patética excitó una sublevacion, que desde allí se comunicó al resto del reyno, y acudieron á las armas. No halló Nicolao otro medio de sosegar aquel movimiento sino desterrar á su hijo Magno con los

cómplices mas notables; pero volviéndolos á llamar, pasado algun tiempo, se renovó con su vuelta la fermentacion. Erico y Haraldo juntáron el pueblo, hiciéron declarar á Nicolao privado del trono, y á su hijo Magno indigno para siempre de la corona. En los combates que se siguiéron estuvo en poco que Erico no hiciese prisionero á Nicolao; pero mató con su propia mano á Magno, y entón-ces, no viendo ya heredero de Nicolao, des-cendiendo él de Erico III, aunque por naci-miento ilegítimo, no reparando en los dere-chos de Valdemaro su pupilo, ó con pretexto de defenderle mejor, tomó el título de Rey. Nicolao, irritado con esta audacia, y prefi-riendo ver su corona en la cabeza de qual-quiera otro enemigo mas bien que en la de Erico, presentó el cetro á Haraldo, hermano de este, y le declaró su heredero. Esta fue su última accion; pero tuvo la imprudencia de entrarse en una ciudad en donde era muy amado el nombre de Canuto Sleswick. Habia formado en ella este Príncipe una asociacion, que entre otras condiciones se obligó con ju-ramento á proseguir la venganza contra qual-quiera que ofendiese á alguno de los miem-bros que la componian. Se hallaba Nicolao en

el caso por ser á lo ménos cómplice en la muerte de Canuto. Aunque Rey no creyeron los habitantes que era exênto de la ley que habian jurado: acudiéron pues á las armas, cerráron las puertas; y no hallando Nicolao salida alguna, le matáron en medio de sus guardias.

Se hallaba Haraldo muy embarazado con el cetro que le habia dexado Nicolao: conocia el carácter de su hermano, y sabia que era peligrosa la competencia con él: ¿pero qué no puede el atractivo de una corona? Buscó auxîlio en Noruega, cuyo Rey, llamado Magno, le estimaba, y volvió con un ejército. A la primera noticia de su regreso hizo Erico quitar la vida á cinco hijos de los seis que Haraldo tenia, y solo pudo librarse uno llamado Olao. Poco tiempo despues cayó Haraldo baxo el hierro de un asesino, por las pérfidas disposiciones de su hermano. Apoyó Erico una sublevacion contra Magno, Rey de Noruega, y los sublevados entregáron á este Príncipe infeliz al cruel Erico, el qual le hizo pagar muy caro el socorro concedido á su hermano; pues no contento con tenerle apriisionado en un monasterio, le hizo sacar los ojos, y privar de las señales de su sexô. En-

tre tanto se formáron diferentes facciones contra este bárbaro; y aborrecido igualmente del pueblo y de la nobleza, le matáron á puñaladas en el mismo tribunal en donde estaba administrando justicia, sin que su muerte causase el menor movimiento.

No era fácil fixar la sucesion al trono, pues era dudosa entre Sueno, hijo natural de Erico, último poseedor; Canuto, hijo de Magno, declarado indigno de la corona por la muerte de su primo, Duque de Sleswick; y Valdemaro, hijo póstumo de aquel Príncipe amado. Su madre, Ingoburga, presentó su hijo á la asamblea, que era la que habia de escoger entre los pretendientes. Logró los votos; pero no quiso aceptar la diadema para este hijo, sino con la condicion de que se le nombrase un tutor que gozase de la autoridad soberana; y así nombráron á Erico V, de la familia Real, el mismo que al parecer deseaba esta Princesa. A la verdad no se engañó en su deseo; porque Erico V, por sobrenombre el Cordero á causa de su benignidad, conservó el trono como en depósito, y le defendió contra Olao, aquel hijo de Haraldo, que se libró del cuchillo asesino de su tio Erico IV. Le matáron en una batalla; pero exceptuan-

do este acto de constancia, vivió Erico el Cor-
dero en la mayor indolencia.

La poca precaucion que tomó al morir dió atrevimiento á Sueno, bastardo de Erico IV, y á Canuto el proscripto, hijo de Magno, para disputar el trono al jóven Valdemaro; pero mas que con él disputaban entre sí la corona. Valdemaro se acomodaba ya al uno ya al otro; recibia provincias, las tomaba por sí mismo, y las volvia entre guerras y negociaciones. Por nueve años que duró este conflicto tuvo que intervenir en estas diferencias el Emperador de Alemania, dando sentencias á su arbitrio sin que los competidores que la solicitaban se sometiesen sino quando eran de su gusto. Los Saxones y los Vándalos, llamados para componerlos, las diéron mas decisivas con la punta de su espada. En la mayor parte de este tiempo, Valdemaro, por no ser el mas fuerte, se acomodaba á las circunstancias, y dexaba á los rivales pelear uno contra otro. El mas terrible era Sueno, que reynó con esplendor, y aun conquistó la corona de Succia. Se vió Valdemaro reducido á recibir de su mano algunas provincias como por gracia; pero fue insensiblemente adquiriendo fuerzas hasta que pu-

do pelear con su competidor, y le venció. A Sueno le matáron en el campo de batalla, y Valdemaro se concordó con Canuto, tomando su hija por esposa; y de este modo se halló dueño único del reyno de Dinamarca.

Dió Valdemaro principio á su reynado con muchos actos de clemencia, pues no castigó entre sus enemigos sino á aquellos que en qualquiera otra circunstancia hubieran merecido el suplicio. Su educacion, comun con los otros niños de su edad, le habia proporcionado muchos amigos; pero él supo discernir el mérito de cada uno. Absalon, su compañero en los estudios, consiguió su confianza: le dió un eminente ministerio eclesiástico, y este Prelado fue siempre como su primer Ministro. Tambien consiguió Valdemaro por esta educacion comun el hábito de vivir sin fausto con los hombres, aunque los mandaba, y exâminar con ellos los negocios, lo que le dió grande influencia en el Senado. El de Dinamarca se componia sin duda de los mas grandes Señores. Por último, la turbulenta situacion en que Valdemaro habia tenido que vivir desde que nació, las hostilidades y las negociaciones le hicieron desde su juventud tan valiente guerrero como buen político. Subió con estas

qualidades al trono, é hizo que conociesen sus talentos militares los Vándalos, que saliendo de Juthlandia infestaban las costas de Dinamarca. Su habilidad en el gobierno se vió en las buenas leyes que dió á sus vasallos, y en sus negociaciones con los extrangeros.

Venció Valdemaro á los Vándalos en varios reencuentros: perdió su Rey la vida, y pidiéron la paz. Por haberle faltado al respeto un Obispo de genio altivo, se valió de esta ocasion para quitar al Prelado las plazas fuertes y su tesoro, disminuyendo de este modo el poder secular del Clero. Los de Noruega, descontentos con su Rey y llenos de estimacion á Valdemaro por sus virtudes, le ofrecieron la corona: él la aceptó; pero dispuso para el Monarca destronado una suerte en que vivió contento. Los Dinamarqueses estaban tan satisfechos de su gobierno, que ellos mismos le propusieron que asociase al trono á su hijo Canuto, niño de quatro años. Este afecto general no impidió el descontento de algunos particulares, y así se vió expuesto Valdemaro á dos conspiraciones, bien que las descubrió, y previno sus efectos. La bondad con que se portó con los primeros conjurados fue tal vez la que dió atrevimien-

to á los segundos. No obstante, no cansáron sus delitos la bondad del Rey; pero no hizo mas que mudar de asesino, pues murió de una droga que le administró un empírico.

Aunque su hijo Canuto VI casi desde que nació fue compañero de su padre en el trono, se le disputáron algunos mal contenidos; pero erráron la empresa. Había encargado su padre á este Príncipe algunas operaciones militares, que desempeñó con honor; pero viéndose Rey, dexó los honores y fatigas de la guerra á su hermano Valdemaro, reservándose el cuidado de un gobierno moderado y justo. Convocó un sínodo nacional, en el qual se dió á todo el reyno la misma liturgia. Murió sin sucesion, y entró á reynar su hermano Valdemaro con general aplauso.

Las hazañas bélicas de Valdemaro II daban grandes esperanzas, y las aumentáron los sabios reglamentos que hizo en la asamblea congregada para su coronacion; y á la verdad no se engañáron, pues fortificó las fronteras: extendió sus cuidados á las ciudades anseáticas sus vecinas: aumentó á Hambourgo: reparó á Lubek incendiada: edificó á Stralsund: subyugó la Pomerania: fuéron felices sus expediciones en la baxa Saxonia, en la Livo-

nia, y aun en Rusia, por lo que le diéron el nombre de *Victorioso*. Puso ademas en buen órden la hacienda, entónces mal cuidada. Con ella, por sus sabias disposiciones, aunque parecerá cosa exôbitante, podian mantenerse quatrocientos baxeles para la guerra entre pequeños y grandes, y se podia dar sueldo á ciento sesenta y nueve mil y quatrocientos combatientes.

En este estado de opulencia y de grandeza sobrevino á Valdemaro una catástrofe de bastante abatimiento; porque en la ribera del mar le sorprendió en una diversion Henrique, Conde Palatino: se le llevó en un navío; y llegando á Alemania, le encerró en un castillo, y solo pudo conseguir su libertad á fuerza de súplicas, de grandes sumas, y sacrificando muchos de los paises antes conquistados. No queria el prisionero sujetarse á estas condiciones, prefiriendo sus cadenas á un tratado oneroso y de poco honor para su reyno; le suplicáron sus vasallos que consintiese; y volvió á Dinamarca ménos rico, pero mucho mas amado de sus vasallos.

Creyó este Monarca que les hacia un gran servicio en arreglar su sucesion entre sus hijos; y así nombró á Erico, que era el ma-

yor, por heredero de Dinamarca: dió el Ducado de Juthlandia á Abel, que era el segundo, y á Cristobal, el tercero, el de Bleking, con prerogativas, que casi hacian Soberanos á los dos Príncipes. Celebró tambien Valdemaro una Dieta general, en la qual quedáron arreglados los derechos del Monarca y de la nacion, con todos los casos criminales, los civiles y los eclesiásticos. En esta época empezó la constitucion, que se conservó en su vigor por mas de quatrocientos años.

La precaucion que tomó Valdemaro distribuyendo los estados á los tres hijos con intencion de asegurar á su pueblo la tranquilidad, fue la causa de los alborotos que inquietáron el reynado de Erico VI. Aspiráron sus hermanos á la independendia: él pretendió sujetarlos, y de aquí nacióron muchas guerras. Abel era el hermano que se portaba con mas atencion; pero, segun parece, la empleaba para disfrazar mejor su ambicion, de lo que dió prueba bien cruel á su infeliz hermano. Habia ido Erico á hacerle una visita de amistad; y recibéndole con mucho agrado en lo exterior, le hizo Abel llevar en un barco, y quando le tenian léjos de la ribera le matáron á puñaladas, y arrojáron su cuerpo

al mar. Echáron la voz de que su muerte era efecto de una casualidad, y de una quimera entre los marineros; pero nadie lo creyó. No obstante, como en el estado en que se hallaba el reyno por la repentina muerte del Rey era difícil darle sucesor que no fuese este Príncipe, que era muy poderoso y no sufriría á otro alguno, le confiriéron el trono, haciéndole primero jurar que no habia tenido parte en la muerte trágica de Erico.

Aunque Abel era capaz de engañar á otros, no podia engañarse á sí mismo: continuamente los remordimientos de su conciencia le ponian delante su delito. Estos se redobláron quando, reconociendo los papeles de su hermano, vió que al que acababa de asesinar habia resuelto retirarse á un monasterio, nombrándole á él por sucesor, y destinándole un legado particular en prueba de su sincero afecto. Este descubrimiento le rasgaba el corazon; pero reynó gloriosamente; y recibiendo el placer de hacer felices á otros, tambien á él le resultaba la felicidad en quanto puede sentirla el hombre que se ve atormentado sin cesar con la reprehension y el espantoso grito de su conciencia. Perció con muerte violenta en una accion contra los sublevados; y la mancha que no pu-

diéron imprimirle viviendo , cayó sobre su hijo Valdemaro, pues los Estados le desecháron como fruto peligroso de una venenosa planta, y diéron el trono á Cristóbal su tio, tercer hijo de Valdemaro II. Tuvo este Príncipe guerras con sus vecinos, de las quales salió felizmente, y algunas diferencias con el Clero, que le causáron bastantes inquietudes. Su muerte le sobrecogió en lo mas fuerte de los alborotos consiguientes á estas discordias; y fue tan repentina, que no la tuviéron por natural.

Dexó un hijo en la menor edad, llamado Erico, baxo la Regencia de su madre; y á la tutora y al pupilo les opusieron grandes contradiciones la nobleza y el Clero, de suerte que se viéron precisados á huir á una provincia remota. A su regreso, que sin duda no debió manejarse con la mayor prudencia, pusieron en una prision á la Reyna y su hijo. La primera que logró libertad fue la tutora, y despues el Rey. Mientras vivió la madre, esta fue su Consejo y su Ministro. Con su prudencia prosperáron los negocios; pero despues de su muerte cargó el Rey al pueblo de impuestos, y se abandonó á los excesos de la torpeza, por lo que irritando

á la nobleza y al Clero le asesinaron en la flor de su edad.

A Erico II su hijo le diéron el sobrenombre de Piadoso, en lo que se conoce que no se pareció á su padre. Se nota que tuvo un tutor baxo la autoridad del Senado. A este piadoso Monarca le excomulgó el Pontífice con motivo de las inmunidades eclesiásticas. Tuvo que sufrir toda especie de desgracias, siendo la primera sus disputas con el Clero que retiraban de él al pueblo: la segunda el disgusto de verse en precision de desagradar á una parte de la nobleza, castigando á los asesinos de su padre; y despues de estas los reveses de fortuna en las guerras con sus vecinos, y las altercaciones con Cristóbal su hermano, que fue preciso poner en la consideracion de los Estados: las conspiraciones, sublevaciones; y por último, para colmo de su desgracia, de catorce hijos no le quedó uno vivo. Fue muy ajustado y religioso, y todos convienen en que si no hacia la guerra con felicidad, siempre la concluia con tratados ventajosos y honoríficos.

Sin duda por entónces tenia la Dinamarca el derecho de eleccion, pues tuvo que pasar por ella Cristóbal II, y salió en su favor por

los grandes presentes que hizo al Clero y á la nobleza, y el abatimiento de sus súplicas al pueblo. Le hiciéron jurar artículos, que restringian considerablemente la autoridad Real: á todo se sujetó; pero quando creyó que tenia bien asegurado el trono, asociando á él á su hijo Erico, volvió sobre sí faltando á sus promesas. Se armáron los Señores dinamarqueses para obligarle á cumplirlas: sobre esto hubo una batalla, en la que el Rey no se halló; pero su hijo Erico, que la presentó, fue hecho prisionero. Con esta novedad empaquetó Cristóbal sus tesoros, y se salvó en Alemania; pero los Señores, para quitar al fugitivo la esperanza de la corona, se la diéron á su pariente Valdemaro, Duque de Sleswick. No por esto desesperó Cristóbal, antes bien puso en movimiento á los graves Alemanes; y con el auxilio de las inteligencias que mantenía en su reyno, se apoderó de las principales ciudades arrasando las campiñas. No pasaba Valdemaro de doce años, y estaba baxo la tutela de Gerardo su tio. Reflexionáron pues los Dinamarqueses que les convenia mas obedecer á un Rey experimentado, y á su hijo, que ya estaba en edad perfecta, que á un niño y á su tutor. Pusiéron pues

en libertad á Erico, y restablecieron en el trono á Cristóbal con condiciones todavía mas duras que las primeras; pero las aceptó con la misma intencion, pues renunciando Valdemaro, correspondió Cristóbal con la misma infidelidad á las segundas promesas. Le acometieron de nuevo los Grandes; y haciéndole á él mismo prisionero, no se pudo librar de las cadenas sino sacrificando casi todo quanto le habia quedado de la autoridad Real, por lo qual murió de pesadumbre.

Sin duda Erico su hijo le habia precedido á la sepultura; pues habiendo llevado la corona con su padre, es muy creible que la hubiera conservado, principalmente quando no se mostró indigno de reynar. Dexaba Cristóbal otros dos hijos, Valdemaro y Oton: el primero estaba en la corte de Brandembourg, patria de su madre: el segundo apenas habia salido de la infancia. Se presentó Valdemaro de Sleswick, y reclamó contra su misma renuncia. Gerardo su tio trabajaba para sí mismo con pretexto de ayudarle; y las miras que llevaba este infiel tutor prolongaron una especie de interregno que duró siete ú ocho años.

Noceris, Dinamarques, persuadiéndose á

que el mejor medio y el mas corto camino de restituir la tranquilidad á su pais era deshacerse de aquel artifice de alborotos, se resolvió á sacrificarse. Observó los pasos de Gerardo, le mató en su propia tienda en medio de su ejército, y logró la fortuna de huir. De este modo quedó todo arreglado; pues Henrique, hijo de Gerardo, reunia los derechos que de quando en quando alegaba su padre para conservar la autoridad. Valdemaro de Sleswick se retiró de sus pretensiones, dándole dinero, tierras y el casamiento de su hermana con Valdemaro, hijo mayor de Cristóbal. Dispuso este Príncipe para Oton, su menor hermano, un mayorazgo á su satisfaccion; y él tomó el cetro con el consentimiento general, pues con su coronacion cesó la anarquía que asolaba al reyno.

A Valdemaro III le diéron por sobrenombre una palabra danesa, que significa *tiempo hay*; porque en efecto, nunca se apresuraba, y siempre lograba su intencion. Se hizo amar del pueblo, asegurándole privilegios, y tuvo talento para agradar tanto al Clero, que cada Iglesia le ofreció un presente. Pensó despues en recobrar las tierras de la corona, enagenadas durante los últimos

alborotos, y en sujetar á su dominacion las provincias que se habian separado. Se ocupaba despues principalmente en fundaciones pias y proyectos de Cruzadas contra los paganos que habia al rededor de Dinamarca, ó en alianzas con los Caballeros teutónicos contra aquellos idólatras; y todo esto terminó con una peregrinacion á Jerusalem. Murmuró el pueblo; pero regresó el Rey, y supo ganarle la confianza. Méenos por gusto que tuviese de intrigas, que por una política bien entendida, y deseo de ocupar el espíritu turbulento de los Dinamarqueses, se determinó Valdemaro á tomar partido con bastante actividad en los asuntos de Alemania; pero no consiguió lo que deseaba, porque sus vasallos no vivieron mas tranquilos dentro por tenerlos empleados fuera; y así se viéron en su reynado muchas sublevaciones.

Aunque este Príncipe fue loable en muchos puntos, no por eso fixa la estimacion su conducta general, porque le notan de inconstancia y ligereza. Una imaginacion caliente, unas pasiones fogosas, y unas preocupaciones violentas, pervertian muchas veces su juicio. Era un compuesto extravagante del libertinage é hipocresía, de sobriedad y de in-

temperancia. En la pasion á las mugeres fue extremado, ménos con la suya. La Dinamarca, la Suecia y la Noruega deben su mejor Princesa á la inconstancia de Valdemaro, y á su deseo de mudar. Por sospechas mal fundadas habia encerrado á la Reyna en un castillo; y la resolucion de pasar la noche con una de sus damas, de quien estaba enamorado, le llevó aquel lugar de destierro. Fiel la Dama, á la Reyna su Señora, la puso entre los brazos de su esposo sin que él lo advirtiese, y de este modo el amor dió á este himeneo la célebre Margarita, que reunió en su trono las tres coronas del Norte.

Gustaba Valdemaro de viajar, de visitar, y le agradaban los recibimientos y ceremonias. En la guerra parece que lo que principalmente pretendia era cambiar de lugar, segun los muchos parages adonde mudaba el teatro. La hizo casi toda su vida; y por algunos aciertos que tuvo pasó por hombre grande; pero varias de sus acciones debieron con mas razon darle la fama de hombre singular; y si no ¿qué diremos por exemplo de las que se siguen? Se formó una liga formidable entre los Príncipes vecinos y algunos Señores dinamarqueses: se juntáron los exércitos,

y estaban ya para entrar en campaña quando Valdemaro, en lugar de prepararse á la defensa, publicando que tenia hecho voto de ir á Roma, partió con efecto, y dexó al Senado el encargo de retirar la tempestad, lo que consiguió con algunos sacrificios. Estaba el Rey en la corte del Emperador esperando el fin de la tormenta; y así que tuvo la noticia, renunció el viage de Roma, en donde tal vez le hubieran recibido mal, pues parece que no estaba el Papa muy satisfecho de su conducta. Con efecto, quando ya habia vuelto á su reyno le escribió el Pontífice con reconvenciones bastantes firmes; y Valdemaro, no agradándole el sermon, respondió con poca religion: „Yo he recibido de Dios la vida, de mis vasallos la corona, y de vuestros antecesores la ley; pero si la vendeis muy cara ahí os la vuelvo por estos presentes.” La oferta de semejante restitution descubre demasiado qual era la religion de Valdemaro.

No dexó hijo varon: Margarita su hija, que lo era del amor, y aun se puede llamar de la fortuna, habia estado casada con el Rey de Noruega, se hallaba ya viuda, y con un hijo llamado Olao. Tuvo esta Reyna habilidad para que eligiesen Rey de Dinamarca á

este hijo, en perjuicio de su sobrino Alberto, que lo era tambien del Rey de Suecia, hijo de Ingelburga, su hermana mayor. Aunque tutora de su hijo gobernó Margarita los dos reynos, como si en ambos fuera Soberana; y no tardó mucho en serlo por la muerte del jóven Olao, cuyo mérito principal fue haber sabido obedecer á una madre tan hábil para el mando.

Viéndola sus vasallos con las dos coronas de Dinamarca y de Noruega la instaban á que volviese á casarse. Recibió esta proposicion con frialdad; mas por no descontentarlos del todo, consintió en nombrarse un sucesor; bien que le eligió tan jóven, que no la quedase rezelo de haber de defender contra él su autoridad si aspiraba á tener parte en ella. Le escogió pues en una rama de la familia Meklembourg, con la qual estaba aliada, é hizo que el jóven Príncipe se mudase el nombre de Henrique, y tomase el de Erico, por ser mas agradable á los Dinamarqueses.

Alberto, el sobrino de Margarita, no dexó de vindicar los derechos que tenia á Dinamarca por parte de su madre, hermana mayor de Margarita. Como estaba tan resentido de que no le hubiese elegido por suce-

sor, tomó la satisfacción de mezclar su queja personal con los motivos de sus manifiestos; y porque el Abad de Sorce entraba mucho en palacio á título de Director de la Reyna, empezó Alberto á publicar chistes que picaron á la Reyna en lo vivo: procuró hacer que se arrepintiese de su imprudencia, y no la fue muy difícil.

Alberto, llegando á ser Rey de Suecia, se gobernó mal; porque cargaba al pueblo de impuestos sin el consentimiento del Senado: trataba con altivez á la nobleza, y hacia al Clero varias vexaciones. Esta conducta tenia sublevados los espíritus de todos, y Margarita aumentó el descontento por medio de sus emisarios. Tuvo maña para ganar á los Dalecarlianos, obreros y poseedores de las minas, que son la principal riqueza de la Suecia: en términos que Alberto, por la retirada que hicieron sus vasallos, puede decirse que habia perdido el reyno antes que se le quitasen; y así una sola batalla decidió de su suerte. Cayéron en manos de Margarita el Rey y su hijo con sus principales partidarios. Los encerro en las fortalezas de Dinamarca: se entró por la Suecia como conquistadora, y fue recibida como Soberana.

Este título la diéron todas las órdenes del Estado; pero no le tuvo bien asegurado hasta que se celebró la célebre junta, que se tuvo en Calmar en 1397; y el tratado que allí se hizo se llamó *la union de Calmar*. Se reducía este á tres condiciones principales: primera, que los tres reynos de Dinamarca, Noruega y Suecia no tendrían en adelante mas que un solo Rey: segunda, que el Monarca distribuiría igualmente su residencia entre las tres coronas, y la hacienda de la una no pasaría á la otra: tercera, que cada reyno conservaría sus leyes, sus costumbres y su senado, y los vasallos del uno no serían elevados en otro á los cargos ni dignidades. Estas condiciones parecen á primera vista dictadas por la misma sabiduría; pero la experiencia, que es la que imprime el sello de la estimacion en las resoluciones de los hombres, manifestó los vicios de este convenio; pues fue para los tres reynos un manantial de guerras, que duraron un siglo.

Habia mudado Margarita, á favor de Erico, el título de su sucesor en el de Rey con ella, así en Noruega como en Dinamarca; y lo mismo hizo despues en Suecia, en donde estaba tan asegurada su autoridad que no te-

mia dar libertad á su sobrino. Alberto, que habia perdido su hijo durante su prision, no sintió perder una corona, que no podia traspasar á sus sucesores directos, y así aceptó las ventajas que le proporcionó Margarita para vivir como simple particular.

Se aplicó esta Princesa sin descansar al gobierno de sus tres reynos, y á todos los hizo igualmente florecer; porque comercio, hacienda, ejército, marina, leyes civiles y criminales, en fin, en todos los puntos de administracion dispuso utilísimos reglamentos. La llamáron la Semíramis del Norte; y si creamos á algunos historiadores, pudiera entenderse este nombre no ménos como sátira que como elogio; porque si Margarita igualó á la Semíramis de Oriente en ingenio y poder, tambien la imitó en gustar de favoritos, y en entregarse al placer. Las grandes Reynas deben esperar aquellas sombras que sirven á los ojos envidiosos para sufrir el resplandor de su gloria. Decia de ella Valdemaro su pariente: „Que la naturaleza se habia equivocado en hacerla muger, pues su intencion habia sido hacerla hombre.”

Erico, ya Monarca, ocupó solo el trono por muerte de su bienhechora. No hubo Prín-

cipe que subiese con mayores aplausos: ¿quién podría pensar que antes de morir habia de descender con vergüenza y confusion? Con la misma imprudencia se portó con los Dinamarqueses que con los Suecos; y trató desde luego á la Noruega como un reyno pequeño, de cuyo resentimiento tenia poco que temer; pero á Suecia y Dinamarca no las manifestó al principio los proyectos que habia formado contra su libertad, y se fue entrando poco á poco hácia el despotismo.

Por demas seria advertir que Erico tenia Ministros ambiciosos y codiciosos, pues la tiranía nunca va sin estos instrumentos. Los dexaba engordar con la substancia de los pueblos, y los sostenia á pesar de las murmuraciones y quejas. Brillaba este Príncipe mucho mas en las juntas y Dietas, en donde basta hablar, que á la cabeza de los exércitos, en donde es necesario hacer. Tan fácilmente prometia como se retractaba, y para él era lo mismo dar palabras que no cumplirlas. Las esperanzas con que se lisonjea á los pueblos suelen adormecerlos; pero quando despiertan son terribles.

Dinamarqueses y Suecos, igualmente descontentos de su indolencia en el gobierno, de

verle encaprichado hácia sus favoritos, y de la indiferencia despreciadora de sus representaciones, resolvieron renunciar á su obediencia y poner otro Rey en su lugar. Entre tanto que se tramaba la conspiracion, y no muy secretamente, vivia Erico con tranquilidad en la isla Gothland, en donde habia construido para sí una deliciosa habitacion, y no se dignó de asistir á la Dieta en que iban á decidir de su suerte. A los veinte años de su reinado le dixéron que ya no era Rey; y no mostró sentir esta afrenta sino enviando de tiempo en tiempo desde su isla los corsarios que habia tomado á su sueldo para que saqueasen los navíos dinamarqueses y suecos que pasasen por allí; pero dexó que los tres reynos arreglasen á su gusto los negocios, y eligiesen el Rey que les pareciese.

Eligiéron pues á Cristóbal, hijo de su hermana y Duque de Baviera. Permitted el sobriño la confusion de su tio en un decreto del Senado de Dinamarca, que públicamente le daba en rostro con las faltas que habian dado para su degradacion. No hay duda que este diploma era muy del caso para la confirmacion de Cristóbal, que por su parte trató á Erico con el mayor respeto. Es verdad

que armó contra él, que desembarcó con tropas en la isla de Gothland; pero quando todos pensaban que el tio y el sobrino habian llegado á las manos, estaban pasando el tiempo juntos y muy gustosamente.

Cristóbal dexó vivir al destronado Rey entre las delicias en su nueva *caprea*, bien que sin los desórdenes que se reprehenden en *Tiberio*. Aseguró este Duque de Baviera su trono de Dinamarca con el sacrificio que hizo al pueblo y al Senado de parte de su autoridad, por lo que los historiadores dinamarqueses le pintan como un prodigio de moderacion; pero los Suecos le retratan con los colores de un déspota orgulloso, y de un tirano, sin duda porque no le pareció del caso portarse con ellos con las mismas atenciones: de lo qual podemos inferir, que no tenia otras virtudes sino las que convenian á sus intereses. Murió jóven, sin dexar hijos de su esposa Dorotea de Brandembourg, Princesa amable.

Se inclinaban los Dinamarqueses á dar la corona á Dorotea; pero se rezelaban de su juventud, y del marido que podria elegir. Los sosegó la viuda, prometiendo que no aceptaria sino el que ellos la diesen. Los Estados pusieron los ojos en el Conde de Oldembourg, que

tenia una floreciente posteridad, y este les di-
xo francamente: „Yo tengo tres hijos de ca-
lidades muy opuestas. El uno es en extremo
apasionado por las mugeres. El otro no res-
pira mas que guerra, sin atender á la justicia
de la causa: el tercero es mas moderado, y
prefiere la paz á la gloria de las armas; pero
nadie compite con él en valor, generosidad y
grandeza de alma.” Se declaró el Senado en
favor de este Príncipe á quien el padre retra-
taba con tan buenos colores; y baxo de estos
felices auspicios, empezó la grandeza de la
casa de Oldembourg, que todavía ocupa el
trono de Dinamarca.

No creyeron los Suecos que por la elec-
cion de los Dinamarqueses estaban obligados
á reconocer á Cristierno, antes suponiendo que
esta eleccion era contraria al tratado de Cal-
mar, diéron la corona á Cárlos Canutson su
compatriota. La guerra que se levantó entre
los dos rivales llenó de alborotos los dos rey-
nos miéntras ellos vivieron. Se quitáron uno á
otro el cetro: le dexáron, y le volviéron á
tomar; pero estas alternativas fuéron muy cos-
tosas para los dos pueblos. Habian empezado
los Suecos las hostilidades, y cayéron estas so-
bre el infeliz Erico, á quien quisieron arrojar

de su isla de Gothland, suponiéndola perteneciente á Suecia. En vano procuró el desgraciado Monarca mover á compasion á sus antiguos vasallos: „Vosotros, les decia, me habeis hecho amarga la vida con vuestras freqüentes sublevaciones: vosotros me habeis depuesto, y todavía quereis arrojarme de este infeliz pedazo de tierra aislada en medio del mar, y asilo en que yo me prometia acabar mis dias en paz: no me priveis de esta esperanza.” Esta reconvencion sirvió únicamente para que le permitiesen retirarse á una pequeña ciudad de Dinamarca. Luego que lo supo Cristierno le envió Embaxadores, y le suplicó, en nombre de la nacion, que se fixase en su antiguo reyno. Agradeció mucho este paso Erico, como que basta con tan poco para consolar á un desgraciado. Estuvo dudoso; pero al fin se resolvió á pasar á Pomerania. Los Diputados dinamarqueses le obsequiáron, y acompañáron por respeto hasta las fronteras.

Este rasgo de justicia y de bondad de Cristierno merece que no nos admiremos de que en Suecia se levantase á su favor un partido considerable. Era Canutson soberbio, altivo, absoluto, no seguía en su gobierno otra voluntad que la suya, atropellaba sin distincion

los privilegios de todos, y se declaró principalmente contra el Clero. Este cuerpo, al qual Margarita habia favorecido mucho, conservaba una secreta pasion por los Monarcas dinamarqueses; y fue tanto lo que influyó con la nobleza y el pueblo, que depusieron á Canutson, y llamaron á Cristierno en 1458; pero no le duró esta fortuna mas que seis años, porque no supo fixarla. Dió lugar á quejas bien fundadas, porque contra el tenor del tratado con los Suecos se iba á gastar en Dinamarca las riquezas que exígia de Suecia. Ademas se desavino con el Clero, ó por lo ménos con el Arzobispo de Upsal, que le gobernaba á su voluntad. Prendió Cristierno al Prelado, y le envió prisionero á Dinamarca. Katil, Obispo de Liwkoping su sobrino, reclamó su tio; y Canutson, que vagaba por las fronteras, aprovechándose de esta desavenencia, se presentó, y le restituyéron el trono en 1664.

Todo esto fue un relámpago de fortuna; porque se reconcilió Cristierno con el Arzobispo, y le dió libertad con la condicion de que le restableceria en el trono de Suecia. Cumplió el Prelado su palabra; y en el siguiente año, peleó en persona contra Canutson, baxo los

muros de Stockolmo: le encerró en la ciudad, y le precisó á rendirse á discrecion, y á renunciar la corona. Sobrevivió poco este Príncipe á su dimision, y reconocieron de nuevo por Rey á Cristierno con mayor seguridad de retener este título, porque con hábil política dexaba toda la autoridad al Senado. Su condescendencia y sus atenciones merecieron que se celebrase un Congreso entre los tres reynos, los quales renováron la union de *Calmar*. Los Dinamarqueses hicieron se estipulase que en muriendo Cristierno elegirian á su hijo Juan, á quien ya ellos habian reconocido. Estas prosperidades, y el placer de ver que á su hijo, casado con Cristina, Princesa de Saxonia, le habia nacido un Príncipe, coronáron el sepulcro de Cristierno. Murió á los treinta y tres años de reynado con la reputacion de que pocos Monarcas le igualáron en justicia, valor, magnificencia y grandeza de alma.

A pesar del convenio hecho con Cristierno, la Suecia no reconoció por de pronto el derecho de Juan, antes bien creó un Administrador llamado Steen-Sturo; pero no por esto el Dinamarques se creyó excluido del trono; y despues de algunos debates entre él y el Administrador, consintió este en reconocerle

por Rey, y aun asistió á su coronacion. A la ceremonia se siguió un gran convite, al qual fue llamada la principal nobleza; y Juan, con el gozo de su felicidad, mirando al General aleman, que habia contribuido mucho á sus victorias, le dixo: „¿Qué te parece que falta á esta ceremonia para hacerla completa?“ „Faltan, respondió el rústico Aleman, las cabezas de algunos de esos nobles para que otros aprendan á ser mas fieles.“ Júzguese ahora la inquietud que se pintó en todos los semblantes. Ninguno pensaria sino que la pregunta se habia hecho para proceder á una matanza general; pero Juan, pasado un instante de silencio, que pareceria demasiado largo á los convidados, mirando al Aleman con indignacion, le dixo: „Mejor quisiera yo ver pendientes de una horca á los que dan tan malos consejos, que manchar mi fama con una accion tan bárbara: Dios me guarde de oprimir la libertad, ni de impedir que un pueblo libre disfrute el derecho de elegir sus Gobernadores.“

Se aprovecharon los Suecos de esta buena voluntad del Monarca, y continuaron en mantener un Administrador. Era difícil fixar los límites entre estas dos Potencias, y así unas veces estaban de acuerdo, otras veces opues-

tas, de lo que resultaba alternativamente la paz y la guerra. En un reencuentro hicieron prisionera á la Reyna de Dinamarca, y la diéron libertad con gran gusto de ambos pueblos, á los quales reconcilió esta Princesa igualmente amada y estimada. Experimentó Juan algunas desazones en Noruega, y se vió precisado á llevar allá sus armas. La guerra mas porfiada fue la que tuvo contra los habitantes de Lubeck, los quales auxiliados de otras ciudades anseáticas le resistiéron valerosamente, y solo cediéron con ventajosas condiciones.

Por lo demas se alabó la moderacion de este Príncipe, su amor á los pueblos, su amabilidad en la sociedad, su paciencia y su prudencia grande. Parece que sabia apreciar las grandezas humanas. Pasando un brazo de mar con la Reyna, su hijo y toda su corte, le sorprendió una tempestad que le arrojó á la costa. Las aguas que habian salido de madre le tuviéron en aquel lugar incómodo mas de lo que él quisiera. Paseándose en la ribera con su compañía, se paró; y mirando al mar, dixo: „Bien se conoce que es obra del Rey de los Reyes; pues no necesita de exércitos, cañones ni máquinas de guerra para tenernos bloqueados: este elemento le basta, y así los que nun-



Humildad de Juan I.

*Prescindiendo con su corte Juan I. por una corta
 atonía que le había arrejado y detenía un poco tem-
 poral, dixo mirando al mar: Con solo este ele-
 mento nos tiene bloqueados el Rey de los reyes;
 y así los que no hemos doblado la rodilla á potes-
 tad alguna de la tierra, postrémolos al Señor á
 quien cielo, tierra y mar obedecen. Mas le en-
 sabé esta humildad, que á otros les torció el
 fausto y las victorias.*

ca hemos doblado la rodilla á ninguna potestad de la tierra, postrémonos humildemente delante del Señor del cielo, á quien obedecen la tierra y el mar." La Academia de Copenhague reconoce por su bienhechor á Juan I, el qual empleaba con gusto á los sabios en los negocios públicos; y á la verdad son los mas útiles, salvo el espíritu de sistema que muchas veces contradice á la experiencia.

Le sucedió por eleccion Cristierno II su hijo; y así como la clemencia del padre ganó el corazon de los vasallos, una injusticia horrible, acompañada de crueldad, empezó á retirar del hijo los ánimos de los Dinamarqueses. Aunque casado con Isabela, Princesa de Austria, alianza de que debia esperar grandes socorros, mantenía una dama llamada Columbula. Esta murió jóven, y se cree que con veneno. No hay razon para creer que la que no era fiel á la virtud lo fuese al Monarca, y así no se duda que gustaba de la galantería; pero sospechó Cristierno que un Caballero llamado Torberne habia disfrutado sus favores, y en la alegría de un convite, instándole el Rey á que confesase el hecho, respondió: „Es verdad que he querido á Columbula, y descado sus favores, mas nunca

pude conseguir alguno.” ¡Atreverse á levantar los ojos á la favorita de su Señor! ¡Osar solicitarla! ¡Oh qué audacia! y por solo esto le citó delante del Senado. Los Jueces le declararon absuelto por la sola razon de que la ley no señala castigo por una simple concupiscencia. Descontento el Rey con esta decision, hizo que se juntase de nuevo el Senado: le rodeó de un populacho armado, que con sus gritos llenáron de terror las almas de los Senadores, y pronunciáron estos: „Nosotros no juzgamos á Torberne, pero sus palabras le condenan.” „Pues le condenan, dixo el Rey, morirá;” y así se executó.

Esta atrocidad asombró á todos, y mucho mas sabiendo que Cristierno se dexaba absolutamente gobernar por Sigebrita, madre de Columbula, *mejera* insolente, intrigante, desapiadada con los pobres, desatenta con los ricos, sin respeto á las leyes, como que no conocia otras que las pasiones del Monarca á las quales favorecia con tanta destreza, como desvergüenza. Ella mandaba despóticamente, disponia de los empleos, tenia al Senado en sujecion, imponia contribuciones, y las hacia exigir con dureza. Se vendian públicamente los muebles, y aun los andrajos de los que no

pagaban, y el pueblo, sobrecogido de asombro, no profería una queja.

Pero Sigebrita se propuso irritar á unos pobres estudiantes que viviendo de la caridad pública, acostumbraban á solicitarla por las casas, y para ser conocidos llevaban un trage particular. Sigebrita les quitó este trage: mandó que no pidiesen limosna, y que no se la diesen. Se resintió todo el mundo contra esta resolución arbitraria; y con este motivo se acordaron de que el Rey en algunas circunstancias habia mostrado inclinacion al luteranismo. Se enardeció el Clero, y abrazó el partido de los estudiantes. Aunque por entónces todo se sosegó, siempre quedáron sospechas contra Cristierno sobre su inclinacion á la nueva secta, y esto mismo dió aliento al luteranismo, y le propagó. La tolerancia, muy agradable á los luteranos, mortificó mucho á los católicos, y de esta diversidad se formáron los dos partidos; pero la mala conducta de Cristierno en Suecia los reunió contra él, y no permitió que se sirviese del uno contra el otro.

Parte por las negociaciones y parte por los sucesos militares habia conseguido que le reconociesen y coronasen en este reyno, bien que con restricciones que dexaban al Senado

alguna autoridad. Le persuadiéron sus Ministros, y Sigebrita principalmente, que nunca se vería allí en posesion tranquila y libre de sublevaciones si no abolia el Senado. „Es preciso, añadian, humillar tambien la nobleza, y mostrar afecto á los paisanos y artesanos, clase de hombres mas fáciles de ganar con donativos de poca consideracion, y la ménos interesada en oponerse á la voluntad del Soberano.” En consecuencia de este plan de gobierno convidó Cristierno á una grande funcion á los Senadores y nobles principales; y viéndolos juntos, los hizo arrestar.

Parecia al principio que su ánimo era proceder contra ellos en juicio arreglado, pues eligió un tribunal de comisionados Dinamarqueses; pero pareciéndole demasiado largas estas formalidades, los hizo caminar al suplicio. Erico Vasa, cuyo hijo subió despues al trono, iba el primero, y los otros le seguian en una larga fila. Mas de noventa fuéron sacrificados en el mismo dia. No hizo distincion el atroz Monarca entre los que se habian declarado enemigos suyos, y los que no tenian mas culpa que poder llegar á serlo; y de este modo fue castigada la cobarde condescendencia de los que con su inaccion habian contribuido

á la esclavitud de su patria. Los iban á buscar en sus asilos, y hasta las mugeres y muchachos, que apénas habian salido de la infancia no fuéron perdonados. No contento con la sangre de tantas personas nobles entregó Cristierno á los verdugos muchos de los mas notables y ricos ciudadanos, que habian visto con indiferencia, y tal vez con secreta alegría, la destruccion de un cuerpo distinguido, cuyos privilegios excitaban su envidia.

El grito de horror que se levantó en Suecia resonó tambien en Dinamarca, y con tanta mayor fuerza quanto fue mayor la crueldad que allí exerció el Rey. Como un tigre, que habiendo gustado la sangre humana, no puede pasar sin ella, así Cristierno la hizo correr en Dinamarca, sin que el mismo Clero se librase de sus furores. La impaciencia y el cansancio de sufrir hizo por último que el pueblo pasase de la murmuracion á la resistencia, y de la resistencia á la agresion. Fue la insurreccion tan general, que no veia Cristierno al rededor de sí mas que enemigos y espadas levantadas sobre su cabeza.

Por otra parte los Suecos, que ya habian vuelto de su pasmo, acudieron á las armas. Por mas que haga un tirano, siempre quedan

algunos vengadores de las víctimas de su furor. Gustavo Vasa, hijo de Erico, jóven intrépido, firme contra la desgracia, que habia estado por algun tiempo como fugitivo en las minas de la Dalecarlia, de los compañeros de sus trabajos hizo soldados. En lugar de sus instrumentos les dió espadas, y salió capitaneándolos de las cuevas tenebrosas. La primera luz que les dió en los ojos ilustró sus aciertos. Asustado el cobarde Cristierno envió á decir á Gustavo, que si no dexaba las armas, quitaria la vida á su madre y á su hermana, pues las tenia en sus cadenas. A esta amenaza se detuvo el jóven, y dudó; pero bien fuese arrebatado por la fuerza de las circunstancias, ó porque no creyó que el Monarca llegase á tanto exceso de barbarie, continuó en combatir y vencer. Hizo el cruel Cristierno ahogar á las dos Princesas; pero este fue el término de su brutalidad. Por todas partes se subleváron sus reynos, le acometiéron y persiguiéron. Los Dinamarqueses, aunque los ménos mal tratados, le depusieron, é hicieron intimarle el acto en persona. Pidió algun tiempo; y despues de promesas, súplicas y lágrimas, pero de las que la adversidad arranca á la arrogancia humillada, renunció. No creyendo que habia para él recurso ni

asilo, equipó una armada: juntó en ella sus tesoros, las joyas de la corona, las memorias, cartas, actos públicos del gobierno, con sus hijos, su esposa, y la odiosa Sigebrita, y se hizo á la vela en alta mar.

Creia que en llegando adonde mandaba el Emperador su suegro, veria armarse toda la Alemania en su favor; pero no halló mas que indiferencia y frialdad. Por todas partes donde se presentaba arrastraba la soga del oprobio de su conducta, que le habia dado el sobrenombre de *Neron del Norte*. No obstante, no estaba tan destituido de valor que no aventurase algunas tentativas, y se presentó en Dinamarca; pero no halló mas que un calabozo en que gimió por veinte y siete años. En los últimos se le concedió algun alivio, mas no dexaba de ser un cautiverio; y demasiado enseña la experiencia que una prision es siempre un suplicio.

La renuncia de Cristierno allanó el camino del trono á su tio Federico de Holstein, Príncipe, que molestando de su sobrino no reconoció la obligacion de socorrerle; y como en los alborotos habia permanecido tranquilo, recogió el fruto de su neutralidad. Proclamáron sin dificultad Rey de Dinamarca á Fede-

rico; y aunque esta corona le traía á la memoria la de Suecia, ya se la habia llevado un hombre que podia defenderla; y por otra parte Federico, á quien llamáron el Pacífico, no mostró afan por conquistar un reyno que miraba como perdido. Recibió con mucha atencion las proposiciones de Gustavo, y le respondió, enviándole con honor los prisioneros Suecos que Cristierno habia distribuido por las fortalezas de Dinamarca; y en consecuencia hicieron alianza los dos Reyes.

La tranquilidad que resultó de aquí sugirió á Federico el atrevimiento de cambiar en su reyno la religion; y declarándose luterano, hizo que la Dieta general dexase á cada uno en libertad de profesar la religion católica ó la protestante. Desde la indiferencia de cultos, que estaba autorizada, se propasáron muchas ciudades á prohibir la Misa, á despedazar las imágenes, y á borrar en las Iglesias quanto podia perpetuar la idea de la verdadera religion. Traduxéron la Escritura en lengua vulgar, y diéron las Cátedras de Teología, nuevamente fundadas, á Doctores protestantes. Se quejáron los Obispos, y el Rey los sosegó, prometiendo diariamente juntas que arreglasen con mas particularidad los asuntos

de la religion. Murió á los diez años de su reynado, dexando en incertidumbre al Clero; y á la sombra de esta fue tomando fuerzas, y creciendo el protestantismo.

La grande obra del reynado de Cristierno III se reduxo á consolidar el error de los protestantes. Bastante dificultad hubo en darle la corona; porque un partido poderoso la destinaba para su hermano Juan por ser católico. Otro, aunque de ménos fuerzas, trabajaba en favor de Cristierno II, aunque se hallaba preso; y no era despreciable este partido, porque se decia que le habia de apoyar la casa de Austria con todo su poder; pero consiguió el hijo de Federico desembarazarse de estos dos conquistadores, dando á Juan por estados el Holstein en comun con su hermano Astolfo, y suavizando las cadenas de Cristierno II, aunque sin romperlas. Despues de algunas pretensiones que propuso el Rey de Suecia, acabáron los dos Príncipes por una composicion.

Cristierno III, libre ya de estos estorbos, y sostenido por el Senado y la nobleza, que habian contribuido mucho á poner la corona sobre su cabeza, pensó en destruir el poder temporal de los Obispos y del Clero, que se habian esforzado para impedir su elec

cion; y juntando una Dieta, con pretexto de arreglar la disciplina, halló los motivos buenos ó malos para abolir el Obispado, y mandó arrestar á todos los Obispos, sin dexarles otro arbitrio que el de someterse á la voluntad del Rey, significada con el título *de Leyes reglamentarias*, ó de ser depuestos. Muchos no quisieron sujetarse á esta infamia, y murieron en las cadenas. Dispusieron despues una profesion de fe, y la presentaron con la misma alternativa á los Eclesiásticos. Muchos de estos quisieron mas salir del reyno que admitir la falsa religion; y como los pueblos se vieron sin sus pastores, fueron abrazando la doctrina que los presentaban. Tambien influyó para ganarlos el que les daban alguna parte de los despojos del Clero; pero tierras, ciudades, lugares, fortalezas, y los bienes mas importantes todo se entregó á la corona.

Trató Cristierno III al Clero con tanto rigor, que el mismo Lutero le reconvino, y presentó al Rey por escrito la observacion política, de que aboliendo enteramente el poder de la Iglesia, privaba á la corona del apoyo de sus prerogativas; porque quitando con el poder de los Obispos el equilibrio del gobierno, resultaria una preponderancia en favor de los

nobles, perjudicial á la autoridad de los Reyes y á la felicidad de los pueblos. Con efecto, se ha verificado que despues se han visto los ciudadanos y paisanos sujetos á unos Señores altivos, y reducidos á un estado mas servil que quando les hacia contrapeso el poder eclesiástico; pues antes si queria elevarse demasiado, fácilmente le reprimia con el auxilio de la nobleza; pero quando esta se vió con el dominio absoluto, solo una revolucion en el gobierno pudo librar al pueblo del tirano yugo de los nobles. Los efectos de la imprudencia de Cristierno III se viéron mucho despues, porque él tuvo paz en lo interior de su reyno, y la transmitió á su hijo.

A este, llamado Federico II, le da la historia el mismo carácter de su padre. Las circunstancias en que se halláron son semejantes, á excepcion de que el hijo completó lo que su padre habia empezado. No brilló por los talentos militares; pero supo escoger excelentes Almirantes, y buenos Generales de tierra: tuvo sus reveses y sus fortunas en la guerra con la Suecia, que duró casi todo su reynado. No obstante, se dice que en su tiempo fuéron felices los Dinamarqueses, ó porque los horrores de la guerra se detuviéron en las

fronteras, ó porque el mar fue con efecto el teatro de casi todos los combates. Tuviéron en esta guerra gran parte las ciudades anseáticas, reclamadas por las dos naciones. La ciudad de Lubeck conservaba todavía mucho de su antiguo poder. Se cuenta que en los bellos dias de su gloria se lisonjeó de la conquista de Dinamarca; pero lo que mas admira es que vendió este reyno á un Rey de Inglaterra, dándole este á cuenta otro. Federico mantuvo la balanza entre estas ciudades comerciantes, y tomó tal ascendiente, que este le dió influencia en los negocios de Europa; y sus respetos á los privilegios y propiedades de los vasallos, le aseguraron su afecto y estimacion.

Once años de edad tenia su hijo Cristiern IV, y le nombráron quatro Regentes, que no solamente se aplicáron á hacer el gobierno útil á la Monarquía, sino que se picáron de una noble emulacion entre sí sobre dar educacion al pupilo, en lo qual nada se omitió, porque de todas partes llamáron los maestros mas capaces de formarle el espíritu y el cuerpo. El suceso excedió á sus esperanzas, pues á la edad en que un Príncipe apénas sabe seguir un discurso, ya se hallaba en estado de dictar ó describir las instrucciones á sus

Ministros, y de responder á los Embaxadores en sus idiomas; y en los ejercicios corporales habia adquirido gran destreza, de la qual daba con mucho gusto pruebas en público.

Le provocó el Rey de Suecia; pero por fortuna ocupaban los dos tronos Príncipes que se estimaban. Se viéron pues, se explicáron, y arrojáron las armas. Hubiera sido el Reynado de Cristierno uno de los mas pacíficos si no se hubiera mezclado en los asuntos de la Alemania; pero el vil interes que tomó en ellos causó poco antes de morir un rompimiento con la Suecia; y aunque se finalizó con una paz, que no carecia absolutamente de ventajas, fuéron las hostilidades muy perniciosas para Dinamarca, pues debilitáron su marina, y arruináron su hacienda.

Para su restablecimiento habia formado Cristierno un proyecto, que pareció quimérico por ser muy basto. Consistia este en trasladar á Dinamarca el comercio de Levante, y sobre todo el de Persia por los rios que desembocan en el Báltico. Se trataba de abrir un canal atravesando una legua de tierra del Holsteín para no pasar por el estrecho del Sund, é impedir que los extranjeros inquietasen este comercio. Le puso Cristerno por obra; pero

era este uno de aquellos proyectos que solo tienen buen éxito á largo tiempo, y es fortuna, quando del todo no se arruinan. Ya hemos visto mudar el comercio su curso por medios ménos costosos. Por lo demas podia esperarse mucho de la actividad de Cristierno, y de su constancia en las resoluciones una vez tomadas. Conservo hasta una edad avanzada el ardor y vehemencia de su juventud, y por desgracia estaba sujeto tambien á las mismas pasiones. La que tenia á las mugeres ha marchitado un poco su reputacion; pero no puede negársele la gloria de haber sido un Monarca constante, guerrero, intrépido, y un Príncipe de grande ingenio, generoso y magnánimo.

Federico III, digno hijo de Cristierno IV, mostró igual habilidad en el gobierno y en la guerra. Dos rasgos principales de su reinado acreditan sus talentos en ambos géneros. Tuvo que pelear con un Monarca, cuyas hazañas por sí solas podian hacer famoso á su competidor. Este Monarca era Cárlos Gustavo Rey de Suecia, que enseñó á sus soldados á desafiar los elementos, á convertir en campo de batalla un sumidero cubierto con el hielo, y á hacer que las estaciones y sus

metéoros sirviesen á la execucion de sus proyectos. Estaba esperando navíos de transporte para atravesar el estrecho que le separaba de Dinamarca: sobrevino una helada fuerte, y á la cabeza de sus tropas avanzó sobre el mar que se habia puesto sólido: atacó á los navíos dinamarqueses que estaban presos por el mismo hielo: este se abrió, y se tragó el mar tres regimientos. Poco importó esta pérdida á aquel conquistador: pues los demas pasáron y llegaron con él delante de Copenhague.

Allí esperaba Federico á Cárlos Gustavo, dotado del genio y valor propios para aquellas circunstancias. Sin precipitacion ni demora, siempre pronto á obrar por sí mismo, velaba sobre las medidas que debian tomarse para preparar los sucesos y aprovecharse de ellos: tenia arte para que fuesen corriendo á los peligros los que por su profesion estaban separados de estos, para hacer que sufriesen con alegría las fatigas, y para inflamar los espíritus en un zelo patriótico. De este modo hizo soldados intrépidos á los ciudadanos de Copenhague, y combatiéron estos á pie firme en simples barcas contra los navíos de los sitiadores, arrojándose al medio de los fuegos. Sus mugeres y sus hijos animaban su ardor con el

ejemplo de la Reyna, que con su presencia les daba aliento. Con afectuosa ternura la veían seguir á su esposo sobre la brecha, y proveer igualmente á las necesidades de los combatientes y de los heridos. Apénas hay género de heroísmo, de que no nos diese ejemplares aquel memorable sitio. El Rey, despues que se retiráron los Suecos, premió el valor y fidelidad de los ciudadanos con privilegios bien merecidos.

El estado en que se halló el reyno por la paz que se hizo de resultas de este sitio, abrió los ojos para ver los vicios del gobierno, y buscar los modos de remediarlos. Se habia realizado lo que dixo Lutero quando el Rey quitó los Obispos, pues la nobleza habia llegado á conseguir un poder muy pernicioso para el pueblo. Por todas partes habia tomado á renta los bienes del Clero, sujetos al dominio real; y de rentera se habia hecho insensiblemente como propietaria. Con el pretexto de sus antiguas prerogativas se negaba á pagar los impuestos con que en otro tiempo estaban gravados aquellos bienes, y así venia á recaer sobre el pueblo toda la carga. Es verdad que todavía se conservaba una especie de Obispos y de Clero; pero como es-

taban despojadas de sus riquezas las prelacías, no las pretendian los nobles, y así recaían en ciudadanos, de cuya influencia se desdeñaban los nobles. No obstante, un ciudadano, Obispo de Copenhague, llamado Juan Suano, se propuso abatir el coloso heráldico ó la nobleza, y se unió para ello con Juan Nausen, negociante, y cabeza del orden de los ciudadanos, que era hombre capaz de formar una grande empresa y de ejecutarla.

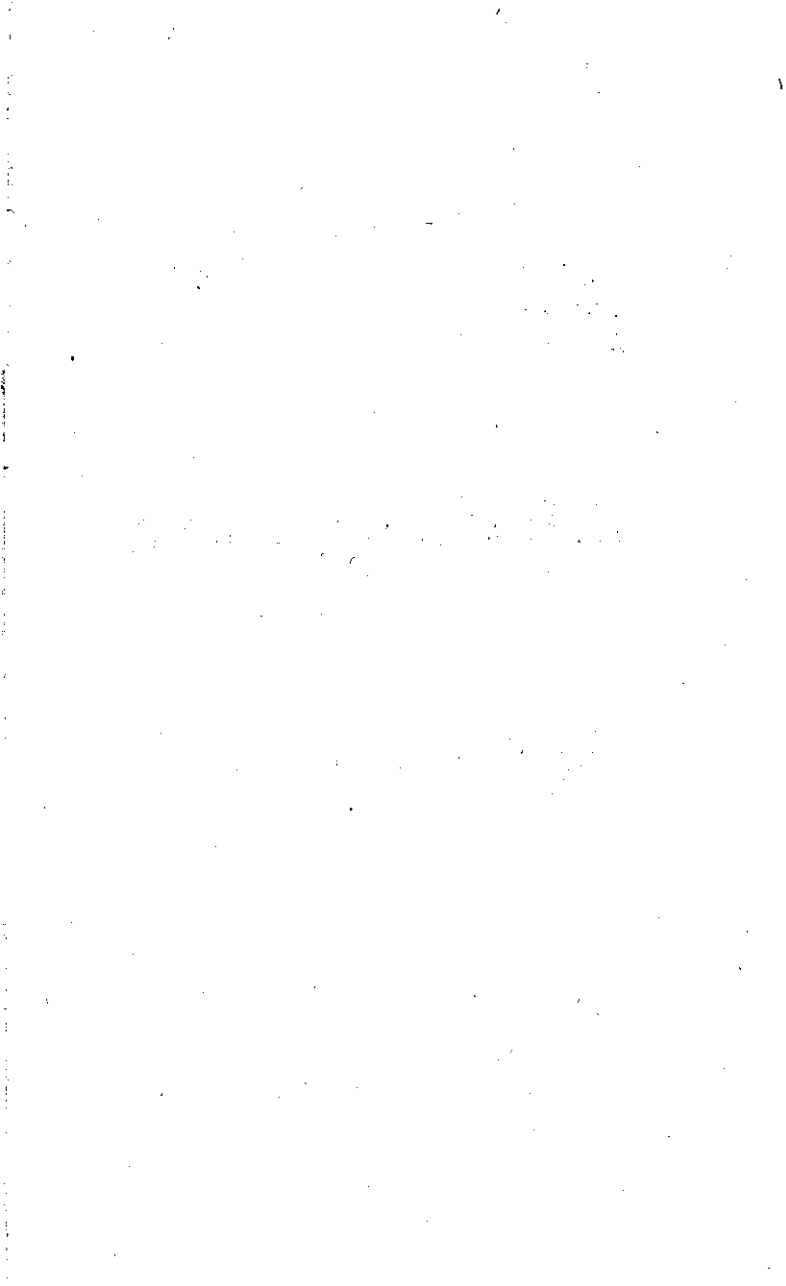
Estos dos hombres, con muchos de su clase que se les asociaron, meditaron el modo de precisar á la nobleza á soportar con la debida proporcion las cargas del Estado; y observando que si se la señalaba impuesto no dexaria de exêntarla el Senado, como que se componia de nobles, concluyeron que era preciso empezar por debilitar el Senado ; Mas cómo habia de ser esto? Pensaron pues que se conseguiria dando extension á la prerogativa Real, y sentándola sobre basas tan sólidas que no tuviese que temer movimiento alguno.

Las circunstancias eran favorables, porque se hallaba la Dieta congregada en Copenhague, y los habitantes estaban enteramente entregados al Rey y á la Reyna, cuyas grandes prendas admiraban, y acababan de expe-

rimentar su bondad durante el sitio. Habia una semilla de discordia entre los ciudadanos y la nobleza. Estaba esta muy zelosa de los privilegios concedidos á los ciudadanos; y estos, acostumbrados á las armas, y orgullosos con sus victorias, no podian ver que les envidiasen las gracias que tanto habian merecido.

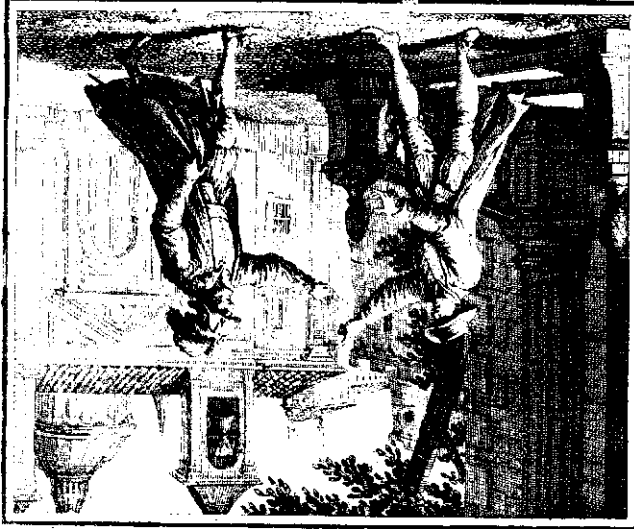
A la primera sesion de los Estados pusieron los confederados en la Secretaría un memorial, que contenia su sentir sobre los medios de ocurrir á las necesidades del reyno con un impuesto general. La nobleza pretendió al principio exêntarse: despues convino en sujetarse con ciertas restricciones, y solamente por dos años.

Persuadida á que habia hecho suficientes sacrificios, y que no podian pedirla mas, dispuso por su parte un memorial de quejas, en el que insertó algunos rasgos picantes contra los populares; pero los dos órdenes iban obrando miéntras ellos gastaban el tiempo en sus apasionados escritos, y se declaró que las contribuciones, segun se habian propuesto, aunque las admitiese la nobleza sin restriccion, no eran suficientes, y así el mejor medio era dar en renta al que ofreciese mas los feudos y dominios de la corona, que hasta entónces



Pregunte con que un Noble a un Estable que ex-
 lia del Real palacio? Que ha tenido el que hacer ahí?
 si con algun amunardar le es de la tierra-prision
 de estado; pero sin conctar el Estable le es de estado en
 la tierra de la iglesia ha comprado de alma con
 que podia conctar al pueblo contra la noble-
 zar. Las nobles orgullosas se abajaron los despre-
 ces en vez de los respetos que les daban los po-
 pulares.

El Noble y el Noble.



habia tenido exclusivamente la nobleza con retribuciones muy moderadas. La nobleza, herida en lo mas sensible, se quejó vivamente: hubo personalidades aun en la misma sala de los Estados; y fuera se miraban muy mal los Diputados de las diferentes órdenes. Encontrando un noble á un ciudadano notable que salia del palacio del Rey, le dixo descortesmente: „¿Qué ha tenido Vmd. que hacer ahí?“ y mostrándole con el dedo, sin esperar la respuesta, la torre que servia de prision de Estado, añadió: „¿Conoce Vmd. aquel lugar, y para lo que está destinado?“ El ciudadano sin contestarle, le mostró la torre de la Iglesia principal, en donde estaba la campana con que tocaban al arma, y con cuyo sonido se podia juntar en un instante el paisanage contra la nobleza.

Miéntras estaba todo en fermentacion esperaba Federico los sucesos, ó por mejor decir, los dirigia muy sosegado en su palacio. No hay duda en que se hallaba bien instruido en el proyecto de las dos órdenes, y ménos en que le agradaba, pues se trataba de darle un poder absoluto, y declarar la corona hereditaria en su familia; pero como el paso era resbaladizo, caminaba el Rey con la mayor pre-

caucion, y ni aun dexó que se propusiese la cuestión en la sala de los Comunes, hasta que las cabezas le hicieron ver que ya estaban en estado de que todo se decidiese á su gusto; y con efecto se adoptó unánimemente la proposicion.

Sin dexar que se entibiase este primer calor, se encamináron las dos órdenes hácia el lugar de las sesiones de la nobleza, acompañadas de un tropel inmenso de pueblo que con sus aclamaciones manifestaba el contento. En un discurso sucinto, pero enérgico, hizo Nausen la pintura de los males del Estado, añadiendo lo mucho que debia este al Rey; y representando que solo el que le habia salvado era el que podia conservarle: concluyó con expresiones de reconocimiento, y de la necesidad de hacer hereditaria la corona en la familia de Federico. Aseguró que este era el deseo de las dos órdenes y su voto: presentó esta resolucion firmada de todos los miembros á la nobleza, y así la empeñó en concurrir con su consentimiento.

El Orden Equiestre, que no esperaba resolucion tan pronta y decisiva, respondió como vacilando: „Que no se negaba á hacer tan buen presente al Rey y á su posteridad; pero que deseaba se mirase obra tan grande

con prudencia y madurez para evitar quanto pudiese dar á esta determinacion el ayre de una revolucion hecha con violencia." Los nobles, entre tanto que detenian á los otros los dos órdenes con sus discursos, enviáron á sondear el pensamiento del Rey, y á saber si se contentaria con que la corona fuese hereditaria en la línea masculina, pues con esta condicion estaban prontos á acceder al voto de los dos órdenes. Respondió el Príncipe: „Que estimaba sus buenas disposiciones, y que esperaba que nunca la pesaria á la nacion de lo proyectado á favor de su familia; pero que no podia ménos de decir que lo que ellos querian hacer no seria de su gusto, sino se extendia á las mugeres el derecho de suceder en el trono." Durante este secreto mensaje estrechaban los dos órdenes á la nobleza, y por último declaró Nausen, que pues las órdenes habian tomado su resolucion, si no queria la nobleza ceder, iban á ver al Rey, que los estaba esperando; y fuéron con efecto.

Los recibió el Monarca muy afable; y agradeciendo su buena voluntad, dixo: „Que no rehusaba la oferta; pero que era preciso el unánime consentimiento y el de la nobleza, que era condicion necesaria: que nunca

olvidaria el zelo y afecto que manifestaban, y que así continuasen sus juntas hasta que sus intentos llegasen á una feliz conclusion con la reunion de los tres órdenes.

Sabia muy bien el Rey que tenia en su mano los medios de acelerar el asunto; porque los ciudadanos de Copenhague, aguerri- dos durante el sitio, todos estaban por él, y entre los nobles y Senadores habia sugetos con quienes podia contar. Entre tanto que se detenia y deliveraba el mayor número de los nobles, y en el momento en que asistian juntos á la ceremonia de los funerales de uno de ellos, les fuéron á decir que habian cerrado las puertas de la ciudad, y no se permitia salir á nadie. Con esta noticia se llenó la asamblea de pasmo y de terror, y envió Diputados al Rey para saber el motivo de aquella novedad; pero él les respondió: „Que se habia dado aquella orden con motivo de la eva- sion furtiva de algunos de ellos, y rezelando que los imitasen otros para romper los Estados; pero que podian continuar con seguridad en sus deliberaciones.”

Estas no fuéron largas. Despues de una breve consulta enviáron los nobles á decir, así al Rey como á los otros órdenes, que esta-

ban prontos á executar lo que se les habia propuesto, y á subscribir en todo á la voluntad de S. M. Desde aquel punto se ocupáron en el cuidado de dar á la revolucion todas las señales y caracteres que la podian hacer solemne y durable; y porque el Rey en adelante habia de ser absoluto, rompiéron las actas que restringian su autoridad, aunque en otro tiempo las habia jurado. Le prestáron nuevo juramento de fidelidad; y él, despues, de cierta ciencia y pleno poder, sin el concurso de otro alguno, arregló todas las partes del gobierno, principalmente la forma de sucesion, y dió lo que se ha llamado *la Ley Regia*.

Desde 1660, que es la época de este suceso, se mira la Ley Regia como el código de la nacion, en quanto á la sucesion y poder del Monarca. Añadió Federico unas ordenanzas, cuya prudencia y moderacion son tales, que ninguno ha tenido de que quejarse. Ya tenia la estimacion de la nobleza; pero la ganó el afecto, así como poseia el de los otros dos órdenes. El mayor elogio que jamas ha merecido un Rey, es tal vez la reunion de los votos en iguales circunstancias; y para concluirle diré: „Que fue un Príncipe que

con las virtudes morales juntó los talentos políticos. Así que se vió con el poder absoluto, moderó la pasión de gloria y fama que habia manifestado antes, emprendiendo algunas pequeñas guerras, y se aplicó á restablecer con su exemplo la modestia en los adornos, y la frugalidad de la mesa; á poner en buen orden la hacienda, y alentar el mérito, el comercio y la industria; á premiar á los que le habian servido fielmente, á corregir los abusos, proteger los oprimidos, y aliviar á los necesitados; y por último á mostrarse padre de sus vasallos, y amigo del género humano.”

La posteridad de Federico ha seguido sus pisadas. Su hijo Cristierno pasa en la historia por uno de los mejores Monarcas de Europa: valeroso, prudente y afable. Solo le tachan de demasiadamente desconfiado de sus talentos, y de haber dado mucho poder á sus Ministros; pero quando abusaban de él, los castigaba rigurosamente. Sabia la mayor parte de las lenguas modernas: le agradaban las ciencias; habia hecho progresos grandes en la parte militar de las matemáticas; y los descubrimientos que en este punto hacian otros, hallaban en él acogida favorable.

Federico IV, su hijo, fue por mar y

tierra mas afortunado que ninguno de sus antecesores; pero su prosperidad le hacia emprendedor y fácil á escuchar los proyectos exágerados de sus cortesanos, á quienes distribuia mas que generosamente el dinero del público.

Su hijo Cristierno VI, aunque ha pasado por avaro, muy léjos de establecer nuevos impuestos, suprimió algunos de los antiguos. Habia uno bien oneroso sobre el aguardiente; y los tratantes, advirtiendo que el Rey queria abolirle, imaginando tal vez que lo hacia porque no producía bastante, ofrecieron aumentar la renta; pero respondió Cristierno: „Demasiado produce ya, pues mi pueblo se queja de las exácciones que ocasiona,” y le suprimió.

Al subir al trono Federico V, sucesor de Cristierno, resolvió pagar las deudas de la corona: los principales acreedores del Estado quisieron separarle de esta intencion, y ofrecieron disminuir el interes si este le parecia demasiado. Respondió el Rey: „El dinero que yo pudiera guardar en mis cofres no traeria al público utilidad alguna; pero si yo le entrego, me harán grande servicio mis vasallos en tomarle prestado con muy corto interes, y los veré extender su comercio y conservar sus

manufacturas." Fue este Príncipe benigno y pacífico, dos veces casado, y tuvo de su primera muger, Luisa de Inglaterra, un hijo y tres hijas. De la segunda, María de Brunswick, á la qual dexó jóven, tuvo un hijo llamado Federico. Aun vivia Sofía de Brandemburg su madre quando él murió.

Cristierno VII que le sucedió se hallaba en los diez y siete años de su edad. Encantaba con las gracias naturales de su figura, é interesaba con las de una elocucion fácil, limpia y corriente. Su afabilidad, prenda ordinaria de la juventud, y la esperanza que siempre inspira un reynado nuevo, llamáron á la corte las diversiones que habia retirado de ella la austeridad del Rey difunto, y se aumentáron mas con la llegada de la Princesa Carolina Matilde, hermana del Rey de Inglaterra, con quien se casó Cristierno en el mismo año que subió al trono. Se hallaba esta Señora en la edad de diez y seis años; y á unas facciones regulares juntaba una blancura que deslumbraba. No obstante, la trataba con frialdad su esposo; y reprehendiéndole por esto su abuela, la Reyna Sofía, respondió: „Que no era del buen tono manifestar amor á su muger:" respuesta que le habrian sin

duda inspirado los jóvenes aturridos y libertinos con quienes habitualmente se acompañaba. De noche y de día se entregaba con ellos, aun en las calles de la capital, á turbulentos placeres, que muchas veces le pusieron en riesgos.

Para romper, si fuese posible estas inclinaciones, le empeñaron en viajar; y dos años despues de su casamiento dexó á su esposa, que acababa de darle un hijo, y partió á Inglaterra. Se detuvo allí poco; no hizo mas que pasar por la Holanda, y se entró en Francia. Su llegada á Paris excitó una especie de entusiasmo, y se llevó las atenciones de la corte y de la ciudad. Todos estaban pasmados, dice un escritor de aquel tiempo, de ver en un Monarca del Norte un ayre delicado, un talle suelto, y modales casi finos.

Quando se disponia para ir á Italia recibió noticias que le hicieron volver de repente á su reyno. Creyeron unos que le llamaron razones políticas, otros que las desavenencias entre las tres Reynas. Lo que parece es, que la Reyna viuda María de Brunswick, madrastra del Rey, que hasta entónces se habia mostrado tímida y reservada, y solo cuidadosa de la educacion de su hijo, era en el fondo resuelta, emprendedora, y capaz de aventurarlo

todo por dominar. La jóven Reyna Carolina abusaba tal vez de las distinciones de su clase con una rival que no habia tenido tiempo todavía para olvidarse de las suyas. La Reyna Sofía se hallaba algunas veces sin saber que hacerse entre las dos; pero la llegada del Rey puso en su lugar las pretensiones de todas, y apareció que se habian concordado.

Habia llevado el Rey en sus viages, y traia consigo un Médico llamado Struenzee, á quien trataba como favorito. La Reyna, desechada de su marido en los primeros momentos de su union, recibida casi siempre con indiferencia, y dominada por un temperamento de fuego, buscaba alguno que la vengase de sus desdenes. El palacio de su marido no la ofrecia Señor alguno propio para este exceso de osadía, porque seria muy facil de penetrar el secreto de su intimidad con ella. Imaginó pues que la profesion de Struenzee, que le daba el privilegio de ser admitido á todas horas, podria ocultar á los cortesanos un amoroso comercio.

Estaba Struenzee en la flor de su edad, y era bien formado, hermoso, galan y espirituoso. El amor hizo á Carolina olvidar la distancia que habia entre una Soberana y un

Médico. Le manifestó descos, que él fue cultivando y aumentando por aquellos medios que nunca faltan á un jóven voluptuoso con una muger apasionada. Tanto se supiéron las circunstancias, que se dice hasta el tiempo de la poco disputada victoria de este Médico.

Habiendo llegado los dos amantes á este extremo, ya no observáron precauciones, y todos los lugares y momentos eran buenos. Procuró no obstante Struenzee inspirar alguna prudencia á la Reyna; pero todas sus persuasiones se perdiéron, y aun él se dexó arrebatarse de la pasión. Para ocultar su trato resolvieron retirar, así de hombres como de mugeres, á todos aquellos cuya curiosidad pudieran inquietarlos. Todavía duraba el favor de Struenzee para con el Rey; y se valió de él con una audacia que pasma. Procuráron los cortesanos investigar las causas de un favor tan imperioso, que todavía cuidaba de animar mas la Reyna; empezáron las sospechas: y comunicándose las unos á otros pasáron á persuasión.

Cayó Struenzee en la imprudencia de chocar con los Ministros, haciéndoles difícil la entrada para ver al Rey, en la de descontentar á la guardia de infantería, y en la de dar la plaza de xefe de la guardaropa á un amigo

suyo llamado Brandt, hombre obscuro, y únicamente conocido por haber ocupado un empleo de subalterno en los espectáculos. Entre las personas cuya entrada en palacio le incomodaba; tenía particular aversion á un Oficial llamado Keller, que se hallaba estrechamente unido con el Conde de Rantzan, uno de los principales del reyno, y era muy estimado de la Reyna María. A este maltrataba ya con el gesto y ya con las palabras. Tenía por otra parte esta Señora muchos motivos de queja por el modo de portarse la Reyna jóven, que á fuerza de malos tratamientos hubiera querido que esta continua observadora se determinase á dexar la corte. La Reyna Sofía, que con sus acertados consejos y la autoridad de sus años pudiera prevenir ó cortar los desórdenes de la esposa de su nieto, murió quando esta Princesa dió á luz una niña.

No tuvo el Rey de la legitimidad de la niña las mismas ideas que el público; y continuaba divertido en los mismos entretenimientos pueriles que le ocupaban antes de su viaje; pero otros tenían por él las sospechas; y el deseo de vengar el ultraje hecho al honor del Monarca los movió á lo que emprendieron.

No se sabe quales fuéron los preparati-

vos secretos para una accion tan arrojada; y lo que únicamente se sabe es que habia muchos malcontentos, aunque no se ven otros agentes directos en la empresa que la Reyna María, el Conde de Rantzan, y Keller.

En 17 de Febrero de 1772 hubo un bayle de máscara en la corte; y fuese casualidad, ó bien que le tocaba por su turno, estaba de guardia el Regimiento de Keller. Saliéron el Rey y la Reyna del bayle; y quando les pareció que ya estaban acostados, juntó Keller sus Oficiales, y les dixo: „Que tenia órden de arrestar á la Reyna Carolina, á Struenzee, á Brandt y sus amigos. Creyeron aquellos Oficiales á su xefe sobre su palabra, y no les ocurrió pedir que les manifestase la órden. Mandáron tomar las armas, y los soldados siguiéron á Keller al quarto de la Reyna María, en donde estaba el Conde de Rantzan. Fuéron todos tres al quarto del Rey, le despertó la Reyna, y le presentó para que la firmase la órden de poner preso á Struenzee y sus cómplices. Se detuvo el Rey; mas al fin se determinó, y firmó. Al punto le pidieron otra órden para arrestar á la Reyna; pero á esto resistia con calor, hasta que le asustáron tanto con una supuesta conspiracion que

le dixéron iba ya á romper, que cedió, y escribió toda la órden de su mano, como para su seguridad lo pedian todos tres.

Al instante se puso en execucion. A Struenzee, á su hermano, á Brandt y otros personajes mas oscuros, sorprehendidos y sin defensa los lleváron á la ciudadela de Copenhague. La Reyna Carolina, despertada con sobresalto, manifestó mas sentimiento por su amante que por sí misma. Fue corriendo casi desnuda á su habitacion: le llamaba á gritos, se desesperaba; y á no haberla detenido, se hubiera arrojado por una ventana. Como se defendia con violencia, y se aseguraba de Keller sin dexarle, mandó que entrasen los soldados, se la llevasen á un coche que tenian preparado, y la transportáron al castillo de Cronembourg.

El medio de que se habia valido la Reyna Carolina para que su esposo nunca fuese instruido de su conducta, habia sido rodearle, en quanto pudo, de personas que estuviesen de su parte; pero lo mismo hizo luego la Reyna María para asegurarse del Rey: pues no solo retiró todos aquellos y aquellas que pudieran hablarle en favor de su esposa, sino que le tenia en una especie de cautiverio, sin que él

mismo lo advirtiese ; porque sus carceleros, si se me permite esta expresion, le dexaban sus ordinarias diversiones. Temiendo sin embargo que Cristierno, atendido su carácter, cayese en algun sentimiento de indulgencia para con su esposa, resolvieron separarlos para siempre con un divorcio.

El proceso ni fue largo ni dificil, porque habia demasiadas pruebas, y por otra parte Carolina convino en todo así que la leyeron la confesion de Struenzee. A este le castigaron con el último suplicio, y lo mismo á Brandt, aunque no se le podia acusar sino de no haber revelado el secreto de su amigo, que se le habia confiado una sola vez. Declarado el divorcio ofreció el Rey de Inglaterra asilo á su hermana en los estados de Hannóver, en lo qual consintió la corte de Dinamarca. Pasó Carolina en un castillo aislado en medio de los bosques una vida triste, hasta que se la quitó una calentura maligna á los veinte y cinco años de su edad, quando tal vez estaba para volver á la gracia de su marido, pues se comunicaba con él por cartas sin que la Reyna María lograse saber del Rey, aunque en todo lo demas le dominaba, quién era el agente de aquella misteriosa correspondencia que habia

sorprehendido ella misma. El descubrimiento de este secreto, por coincidir con la muerte de la Reyna Carolina, ha hecho creer que la diéron veneno.

Debe observarse que ningun reyno ha sido mas feliz en Reyes que Dinamarca. No contando con que arruináron la verdadera religion por enriquecer la corona con los bienes de la Iglesia, admira que entre tantos Monarcas hayan sido pocos los que no han merecido el trono. Los que opinan que para lograr mejores Reyes son preferibles las monarquías electivas, observen que desde que la corona de Dinamarca es hereditaria, la han tenido los mejores Príncipes sin mezcla de malos. Tan grande es la diferencia entre mirar el reyno como patrimonio para sus hijos, ó considerarse como únicamente usufructuario y sin esperanza para su familia.

SUECIA.

La Suecia apénas ofrece mas que dos estaciones, la de invierno y la de verano. La primera dura los dos tercios del año, pero en ellos el cielo está hermoso, porque el ayre puro, la luna, la nieve y los crepúsculos hacen

las noches ménos largas y mas claras. El verano es muy caluroso, pero goza de la misma serenidad. El suelo está como sembrado de lagos, bosques y montañas, que ocultan minas de hierro, de cobre, y aun de plata y oro. La que entre estas merece mas la curiosidad es la de Sala. Se baxa á ella en un medio tonel, pendiente de una maroma; y en subir se tarda como media hora. En esta especie de tonel se va en compañía de un hombre ennegrecido con el humo, que lleva una antorcha de opaca luz, y va entonando de quando en quando una cancion con voz lúgubre. En el camino se experimenta un grande frio, y al rededor corren arroyos, cuyos ecos multiplican el ruido de su caida. Se llega por fin á un grande subterráneo, en el qual se ven casas dispuestas en línea, como en una ciudad: allí hay una Iglesia, un riachuelo de agua dulce; y la bóveda, sostenida por columnas, que parecen incrustradas de plata, y reflexan hácia todas partes una luz resplandeciente. Esta es la pintura que de esta caverna subterránea nos hacen los viajeros. ¿Si habrán hecho lisonjero el retrato para que no les den en rostro por haberse tomado tanto trabajo para una cosa de poca importancia?

La Laponia, provincia de Suecia, presenta un horrible aspecto. Allí dura el invierno diez meses; aunque en los otros dos el sol apenas se pone, y toda la tierra se cubre de plantas y de flores como de repente; pero al mismo tiempo se levantan nublados de crueles moscas, que ponen á los Lapones en precision de llevar al rededor de sí un humo espeso. Viajan en trineos, de los quales tiran los renos, especie de ciervos, que algunas veces corren en un dia treinta leguas.

La Suecia es monarquía con alguna sujecion á los Estados, que todos los años se congregan, y en ellos suponen algo los paisanos, como que forman un órden. Hay un Senado siempre subsistente: la economía del gobierno está bien arreglada: las leyes son sabias; y así citaremos una sola, que es la perteneciente al duelo ó desafio. Este se castiga con la muerte del que sobrevive, y los dos quedan deshonorados. Si no muere ninguno, á ambos los encierran, y los tienen por dos años á pan y agua. Por esto si se da queja en los tribunales condenan al agresor á una satisfaccion pública: freno muy útil en una nacion irascible y demasiado delicada.

Los anales suecos se remontan mas allá de

nuestra Era comun; pero hasta que se estableció el christianismo á mediados del siglo IX, ipénas contiene sino fábulas mas ó ménos absurdas; y aunque hay una serie de Reyes, no se hallan datas fixas ni sucesion cierta. Tan exúgeradas estan en la historia sus bellas qualidades como sus vicios. Como siempre los hombres han gustado de lo maravilloso, de aquí proviene que en vez de atribuir los grandes hechos de sus Monarcas al valor ó la capacidad, nos los presentan los analistas suecos como resultados de operaciones mágicas.

Sus primeros Reyes casi todos se nos describen como hechiceros, y así quando no podian sus soldados pasar por una montaña la quitaban de delante: si los detenia un río, con solo extender la mano le secaban ó le hacian volver atras: con un soplo derrivaban los árboles de los bosques; y si necesitaban de una calma ó de una tempestad, en hablando obedecian á su voz los elementos. Estos mismos hechiceros en muriendo se convertian en dioses. Los motivos de sus guerras rara vez eran los de conquistar paises; porque en aquellos climas helados eran pocos los atractivos, y sobraban las tierras. La guerra se hacia por un tesoro que habia juntado algun Rey avarien-

to, ó por la mano de alguna bella Princesa prometida al mas valiente. Parece que la caballeria nació en aquellos paises salvages, á lo ménos es preciso reconocer que en ellos eran comunes los excesos de esta asociacion extravagante, como provocaciones, buscar las aventuras, hacer hermandad de armas, y los pactos de amistad á muerte ó á vida.

Tal es el de Hunding con Hading, Rey de Dinamarca. Despues de muchos combates inútiles, en que derramáron arroyos de sangre, y agotáron el tesoro de las dos naciones, abjuráron los dos Príncipes el odio con que se miraban, y se prometieron una amistad eterna, en la qual fue condicion principal que quando alguno de los dos tuviese noticia de la muerte del otro, se habia de matar á sí mismo. Miéntras el Rey de Suecia estaba en su corte disfrutando las dulzuras de una vida tranquila, despues de la fatiga de sus hazañas, le dixéron que ya el Rey de Dinamarca no vivia. Hunding, sin exâminar la verdad de la noticia, juntó su corte: dió un gran convite, y al fin se arrojó á un tonel de hidromiel, y se ahogó allí. Hading supo con dolor la muerte de su amigo; y aunque pudiera regatear sobre los motivos del suici-

dio, que debieran pesarse mas, solo miró á la obligacion del pundonor en cumplir la palabra de no sobrevivir á su amigo: juntó su corte, dio un gran convite, y se ahorcó á presencia de todos.

En 853 se convertian á la religion en tropas los Suecos: el Monge Anschairo, enviado por Luis el Afable, los bautizaba á centenares; pero su fe estaba un poco pendiente de las circunstancias. Sucedió una hambre que desolaba el reyno quando estaban en el fervor de la conversion; y persuadido el pueblo á que aquel azote podia venir del enojo de sus antiguos dioses, irritados por el abandono de su culto, quiso precisar á Olao su Rey á que se les ofreciesen de nuevo sacrificios; y rehusándolo el Monarca le quitáron la vida. En aquellos tiempos todo era excesos; y si un Rey era muy piadoso, su sucesor era hechicero: el uno respetaba á los misioneros hasta adorarlos, el otro los mataba: miéntras en un territorio despojaban las Iglesias, en otros las hacian dones exorbitantes. Los Eclesiásticos que envió Ethelredo, Rey de la Gran Bretaña, juntáron una ofrenda de seiscientos marcos de plata en solo una Misa; y así no debe admirarse que el Clero de Suecia llegase á ser tan opulento, y por

consequencia necesaria tan poderoso. No siempre fue voluntaria la sujecion á la religion; pues se hallan persecuciones contra los que nõ querian abrazarla, y vengadas estas persecuciones con la muerte de los Reyes que las autorizaban. Por estas alternativas en la historia eclesiástica de Suecia se ve tanta confusion como en la civil. Para poner en una y otra algun orden, empezaremos por la época que igualmente conviene á los dos.

En 1141 reynaba Erico, por sobrenombre el Santo. Fundó muchos monasterios, publicó admirables leyes, y las hizo observar exáctamente. Pero como nada se libra de la mordacidad de los críticos, suponen algunos que en su reynado degeneró la religion en supersticion, la justicia en rigor, y aun en crueldad. Poseia Erico el trono por un compromiso con Cárlos hijo de un Rey, que le habia precedido, y era yerno del Rey, antecesor de este. Sus virtudes le diéron la preferencia, bien que con la condicion de que en muriendo recaeria en Cárlos la corona.

Muerto Erico tuvo Cárlos que vencer algunas dificultades para ocupar el trono que le pertenecia por la estipulacion, y proviniéron estas de haberse sospechado que habia contribui-

do á la muerte de Erico quando le matáron en una batalla. Quisiéron que sucediese á Erico su hijo Canuto Ericson. No obstante, se llevó Cárlos la corona; y Canuto, por temor de su resentimiento, se salvó en Noruega. Era Cárlos muy afecto á la Santa Sede, que le habia ayudado á sentarse en el trono; y en reconocimiento concedió al Sumo Pontífice toda la herencia de los Suecos que no dexasen hijos, y parte de los bienes de los que los dexaban.

Viéndose Cárlos bien establecido en el trono no temió la competencia de Canuto; y así le convidó á que volviese, prometiéndole el título de heredero presuntivo de la corona; pero el fiero Ericson despreció el presente de mano de aquel á quien miraba como asesino de su padre. Volvió á Suecia, pero capitaneando un ejército que habia levantado en Noruega. Hizo prisionero á Cárlos, y le condenó á muerte; pero no se sabe si este juicio fue obra de la justicia ó de la ambicion; pues no está libre Canuto de la presuncion de haberse dexado dominar de esta passion, y de que no era muy escrupuloso en los medios de satisfacerla. En lo demas pasa por un gran Rey, y hace una honrada figura en los anales suecos.

Le sucedió su hijo Suercher, con la condicion de que por su muerte habia de pasar el cetro á Erico, hijo de Cárlos; y para confirmar esta disposicion se casó Erico con la hija de Suercher, y nombró por heredero, sin duda por no tener hijos, á su cuñado Juan, hijo de Suercher, y á este le sucedió el hijo de Erico X, que fue Erico XI.

A este, á poco tiempo de haber subido al trono, le atacó una parálisis que le dexó sin uso un brazo y una pierna: le tocó en la lengua, y le puso tartamudo, que fue el sobrenombre con que le distinguieron: y quedó con una especie de aparente inutilidad que no permitia formar de él alta idea; pero en realidad conservó claro su entendimiento, de lo qual dió pruebas en casos bien difíciles.

Habia en Suecia una familia poderosa, llamada los Falkenger; y esperando interesar la ambicion de esta familia con su bondad, dió sus hermanas á dos de ellos, y se casó él con una de sus hijas. Esto no obstante, el primogénito, llamado Canuto, que estaba dotado de una eloqüencia seductora, y en esto era muy superior al tartamudo Erico, se hizo proclamar Rey; pero no le ganaba en la capacidad ni en el valor: pues Erico le hizo prisio-

nero, y mandó cortarle la cabeza. Tenia otro cuñado llamado Birger-Jerl, y se sirvió de él últimamente en la guerra. Quando el Rey murió eligieron á Valdemaro, hijo de Birger, y á este le declararon Regente.

La familia Falkenger competia con la de Flockenger, no ménos poderosa y ambiciosa. Birger, declarado contra esta última, sorprendió á todos los de la familia y los degolló, á excepcion de uno llamado Cárlos. El Regente conservó en quanto pudo su autoridad, y no la cedió á Valdemaro hasta que murió. Segun parece habia dado parte de ella á otro hijo llamado Magno. Vivian los dos hermanos tan unidos, que partiendo Valdemaro en peregrinacion á Roma y á Jerusalem confió el gobierno de su reyno á Magno, y este á su vuelta se le entregó con la mayor fidelidad. Se introduxo entre ellos la discordia, y no hallaron los Suecos otro medio que repartir la Suecia entre los dos: mal expediente, y que causó una guerra civil. Perdió Valdemaro la corona: Magno se la llevó gloriosamente; y la retuvo con tal firmeza, que la trasladó á su hijo Birger por mas esfuerzos que hizo Magno por recobrarla.

Tenia Birger once años, y le dió su pa-

dre por tutor y Regente á Forkel-Canutson. Con la edad manifestó Birger buenos talentos, y con ellos se iban descubriendo fuertes zelos contra sus dos hermanos Valdemaro y Erico. Habia caido Magno en la falta de haber dado á estos unos mayorazgos, que los hacian tan poderosos, que pudieran declarar guerra al Rey su hermano. No puede decirse bien de qué parte estaba el agravio; pero la suerte favoreció á los dos hermanos, pues hicieron al Monarca prisionero, y no le diéron libertad hasta exígir de él tales privilegios, que convirtiéron en soberanías verdaderas las tierras de sus mayorazgos.

Puesto ya Birger en libertad, pensó no solamente en recobrar su autoridad, sino en extender su venganza contra las mismas personas de sus hermanos. Siete años conservó esta perversa intencion con el mayor secreto, y no hubo en todo este tiempo caricia y muestras de confianza que no emplease con ellos. De este modo fue retirando diestramente de sus corazones toda sospecha, hasta que los atraxo á una fortaleza en donde él residia: los recibió el pérfido con las demostraciones mas amigables; pero aquella noche, quando dormian el primer sueño, entró en el quarto con

una tropa de satélites. Al punto se apoderaron de Valdemaro: quiso Erico defenderse, y le hirieron en muchas partes. Birger los llenó de injurias, de burlas y desprecios: los hizo cargar de hierro y ponerlos en un calabozo. En él murió Erico por no curarle las heridas, y Valdemaro de hambre.

Esta atrocidad sublevó toda la Suecia, y no pudo resistir Birger á la conjuracion general. Fue á ponerse en salvo en Dinamarca por estar casado con una hija de aquel Rey. La acogida que allí encontró, aunque demasiado buena todavía para un malvado, se reduxo á frialdad é indiferencia. Habia dexado en Suecia un hijo llamado Magno; y era tal la indignacion contra el padre que recayó sobre el hijo; pues aunque pareció á la Dieta que estaba inocente, le condenó en odio del padre á perder la vida.

Pusieron en el trono á Magno, hijo del desgraciado Erico aunque no pasaba de tres años, y le diéron por tutor, con el título de Protector del Reyno, á Kettlemunson, amigo de los dos hermanos asesinados. En su gobierno fue la administracion prudente, constante y política; pero llegó á ser caprichosa en el de Magno, el qual se dexó guiar de sus fa-

manes que componian su corte y ejército cometieron tantos desórdenes y robos, que los Suecos, aunque detestaban el yugo dinamarques, quisieron mas sujetarse á este, que sufrir el de los Alemanes. Margarita, todavía jóven, habia perdido á su marido Hacquin, que solo la habia dexado un hijo llamado Olao, que murió jóven. Continuó su madre gobernando la Noruega con tal prudencia, que quando murió su padre Valdemaro contaron los Dinamarqueses por fortuna que recayese su cetro en la hija; ademas de que la pertenecia por haber muerto los otros hijos de Valdemaro. Mostró Margarita la misma capacidad en la administracion de este segundo reyno; y teniéndola los Suecos por capaz de gobernar otro mas, la ofrecieron su corona; pero esta no fue solamente adorno de su cabeza, antes bien se valió como Soberana de todos los derechos que la daba, y por renuncia de Alberto unió los tres Reynos, segun el tratado de Calmar. Aunque se obligó á no preferir en sus cuidados un reyno á otro, no pudo ménos de mostrar su predileccion al de Dinamarca por ser herencia suya. Esta parcialidad se advierte en el consejo que al morir dió á Erico, pariente distante, á quien nom-

bró por sucesor: „La Suecia, le dixo, os debe sustentar, y la Noruega vestir; pero á Dinamarca es preciso tratarla como almacen de vuestros recursos en caso de necésidad.”

No hay pais que haya sido mas infeliz que la Suecia, por las mismas causas con que pensaban hacerle dichoso. De tiempo inmemorial estaba en guerra con la Dinamarca: ya habian corrido arroyos de sangre, y las paces no habian sido otra cosa que desgraciadas treguas para tomar aliento, y darse despues golpes mas mortales. Cansados los Suecos se presentaron á la union de Calmar, mirándola como el medio mas propio para procurar para sí y para sus hijos el descanso que no habian gozado sus padres. Creyéron hallar en los Reyes protectores las ventajas de un gobierno libre; pero desde el reynado de Margarita sintiéron las estrecheces de la opresion, y en el de Erico haciendo esfuerzos para romper sus cadenas solo consiguieron hacer mas sensibles sus contusiones. Apénas son creibles los males que oprimiéron á la Suecia en el reynado de este Príncipe indolente, y los excesos con que trataron á los Suecos los insolentes Gobernadores que enviaba. Ellos arruinaban la nobleza, obligándola á servir á su costa en las

guerras de los Dinamarqueses en el continente, y á rescatarse con su dinero quando caian en manos de sus enemigos: ellos introduxéron á los Dinamarqueses en las prelacías de Suecia, y repartian con los intrusos lo que robaban al Clero. Uno de estos Gobernadores, llamado Erikson de Westeraus, se declaró enemigo jurado de los paisanos, de esta clase de hombres inocentes y laboriosos. Los hacia degollar por divertirse, y los ponía en crueles tormentos: á unos los hacia ahogar con humo: á otros los salaba vivos, y los asaba. Se complacia en uncir las mugeres al arado, y picarlas como á bueyes.

No hay que extrañar que semejantes violencias, aunque reducidas á un territorio, excitasen una sublevacion general. El Senado, con el qual guardaban mas atencion, dudó por algun tiempo substraerse de la dominacion de Erico, principalmente porque veia, que no el deseo del bien público, sino la ambicion de colocarse en un trono casi desamparado, era la que empeñaba á los grandes Señores en pretender una revolucion. A la cabeza de los competidores estaba Cárlos Canutson, Gran Mariscal de la corona; mas no le faltaron rivales, y entre otros su cuñado Nicolas Ste-

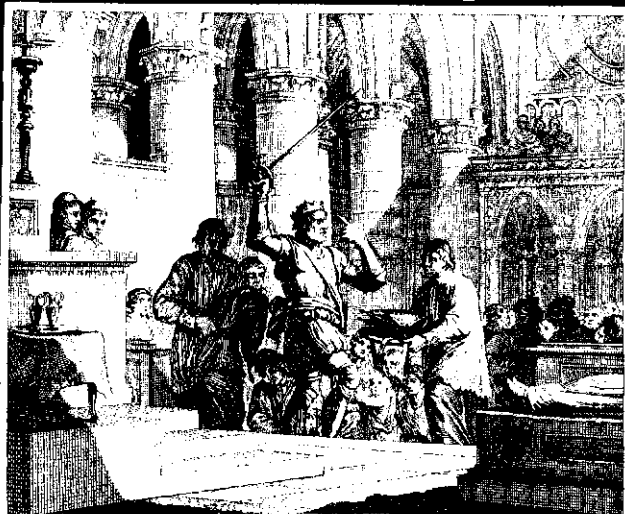
non. Se aprovechó de este conflicto el Rey Erico; y despues de haberle depuesto solemnemente le restableciéron , subscribiendo á ciertas condiciones segun se las propuso el Senado. Se aseguró lo bastante para traspasar su corona de Suecia á Cristóbal, que era su sucesor en Dinamarca. Este Cristóbal gobernó á los Suecos con cetro de hierro, y ya iban á deponerle quando murió. Se congregaron en una Dieta; y miéntras pensaban en el partido que se habia de tomar sobre hacer Rey, nombráron por Regentes á dos hermanos, Bengt y Nils Jonson.

Canutson en estas circunstancias no se olvidó de lisonjear tanto á los Regentes que consiguió le nombrasen por Rey, y al mismo tiempo ciñó su frente con la corona de Noruega que le ofreciéron, y esta doble felicidad despertó el deseo en él de conseguir también la de Dinamarca; pero mejor le hubiera sido pensar bien en asegurar las dos primeras. Hizo lo contrario, y ademas de la guerra desgraciada que emprendió contra la Dinamarca, se desavino con su Clero, y el Arzobispo de Upsal se declaró contra él abiertamente. En un manifiesto leído y fixado á la puerta de su Catedral, le acusó de haber oprimido al

Clero y al pueblo, de que era herege, y de que daba todas las plazas á sus infames jóvenes favoritos.

Hecha esta proclamacion se entró el Prelado en su Iglesia: dexó los ornamentos Pontificales, vistió una cota de malla, se puso la corona, y juró no volver á tomar el traje de Eclesiástico hasta ver feliz á su Reyno: entendiendo por esta felicidad la expulsion de Canutson, que habia concertado con Cristierno I, Rey de Dinamarca; y trabajó con tal eñcacia, que fue fortuna de Canutson, encerrado en Stockolmo, poder huir con su tesoro, y pasarse á Dantzick, y entónces diéron la corona á Cristierno.

No tardó el Arzobispo en recibir el castigo de su venganza; porque Cristierno, no hallando en él la docilidad que esperaba, le mandó arrestar y transportar á Dinamarca. Esta violencia le quitó al Monarca la proteccion del Clero, por lo qual hizo Cristierno entónces la corte al Arzobispo su prisionero; y volvió á enviarle á Suecia aplacado y lisonjeado con la promesa de poner en sus manos toda la autoridad regia si él le conseguia el título. El Prelado con esta esperanza hizo tanto, que despues de una sangrienta batalla se



El Arzobispo de Upsal.

Resentido contra Canutson el Arzobispo de Upsal, se despojó públicamente en su Iglesia de los ornamentos pontificales; y vistiéndose una cota de malla, juró no volver á tomar el traje eclesiástico hasta que hubiese arrojado de Dinamarca á Canutson, que aspiraba á aquel trono. ¡La espada sustituida al candelero! ¡A la oración la alarma! ¡Qué ciega es la venganza!

vió precisado Canutson, no solo á retirarse como antes, sino tambien á jurar no volver á tomar el cetro aun quando se le ofrecieran.

Juramento de ambicioso, pues murió el Arzobispo, y se olvidó Canutson del juramento. Recibió otra vez la diadema, y no tardó mucho en morir condecorado con esta insignia, que tan costosa fue para sus vasallos, pues la habian comprado con veinte y siete años de trabajos y desgracias. Nada ganó Cristierno con su muerte; porque la Suecia, cansada del yugo dinamarques, eligió un administrador ó protector de una de las principales familias llamado Steen-Sture. Su gobierno, que duró casi veinte años, fue muy agitado; pues aunque tenia de su parte al pueblo, el Senado no estaba en su favor. Le acusáron, le depusieron, y le volviéron á restablecer en su dignidad. Tuvo el gusto de ver que los Estados se substraxéron de la autoridad del Rey. Cristierno; pero tuvo muy presto la pesadumbre de verlos reconocer de nuevo en el Rey Juan un Monarca dinamarques, á quien hubo de sujetarse tambien el protector renunciando á su dignidad.

Asistió Steen-Sture á la coronacion de este Príncipe; y entónces se le advirtiéron ciertas

señales de su despecho, que daban á entender que no tardaría mucho en hacer los esfuerzos posibles por recobrar su autoridad y el asiento que le habian quitado. Así fue, porque valiéndose de los desaciertos de Juan supo manejar y fomentar á los malcontentos, en términos que volviéron á nombrarle Administrador. Poseia esta dignidad quando murió en 1504, y se la confiriéron á Steen-Sture, descendiente como él de la familia que en otro tiempo habia llevado la corona; y muerto este en 1412 eligiéron en su lugar al hijo de Steen-Sture, jóven de muy buenas prendas.

Cristierno II invadió la Suecia favoreciéndole Gustavo Trollo, aquel Arzobispo de Upsal que habia competido con Sture en la pretension al protectorato. El por sí mismo proclamó al Dinamarques; y en una disposicion provisional consiguió Cristierno llevar en rehenes algunos miembros de los mas distinguidos de la nobleza, y entre ellos á Gustavo Vasa, que pasó con los demas á Dinamarca. No desconfió el Administrador por la superioridad que daba al Monarca dinamarques el haberse llevado tantas personas de importancia; antes bien sostuvo los derechos de la patria con valor: peleó, cayó, le sacáron

los suyos de la batalla, y murió de las heridas; pero esta muerte proporcionó á Cristierno la execucion del horrible proyecto que formó de oprimir la Suecia.

La política cruel de los tiranos es semejante al feroz instinto de aquellas bestias, que para devorar el rebaño acometen y matan primero á los pastores. Cristierno quitó la vida por mano del verdugo á los primeros de la nacion. Todo el Senado fue llevado al suplicio á vista de los ciudadanos de Stockolmo, mirando todos la matanza sin manifestar la menor lástima. Los habitantes de los lugares no miraban en este suceso sino el castigo de la nobleza por las vexaciones con que habia reducido la Monarquía á una especie de aristocracia, y se lisonjaban con la esperanza de ser mas felices con el gobierno de uno solo; pero estas esperanzas se desvanecieron; porque Cristierno, viéndose dueño absoluto, sin freno y sin temor, saqueó á toda clase de personas: levantó cadalsos y horcas, y fue paseando por las cabezas la guadaña de la muerte. No le bastaba matar, sino que se complacia en prolongar el instante del suplicio con la vista de los preparativos que antes habian de preceder, queriendo, por decirlo así, que deseasen la

muerte. Entre otras barbaridades se cuenta la de hacer que las mismas mugeres, á quienes mandaba echar al mar, se cosiesen los sacos en que las metian para ahogarlas.

El jóven Gustavo Vasa, descendiente de una familia emparentada con la antigua casa Real, encerrado como uno de los rehenes en Dinamarca, manifestaba unas prendas que se llevaron la atencion peligrosa de Cristierno; y despues de haber el tirano pretendido inútilmente atraerle, mandó quitarle la vida. Erico Banner, Caballero dinamarques, fue á quien dió tan odiosa comision; pero este en lugar de executar la órden, consiguió que se revocase, y aun dió esperanzas de reducir al jóven á favorecer al Gobierno dinamarques. Se encargó de su custodia con la condicion de pagar treinta y seis mil libras si se le huyese.

No estuvo Gustavo Vasa mucho tiempo en la casa de Banner sin grangearse la estimacion y amistad de su familia; por lo qual le concediéron una honrada libertad aun para divertirse en la caza, y otros alivios que pudieran mitigar el sentimiento á poderse olvidar de que era prisionero. Se le hizo muy molesta la sujecion, y mas irresistible el deseo de ponerse en salvo quando supo la matanza de

Stockolmo, en la qual habia sido comprehendido su padre. Desde entónces se consideró encargado del destino de su patria; y tomando un caballo con pretexto de ir á caza, se entró por un bosque, tomó un vestido de paisano, y despues de haber marchado dos dias atravesando las montañas por sendas impracticables, llegó á la última ciudad de Dinamarca, en la qual no podia entrar sin pasaporte. Por fortuna estaban allí en una feria de ganados: se presentó Gustavo como uno de los compradores al Gobernador; y no conociéndole pasó á Lubeck. Banner, que le seguia los pasos, le alcanzó, y le reprehendió de que hubiese abusado de su amistad. Se excusó el fugitivo alegando las circunstancias: aplacó á su huésped prometiéndole darle las treinta y seis mil libras de su rescate; y sin detenerse marchó á Suecia, aunque sabia que en todas partes tenian orden de arrestarle.

La primera ciudad en donde se dió á conocer pertenecia al Administrador difunto: vivia en ella la vinda con sus hijos, y una guarnicion alemana. Estos soldados extranjeros hacian mercado con los emisarios de Cristierno, y no esperaban mas que el aumento de las ofertas que les hiciesen para entregar la plaza.

Entró Gustavo en conversacion con ellos, y recurrió con eloqüencia á los lugares comunes de la gloria de vengar la sangre inocente, y de hacer que el tirano se arrepintiese de sus violencias. Le preguntáron qué recursos, qué éércitos, y qué tesoros tenia. Entónces se quedó como si fuera mudo: le tuviéron por loco, y creyéron que le hacian mucha gracia el no arrestarle.

Estas diligencias de Gustavo no estuviéron tan secretas que no tuviesen los Dinamarqueses alguna noticia: le buscaban sus guar-niciones, y se veia casi perdido. Estaban ya para prenderle quando se huyó escondido en un carro de heno, y se refugió en un territorio retirado en donde habia un antiguo castillo de su familia. Escribió desde allí á todos los Suecos valientes que conocia interesados en el honor de su pais; pero el espanto que habia causado la matanza de Stockolmo tenia como en grillos sus alientos, y el pasmo general habia sobrecogido á los habitantes de todos aquellos campos, bien fuese abatimiento ó bien indiferencia. Se esparcia Gustavo con ellos, recorria las villas, se hallaba en sus asambleas y convites, excitándolos con sus discursos á sacudir el yugo del

Rey de Dinamarca; pero ellos respondian: „Baxo de su gobierno tenemos arenques y sal, y salga como saliere una revolucion: nosotros no podemos salir de pobres: somos aldeanos, y sea nuestro Rey el que fuere siempre hemos de quedar aldeanos.”

Viendo que allí no hacian caso, y que no estaba seguro en aquel dominio de sus mayores, resolvió Gustavo pasar á la Dalecarlia, en donde si no conseguia sublevar á los habitantes, esperaba á lo ménos estar oculto, y vivir seguro en los asilos de las montañas y espesos bosques que cubren esta provincia. Volvió á tomar su vestido de paisano: y acompañado de solo un hombre, que tomó para que le enseñase el camino, atravesó un pais áspero y de malos pasos. Ya estaba cerca quando la guia le robó, le desamparó, y él se halló sin dinero y sin conocer á nadie. Estrechándole el hambre, tuvo que refugiarse en la mina, y ganar con su trabajo la subsistencia. Advirtió una muger que debaxo de aquel vestido rústico llevaba una camisa fina bien labrada, y sospechó que podia ser algun hombre de distincion, que perseguido buscaba asilo en aquellas cuevas. Comunicó su descubrimiento á un Caballero vecino, y la curiosidad le llevó á

la mina con el fin de ofrecer su proteccion al desgraciado. Así que llegó conoció á Gustavo, como que habia estudiado con él en la Universidad de Upsal. Disimuló prudente su sorpresa; y haciéndole una seña, le fue siguiendo el jornalero de la mina hasta su casa.

¿Qué alegría hay tan dulce como el traer á la memoria con su compañero de la primera edad los inocentes placeres de aquel tiempo? ¡Pero quan agradable movimiento excita el poder juntar con estas memorias los tiernos desahogos con los objetos amados: la prision de sus parientes y amigos: su sangrienta muerte, y la suspension en que su suerte tiene á los que sobreviven, sin saber el que así se desahoga lo que le sucederá! De todo esto hablaba el buen Dalecarliano con entusiasmo, y citaba con fuego y complacencia los rasgos de valor de sus compatriotas, lo mucho que aborrecian á los Dinamarqueses, su afecto á la familia de sus antiguos Señores, y los medios de ataque y de defensa que ofrecian la naturaleza del pais, y el valor de sus habitantes. Le escuchaba Gustavo como estático, y le palpitaba el corazon de gozo. Concebia las mayores esperanzas; pero quando habló de poner en práctica todos aquellos me-

dios, la idea de exponer su mujer y sus hijos, de abandonar su casa, aquel delicioso sitio y aquellos jardines que él habia plantado, y la dulce satisfaccion en que pasaba sus dichosos dias, entibiáron el ardor del dalecarliano. No era capaz de hacer traycion á Gustavo; pero no se sentia con valor para ayudarle. Advirtió el fugitivo Gustavo que su presencia no podia servir mas que para perturbar el reposo de un hombre que habia nacido para la vida tranquila, y así le dexó asegurado de su discrecion: y confiándose á la buena fortuna sin guia y por entre las selvas y montañas, llegó á la casa de un Caballero llamado Peterson, á quien habia conocido en el ejército.

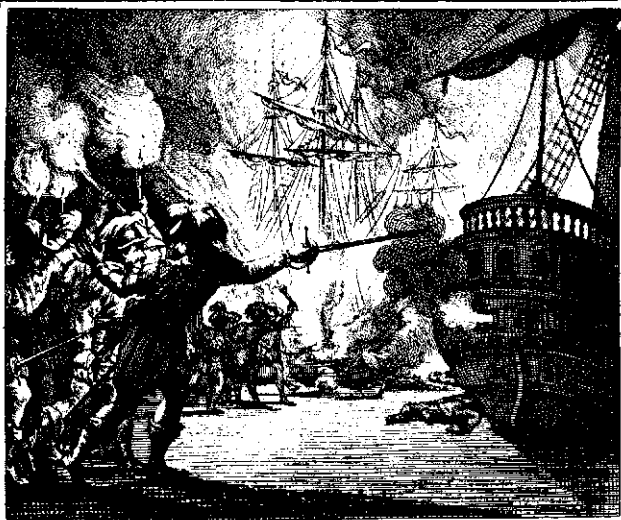
Le reconoció Peterson, se arrojó á sus brazos, escuchó con embeleso la relacion de sus desgracias, y parecia sentir las mas que el mismo Príncipe. Exclamó contra la tiranía de los Dinamarqueses, entró en todos los proyectos de Gustavo, y le nombró los Caballeros y paisanos vecinos que él podia emplear. Encantado Gustavo Vasa de haber encontrado por último un Sueco valiente, de sus mismos pensamientos, y dispuesto á ser compañero de su suerte, le descubrió todos sus planes, y el modo de executarlos. El traydor Peterson,

bien informado, fue á buscar un Oficial dinamarques; y con la esperanza de alguna grande recompensa, vendió á Gustavo y sus proyectos. Embistió el dinamarques la casa; pero la compasion, ó tal vez algun sentimiento mas tierno, velaba sobre la vida del fugitivo; porque la muger de Peterson le advirtió á tiempo la traycion de su marido para que se pudiese en salvo, y le procuró un retiro en casa de un Eclesiástico de la vecindad.

Era este uno de aquellos que algunas veces se encuentran en los pueblos, que ocupado en estudiar á los hombres, y sin preocupacion por ningun partido, podia dar consejos excelentes. Recibió á Gustavo con respeto y amor; y muy léjos de asustarse con el proyecto que tenia el Príncipe jóven de desafiar el poder dinamarques, le señaló el camino para el acierto. „No debeis, le dixo, tentar la nobleza; porque esta, contenta con su seguridad, y en la independenciam que goza en nuestras montañas, se interesa poco en las revoluciones de corte; y así con dificultad resolverá armar sus vasallos, pues consisten sus riquezas en el trabajo de estos, el qual cesa con la guerra. Es preciso pues que los vasallos se armen por sí mismos.”

Para esto se encargó de echar la voz de que los Dinamarqueses venian á la provincia á establecer con violencia nuevas contribuciones, y se valió de sus parientes y amigos para acreditar la noticia. Quando ya la opinion habia prevalecido, aconsejó á Gustavo que se presentase en una pequeña ciudad, y en una fiesta, en que todos los años juntaba los paisanos del territorio. „Nunca, decia él, estan mas dispuestos para sublevarse que en estos concursos, porque cuentan la fuerza por la multitud.” Se presentó el héroe jóven: ya estaban preparados los espíritus, y su ayre de resolucion y de intrepidez, templado con la mezcla de tristeza por la muerte de su padre y de los demas Senadores, conmovió á los concurrentes. Habló de aquella horrible matanza, del estado deplorable del reyno, de las persecuciones que sufría, y de las que le amenazaban. Le interrumpiéron los gritos de furor contra los Dinamarqueses; y aprovechándose Gustavo de aquel momento de ardor, llevó consigo á los mas determinados, y se precipitó con ellos á la fortaleza en donde residia el Gobernador, bien distante de esperar semejante ataque. La tomó por asalto, y pasó á cuchillo al Comandante con todos sus Dinamarqueses.

Desde este punto ya no es la vida de Gustavo mas que una serie no interrumpida de triunfos. A la cabeza de sus Dalecarlianos aventuró las acciones de guerra mas peligrosas, y siempre acudió la victoria á coronar sus esfuerzos. La hazaña mas pasmosa fue el asalto que dió á pie firme en plena mar á la esquadra dinamarquesa. Estaba sitiando á Stockolmo, y estrechaba vivamente á la guarnicion. Acudiéron los Dinamarqueses al socorro; pero una fuerte helada sobrecogió sus navíos, y los tenia presos léjos del puerto. Resolvió Gustavo aventurarse á ir á quemar la armada: avanzáron sus soldados sobre el hielo con la espada en una mano y el fuego en la otra: intentáron escalar los navíos: tronó la artillería; y sus fuegos, unidos á la claridad de las hachas abrasadoras, presentaban un terrible espectáculo. Se incendiáron muchos navíos á pesar de la diligencia de los Dinamarqueses. Los estallidos del hielo que se quebraba, los gritos de los heridos, los aullidos de los que perecian en las llamas, y la misma obscuridad de la noche llenaban de terror el alma de los Dinamarqueses. Libráron del incendio la mayor parte de los navíos, pero ninguno hubieran salvado si la blandura que so-



Arrojo de Gustavo Vasa.

Encallada en el hielo la escuadra danamarquesa que iba a serrenar á Svecolmo, y noticiosa de ello Gustavo Vasa que sitiaba esta plaza, envió parte de sus tropas, las llevó á pie por el mar helado, asaltó en medio de la noche á sus enemigos, los llenó de terror, é incendiando parte de sus navios, logró la mas extraordinaria victoria. Tanto, oportunidad, presteza y valor aseguran los triunfos.

brevino no hubiera estorbado el ataque que Gustavo meditaba para el siguiente día. Esta victoria, conseguida á vista de la capital, determinó en su favor aun á los indiferentes, y en la Dieta que se congregó para deliberar si se nombrarian un Rey, el pueblo, á pesar de que los Senadores querian un Administrador, pidió un Monarca: decidió que este fuese Gustavo, y lo fue con efecto.

Desde la union de Calmar habia sido la guerra continua, y siempre bárbara, porque en aquellos tiempos de frenesí se prohibia muchas veces hacer prisioneros: se mataban sin piedad: desmantelaban las ciudades, assolaban los campos, y reducian los lugares á cenizas. La Suecia no presentaba mas que un espectáculo de horror; y sobre á quien se habia de favorecer se cometian tantas barbaridades. Con la reunion en favor de Gustavo cesáron aquellas sangrientas disputas; aunque se suscitáron otras con motivo de religion, porque se aconsejó este Príncipe con la política, y por algunos resentimientos que tenia contra el Clero introduxo en sus estados el luteranismo; pero ya que desterró en muchos la religion verdadera, puso con prudencia humana la falsa, procurando que en la revolucion de los dog-

mas no produxese las violentas convulsiones que suele. Asistia á las disputas, descubria las malas intenciones de la codicia, distinguia el falso zelo perseguidor; pero no sin muchos tormentos suyos y de otros: ¡infelices aquellos que tienen que experimentar los males de una revolucion!

Aunque Gustavo introduxo la heregía, y no dexó intactas las propiedades, no perdió el amor de sus vasallos. Gustaba de las ciencias; y al valor de soldado añadia el talento de General y el de Estadista. Su exterior era noble, y su continente amable y magestuoso. La eloqüencia, que tan útil le habia sido en sus desgracias, le sirvió tambien en el tiempo de su prosperidad. Recibia al pueblo con afabilidad, á los Grandes con atencion, y á los sabios con tal gracia, que no tanto veian en él un protector, quanto un amigo. Fue insensiblemente suavizando los modales selváticos de la nacion; y atrayendo á la corte la nobleza que vivia en sus castillos muy activa, y era peligrosa por su independenciam, la dió empleos y diversiones. La justicia se administraba con rectitud, y las artes y el comercio florecieron en sus estados.

Reconocida la nacion, y agradecidos los

estados, nombráron para sucederle á Erico su hijo mayor, de edad de once años, y declaráron la corona hereditaria en la posteridad de Gustavo. A otros tres hijos, Juan, Magno y Cárlos, les dió estados, en quanto á la renta, grandes, pero cargados del homenaje á favor del Rey su hermano, y sin derecho alguno de soberanía. Murió antes de la vejez entre los de su familia, y le lloráron los vasallos como los hijos lloran á un amado padre.

Muerto Gustavo hubo muchas inquietudes sobre el sucesor. Era Erico, sobre haber tenido muy buena educacion, eloqüente en su propia lengua, y hablaba las extrangeras: su exterior era agraciado y de mucha magestad al mismo tiempo: todo lo hacia con fuego, pero tambien se dexaba llevar de la fogosidad de sus pasiones; y quando se dexaba arrebatár del enojo era con tal violencia, que se ponía como furioso, y parecia haber perdido la razon. Su Padre, que le conocía, habia pensado en que pasase la corona á su hermano el Duque Juan, que era el hijo segundo, y no lo executó así por temor de alguna guerra civil; pero si lo hubiera dispuesto como lo pensó habria prevenido muchas desgracias. Lo que al amor de un padre parecia un furor pasajero,

se debe contar, segun las acciones de su vida, por una verdadera locura, y locura acompañada de presuncion, crueldad, perfidia y amores viles. No le faltó extravío alguno; pero pues mostró arrepentimiento pueden perdonársele sus excesos, excusándole con decir que los cometió por los malos consejos de sus infames privados; bien que los pagó muy caros.

Habia pedido Gustavo para Erico la mano de Isabel Reyna de Inglaterra; y dilatándose demasiado al parecer del Monarca jóven el consentimiento, creyó que podria apresurarle con su presencia, y equipó una armada de tanta fuerza como galantería; y cargándola de regalos hizo vela hácia Inglaterra. Dispersó una tempestad sus navíos, y á él le rechazó á sus mismas costas, en las cuales padeció naufragio. El mismo viento que le causó esta desgracia le apagó el fuego de su passion. Se dirigieron sus deseos á María Estuard, Reyna de Escocia: volvió á Isabel: pretendió al mismo tiempo conseguir una sobrina del Emperador: hizo sus amorosos rendimientos á la hija del Landgrave de Hesse-Casel, y envió por delante doce navíos de guerra antes de saber su consentimiento; y todo paró en casarse con una aldeana llamada Catalina. Esta le

habia agradado desde niña por su hermosura, y la habia hecho dar una distinguida educacion. Tal vez no pensaria en colocarla en el trono, pero ella lo consiguió por su destreza.

El Duque Juan, hermano del Rey, que era mas prudente y político, logró la mano de Catalina, hija de Segismundo, Rey de Polonia, cuya proteccion era gran recurso en las circunstancias difíciles que le hacia prever la extravagancia de su hermano.

Con efecto, bien fuese por su malicia ó por los malos consejos, concibió Erico una furiosa envidia contra el Duque Juan, á quien con levisimo pretexto mandó encerrar en la ciudadela de Stockolmo. La Duquesa se hizo compañera de su esposo en la prision, y en las aflicciones que pasó en los quatro años de su duracion. Antes de entrar en ella le habian ya condenado los Estados á muerte, sin mas causa que el ser ellos incapaces de resistir á las órdenes del tirano, y así su vida estaba pendiente á cada instante del capricho de un hombre sin juicio y rodeado de pérfidos consejeros. Se dice que Erico fue muchas veces á la prision de su hermano con intencion de mandarle quitar la vida; pero que al punto

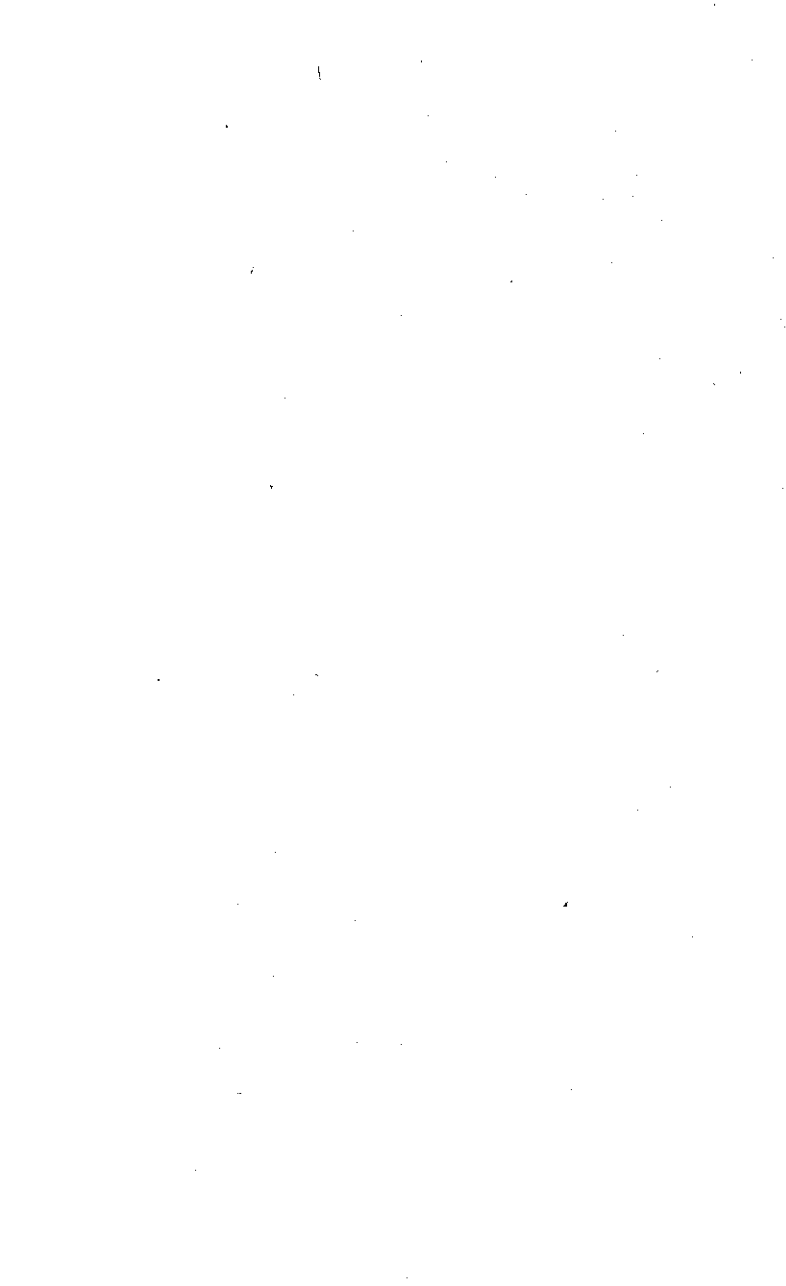
que le veía se apoderaba de su corazón la lástima. En aquellos instantes de arrepentimiento le confesaba con lágrimas en los ojos la intención sanguinaria con que había ido, y le decía: „Yo sé que está destinada para tí la corona de Suecia, y te suplico que quando estes en el trono perdones mis faltas.” Este sentimiento tardó demasiado en cumplirse para su honor, y la dilacion le dió tiempo para incurrir en aquellos delitos que han hecho odiosa su memoria.

Le habían inspirado un odio mortal contra la familia Sture, ilustre y descendiente de los antiguos Administradores; y excitado por un infame favorito llamado Peerson, exigió del Senado, al qual miraban todos siempre con indignacion lisonjero vil del tirano, una sentencia de muerte contra veinte y seis desgraciados Señores, suponiéndolos cómplices de una conspiracion que se les imputaba. El objeto particular del odio del Rey era uno de los Sture, creyendo que la Reyna le miraba con inclinacion. Fue el mismo Erico á la cárcel, hirió á este jóven con un puñal, dexando el hierro en la herida, y el infeliz le sacó, le besó, y se lo presentó al Rey, el qual, sin enternecerse, mandó que le acabasen sus satélites. Es-



Ferocidad de Erico XIV.

Unos injustos reyes arrastraron á Erico XIII. á que, en la misma cárcel en que por una supuesta conspiracion tenia á un jóven de la familia Sture, dióse á éste una puñalada, desahando clavado el hierro en la herida. Le sacó el desgraciado, y besándole se le presentó al Rey; pero lejos éste de enternecerse, mandó que sus satélites le acabasen. Para ver se quala en cárcel sin llegar á jiré, el hombre rebeve.



te fue el primer acto de crueldad que proyectó el malvado Peerson; y despues quitáron la vida á los que estaban ya sentenciados.

Apénas habia còmetido Erico este jurídico asesinato, quando como si le persiguieran las furias vengadoras, se fue á los bosques, y vivió en ellos por muchos meses como un salvage, vestido de paisano, y no volvió sino á fuerza de instancias de su esposa Catalina. Desde este punto hizo un papel muy diferente. Se presentaba magníficamente vestido: daba el oro y la plata pródigamente á los parientes de los que habia muerto, culpando en todo á Peerson, y así le entregó á los verdugos. Para borrar las malas impresiones de su pasada conducta, dió libertad al Duque Juan y á su esposa.

Todavía le quedaban desconfianzas por la alianza que este Príncipe habia contraído con la Polonia en su casamiento, y pensó Erico en asegurarse por medio de una contraalianza con la Moscovia. Había querido el Czar á la Princesa de Polonia, esposa del Duque Juan: no se la habian dado, aunque la pidió, y por esta negativa conservaba un vivo resentimiento. Con poco escrúpulo de uno y otro pidió el Ruso que le entregasen la Princesa, y el Sue-

co se empeñó en ello. Poco antes de la ejecución se descubrió el concierto de los dos, y el Duque Juan dexó la corte con toda su familia, y con su hermano Cárlos, que siempre le fue inseparable aun en la prision. Dicen que Magno habia muerto de pena por haber firmado la sentencia que condenaba á su hermano Juan.

Levantáron los fugitivos el estandarte contra Erico, y lo infame de su último proyecto inspiró tal horror, que se declaráron por el Duque una multitud de partidarios. Estos sitiáron al Rey en Stockolmo: les abriéron por la noche las puertas; y quando Erico iba á huir, cayó en sus manos. Le pusieron en las de los parientes de los Sture, como mas interesados en guardarle bien. El Senado, tan infiel en la desgracia de Erico, como cobarde y condescendiente en el tiempo próspero, retrató el juramento de fidelidad. Lo mismo hicieron los Estados juntos, y declaráron unánimes Rey de Suecia al Duque Juan. A pesar de su catástrofe no fue en todo despreciable el Reynado de Erico, pues era valiente; y baxo de su mando se distinguieron muchas veces las tropas suecas contra las de Dinamarca; siendo de presumir que no hubiera sufrido las

duras condiciones que los Dinamarqueses impusieron á su sucesor.

No hay duda que Juan III se vió en las circunstancias mas difíciles; porque al mismo tiempo tenia contra sí á los Dinamarqueses, enemigos natos de la Suecia, y á los Moscovitas, cuyo Czar, irritado con el mal éxito de su empresa, le hizo premeditados insultos. Isabel, que no estaba olvidada de que Erico la habia pretendido, mostraba alguna lástima de su desgracia; y la Alemania protestante, viendo la demasiado clara inclinacion de Juan á la religion católica, le amenazaba con el rompimiento. Por último, el mismo Cárlos, que se le habia mostrado tan constante durante su prision, le manifestaba mas que indiferencia sin embargo de haberle dado el Rey un considerable mayorazgo, en donde vivia como Monarca. Todas estas dificultades se aumentaron por haberse declarado Juan por el catolicismo á instancias de su esposa. Al Czar le aplacó dexándole algunas provincias: á la Dinamarca la satisfizo renunciando á toda pretension sobre Noruega; y de este modo padeció la Suecia considerables desmembraciones.

Erico, aunque preso, inquietaba tambien á su hermano. Se dispuso que compareciese

este infeliz Príncipe en Dieta plena para sufrir la vergüenza de una acusacion pública, y la de su deposicion. Mostró mas firmeza que esperaban, y excitó compasion en algunos de aquella numerosa junta. Juan tuvo la dureza de no sacarle de las manos de los Sture, y estos le tratáron con inhumanidad hasta darle golpes, y hacerle pasar hambre y frio. Por último, como era costosa su custodia, en el tiempo de los esfuerzos del Rey por introducir la religion católica, y despues de diez años de cárcel, le diéron veneno. Si esto fue orden de Juan no era verdadero su zelo por la religion, sino fanatismo.

Tambien veremos que Cárlos era de esta misma errada opinion sobre las licencias sanguinarias que suponen concede la política; y así es que ninguno de los hijos del Gran Gustavo tuvo las francas y generosas virtudes de su padre.

Siguió el Rey Juan para destruir el luteranismo los mismos pasos que su padre para arruinar la verdadera religion, exhortando, teniendo conferencias y coloquios; pero persiguió á los hereges, y de este modo confirmó en la religion católica á los que titubeaban, y atraxo á otros á la creencia de sus mayores. Así

llegó á igualar de algun modo una y otra profesion; bien que creyó preparar cierta preponderancia á la verdadera religion, criando á Segismundo su hijo en los principios del catolicismo. Su zelo fue causa de la division entre el Rey y su hermano; pero no puede dudarse que Cárlos, disimulado y ambicioso, se alegraba en su corazon de ver que su hermano se declaraba mas por los católicos, porque así podrian resultar alborotos, y él aprovecharse de la ocasion. Con efecto, se declaró altamente Protector de los protestantes: recibió en sus pequeños Estados á los que iban huyendo del zelo de su hermano: se tomó la libertad de hacerle reconvenciones y amenazas, y aun de solicitarlas de parte de los Estados, principalmente sobre la educacion católica, que habia dispuesto dar á su hijo Segismundo.

Ya este Príncipe se hallaba Rey de Polonia despues de una eleccion muy reñida que se habia fixado con las fuerzas de la Suecia. Cárlos su tio favoreció los esfuerzos del Rey con los Estados para que á su sobrino le diesen socorros. Puede conjeturarse, sin riesgo de equivocacion, que el astuto Cárlos se complacia en ver á Segismundo con una corona que la religion hacia incompatible con



la que él esperaba de su padre. Era preciso que la una perjudicase á la otra, y esperaba Cárlos ver discusiones de que él pudiese aprovecharse. Con efecto, aun viviendo Juan hubo en el Senado disputas sobre si debía permitirse al Príncipe el exercicio exterior del catolicismo. En estas disputas se halló comprometido Cárlos, y no parece que procuró sosagarlas, y así se remitió la decision al tiempo en que Segismundo heredase el cetro. Murió de repente Juan, mas estimado que amado. Era hombre de entereza, y firme en sus resoluciones; su muger le habia interesado mucho en restablecer la religion verdadera que ya espiraba; y aunque dió alguna respiracion al catolicismo, no pudo conseguir la resurreccion perfecta.

Se hallaba Segismundo en Polonia, y le costó bastante trabajo conseguir de los Polacos libertad para pasar á Suecia. Tardó en lograrlo algunos meses; y entre tanto gobernó en su nombre la Suecia el Duque Cárlos. Este dexó tomar imperio al Senado: juntó una Dieta, y se manejó de modo que quando llegó su sobrino halló tomada ya la resolucion de reducir á estrechos límites el culto católico, como tambien al Rey en el exercicio público

de su religion, y en el número de Sacerdotes y Prelados que podria retener consigo. Se habia encargado su tio de disponer que en este articulo diese satisfaccion á los Estados; hubo entre ellos una escena violenta; y como á Segismundo le estrechaban para que regresase á Polonia, lo cedió todo. No obstante se dice, que indignado de ver que Cárlos habia tramado tan malignamente ponerle en precision de ceder, quiso hacer que le asesinasen. Se erró el golpe; y por una inconseqüencia bastante comun en los tiempos tempestuosos, quando partió Segismundo tuvo que dexar la Regencia á aquel mismo tio, de quien no habia podido deshacerse.

Juntó el tio los Estados, y consiguió que en ellos se decidiesen artículos poco análogos á las miras de su sobrino; pero no habiendo podido conseguir que se adoptasen todas sus ideas, se dió por sentido de esto, y dixo, que pues le pagaban con aquella ingratitud el trabajo que se habia tomado en la administracion del reyno, la renunciaba. Se aprovechó el Rey de este despecho, y confió el gobierno al Senado. Entónces fue quando rompiéron entre sí el tio y el sobrino. Volvió Segismundo á Suecia con un ejército aleman y polaco, y

obligó á Cárlos á someterse. Se ausentó nuevamente despues de esta victoria; y se manejó Cárlos con tal destreza, que haciendo se juntasen de nuevo los Estados, tomó en ellos el mas declarado ascendiente. La conducta mudable de Segismundo, sus ausencias, y el no poder sufrir que pusiesen restriccion á su culto, fuéron la causa de que se tomase contra él una resolucion extremada. Le depusieron públicamente los Estados; á él y á su hijo Uladislao los declaráron incapaces del trono para siempre; y se le diéron á Cárlos y á sus descendientes.

Mucha política y destreza mostró Cárlos en la revolucion que le colocó en el trono. En público era su conducta franca, ingenua y moderada; en secreto fomentaba la division en los Estados; y para satisfacer á su ambicion se valia de todos los medios útiles para no exponer su reputacion. Por último, indispuso los ánimos en tales términos que su eleccion pareció ser obra de la necesidad por la mala administracion de su sobrino. Determináron los Estados que si faltaba la línea masculina, volviese la corona á la posteridad de Juan, y despues á los hijos de las hijas del Gran Gustavo casadas en Alemania. Se decretó tambien

que ningun Príncipe hereditario podria aceptar corona extranjera, ni casarse el Rey en otra parte sino con muger de familia protestante. Ademas de esto se hiciéron todas las rigurosas leyes, que son regulares en tiempo de revolucion. Se obligaban á seguirlas, pero sin juramento de sostenerlas; proscripcion para quantos se mostrasen contrarios; bastaba ser católico para hacerse sospechoso; los católicos sufrieron todas las trabas y triunfáron los luteranos.

Segismundo no hizo sino un ligerísimo esfuerzo para recobrar su corona de Suecia; y la fortuna de Cárlos estuvo en que distraido aquel Príncipe con otros negocios, no siguió sus primeras victorias. Era el nuevo Rey hábil en el Gabinete, y era valeroso, aunque desgraciado en el ejército. Le tenia por otra parte debilitado un ataque de apoplexía, y desde luego entregó las armas á Gustavo Adolfo, su hijo, contentándose él con darle exemplos de gobierno con aquella especie de justicia que puede practicarse quando se hace empeño de violentar las conciencias, y mandar á los hombres con sus mismas ideas. Dicen que Cárlos era fiel á sus promesas; pero no lo fue con el Duque Juan su hermano, ni con su sobrino Segismundo. Era severo en casti-

gar delitos, y liberal en premiar el mérito. Fue protector de las artes, de las ciencias, del comercio y de la agricultura. Fue violento y colérico; pero los enojos le duraban poco.

Un héroe jóven, á cuya frente ceñida con la corona antes de los doce años de su edad hacen sombra los laureles de la victoria, causa una justa admiracion; pero esta crece al ver que un sabio Senado confia ya entónces al hijo de Cárlos la autoridad suprema. Por último, llega la sorpresa á su colmo, oyendo que el Monarca jóven gobierna con toda la prudencia de la edad madura. Es verdad que tuvo Gustavo buenos Consejeros; pero siempre es gran mérito de un Rey oírlos, y saber conservarlos á pesar de las intrigas de las cortes.

Entre estos hombres preciosos se cuenta un hermano de Segismundo, primo de Adolfo, que tenia derecho al trono, y le sacrificó á las esperanzas que concibió de las grandes prendas de Gustavo para el bien de la patria. Otro Consejero, cuyo nombre permanece en los fastos de los hombres grandes, es el célebre Canciller Oxenstierno, que á unas costumbres estoycas, reunia superior habilidad en los negocios, mucha rectitud, un mirar filosófico, y el gusto y práctica de las ciencias.

Con estos y otros hombres ilustrados hizo el jóven Rey útiles mutaciones en su reyno, tanto en la hacienda como en la justicia. Tomó á su cargo las operaciones militares, y continuó la guerra con Dinamarca en términos que hizo una paz ventajosa. Lo mismo le sucedió con los Moscovitas; pero las hostilidades con su primo Segismundo duráron por mas tiempo, y fuéron ocasion de los sucesos que diéron á Gustavo Adolfo un lugar muy distinguido entre los mas famosos guerreros.

No podia el Rey de Polonia olvidar la corona de Suecia que la naturaleza le habia dado, y sin la qual se veia por la poca política de su padre Juan, y por su propia culpa. Armó á Gustavo, á quien trataba de usurpador, los lazos que este eludió con habilidad: le acometió de mano armada, pero con poco efecto; y aunque no hubo victorias decisivas, bien puede decirse que llevó Gustavo la ventaja, pues quedó en posesion de la corona. La guerra que le fue forzoso sostener muchos años le sirvió para hacer buenos soldados á los Suecos, y formar aquellos capitanes intrépidos que tuviéron en suspension á la Europa, y balanceáron la suerte de los Príncipes.

Tenia Segismundo en su favor á los cató-

licos de Alemania, y sobre todo á la casa de Austria, que sentada en el trono imperial movia aquel vasto cuerpo, acostumbrado á obedecer á sus impulsos, y amenazaba con que le haria caer con todo su peso sobre la Suecia. No esperó Gustavo el terrible golpe, y en 1601 entró en Alemania como un rayo. Querian los Estados oponerse á esta invasion, temiendo las conseqüencias; pero respondió el Monarca: „Los que voy á acometer son ricos y afeminados; mis soldados tienen valor, y mis Capitanes inteligencia; enarbolarán mis estandartes en el pais de mis enemigos, y estos pagarán nuestras tropas.”

Tenia sesenta mil hombres, los mejores soldados del universo, penetrados de estimacion para con su xefe; sus Generales, de capacidad experimentada, los habia atraido con su generosidad de todos los paises á sus banderas; pero tambien tenia contra sí ilustres Capitanes, como un Walstein, un Mansfield, un Tillí, nombres famosos en los anales de Marte; pero á todos los arrastró Gustavo, como un caudaloso torrente. El obligó al Elector de Brandembourg á juntar sus tropas con los batallones suecos é invadió la Saxonia, que queria permanecer neutral. Le esperaban los Im-



Muerte de Gustavo Adolfo.

Victorioso siempre Gustavo Adolfo del poder formidable de Alemania, llegó á los campos Lutzen, donde su ejército derrotó y puso en fuga al del imperio; pero buscándole sus vencedoras tropas para cantar el triunfo, hallaron el de su Rey entre las demás cadáveres. Porque deben morir todos los hombres, mueren los dignos del renombre de héroes; pero solo estos merecen las lágrimas del mundo.

periales en las llanuras de Leipsick: pero allí los acometió, los puso en fuga, entró en Baviera y exigió contribuciones en las opulentas tierras de Alemania, donde alojó sus tropas en buenos cuarteles; pero tenia tan acostumbrados sus soldados á los trabajos y fatigas militares, que léjos de desear el reposo de las poblaciones, no podian sufrir el de los campamentos.

La suerte de la guerra llevó á Gustavo siempre victorioso á los campos de Lutzen, cerca de Leipsick. Se trataba de la suerte del Imperio, defendido ya segunda vez por tropas y Generales escogidos. Cayó la infantería sueca con ímpetu sobre los Imperiales: rompió su línea, se apoderó de la artillería, y el enemigo huyó. Resonaron en la llanura gritos de victoria; llamaron al Rey, le buscaron, y le hallaron tendido entre los muertos. Por haber sido muy ventajoso para la casa de Austria suceso tan funesto, dixéron, pero sin prueba alguna, que se habia valido de un asesino. Bien poseido estaba el Emperador de la confianza, pues quando salió Gustavo de entre los hielos de la Suecia, dixo: „Este es un Rey de nieve, que se derretirá en los países templados.”

Los triunfantes ejércitos de Gustavo mantuvieron su reputacion baxo el mando de Horn, Bannier, Weimar y Tortenson, Generales dignos de llevar contra el enemigo los soldados del héroe difunto. En la guerra de Alemania llamáron á estos batallones por muchos años varios Príncipes, teniendo por segura la victoria, quando juntaban á sus estandartes las banderas suecas. Muchos de aquellos formidables cuerpos se deshiciéron insensiblemente gastados con sus propias hazañas. Los que volviéron á su patria lleváron á ella el espíritu militar; y aquel deseo de gloria que les habia comunicado Gustavo le trasmitiéron á sus descendientes. Aquel valor hereditario, puesto en accion por uno de sus sucesores, destronó á un Rey de Polonia, é hizo titubear el del Emperador de Rusia.

Con la guerra estrangera, que tenia ocupados los espíritus, se mantuvo la tranquilidad en Suecia durante la menor edad de Cristina, que tenia solos cinco años quando sucedió á su padre Gustavo. El hábil Oxenstierno, siguiendo los planes del padre, conservó para la hija la preponderancia que tenia el Gabinete de Suecia en los negocios de Alemania. Desde luego mostró esta Princesa pren-

das estimables; pero mezcladas de alguna extravagancia. La causaba vergüenza su sexò, y despecho el verse muger. Deseó con ambicion la gloria conveniente á una Reyna, esto es, el gusto de las ciencias y las artes, y la proteccion de los sabios, teniéndolos al rededor de si; pero en el trato de las gentes no tenia gracias ni afabilidad; antes bien lo varonil de su alma se pintaba demasiado en su rostro y acciones. Tuvo Cristina mucho entendimiento y juicio solido, y así gobernó con estimacion de los extrangeros y aplauso de sus vasallos hasta el momento en que renunció.

El primer deseo de dexar el gobierno le manifiesto á los veinte y dos años de su edad. Todos se admiraban de ver que no la agradaba el matrimonio, y ella dió claramente al Senado la razon, diciendo: „No me agrada ese estado, porque hay en él obligaciones que me repugnan:” No se sabe si estas serian las complacencias que llevan á la maternidad, ó la sujecion á la voluntad de otro: pues no habiéndose explicado Cristina mas, quedó en ella su secreto. Determinada á no partir su autoridad, creyó conveniente á lo ménos no dexar á su reyno la triste perspectiva de guerras y alborotos para quando ella muriese. En 1650 se

nombró, con el consentimiento de los Estados, un sucesor, y fue su primo Cárlos Gustavo, Conde Palatino.

Se cree que en esto quiso hacer prueba del carácter de este Príncipe antes de darle su mano, y con mas razon, porque á lo que parecia le miraba con mas que estimacion. Cárlos por su parte observó con ella una conducta, que podria asegurar al ánimo mas espantadizo. Hacia su corte como hombre mas atraído por el amor de su prima, que deseoso de su dignidad, y así no se mezclaba en los negocios de Estado sino quando le llamaban, y como violentado. No obstante, fuese que la desagradaban los negocios, que la molestaba el gobierno, ó por desco de inmortalizarse con una singularidad, que es casi única en su especie, á los veinte y ocho años, que es la edad de la ambicion, congregó Cristina los Estados, subió al trono, y llamó á su primo; y despues de un discurso eloqüente, dicho con serenidad, baxó del trono, dió á Cárlos el cetro, y se quedó para siempre confundida en la multitud de los vasallos.

No parece haberse arrepentido de este paso miéntras vivió su primo, el qual á pesar de la pobreza del reyno siempre habia procu-

rado pagarla sus pensiones, y cumplir con todas las obligaciones que la debía. No lo hizo así su sucesor, por lo que nadie se debe admirar de que escuchase las quejas de algunos malcontentos, y que á su instancia manifestase algun deseo de volver al trono, bien que esto no pasó de una veleidad sin esfuerzos ni resultados. Se habia retirado Cristina á Roma, centro de las ciencias y las artes, á las cuales miraba con pasion: allí abrazó la religion catolica, y sin mas fundamento que este, tomaron ocasion los escritores protestantes para denigrar su reputacion de muchos modos.

Quiso ver la Francia y presentarse en ella; y los Franceses, principalmente las Francesas, muy hábiles en hallar que ridiculizar, ó en calificar de ridiculo todo quanto no es conforme á sus usos y modas, no viéron en la Reyna del Norte sino modales demasiado libres, la conversacion con hombres, un descuido afectado á costa del aseo, y un genio áspero y rústico sin delicadeza; pero Cristina las pagaba con el tanto, censurándolas de ignorancia, frivolidad y pasion desenfrenada por los adornos y placeres.

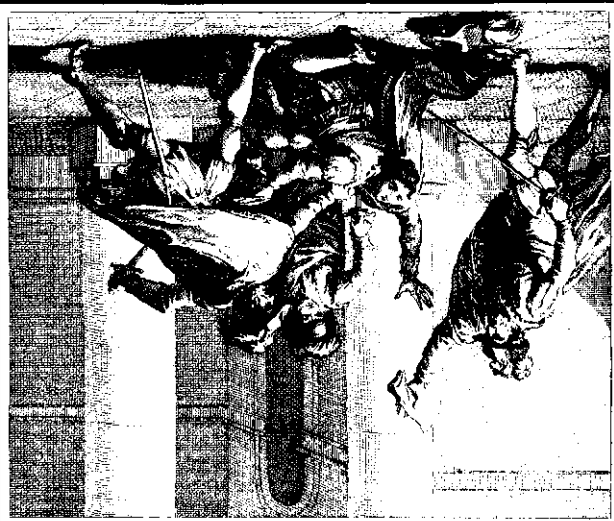
Hubiera salido victoriosa de esta especie de lucha, y con el renombre, á la verdad, de

persona singular, pero estimable, si no se hubiese advertido que con su filosofia y despego aparente de los placeres, acaso se dexaba arrastrar demasiado de sus pasiones. Tenia un escudero llamado Menadelschi, hombre hermoso, de salud florida, y que lograba mucho favor con ella. Sin que hasta ahora se sepa el motivo, le mandó llamar á una galería del palacio de Fontaineblau en donde ella habitaba. Le mostráron unas cartas; se le mudó el color; vió espadas que amenazaban á su pecho; pidió perdon, y le dixéron que era preciso morir. Cristina, en un aposento separado, mandó que le hiriesen para precisarle á confesar. El fue arrastrando, y echando sangre hácia la puerta de donde salian órdenes tan crueles: gritó ella que le acabasen, y allí le asesináron; por lo que se sospechó que esto habia sido venganza de infidelidad ó de secreto revelado. La corte de Francia envió á decir á Cristina que saliese del reyno, por lo qual se volvió á Roma, y allí murió en 1689.

El reynado de Cárlos Gustavo fue todo militar; y habiendo caido del trono de Suecia, en consecuencia de las guerras entre él y el hijo de Segismundo, se vió dueño del de Polonia, y pronto á entrar en la capital

Per amor que se ignora dignos Crisma que
 fuit amantem et pson. Monachichu, en gra-
 de en una labora de pafate. Impere en vana
 de melle. In piedad de los excrementos, et amas
 ne horde hater la puerta de donde salian
 ademas han crudes por aff que a su ley-
 na, ante que se acabaron, y aff le asomaron
 la mujer, compaña siempre, y hasta el extre-
 mo, quando llega a vultus es implacable.

Rigor de Crisma.





de Dinamarca. Esta se libró porque la casa de Austria sublevó contra él toda la Alemania, bien que la hizo frente, y se desembarazó con habilidad de los enemigos que le suscitaron. Era Cárlos Gustavo valiente, atrevido, inaccesible al miedo, activo, y muy propio para sostener los esfuerzos de sus conjurados enemigos. Quando despues de una defensiva gloriosa estaba pronto á llevar la guerra al centro de las posesiones de sus contrarios, murió de una enfermedad epidémica, dexando por sucesor un hijo de poca edad.

Esta menor edad, durante la qual fue preciso suspender los proyectos bélicos, dió algun descanso á la Suecia; pero este no duró mas que hasta que Cárlos XI se vió en edad de seguir los pasos de su padre. El invadió el Brandembourg, y volvió á empezar con Dinamarca una guerra, que fue igualmente ruinosa para ambos reynos, y terminó con una paz, que dexó tiempo á Cárlos para dar al gobierno sus cuidados. Publicó leyes de justicia y de policía: arregló la hacienda; declaró religion dominante al luteranismo; prohibió el exercicio de todos los demas cultos, bien que con una tolerancia secreta del calbionismo, y de las demas sectas que ocultan el

odioso nombre de heregias con el de reformas.

Para aumentar Cárlos XI la prerogativa Real, se aprovechó de una disputa que se levantó, ó que él mismo suscitó entre los Estados y el Senado. Suponian los Senadores ser ellos mediadores entre el Rey y el pueblo, encargados de hacer presente á uno y otro sus recíprocas obligaciones, y de precisarlos á cumplirlas. En esto se atribuian un gran poder; pero Cárlos persuadió con destreza á los Estados, que era un poder contrario á los derechos del pueblo que ellos representaban. Se examinó con calor la cuestión en aquella junta, y ella dió esta decision sugerida por el Rey: „Que el Monarca gobernaria, segun el parecer del Senado; pero que solo al Rey pertenecia juzgar si era negocio que se debia comunicar al Senado, y solo él podria hacer mutaciones en la constitucion.” De este modo se hizo despótico el gobierno de Suecia. Murió Cárlos XI con la reputacion de Príncipe muy hábil, dexando á su hijo un reyno libre de enemigos, y el ejército y la armada en un pie respetable. Este hijo fue Cárlos XII.

Lo que han visto nuestros padres, y lo que nos han dexado escrito de este Príncipe, hace probable, aun para los incrédulos, lo que

las historias refieren de aquellos héroes destructores que inspiraron á los hombres las pasiones que á ellos les dominaban, y que ciegos con el fanatismo de adquirir fama los arrastraron á aquellos excesos que causan la desgracia de los pueblos y la ruina de las naciones. El carácter dominante de Cárlos XII era la obstinacion. No tenia mas de quince años quando subió al trono; y por las leyes no podia gobernar hasta los diez y ocho; pero casi al instante se desembarazó de la tutela de su abuela, se puso á la frente de los negocios, y manifestó en su conducta una firmeza y resolucion, que se le aficionaron invariablemente sus Ministros y Generales.

Con la esperanza en la poca experiencia de un Rey tan jóven, se unieron el de Polonia, el de Dinamarca y el Czar, para quitarle las provincias que habian cedido por fuerza á sus dos antecesores. Empezó el de Dinamarca las hostilidades; y viéndose Cárlos provocado, sacó la espada para no volverla á la vaina. Dexó su capital para siempre, se embarcó; y puesto á la vista de Copenhague, serprehendió al Dinamarques, que no esperaba aquella repentina expedicion; le hizo pedir la paz, y volvió al sitio de donde habia

partido; siendo á los diez y ocho años el terror y admiracion de la Europa.

Entonces toda la nacion, con el exemplo del Monarca joven, se arrebató de un entusiasmo que no dexaba lugar á la reflexion. Si para la guerra se necesitaban impuestos, todos los ofrecian con grande prontitud; parecian las contribuciones un tributo de honor; y cada familia queria tener algun soldado. Habituó sus tropas á no conocer estaciones ni necesidades, y todo quanto pedia un Sueco se reducía á pan, agua y armas. Acostumbró su ejército á jugar, por decirlo así, con el peligro. Le matan un caballo, y monta en otro; á este le lleva la cabeza una bala; y al subir al tercero, dice alegremente: „Esta gente parece que se divierte en hacerme empezar cada instante el exercicio.”

Tenia Cárlos aquella firmeza que inspira la confianza y prepara los aciertos. Como marchase hácia Rusia, despues de haber puesto grillos á la Dinamarca, y le dixesen que el número de las tropas enemigas excedía formidablemente á las suyas, respondió: „¿Y qué dudais que el Rey de Suecia pueda vencer con ocho mil hombres al Czar de Moscovia con sus ochenta mil?” Con efecto,

no necesitó mas que aquellos ocho mil hombres para arredrar al ejército enemigo delante de Nerba, y hacerle rendir las armas. Con esta ocasion el Czar Pedro, aquel hombre tan singular, que siendo bárbaro civilizó una nacion de salvages, dixo: „Yo espero que mi hermano Cárlos con sus victorias ha de enseñarnos á vencerle.”

La intencion del Rey de Suecia era rechazar á los Rusos á sus desiertos, é interceptar el socorro de la Polonia, de la qual sacaba el Czar los soldados, que iban disciplinando á los suyos, y así le pareció que era lo mejor acometer á la misma Polonia. Antes de la batalla de Nerba escribió al Gobernador de una ciudad que estaba en el camino por donde habia de pasar: „Voy á vencer á los Moscovitas: tenme dispuestos almacenes en esa plaza, porque pasaré por ahí para ir á vencer á los Polacos y Saxonos.”

Era Rey de Polonia el Elector de Saxonía Augusto. Se habia unido con el Czar para sujetar con las fuerzas rusas á la Polonia, en donde la autoridad que le habian dado con la eleccion no le parecia tan absoluta como la deseaba. Esta alianza le precisaba á llegar á las manos con el Rey de Suecia, que

se consideraba ofendido con sus provocaciones. A la sazón habia alborotos en la Polonia: supo Cárlos ganar de tal modo á los malcontentos, que quando entró en este reyno halló un partido pronto á seguirle: este le facilitó la toma de Varsovia, y entró el héroe Sueco en ella como conquistador. Huyó Augusto á Saxonia, pero no le dexó Cárlos descansar hasta que hubo firmado su renuncia, y se procedió á otra eleccion. Bien pudiera el vencedor procurar para sí los votos; pero declarando que él no tenia pretension alguna, hizo elegir á un Señor polaco llamado Estanislao.

Algunos dias despues de la destitucion de Augusto, hallándose Cárlos á quatro leguas de Dresde, en donde estaba el Rey depuesto, dexó su ejército; y acompañado de solos cinco Oficiales, fue al palacio, como si entre él y el Saxon no se hubiera tratado mas que de una leve disputa, terminada amigablemente. Llegó al quarto del Elector: conversó con él familiarmente: bebió, comió con sosiego, y se marchó. Retirándose á galope con sus cinco Caballeros, dixo: „Ahora vereis como se quedan deliberando sobre lo que debian haber hecho.”

Lo que habia predicho el Czar, vencido

en la batalla de Nerba, se verificó en la de Pultava; porque Cárlos, precisado á pelear con sus tropas cansadas, y continuamente perseguidas por los Rusos en un camino largo, fue derrotado enteramente. Mostró en la batalla el valor y habilidad que siempre habian caracterizado sus acciones guerreras. Por hallarse herido de resultas de una accion anterior le llevaban en unas angarillas para dar las órdenes: dos veces se trastornáron las angarillas, y en la segunda se rompiéron. Quando ya se había concluido la derrota le pusieron con trabajo en un caballo: se le unieron quinientos Caballeros, y le sirviéron de escolta hasta la primera ciudad turca, distante todavía treinta leguas.

Todo el resto del ejército sueco quedó muerto ó prisionero. Envió el Czar muchos de aquellos prisioneros á la Siberia y á otros parages: la necesidad les hizo industriosos, y cada uno exerció las artes y oficios en que tenia algun conocimiento. Entónces se viéron desterradas todas las distinciones que la fortuna pone entre los hombres; porque el Oficial que no entendia de profesion alguna, se vió reducido á rajar y llevar madera al soldado carpintero, ó á servir al sastre, al en-

samblador, al albañil ó al platero. Otros se hicieron pintores, arquitectos, y establecieron escuelas públicas, siendo en las artes maestros de sus vencedores. De este modo Pedro el Grande, con la victoria de Pultava, no solo fundó el poder y seguridad de su Imperio, sino que estableció en él la industria y las ciencias que allí no se conocian.

Cárlos XII fue recibido con toda atencion y respeto en los Estados del Gran Señor. Fixó su habitacion en Bender, ciudad de Besaravia, poco distante de las fronteras de Polonia; y entre el regalo asiático, cuyas delicias le ofrecian pródigamente, siempre vivió como soldado. Era para los Turcos un objeto de admiracion, y así iban en tropel á ver un Príncipe tan célebre por sus victorias, tan igual en las adversidades, y tan singular en el modo de vivir. Le ofreció el Divan dinero, y todos los medios de volver á sus Estados, sin que nadie le inquietase; y aun pudiera haber vuelto sin pasaportes, admitiendo las ofertas que le hizo la Francia de embarcarlo en el Mediterráneo para que entrase en su país por el Océano.

Pero no era esta su idea. Habia resuelto no presentarse en sus Estados á no ser á

la frente de un ejército, queria que se le diese la Puerta Otomana, y poco faltó para que se verificase este proyecto. Como era Príncipe tan generoso, todo quanto dinero le daban le prodigaba inmediatamente en los que componian el Divan, á quienes ya tenia cautivados la admiracion que los inspiraba; pero se agotaron sus recursos; y el tesoro del Czar por el contrario, aumentado con los despojos de la Polonia y la Saxonia, que halló en Pultava, y que repartió con profusion en el serrallo, mudó la disposicion de los ánimos. El refugiado de Bender halló medio, sin embargo, para deshacer el partido que le era contrario en el serrallo, para que cayese en desgracia, y para que el Gran Visir fuese desterrado.

El que le sucedió, exâminadas por los xefes de la religion las proposiciones de Carlos contra el Czar, dixo al Gran Señor: „La ley te prohibe acometer al Czar porque no te ha ofendido; pero la misma ley te ordena socorrer al Rey de Suecia por ser un desgraciado que se ha acogido á tu casa.” En consecuencia de esta obligacion, envió el Emperador Otomano á su huésped una gran cantidad de dinero para su viage. Acompañó el Gran Visir este presente con una carta en

que le aconsejaba con el mayor respeto que se volviese tranquilamente á sus Estados por la Alemania, en donde hallaria toda comodidad y seguridad; pero esto era volver al expediente de los pasaportes para atravesar como fugitivo por paises que antes habia conquistado: expediente ya desechado; y Cárlos se obstinó en su primera resolucion de no partir, y de precisar obstinadamente á la Puerta á que entrase en sus miras.

Una mutacion de ministerio dió nuevas esperanzas al Rey de Suecia. Se resolvió en Constantinopla la guerra contra el Czar; y se le hizo con tal actividad, que puso su corona en peligro. Reducido en las riberas del Pruth, como Cárlos en Pultava, á pelear con mucha desproporcion de fuerzas, se libró de aquel peligro por la destreza de Catalina, que no era aun Emperatriz; y á fuerza de liberalidades ganó al Gran Visir y á su Consejo. Llegó el Rey de Suecia al campo de los Musulmanes el dia siguiente al tratado. Como conocia los lugares, y la posicion de los exércitos, creia que no habia que hacer mas que recibir la espada de su enemigo, si existía, y que iba á disponer de su corona.

¡Qué admiracion fue la suya quando su-

po que se le habia huido la presa! Allí vomitó contra el Gran Visir todas las injurias y baldones que pueden sugerir la rabia y el despecho contra un cobarde y un traydor. El Ministro, persuadido á que el Monarca nada omitiria para perderle, se previno contra sus empresas. Dispuso espías que interceptasen las cartas y memoriales que dirigiese el Principe al Divan y al Gran Señor; pero Cárlos, sin embargo, consiguió pasar algunas cartas. Creyendo el Gran Visir sujetarle por hambre, le cercenó la pension; pero Cárlos afectaba hacer mayores gastos. Le instáron á que partiese, amenazándole con la fuerza; pero él dixo que se defenderia. Le propuso el Gran Señor una escolta de quatro mil Turcos, la qual, por las medidas tomadas con la Polonia, seria respetada; pero el fugitivo siempre insistia en pedir un ejército.

Por último, fatigado el Sulran al ver inutilizadas sus tentativas, juntó su Divan, y dixo: „Yo casi no he conocido al Rey de Suecia mas que por la derrota de Pultava, y por la súplica que me hizo de darle asilo en mi Imperio. No me parece que tengo necesidad de él, ni motivo para aborrecerle ni para temerle; y con todo eso no he cesado de derra-

mar sobre él el rocío de mis favores. Tres años y medio he estado colmándole de regalos, como á sus Ministros, Oficiales y soldados. Me ha pedido dinero para pagar sus gastos; y aunque yo los he hecho todos, le he enviado mas que me pedia. Le he ofrecido una escolta de quatro mil Turcos, y con el pretexto de que no es suficiente no quiere partir, porque necesita un ejército. ¿Será ya violar los derechos de la hospitalidad mandar salir de mis dominios á este Príncipe, y valerme de la fuerza sino hay otro medio?"

Esta sencilla exposicion fue la condenacion de Carlos, y todos á una voz resolvieron, que en caso necesario se recurriese á la fuerza. Le encomendaron al Gobernador de Bender que hiciese presente al Rey la decision del Divan, y la pusiese en execucion. En premio de la suavidad y respeto que este Gobernador observo en su comision, oyó esta brutal respuesta: „Obedece á tu Señor, si te atreves, y retírate de mi presencia." Inmediatamente fue embestida la casa sin fosos ni baluartes que habitaba el Rey de Suecia. Se montaron los cañones, se dispusieron los morteros, se retiró la guardia de honor que tenia de Genízaros, y solo se quedo con trescientos Suecos. Se ar-

rojaron á sus pies los Oficiales, le descubrieron el pecho abierto de heridas, y él respondió: „Bien sé que hemos peleado juntos con valor: hasta ahora habeis cumplido con vuestra obligacion: haced tambien hoy lo mismo.” Su Capellan se atrevió á representarle el peligro, y él le dixo: „Te he traído para que reces, y no para que me des consejos.” Distribuyó por si mismo los Suecos, señalándoles los puestos; y se cree que interiormente se estaba lisonjeando con el honor de resistir con trescientos hombres al esfuerzo de veinte mil Turcos.

Antes de llegar á la última violencia se le presentáron sesenta Genízaros ancianos, respetables por sus barbas canas, y que le eran apasionados, llevando un baston blanco en la mano, y le suplicáron que se entregase á ellos, pues le servirían de guardia, y le llevarían con honor y seguridad á la presencia del Gran Señor, para que allí explicase los agravios de que se quejaba; pero él les mandó que se retirasen, y los amenazó con que si no obedecian les haria cortar la barba: afrenta la mayor que puede hacerse á un oriental. Ya habia amenazado al mismo Baxá con que le ahorcaria si reiteraba sus instancias. Los Genízaros le dexáron, y decian á voces: „Anda cabeza de

hierro, pues quiere morir, que muera.”

Diéron la señal para el asalto, disparó Cárlos, y mandó disparar sin piedad contra los Turcos, los cuales no tiraban á matarle. No obstante, entráron, y le fuéron persiguiendo de sala en sala: él les oponia puertas atrancadas con los muebles, porque todo le servia de armas: les arrojaba toneles de pólvora con mechas encendidas; pero entre tanto, retrocediendo para poner entre sí y ellos la última puerta, cayó porque se le enredáron las espuelas. Se arrojáron á él, le asiéron por las piernas y los brazos como á un frenético peligroso, y le lleváron al Baxá, el qual, segun las órdenes que tenia, le hizo partir á Demótica, ciudad pequeña á diez leguas de Andrinópolis, en donde estaba el Gran Señor con su corte.

Apénas llegó quando el sistema otomano varió por la deposicion del Visir. Su sucesor, poco favorable á los Rusos, envió á decir á Cárlos que se viese con él para conferenciar sobre las medidas que debian tomarse para la renovacion de la guerra. Picado el Monarca por esta familiaridad; y temiendo al mismo tiempo desagradar al Ministro con la negativa, pretextó una enfermedad y se estu-

vo diez meses en cama, tratado y cuidado como verdadero enfermo. Por último, se cansó de una vida tan poco conforme á su genio activo, y tomó la resolución de partir.

Pidió escolta y dinero. Los pasaportes estaban despachados para los Estados del Imperio, con orden á todos los Gobernadores de que observasen con él las atenciones debidas á su clase; pero no queria Cárlos que toda la Alemania viese al prisionero de Bender; y así llegando á la frontera, despició la escolta turca, y dixo á los suyos: „No os dé pena por mí, sino poneos quanto antes os sea posible en Stralsund.” Solo se llevó consigo un Coronel joven, muy querido suyo; y disfrazado con el uniforme de un Oficial aleman, corrió la posta. A la tercer jornada tuvo que detenerse el Coronel imposibilitado con la fatiga; pero el Rey continuó su ruta por la Hungría, la Moravia, Austria, Baviera, Witemberg, el Palatinado, la Westfalia y el Meklemburg, y llegó á los diez y siete dias á las puertas de Stralsund á media noche. No queria el centinela avisar al Gobernador, y le amenazó con que le ahorcaria al dia siguiente. Le abrió pues; y entrando á ver al Gobernador, este, que estaba medio dormido, le preguntó si traia

noticias del Rey, pues corrían voces de su próxima llegada: „Qué es esto Ducker, respondió Cárlos, ¿es posible que me han olvidado mis fieles criados?” El Gobernador le reconoció, y se arrojó á sus pies. Al punto se extendió la noticia de su llegada por toda la ciudad al toque de campanas y ruido de la artillería; y todos se levantaron, dándose la enhorabuena, y abrazándose. El viagero se echó en una cama, como que habia diez y seis noches que no se acostaba: durmió algunas horas: se levantó, y pasó revista á la guarnicion.

Miéntras el Rey de Suecia estaba perdiendo el tiempo en Bender y en Demótica, asaltaban sus enemigos por todas partes á su abandonado reyno. Los Dinamarqueses hicieron valer sus antiguas pretensiones: los Moscovitas se apoderaron de provincias enteras: Brandembourg y Hannóver aumentaron los Estados á su costa: Augusto habia quitado la corona de Polonia á Estanislao. Los Senadores de Stockolmo no sabian como oponerse á estas invasiones; porque si proponian que se tratase de composicion, les preguntaban qué confianza se podria tener en un Senado tan esclavizado, que en una ocasion en que habian querido hacer alguna representacion á lo que Cárlos man-

daba, habia escrito: „Si resisten, les enviaré una de mis botas para que les presida.” No se atrevian pues á tomar medidas algunas, porque sabian que ni por las mejores razones, ni por las mas urgentes circunstancias, se conseguiria que este Príncipe aceptase ó ratificase condiciones que no fuesen de su gusto. En Bender, quando nada podia, ni esperaba recursos, y le habian recibido como por gracia, habia respondido á Estanislao, el qual no pedia mas que renunciar la corona para vivir tranquilo: „Si no quieres ser Rey de Polonia, elegiré á otro.” Sabiendo que este mismo Príncipe iba á Bender á solo suplicarle que consintiese en su dimision, respondió al Enviado que Estanislao dispuso llegase antes: „Querido Fabricio, vuelve corriendo, y dile, que jamas haga paces con Augusto: asegúrale que presto mudarán de faz nuestros negocios.”

Este era Cárlos XII en su mayor miseria: ¡con cuánta mas razon se redoblaría su tenacidad quando vió algun relámpago de esperanza! El descanso que tuvo en Stralsund fue hacer los preparativos de una guerra mas viva que nunca: despachó correos á sus Estados por todas partes, mandando y apresurando las levas y reclutas, y así se hicieron con

la mayor actividad, y se completáron en poco tiempo, porque el frenesí de la gloria sacaba de sí á los Suecos, y todos los jóvenes corrian á las banderas, no quedando para la agricultura sino los enfermos y ancianos, incapaces de libertar á la Suecia de la hambre que la amenazaba.

En el instante supieron los enemigos la llegada de Cárlos á Stralsund, y dirigieron todos sus esfuerzos contra esta fortaleza, esperando que allí moriria el Rey, le harian prisionero, ó le obligarian á hacer la paz. Cárlos sostuvo el sitio en persona. Los Reyes de Dinamarca y de Prusia le atacáron por sí mismos por mar y por tierra: le observaban con la mayor atencion, y diéron á sus Generales las órdenes mas estrechas de no dexarle escapar. Hizo, como siempre, prodigios de valor, y dexó á Stralsund quando ya no era mas que un monton de cenizas, confiando al Gobernador el cuidado de salvar el resto de la guarnicion capitulando.

Se habia mudado en este momento el sistema de Cárlos; porque el Baron de Gortz, Ministro activo y lleno de recursos, acababa de hacerle adoptar un plan de guerra diferente del antiguo. Penetraba muy bien las dos

pasiones dominantes del Rey, la tenacidad y la venganza. La primera le excitaba á restituir á Estanislao el trono de Polonia: la segunda le alentaba á castigar á Guillermo, Rey de Inglaterra, Elector de Hannóver, por haberse declarado contra él en su desgracia sin mas motivo que el de apoderarse de sus despojos.

Le hizo presente Gortz que no pondria á su protegido otra vez en el trono de Polonia, miéntras tuviese por contrario al Czar, y se reconcilió con el Moscovita. Por otra parte le representó el Ministro que era poca venganza morder los Estados de Hannóver, y aun invadirlos todos, y que así era preciso quitar á Guillermo la corona de Inglaterra, y dár-sela á su suegro Jacobo II. Para conseguirlo hizo Gortz que se aliase la Suecia con la España, interviniendo Alberoni, un Italiano tan activo y emprendedor como el Sueco.

Estos dos hombres, mediante otras alianzas secundarias, y la impetuosidad de Carlos XII, iban á trastornar toda la Europa. Miéntras se completaban los preparativos de la grande empresa, le pareció del caso al Rey de Suecia pasar á Noruega, y que quitada su posesion á Dinamarca seria buen desquite de las provincias que cedia al Czar. A pesar de

la cadena de montañas escarpadas que separan los dos Estados, y en el mes de Octubre, quando la tierra está cubierta de nieve y de hielo, penetró Cárlos hasta el centro, y puso sitio á Frederichal, plaza bien fortificada, y en la que consistia la suerte de Noruega.

El rigor del frio hacia como imposible abrir la trinchera; pero Cárlos se obstinó: le obedecian los soldados con ardor, y les costaba tanto trabajo como si ahondaran en una piedra. Los animaba el Rey con su presencia: nunca habia conocido el peligro; pero aquí se expuso tanto como si pretendiera desafiar á la muerte. No se ha sabido la razon que tuvo para estarse, como lo hizo, delante de la trinchera, y en el mismo parage adonde el cañon de la plaza disparaba á metralla, como no fuese tal vez el gusto de resistir á las instancias que le hacian para que se retirase. El último mensagero que enviaron los Generales, á quienes tenia puestos á distancia, le halló muerto y tendido sobre el parapeto con la mano sobre el puño de la espada por un movimiento natural. Le habia penetrado la cabeza una bala, y así murió á los treinta y seis años, quatro ménos que la edad de Alexandro á quien se habia propuesto por modelo. No ha-



Muerte de Carlos XII.

Situando Carlos XII. á Valerichal, se colocó, sin necesidad alguna, y se mantuvo, contra el consejo y representaciones de sus generales, no solo delante de la trincheira, sino en el mismo sitio adonde disparaba á metralla el cañon de la plaza; y allí le hallaron muerto. Habia sido extraordinariamente feliz en sus obstinaciones con los hombres; y se honró, acaso, de que las respetase tambien la muerte.



bia sido casado, ni se le conoció concubina; y si tal vez, como se le supone, se permitió alguna libertad en este asunto, seria como la de un soldado particular, pasagera y poco escrupulosa.

Diéron la corona á su hermana Ulrica Eleonora, casada con Federico, Príncipe de Hesse, y no hubo eleccion porque tomó el cetro como hereditario; bien que el Senado puso unas condiciones que le sacaban de la sujecion en que le habia tenido Cárlos XII. Aunque por las soberbias vexaciones, no se quejaba tanto del Rey como de su Ministro Gortz, tan altivo con los vasallos como condescendiente con el Príncipe, tuviéron oculta su venganza los Senadores miéntras vivió Cárlos; pero luego que murió pagó Gortz con su cabeza el favor que habia logrado, y el uso arbitrario é imperioso que habia hecho. Eleonora, aceptando las condiciones que ponian algun equilibrio en el gobierno, agradó á la nacion, y consiguió la asociacion de su esposo en el trono.

El estado en que nos pintan la Suecia quando empezáron á reynar estos Soberanos estremece y hace deplorar la suerte de los reynos gobernados por Príncipes poseidos por

la pasion de la guerra. Ya habian muerto ó estaban prisioneros todos los soldados viejos, que son la fuerza de un ejército, y no quedaba mas que una juventud nueva en el oficio de las armas, que no tenia el tino y exemplo de Cárlos para aguerrirse. Gemia el pueblo con el peso de las contribuciones opresivas, no habia crédito ni dinero, el comercio estaba arruinado, la industria sin actividad, y la marina destruida. Provincias enteras se veian cubiertas de ruinas. Quinientas aldeas y veinte y ocho parroquias quemáron los Rusos en una irrupcion por solo conseguir del Gobierno las condiciones que deseaban; pero tuvo su efecto este gracioso convite, porque Federico cedió lo que quiso el Czar, y logró la paz. Lo mismo le sucedió con las demas Potencias beligerantes. El y su esposa empezáron como hábiles médicos á restablecer la salud del Estado con remedios suaves, y adaptados á las circunstancias; pero habia un vicio interno y una fuerza rebelde y resistente que se oponia á la curacion. El Senado, soberbio con el poder que habia reconquistado, casi siempre se mostraba opuesto á la voluntad del Rey. Fue precisa toda la prudencia y moderacion de Federico, principalmente despues de la

muerte de su esposa Ulrica muy amada de la nacion, para sostener su autoridad, y hacer arreglar la sucesion sin alborotos. Nombraron Príncipe hereditario á Adolfo Federico, de la casa de Holstein, y pariente cercano de la difunta Reyna.

Los largos reynados de Federico II y de Adolfo Federico, aunque tranquilos en quanto era posible, no fuéron exêntos de alborotos. Se formáron facciones, cuyos nombres vulgares llegaron á ser contraseñas de union en todo el pueblo. Se llamáron estas facciones *los sombreros* y *los gorros*. Los sombreros eran los aficionados á la prerogativa Real, y querian restablecer la administracion de Cárlos IX, Gustavo Adolfo, y Cárlos Gustavo; y sabiendo que los favorecia el Rey y su Consejo, se agregáron á ellos la nobleza y el clero. Los gorros eran de pensamientos absolutamente contrarios, y muy afectos á los privilegios del Senado: con estos se reunian los ciudadanos principales, y lo mas distinguido del órden de los populares. Habia tambien allí gorros cazadores, los quales habian salido de todas las clases, y andaban revoloteando entre las dos facciones; y segun que se juntaban á ellas ó se separaban, daban ó quitaban

la preponderancia al uno ú al otro partido.

El Senado, poco contenido por Federico II, y ménos reprimido aun por Adolfo Federico, habia tomado un imperio que muchas veces mortificaba á los Monarcas. A fuerza de reconvenciones y de resistencia á su voluntad en materias que parecia interesar á la felicidad del pueblo, habian conseguido un crédito que hacia dominantes á *los gorros*. Estos Monarcas se habian visto obligados á abandonar á la justicia ó á la venganza popular Generales estimables y Ministros zelosos, solo porque habian desagradado con su deseo de mantener la autoridad Real. No habia podido Adolfo conservar algunos de ellos sino amenazando con que si continuaban en atormentarle renunciaria la corona; y si lo hubiera efectuado, se quedaba el reyno en una horrible confusion. El Senado aplacó al Rey con algunas concesiones políticas; pero no supieron *los sombreros* aprovecharse del ascendiente que tomó el Monarca en una Dieta general que convocó. En estas fuéron los sombreros los mas fuertes; pero como no tenian plan fixo, y la opinion de hoy no era la de mañana, no produjo al Rey utilidad alguna esta asamblea. Este Príncipe, lleno de candor

cuya bondad de alma hace todavía amable su memoria , cedió con su muerte la corona á su hijo Gustavo , que habia sentido ya sus espinas.

Viajaba á la sazón este Príncipe no tanto por curiosidad quanto por retirarse de los disgustos que daban á su padre : disgustos que por la viveza de la edad no hubiera podido sufrir con paciencia. Le diéron en Francia la noticia de la muerte de su padre , y partió al punto , atravesando á grandes jornadas la Alemania , sin que se supiese su llegada á Stockolmo hasta que se presentó ; pero le recibieron con grandes aclamaciones. Presto le mereció el amor del pueblo su conducta : daba audiencia dos veces á la semana , y oía al menor de sus vasallos con la dignidad de Soberano y la ternura de padre. No se le oyó expresion de la qual pudiese sospecharse que tenia designio alguno contra la constitucion ; pero se dudaba , porque á pesar de la imparcialidad que afectaba , todos sus favoritos eran de la faccion de los *sombreros*. Trabajaban los *gorros* por reforzarse en la Dieta que se abrió al principio de su reynado , y tomaron sus medidas tan bien que fuéron en ella los dueños ; y esta grande preponderancia los excitó á dar pasos que descubrieron el proyecto de los principa-

les, que no se dirigia á ménos que perpetuarse en las plazas de Senadores, asegurándolas en algunas familias, y tal vez á reducir la monarquía á aristocracia pura.

Se asustáron los Señores, que no eran del número de los privilegiados, y uno de ellos se fue á ver con el Monarca, y le dixo: „Todo está perdido, si no tomáis las mas eficaces medidas para destruir la tiranía que nos amenaza.” Estas medidas se arregláron en un Consejo entre pocos. Lo primero que se acordó fue agitar al pueblo y ocuparle excitando movimientos en algunas provincias. Sobrevino una escasez extraordinaria, y se imputó la culpa á la negligencia del Senado. Resonáron en todo el reyno las murmuraciones y las quejas, y decían los emisarios á los malcontentos, recurrid á Gustavo, que él os consolará. Bien conocian los Senadores que los *gorros* eran los que volvian contra ellos las quejas del público; y la disension entre el Rey y el Senado, aunque no rompía abiertamente, se manifestaba en unos preparativos que sobresaltaban. El Rey tenia una guardia de ciento y cincuenta hombres valientes que nunca le dexaban. El Senado se habia apoderado de los parages fuertes de Stockolmo, habia nombrado en ellos un

Gobernador de su devocion, habia procurado tambien que los principales xefes del ejército fuesen de los *gorros*; y sin quitar los que les eran sospechosos de afectos al Rey, los retiró de su cuerpo con pretexto de diferentes comisiones: de suerte, que podia lisonjearse de reunir á su favor los regimientos siempre que lo mandase.

Pero un Capitan llamado Heliquio fingió que se sublevaba, y se apoderó de Christians-thadt, fortaleza la mas importante del reyno, y esta razon pretextó el Rey para juntar cinco regimientos, á cuya frente puso á Cárlos su hermano dando á entender que le tenia muy afligido esta rebelion, y abrazando al mismo tiempo todas las medidas imaginadas por el Senado para prevenir sus conseqüencias. Con el motivo de una sorda fermentacion que habia en la capital recorria Gustavo con su escolta las calles, y se mostraba al pueblo en lo exterior del modo mas capaz de seducir, halagando y acariciando á todos. Acompañaba á las patrullas, y en poco tiempo aquellos hombres armados por el Senado se convirtieron en partidarios los mas fieles del Monarca. El Senado, testigo de esta seduccion, y temiendo las conseqüencias, envió por regimientos, resuel-

to á mandar arrestar al Rey quando llegasen.

Gustavo, informado de que habian de entrar en Stockolmo en 19 de Agosto de 1772, tomó por su parte la resolucion de recobrar su autoridad ó morir en la demanda. Por la mañana llamó á todos los *sombreros* que tenia por afectos á su persona, y antes de las diez estaba á caballo, y pasó revista al regimiento de artillería. Recorrió las calles mostrándose mas afable que nunca. Volviendo á su palacio hizo entrar á los Oficiales y sus subalternos en el cuerpo de guardia: se encerró con ellos, y declaró en un enérgico discurso, que su vida y el Estado estaban en peligro: „Si pensais en serme fieles, les dixo, como á Gustavo Vasa y á Gustavo Adolfo, yo aventuraré mi vida por vuestro bien y el de la patria.” Reynaba un triste silencio en la asamblea: ¡Qué, ninguno me responde! exclamó sorprendido: „Si, dixo un Oficial jóven, nosotros os seguiremos. ¿Habia de haber entre nosotros ninguno tan vil y tan cobarde que abandonase á su Rey?” Estas palabras fuéron decisivas, y cada uno de los presentes se apresuró á asegurar al Monarca de su fidelidad.

Se dió orden á los Oficiales de juntar los soldados: fue Gustavo adelantándose hácia la

tropa sin dar á entender la menor inquietud, la dixo lo mismo que á los Oficiales, y halló la misma resolución. Habia tenido la precaucion de colocar un destacamento á la puerta del edificio en donde estaban congregados los Senadores para que ninguno saliese ni diesen órdenes. Entre tanto publicaban los emisarios del Senado que el Rey estaba arrestado. Esta voz llevó hácia el castillo grande multitud del pueblo; y todos, viendo que el Rey estaba libre, acreditáron su alegría con reiteradas aclamaciones.

Los Senadores, extrañando aquel ruido, y viendo desde las ventanas el tumulto, quisieron enviar á algunos de ellos mismos para que se informasen; pero treinta granaderos con bayoneta calada les hicieron saber que la voluntad del Rey era que no saliesen, y para mayor seguridad los cerráron con llave. Fue Gustavo atravesando la calle, y por todas partes le recibian con aplauso. Hizo cerrar las puertas de la ciudad; y á las tropas que venian avanzando, y estaban á una legua de distancia, las envió orden de parte del Senado para que se volviesen á sus anteriores destinos. Como los Comandantes ignoraban lo que estaba pasando en la ciudad, creyéron que la ór-

den era del Senado, y regresáron. Con la misma facilidad se apoderó el Rey de todos los puestos, y el pueblo le prestó de nuevo juramento de fidelidad.

Al dia siguiente fue al Senado despues de haberle tenido encerrado toda la noche, y leyó una constitucion que ya tenia prevenida. Todos los miembros, hasta los *gorros* mas zelosos, se diéron prisa á firmarla. Daba esta al Rey el derecho de convocar, prorogar y disolver los Estados á su voluntad; confiaba á solo el Rey la comandancia del ejército y la marina, el manejo de la hacienda, y el nombramiento de los empleos civiles y militares. No estaba establecido positivamente que el Rey tendria derecho para imponer tributos, sino que los existentes se perpetuarían; que en caso de invasion del enemigo, ó por otra necesidad urgente, seria dueño el Monarca de aumentarlos hasta que le fuese posible juntar los Estados; y que estos no podrian deliberar por sí mismos sino en los puntos presentados por el Rey.

Se envió esta constitucion á las provincias, y en todas la recibieron sin queja ni oposicion. De este modo un Rey de veinte y seis años con su intrepidez y prudencia, hizo en

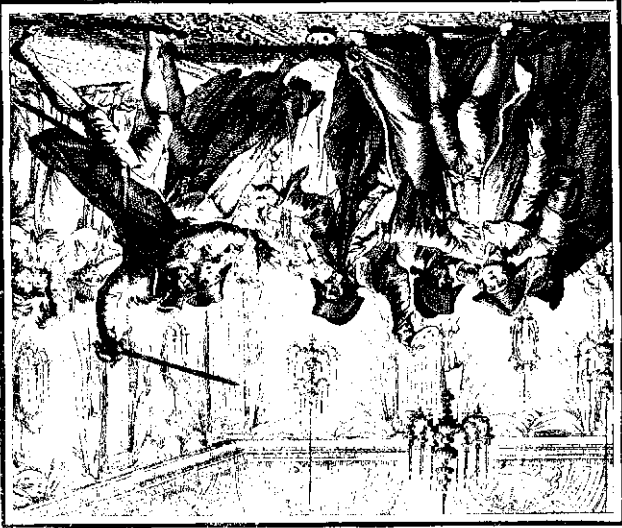
una hora y sin derramar gota de sangre, la misma revolucion que habia costado tantas penas y cuidados á Gustavo Vasa y á Cárlos IX.

Este reynado, que habia tenido unos principios tan brillantes, tuvo un fin prematuro y trágico. Aquellos nobles, que contra su voluntad se veian privados de la parte que habian tenido en el gobierno, no perdonáron á Gustavo. Constantemente se le opusieron en los exércitos y en las Dietas que le era preciso juntar para pedir subsidios. Despues de una victoria contra la Rusia, y quando Gustavo podia avanzar hasta Petersburgo, no quisiéron sus principales Oficiales seguir su valor; y por haber sido leve el castigo de este delito, la blandura del Rey dió atrevimiento á los malcontentos para resoluciones mas osadas.

Se formó entre ellos una faccion resuelta á atreverse á todo para estorbar y hacer que se le desgraciasen al Rey todos sus proyectos; pero se malograron sus esfuerzos. En una Dieta junta en Gefla en Enero de 1792, logró el Rey quanto quiso por la preponderancia del orden de ciudadanos y del de los paisanos, que hacian justicia á las buenas intenciones del Monarca, aunque estuvo neutral el Clero.

Despreciando con intrepidez Cuatrecasas III, el asno que
 le dio mano suelta, de que impetada a su vista no
 concurre a un bulto de máscara dispuesta para
 aquella noche concurre; y creado inmediatamente
 por muchos, que herido mortalmente, aunque sobre
 vivió algunos días, fue en un sepulcro la parte
 humanidad deshecho, gravísimo: pero la misma con
 quencia.

Muerte de Gustavo III.



nos se precaviese con una cota de malla. „Vamos, dixo, y verémos si se atreven á asesinar-me.” Entró en la sala, le rodeó una turba confusa, se oyó un pistoletazo cuya explosion fue como ahogada, y cayó el Rey diciendo: *Me han herido*. La herida era mortal, y ni su buena constitucion, ni los socorros del arte pudieron librarle.

Así murió Gustavo III á los quarenta y seis años de edad, con reputacion de valiente guerrero, de prudente administrador, y de gran político. Se cree que iba á entrar en las inquietudes de la Europa como parte activa. Era apasionado de las bellas artes, alegre, afable y atento. Tantas buenas prendas no consiguieron que los conspiradores le perdonasen, porque creian que en él vengaban á la patria que ellos suponian oprimida. El asesino Anckarstroem tenia descontento; sobre esto agravio personal; no era mas que Teniente de Guardias; pero no hay enemigo pequeño. Le castigaron con el último suplicio, y desterraron á los otros dos: tal vez porque alguno de ellos seria probablemente el que obligado de sus remordimientos escribió al Rey el billete que debió haber impedido que se expusiese al riesgo de que le avisaba. Por muy bueno que

sea un Soberano no puede lisonjearse de no tener enemigos; y la desgracia de Gustavo es un exemplar, sobre otros muchos que hallamos en la historia, de quanto arriesgan, si por seguridad ó intrepidez desprecian los indicios de conspiracion ó de atentado, sea el que fuere el conducto por donde les viniere el aviso.

T A B L A

DE LAS MATERIAS DEL TOMO DECIMOTERCIO.

H ELVECIA ó SUIZA. <i>Entre el Franco</i> <i>Condado, la Alemania, los Estados</i> <i>de Venecia y la Saboya</i>	3
<i>Uri, Underval, Schweits</i>	8
<i>Lucerna, Zurich</i>	20
<i>Glaris</i>	23
<i>Zug</i>	25
<i>Berna</i>	26
<i>San Gall</i>	34
<i>Neuf-Chatel</i>	35
<i>Valés</i>	36
<i>Friburg, Soleure</i>	42
<i>Basilea, Schaffusa, Appenzel</i>	44
<i>Grisones</i>	45
G INEBRA.....	52
A LEMANIA. <i>Entre la Francia, el mar de</i> <i>Alemania, el Báltico, la Turquía euro-</i> <i>pea, la Italia y la Suiza</i>	60
<i>Conrado I</i>	64
<i>Henrique I, el Paxarero, Oton I, el</i> <i>Grande</i>	65
<i>Oton II, el Sanguinario, Oton III, el</i> <i>Niño</i>	66

<i>Henrique II, el Santo</i>	67
<i>Conrado II, el Sálico, Henrique III, el Negro, Henrique IV</i>	68
<i>Henrique V, el Joven</i>	76
<i>Lotario, Conrado III</i>	78
<i>Federico I, Barbaroxa</i>	80
<i>Henrique VI, el Severo</i>	82
<i>Felipe, Oton IV</i>	84
<i>Federico II</i>	86
<i>Interregno</i>	88
<i>Rodulfo</i>	92
<i>Adolfo de Nassau</i>	95
<i>Alberto I, de Austria</i>	96
<i>Henrique VII, de Luxêmbourg</i>	98
<i>Luis IV, de Baviera</i>	99
<i>Cárlos IV</i>	100
<i>Wenceslao</i>	105
<i>Roberto</i>	108
<i>Joseph, Segismundo</i>	109
<i>Alberto II</i>	115
<i>Federico III</i>	116
<i>Maximiliano I</i>	120
<i>Cárlos V</i>	122
<i>Ferdinando I</i>	128
<i>Maximiliano II</i>	129
<i>Rodulfo II</i>	130
<i>Matías</i>	133

	409
<i>Ferdinando II</i>	135
<i>Ferdinando III</i>	139
<i>Leopoldo I</i>	140
<i>Joseph I, Cárlos VI</i>	142
<i>María Teresa, Francisco I</i>	143
<i>Josef II, Pedro Leopoldo, Francisco II</i>	144
HUNGRIA. Entre el Drava, los montes Carpacianos, lindando con la Polonia y la Rusia, la Transilvania, la Va- laquia, la Austria y la Moravia.....	145
<i>Geysa I, Estéban I, Pedro</i>	146
<i>Andres I, Bela I, Salomon, Geysa II, Ladislao I</i>	147
<i>Coloman, Almo, Estéban II</i>	148
<i>Bela II, Geysa III, Estéban III, Be- la III, Emerico</i>	149
<i>Ladislao II, Andres II</i>	150
<i>Bela IV</i>	151
<i>Estéban IV, Ladislao III</i>	152
<i>Andres III, Ladislao IV, Oton de Ba- viera</i>	153
<i>Caroberto, Luis I, María y Segismundo</i>	154
<i>Segismundo Solo, Alberto de Austria, La- dislao V, Ladislao VI</i>	155
<i>Matías Corvino, Ladislao VII, Luis II, Fernando I</i>	156
<i>Maximiliano, Rodulfo, Matías II, Fer-</i>	

<i>nando II, Fernando III.....</i>	157
<i>Fernando IV, Leopoldo, Joseph, Carlos, María Teresa.....</i>	158
ESTADOS DEL IMPERIO.....	159
BOHEMIA. <i>Entre la Moravia, la Saxonia, la Franconia y la Baviera.....</i>	160
<i>Botziwoi I, Spilíneo I, Wenceslao I, Boleslao, el Cruel.....</i>	162
<i>Boleslao II, el Piadoso, Boleslao III, el Ciego, Jaromiro, Udalrico, Bresislao I, Spilíneo II, Wratislao I, Conrado I.....</i>	163
<i>Boleslao II, Botziwoi II, Suantapluc, Uladislao III, Sobreslao I, Sobreslao II, Uladislao, Henrique I, Uladislao, Primislao.....</i>	164
<i>Primislao II, Wenceslao III, Primislao, Wenceslao IV, Wenceslao V, Henrique II, Rodulfo.....</i>	165
<i>Juan de Luxémbourg, Cárlos I.....</i>	166
<i>Wenceslao V II, Segismundo.....</i>	167
<i>Alberto, Ladislao, Jorge Podiebrado.....</i>	168
<i>Uladislao, Luis, Fernando de Austria..</i>	169
AUSTRIA. <i>Entre la Moravia, la Stiria, la Hungría y la Baviera.....</i>	id.
BRANDEMBOURG. <i>Entre la Pomerania, la Polonia y la Alta Saxonia.....</i>	170

PRUSIA. <i>Entre la Polonia, la Saxonía,</i> <i>la Pomerania y el Báltico.....</i>	172
<i>Caballeros Teutónicos.....</i>	173
<i>Federico I, Federico II.....</i>	177
<i>Alberto III, Juan, Joaquin I, Joa-</i> <i>quin II, Juan Jorge, Joaquin III,</i> <i>Juan Segismundo, Jorge Guillermo,</i> <i>Federico Guillermo I.....</i>	178
<i>Federico III.....</i>	179
<i>Federico-Guillermo II.. ..</i>	180
<i>Federico II.....</i>	182
SAXONIA. <i>Entre la Lusacia, Brandem-</i> <i>bourg, Anhalt y Misnia.....</i>	187
BAVIERA. <i>Entre la Bohemia, la Austria,</i> <i>la Suavia, la Franconia y el Tirol</i>	189
PALATINADO. <i>El Alto entre la Baviera,</i> <i>la Franconia y la Bohemia. El Baxo</i> <i>entre Maguncia, Alsacia y Tréveris..</i>	190
BRUNSWICK-HANNÓVER. <i>Entre el Lune-</i> <i>bourg, el Magdebourg, el Alberstuat y</i> <i>la Lippa</i>	193
MAGUNCIA, TRÉVERIS Y COLONIA.....	195
HOLANDA. <i>Entre los mares del Norte y de</i> <i>Alemania, la Westfalia, y la Flándes</i> <i>austriaca.....</i>	197
<i>Federico Guillermo, Stadhouder.....</i>	215
<i>Mauricio</i>	217

<i>Henrique</i>	223
<i>Guillermo II</i>	225
<i>Guillermo III</i>	226
<i>Guillermo IV, Guillermo V</i>	230
<i>DINAMARCA. Entre el Océano, el Báltico</i>	
<i>y la Alemania</i>	234
<i>Haraldo</i>	247
<i>Suenon I</i>	248
<i>Canuto II, Hardi Canuto III, Magno,</i> <i>Suenon II, Haraldo, Canuto IV</i>	249
<i>Olao IV, Erico III, Nicolao</i>	250
<i>Erico IV</i>	255
<i>Erico V</i>	256
<i>Sueno y Canuto, Valdemaro I</i>	257
<i>Canuto VI, Valdemaro II</i>	260
<i>Erico VI</i>	262
<i>Abel</i>	263
<i>Cristóbal I, Erico VII</i>	264
<i>Erico VIII, Cristóbal II</i>	265
<i>Erico IX, Valdemaro III</i>	266
<i>Olao V, Margarita</i>	272
<i>Erico X</i>	274
<i>Cristóbal III</i>	277
<i>Cristierno I</i>	279
<i>Juan I</i>	282
<i>Cristierno II</i>	285
<i>Federico I</i>	291

	413
<i>Cristierno III</i>	293
<i>Federico II</i>	295
<i>Cristierno IV</i>	296
<i>Federico III</i>	298
<i>Cristierno V, Federico IV</i>	308
<i>Cristierno VI, Federico V</i>	309
<i>Cristierno VII</i>	310
SUECIA. <i>Entre la Dinamarca, la Noruega, el mar Glacial, el mar Blanco, la Libonia y la Polonia</i>	318
<i>Erico IX, Cárlos VII</i>	324
<i>Canuto</i>	325
<i>Suercher, Erico X, Juan I, Erico XI</i> ..	326
<i>Valdemaro I, Magno I, Birger II</i>	327
<i>Magno II</i>	329
<i>Alberto</i>	331
<i>Margarita</i>	332
<i>Erico XII</i>	333
<i>Cristóbal I, Cárlos Canutson</i>	335
<i>Cristierno I</i>	336
<i>Juan II</i>	337
<i>Cristierno II</i>	338
<i>Gustavo Wasa</i>	349
<i>Erico XIV</i>	351
<i>Juan III</i>	356
<i>Segismundo</i>	360
<i>Carlos IX</i>	362

<i>Gustavo Adolfo</i>	363
<i>Cristina</i>	368
<i>Cárlos X</i>	372
<i>Cárlos XI</i>	373
<i>Cárlos XII</i>	374
<i>Urica Eleonora, y Federico II</i>	392
<i>Adolfo Federico</i>	394
<i>Gustavo III</i>	396

ERRATAS.

<i>Pág.</i>	<i>Lin.</i>	<i>Dice</i>	<i>Debe decir</i>
45	22	de los	y de los
81	16	de la	ó la
82	17	muy á	á muy
155	10	corondo	coronado
236	20	trenos	trineos
237	8	del oro	de oro
238	15	hacerse	á hacerse
249	25	cinco	cinco
265	3	Erico II	Erico VIII
268	23	privilegios	sus privilegios
277	24	para	motivo para
282	24	Sturo	Sture
297	27	Cristerno	Cristierno
305	{ 4	otros los	otros
	{ 19	las	las dos
349	última	que en la	que la



